This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

UC-NRLF
$B 183 056

J. M. ANDRADE

LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF
CALIFORNIA

The Bancroft Library

No. 3507

LA REINA
MARGARITA.

LA REINA

MARGARITA.

NOVELA

POR ALEJANDRO DUMAS.

TOMO I.

MEXICO.
IMPRENTA DE VICENTE GARCIA TORRES,
EX-CONVENTO DEL ESPÍRITU SANTO.
1850.

PQ2227
R357
1850
v.1

PARTE PRIMERA.

CAPÍTULO I.

CINCO PALABRAS EN LATIN.

El lúnes 18 de Agosto de 1572, habia gran funcion en el palacio del Louvre.

Las ventanas de la antigua mansion real, por lo regular tan sombrías, estaban aquella noche espléndidamente iluminadas; las calles y plazas circunvecinas, tan solitarias por lo regular desde que daban las nueve en San German-l'Auxerrois, estaban, á pesar de ser ya las doce, llenas de gente del pueblo.

Aquella concurrencia amenazadora y apiñada, se asemejaba en la oscuridad á una mar sombría

M643817

y agitada, que en cada movimiento formaba una mugiente oleada: mar que estendiéndose en el muelle, en el cual desembocaba por la calle des Fossés-Saint-Germain y de Lastruce, azotaba con su flujo las murallas del Louvre y con su reflujo las del palacio de Borbon que se elevaba frente al primero.

Celebraba la corte las bodas de Margarita de Valois, hija del rey Enrique II y hermana del rey Cárlos IX, con Enrique de Borbon, rey de Navarra. En efecto, aquella misma mañana habia unido el cardenal de Borbon á entrambos esposos con el ceremonial de costumbre, y sobre un tablado construido á la puerta de Nuestra Señora.

Mucho habia sorprendido este enlace; mucho habia dado en que pensar á aquellos, cuyas miradas alcanzaban á mas distancia que las del vulgo. Causábales estrañeza la alianza de dos partidos tan enconadamente opuestos como lo eran á la sazon el católico y el protestante. Amen de los mútuos motivos de queja que de antiguo tenian, mediaba una circunstancia reciente. Juana de Navarra, animosa muger del débil Antonio de Borbon, la cual condujo á su hijo Enrique á los reales desposorios que le esperaban, habia muerto aun no hacia dos meses. Acerca de este súbito fallecimiento corrieron los mas singulares rumores. Dijose, que habiendo sorprendido Juana un terrible secreto, y temiendo Catalina de Médicis que le revelara, la habia envenenado por

medio de ciertos guantes de olor confeccionados por un compatriota suyo, llamado Renato. Confirmóse esta sospecha con la circunstancia de haber sido autorizados dos médicos á peticion de hijo de la difunta reina, para hacer la auptosía del cadáver, esceptuándose el cerebro. Pero como Juana de Navarra habia sido envenenada por el olfato, solo el cerebro podia suministrar las pruebas del crímen. Crímen lo llamamos, porque nadie dudaba que se hubiese cometido.

Añadia quilates á la inquietud del pueblo la obstinacion del rey Cárlos, en llevar adelante el matrimonio, *aun á pesar del Papa*, segun habia manifestado cierto dia, impacientado con la tardanza de la dispensa, que por ser uno de los contrayentes católico, y pertenecer el otro á la religion reformada, fué necesario solicitar de Gregorio XIII, el cual ocupaba á la sazon la sede romana. Esta espresion regocijó en gran manera á los hugonotes, pero dió mucho en que pensar á los católicos, dudando si les hacia traicion el rey, ó si representaba tal vez alguna farsa que debiese tener un dia ú otro, un inesperado desenlace.

Aun mas inesplicable parecia la conducta de Cárlos IX, respecto al almirante Coligny: despues de haber llegado al estremo de poner su cabeza á precio, le habia concedido su amistad llamándole padre, y declarando sin rebozo que de allí adelante se proponia confiarle á él solo la direccion de la guerra. A tanto llegó, que la mis-

ma Catalina de Médicis, que hasta entonces ha bia dirigido esclusivamente las acciones del jóven príncipe, empezó á concebir algunas zozobras que acaso no carecian de fundamento. Ello es que Coligny habia perdido las prevenciones con que entrara en Paris, lo mismo que su yerno Teligny, con quien tambien se mostraba muy afectuoso el rey, llamándole hermano, como padre al almirante, y tuteándole cual á sus mas íntimos amigos.

Hallábanse, pues, enteramente tranquilos los hugonotes, á escepcion de algunos naturalmente desconfiados y rencorosos. Atribuyóse la muerte de la reina de Navarra á una pleuresía, y los vastos salones del Louvre estaban llenos de protestantes, entre quienes se distinguia al almirante Coligny, á La Rochefoucault, á Condé, el hijo, y á Teligny. Solo faltaba de los principales gefes el mariscal de Montmorency: resistiéndose á todas las promesas, á todas las apariencias de reconciliacion, vivia retirado en su castillo, so pretesto del dolor que aun le causaba la pérdida de su padre el gran condestable, muerto de un pistoletazo por Roberto Stuart, en la batalla de San Dionisio, ocurrida dos años antes.

El rey, la reina, el duque de Anjou y el duque de Alenzon, hacian dignamente los honores de la fiesta.

El duque de Anjou recibia merecidas felicitaciones de los mismos hugonotes, por las dos batallas

de Jarnac y Moncontour que habia ganado antes de cumplir 18 años. Lanzábale el de Alenzon miradas tan apacibles como falsas, en tanto que la reina Catalina radiante de alegría, llena de amabilidad, cumplimentaba al príncipe Enrique de Condé por su reciente enlace con María de Cléves: en fin, los mismos Guisas hablaban sonriéndose con los formidables enemigos de su casa, y el duque de Mayenne conversaba con el señor de Tavenne y el almirante acerca de la próxima guerra que con mas empeño que nunca se pretendia declarar á [illegible] Felipe II.

Discurria por entre aquellos grupos con la cabeza ligeramente inclinada y atento á cuanto se decia, un jóven de 19 años, de espresivos ojos negros y cortos cabellos, cejas pobladas, nariz aguileña, sonrisa socarrona y barba y bigote escasos. Era este jóven el educando predilecto de Coligny y el héroe del dia: tres meses antes, cuando aun vivia su madre, le llamaban el príncipe de Bearne; á la sazon tenia el título de rey de Navarra, despues Enrique IV.

De vez en cuando nublábase su frente, recordando sin duda el triste fin de su madre, pero esta nube era pasajera y se desvanecia como una sombra, pues las personas con que estaba hablando, los que le felicitaban, los que se hallaban en su derredor eran los mismos que habian asesinado á la animosa Juana de Albret.

A pocos pasos del rey de Navarra, veiase á jó-

ven duque de Guisa en conversacion con Teligny. Con mas fortuna que el Bearnés, á los veinte y dos años casi igualaba su fama á la de su padre el gran Francisco de Guisa. Su natural elegancia y magestad daban márgen á decir que los demas príncipes parecian populacho á su lado, y los católicos le reconocian como gefe de su partido, así como lo era de los hugonotes el jóven Enrique de Navarra cuyo retrato acabamos de bosquejar. Profundo asombro causaba ver al duque, tan fiel á su palabra por lo regular, hablar familiarmente con el yerno de Coligny, cuya muerte habia prometido á su moribundo padre, el cual calificó al almirante de su asesino. Pero aquella reunion estaba llena de contrastes de esta especie.

En efecto, si un observador privilegiado con el don de penetrar en el porvenir hubiese concurrido á la fiesta, hubiera disfrutado del mas curioso espectáculo que presentan los anales de la triste comédia humana.

Este observador que faltaba en las galerías interiores del Louvre continuaba en la calle mirando con sus llameantes ojos y alzando su amenazadora voz: este observador era el pueblo, que con su instinto maravillosamente aguzado por el odio, miraba agitarse las sombras de sus implacables enemigos é interpretaba sus impresiones con toda la esactitud con que puede hacerlo un curioso delante de un salon de baile herméticamente cer-

rado. La música enagena al que baila, y acompaña sus movimientos; pero el curioso que no la oye, le ve moverse y se ríe de aquel maniquí que se agita, segun él, á tontas y á locas.

La música que enagenaba á los hugonotes era la voz de su orgullo.

Los resplandores que pasaban ante los ojos de los parisienses en mitad de la noche, eran los relámpagos de su ódio que iluminaban el porvenir.

Y sin embargo todo continuaba risueño en el interior: un murmullo mas dulce y mas halagüeño que nunca se alzaba en aquel momento en el Louvre; porque la jóven desposada, despues de haberse quitado su suntuoso traje, su manto de cola y su largo velo, estaba entrando en el salon de baile, acompañada de la bella duquesa de Nevers su mejor amiga, y conducida por su hermano Cárlos IX, el cual la presentaba á las personas mas ilustres de la concurrencia.

Era esta desposada la hija de Enrique II, la perla de la corona de Francia, Margarita de Valois, á la cual nunca daba otro nombre Cárlos IX que el tierno y familiar de *Margot*.

Merecida era la lisongera acogida que en aquel momento hacia la corte á la nueva reina de Navarra. Apenas contaba Margarita veinte años y era ya objeto de los encómios de todos los poetas, que la comparaban unos á la Aurora y otros á Venus Citerea; y en efecto, su hermosura no te-

nia rival en aquella corte en que reunió Catalina de Médicis á las mugeres mas hermosas que pudo encontrar para hacer de ellas sus sirenas. Sus cabellos eran negros, su tez luciente, sus ojos voluptuosos, y estaban velados por largas pestañas; tenia la boca roja y delicada, la garganta elegante, la cintura graciosa y flecsible, y piés de niño encerrados en chapines de raso. Los franceses que la poseian, se jactaban de ver crecer en su territorio una flor tan preciosa, y los estranjeros que pasaban por Francia volvian á su pais deslumbrados por su hermosura, si no habian hecho mas que verla, y asombrados de su saber si habian hablado con ella. Porque no solo era Margarita la muger mas hermosa de su época, sino tambien la mas instruida, y un sábio italiano que habló con ella por espacio de una hora en italiano, en español y en latin, dijo lleno de entusiasmo al retirarse:—Ver la corte sin ver á Margarita de Valois, es no ver ni la Francia ni la corte.

No faltaron, pues, arengas al rey Cárlos IX ni á la reina de Navarra; sabido es cuán amigos de arengar eran los hugonotes. No pocas alusiones á lo pasado, no pocas peticiones para el porvenir iban envueltas en aquellas arengas, pero á todas contestaba el rey, con sus pálidos lábios y su astuta sonrisa.

"Al dar á mi hermana á Enrique de Navarra, se la doy á todos los protestantes del reino.

Frase que tranquilizaba á unos y arrancaba

una sonrisa á otros, pues en realidad tenia dos sentidos, paternal uno, é injurioso el otro á la nóvia, á su marido y al mismo que la pronunciaba, como que traia á la memoria ciertos sordos escándalos con que ya habia manchado la crónica cortesana el traje nupcial de Margarita de Valois.

Seguia entre tanto el duque de Guisa hablando con Teligny: mas no concedia al diálogo una atencion tan sostenida que no volviese de vez en cuando la cabeza hácia el grupo de damas en cuyo centro brillaba la reina de Navarra. Si por casualidad se encontraban las miradas de la princesa con las del Duque, cubríase con una especie de nube aquella encantadora frente orlada por trémulas estrellas de diamantes, y se traslucia un vago deseo en su agitada é impaciente actitud.

La princesa Cláudia, hermana primogénita de Margarita y casada hacia algunos años con el duque de Lorena, observó aquella inquietud é iba á dirigirse á la reina de Navarra para averiguar la causa, cuando la gente que se apartó para abrir paso á la reina madre, la cual se acercaba apoyada en el brazo del jóven príncipe de Condé, la obligó á retirarse lejos de su hermana. Tuvo lugar entonces un movimiento general de que se aprovechó el duque de Guisa para aproximarse á madama de Nevers, su cuñada, y por consiguiente á Margarita. Madama de Lorena que no habia apartado la vista de la jóven reina, observó que desapareciendo la sombría espresion

de su frente, pasaba por las mejillas una rápida y viva llamarada. Seguia en tanto acercándose el duque, y cuando no le faltaban mas que dos pasos para llegar á Margarita, ésta, que mas que verle parecia sentir su presencia, volvió la cabeza hácia él haciendo un violento esfuerzo á fin de dar á su rostro la serenidad de la indiferencia: el duque la saludó respetuosamente y al inclinarse ante ella murmuró á media voz:

—*Ipse attuli.*

Lo cual quiere decir:

—Yo lo he traido en persona.

Devolvió Margarita su cortesía al jóven duque y al enderezarse le dió esta respuesta:

—*Nocte pro more,*

O sea:

—Esta noche, como de costumbre.

Absorvidas estas dulces palabras por el enorme y almidonado cuello de la princesa, como por el tubo de una bocina, solo llegaron á la persona á quien iban dirigidas: pero aunque corto el diálogo, sin duda contenia cuanto tenian que decirse los dos jóvenes, porque despues de pronunciadas estas cinco palabras se separaron, quedándose Margarita mas pensativa y el duque mas alegre que antes. Ocurrió esta pequeña escena sin que la persona mas interesada en ella demostrase haberla prestado la menor atencion, pues el rey de Navarra parecia por su parte no tener ojos mas que para una persona que reunia en torno de sí

un séquito casi tan numeroso como Margarita de de Valois; esta persona era la bella señora de Sauve.

Carlota de Beaune Semblancay, nieta del infeliz Semblancay y esposa de Simon de Fices, baron de Sauve, era azafata de Catalina de Médicis y una de las mas terribles auxiliares de esta princesa que daba á sus enemigos el filtro del amor, cuando no se atrevia á servirles el veneno florentino. Rubia, pequeña, unas veces viva hasta el esceso y otras lánguida y melancólica, siempre dispuesta para el amor y las intrigas; esas dos grandes ocupaciones de la corte de los tres reyes que ocuparon el trono durante los últimos cincuenta años; muger en toda la acepcion de la palabra y en todo el encanto del objeto, desde los voluptuosos y azules ojos que despedian llamas, hasta los revoltosos y arqueados piesecitos calzados con chapines de terciopelo, tal era la señora de Sauve. Meses hacia ya que prendaran sus encantos al rey de Navarra, el cual entraba entonces en la carrera amorosa y en la carrera política, pero en tanto grado que toda la magnífica y régia belleza de Margarita de Valois no pudo inspirar á su esposo ni el sentimiento de la admiracion; y lo mas estraño y que mas asombraba á todo el mundo aun en un alma tan tenebrosa como la de Catalina de Médicis, era que ésta, sin desistir de su proyecto de union entre su hija y el rey de Navarra, no habia cesado por eso de favorecer casi abiertamen-

te los amores de éste con la señora de Sauve. Empero á pesar de este poderoso auxiliar y á despecho de las fáciles costumbres de la época, la bella Carlota se habia resistido hasta entonces á los halagos del príncipe: y de esta resistencia tan estraña, tan increible, tan inaudita, mas que de la belleza y el talento de Carlota, nació en el corazon del Bearnés una pasion que por no poder ser satisfecha, se reconcentró, destruyendo en el corazon del jóven rey la timidez, el orgullo y hasta esa indiferencia, semi-filosófica, semi-indolente que formaba la esencia de su carácter.

Pocos momentos hacia que entrara la señora de Sauve en el salon de baile: fuese por despecho ó por dolor, habia resuelto al principio no presenciar el triunfo de su rival, pretestando una indisposicion y dejando á su marido, que ejercia el cargo de setado, ir solo al Louvre. Mas cuando Catalina de Médicis vió al baron le preguntó la causa que detenia fuera de palacio á su amada Carlota, y enterada de que consistia en una leve indisposicion, escribió algunas líneas llamando á la jóven, la cual se apresuró á obedecerla. Enrique, aunque entristecido al principio por su ausencia, respiraba sin embargo con mas libertad desde que se presentó el señor de Sauve á sus ojos sin la compañía de su muger; pero en el momento en que iba á acercarse suspirando á la amable criatura que estaba condenado, ya que no á amar, á tratar como esposa, vió aparecer en el final de la galería á la señora de Sauve. Que-

dóse clavado en su sitio con los ojos fijos en aquella Circe que le encadenaba como con un màgico lazo y en vez de continuar marchando hácia Margarita, torció el camino en direccion á la señora de Sauve obedeciendo á un impulso debido mas al asombro que al miedo.

Los cortesanos que sabian cuàn inflamable era su corazon, no tuvieron valor para oponerse á su reunion con la bella Carlota, y se apartaron con la mayor complacencia, de manera que en el mismo instante en que Margarita de Valois y el duque de Guisa se decian las palabras en latin que dejamos referidas, llegaba Enrique junto á la señora de Sauve, y entablaba con ella en frances muy inteligible, aunque pronunciado con acento gascon, el siguiente diálago mucho menos misterioso.

—Buenas noches, querida; me habian dicho que estabais indispuesta y ya no tenia esperanzas de veros.

—¿Pretende acaso V. M. hacerme creer que le ha costado mucho perder tal esperanza?

—¡Vaya si me ha costado! repusó el Bearnés; ¿pues no sabeis que sois el sol de mis dias y la estrella de mis noches? Os aseguro que me hallaba en la oscuridad mas completa, cuando vuestra repentina aparicion iluminó para mí este recinto.

—Si es verdad eso, mala obra os hago monseñor.

—¿Por qué razon, querida? preguntó Enrique.

—Porque cuando se posee á la muger mas hermosa de Francia, lo único que se debe desear es

que desaparezca la luz y ceda su lugar á las tinieblas, en las cuales nos aguarda la felicidad.

—Ya sabeis, maliciosa, que esa felicidad está en manos de una sola persona, y que esa persona se rie y se burla del pobre Enrique.

—¡Oh! respondió la baronesa; pues yo creia por el contrario que esa persona era el juguete y la irrision del rey de Navarra.

No dejaron de asustar á Enrique estos hostiles preliminares, empero reflexionó que revelaban despecho y que el despecho no es mas que la máscara del amor

—En verdad, querida Carlota, le dijo, que me haceis una reconvencion injusta y no comprendo cómo puede ser tan cruel una boca tan linda; ¿os parece que soyyo el que me caso? ¡No hay tal! ¡voto á cribas! no soy yo.

—Seré yo tal vez repuso desabridamente la baronesa, si es que puede parecer desabrida la voz de la muger que nos ama y nos da quejas.

—¿Y vuestros bellos ojos no han alcanzado á mas distancia? Creedme, no se celebra hoy el matrimonio de Enrique de Navarra con Margarita de Valois.

—¿Pues cuál se celebra?

—¡Pardiez! el de la religion reformada con el Papa.

—Por mucho que hagais, monseñor, no me seducen vuestras ingeniosas salidas. V. M. ama á Margarita, y no seré yo quien os reconvenga por ello;

¡líbreme Dios de tal cosa! bastante hermosura tiene para merecer que la amen.

Quedóse Enrique pensativo, y durante su meditacion, contrajo sus labios una leve sonrisa.

—Baronesa, le dijo, parécemo que me andais pidiendo quejas, y maldito el derecho que tenéis á ellas; porque, vamos claros ¿qué habeis hecho para que yo no me casé con Margarita? Nada: por el contrario siempre os habeis complacido en afligirme.

—Afortunadamente, monseñor, respondió la señora de Sauve.

¿Cómo afortunadamente?

—Sí, porque hoy os casais con otra.

—¡Ah! lo hago solo porque no me amais.

—Y si os hubiera amado me moriria dentro de una hora.

—¡Dentro de una hora! ¿Qué quereis decir? ¿De qué hubierais muerto?

—De zelos..... Porque dentro de una hora la reina de Navarra mandará á sus damas retirarse, y V. M. hará lo mismo con sus gentiles-hombres.

—¿Y es ese el pensamiento que os tiene inquieta, amiga mia?

—No digo tal..... sino que si os amara, me inquietaria horriblemente.

—¡Pues bien! esclamó Enrique enagenado de júbilo al oir esta confesion, ¿y si el rey de Navarra no mandase á sus gentiles-hombres que se retiraran?

—Señor, dijo la baronesa mirando al rey con un asombro que entonces no era fingido, decís cosas tan imposibles como increibles.

—¿Qué quereis que haga para que lo creais?

—Sería preciso que me dierais pruebas, y eso no puede ser.

—Sí tal, baronesa, sí tal. Y juro por San Enrique que os las daré, esclamó el rey lanzando á la jóven una mirada chispeante de amor.

—¡Oh! murmuró la bella Carlota bajando la voz y la vista, no os comprendo, señor. No, no, es imposible que rehuseis la dicha que os espera.

—En esta sala hay cuatro Enriques, adorada mia, repuso el rey: Enrique de Francia, Enrique de Condé, Enrique de Guisa, pero no hay mas que un Enrique de Navarra.

—¿Y qué?

—¿Qué diriais si Enrique de Navarra pasara junto á vos toda la noche?

—¿Toda la noche?

—Sí, ¿creeriais que estaba con otra?

—¡Ah! ¡si eso hicierais! esclamó Carlota.

—Lo haré á fé de caballero.

Alzó la baronesa sus rasgados ojos llenos de mil voluptuosas promesas, y dirigió una sonrisa al rey, cuyo corazon se colmó de una embriagadora alegría.

—Sepamos, pues, lo que diriais en ese caso.

—¡Oh! en ese caso, respondió Carlota, diria que V. M. me amaba verdaderamente.

—Pues lo direis ¡voto á cribas! porque es así.

—¿Y de qué medios os valdreis? murmuro la baronesa.

—Siempre tendreis alguna camarista, alguna doncella de cuya fidelidad esteis segura.

—Sí, ahí está Darioleta que me quiere tanto que se dejaria hacer pedazos por mí; es un tesoro.

—Pues bien, baronesa, decid á esa muchacha que me encargo de hacer su suerte cuando sea rey de Francia, como me lo han predicho los astrólogos.

Sonriose Carlota, porque ya en aquella época estaba formada la reputacion gascona del rey, con respecto á sus promesas.

—¿Y qué deseais que haga Darioleta? le preguntó.

—Muy poca cosa para ella, y muchísimo para mí.

—¿Qué es?

—Vuestro aposento está encima del mio.

—Sí.

—Pues que me espere junto á la puerta. Daré tres golpecitos, me abrirá y tendreis la prueba que os he ofrecido.

Quedóse callada la baronesa por espacio de algunos segundos, al cabo de los cuales paseó una mirada en su derredor, como para ver si la observaban, y fijó por un instante la vista en el grupo en que estaba la reina madre: aunque corto, bastó este instante para que Catalina y su azafata se dirigiesen mútuamente una mirada.

—¡Oh! dijo la baronesa con un acento de sirena

que hubiera derretido la cera en los oidos de Ulises: si yo quisiera coger en mentira á V. M.....

—Probadlo, querida, probadlo.

—Confieso que me cuesta trabajo contener mis deseos de hacerlo.

—Dejaos vencer: nunca son tan fuertes las mugeres como despues de derrotadas.

—Señor, os cojo la palabra que habeis dado á Darioleta, para el dia en que seais rey de Francia.

Enrique lanzó un grito de alegría.

Justamente en el momento en que se escapaba este grito de boca del Bearnés, respondia la reina de Navarra al duque de Guisa:

—*Noctu pro more*, esta noche, como de costumbre.

Separose entonces Enrique de la baronesa de Sauve, tan gozoso como el duque de Guisa, al separarse de Margarita de Valois.

Una hora despues de la doble escena que acabamos de referir, se retiraron á sus aposentos Cárlos IX y la reina madre: casi al mismo tiempo empezaron á desocuparse los salones, y las galerías dejaron ver la base de sus columnas de mármol. Cuatrocientos caballeros hugonotes acompañaron al almirante y al príncipe de Condé, en medio de los murmullos de la turba. Poco despues salió Enrique de Guisa con los nobles loreneses y los católicos, escoltados por el pueblo que lanzaba gritos de alegría á su paso.

En cuanto á Margarita de Valois, Enrique de Navarra y la señora de Sauve, ya sabe el lector que vivian en el mismo Louvre.

CAPÍTULO II.

LA ALCOBA DE LA REINA DE NAVARRA.

El duque de Guisa acompañó á su cuñada la duquesa de Nevers á su palacio, y despues de dejarla enmedio de sus doncellas, pasó á su aposento para mudarse de vestido, ponerse una larga capa y armarse con uno de esos cortos y agudos puñales que se llevaban sin espada y tenian el nombre de *fé de caballeros*; pero al cogerle de encima de la mesa vió que entre la hoja y la vaina habia un papel.

Le abrió y leyó lo siguiente:

"Se espera que el duque de Guisa no vuelva esta noche al Louvre, ó que si lo hace, tome la precaucion de armarse con una buena cota de malla, y una espada."

—¡Vaya un aviso singular, maese Robin! dijo el duque volviéndose hácia su ayuda de cámara. Hacedme el gusto de decirme qué personas han entrado aquí durante mi ausencia.

—Una sola, monseñor.

—¿Quién?

—El señor Du Gast.

—En efecto, me pareció conocer su letra. ¿Estás seguro de que ha venido? ¿Le habeis visto?

—He hecho mas monseñor, le he hablado.

—Bien; entónces seguiré su consejo. Trae mi cota de malla y mi espada.

Hízolo así el ayuda de cámara, sin estrañarse de estas variaciones de traje à que estaba acostumbrado. Vistióse nuevamente el duque, se armó con un puñal, y entregando su espada à un paje, única escolta que quiso llevar, salió embozado en su capa en direccion al Louvre.

Al poner el pié fuera de su palacio, el sereno de San German-l, Auxerrois cantaba la una.

Aunque eran las altas horas de la noche, y aunque habia en aquella época muy poca seguridad en las calles, ningun encuentro tuvo el príncipe en el camino, y llegó sano y salvo frente á la masa colosal del antiguo Louvre, cuyas luces se habian ido apagando sucesivamente, y que se alzaba enmedio de formidable silencio y oscuridad.

Habia delante de la real morada un profundo foso, al cual caian la mayor parte de los aposentos de los príncipes que en palacio vivian. La hita-

cion de Margarita se hallaba situada en el primer piso.

Pero este primer piso que sin el foso hubiera sido accesible, estaba merced á él, á una altura de treinta piés, y por consiguiente se encontraba fuera del alcance de los amantes y de los ladrones Mas no por eso dejó el duque de Guisa de bajar, atrevidamente al foso. En el mismo instante oyóse el ruido que hacia al abrirse una ventana del piso bajo. Esta ventana tenia reja, pero una mano quitó un barrote, falseado anticipadamente, y dejó caer por aquella abertura la punta de un cordon de seda.

—¿Sois vos, Matilde? murmuró el duque.

—Si, monseñor, respondió una voz de muger, con acento mas bajo todavía.

—¿Y Margarita?

—Os está esperando.

—Bien.

A estas palabras hizo el duque una seña á su paje, el cual se desembozó y sacó una pequeña escala de cuerda. El príncipe ató una estremidad de esta escala al cordon, Matilde tiró de él, le sujetó sólidamente y el príncipe, colgándose la espada del cinto, empezó el escalamiento, el cual terminó sin ningun obstáculo. Luego que entró, volvió el barrote à su lugar, se cerró la ventana, y el paje despues de ver entrar tranquilamente à su señor en el Louvre, hasta cuyas ventanas le habia acompañado mil veces del mismo modo, marchó á tumbarse

embozado eu su capa, sobre la yerba del foso y la sombra del muro.

La noche estaba oscura: de las nubes cargadas de azufre y de electricidad, se desprendian algunas tibias y gruesas gotas.

Siguió el duque de Guisa á la persona que le guiaba, y que era nada menos que la hija de Santiago de Matignon, mariscal de Francia, confidenta particular de Margarita, la cual no tenia secretos para ella. Decíase que entre los misterios ocultaba su incorruptible fidelidad, habia algunos tan terribles que solo ellos la obligaban á callar los restantes.

Carecian de luz las piezas bajas y los corredores, y solo de vez en cuando iluminaba un lívido relámpago los oscuros aposentos con un azulado resplandor que al momento desaparecia.

Siguiendo el duque á su conductora que le llevaba asido de la mano, llegó por fin á una escalera espiral abierta en una pared y que comunicaba por medio de una puerta secreta é invisible, con la antecámara de la habitacion de Margarita.

Esta antecámara estaba en la misma oscaridad que las salas bajas, corredores y la escalera.

Matilde se detuvo en ella.

—¿Traeis lo que desea la reina? preguntó en voz baja.

—Sí, respondió el duque de Guisa, pero solo á su magestad he de entregarlo.

—Pues venid sin perder momento, dijo en me-

dio de las tinieblas una voz que hizo estremecerse al duque, al reconocer que era de Margarita.

Levantóse al mismo tiempo una cortina de terciopelo violeta flordelisado de oro, y el duque divisó en medio de las sombras á la reina en persona, que cediendo á su impaciencia, habia salido á su encuentro.

—Héme aquí, señora, dijo el duque.

Y pasó rápidamente á la otra parte de la cortina, la cual volvió á caer hasta el suelo.

Tocóle entonces á Margarita de Valois servir de guía al príncipe en aquel aposento, harto conocido de él por otra parte. Matilde habia tranquilizado antes á su señora, haciéndole seña de que quedaba en acecho.

Adivinando la celosa inquietud del duque, le condujo Margarita á su alcoba, en la cual se detuvo.

—¿Estais contento, duque? le preguntó.

—¡Contento, señora! esclamó éste, ¿y de qué?

—De la prueba que os estoy dando, respondió Margarita con un leve acento de despecho, de que pertenezco á un hombre que en la primer noche de bodas hace tan poco caso de mí, que ni siquiera viene á darme gracias por el honor que le he hecho aceptándole por esposo aunque no escogiéndole ocmo tal.

—¡Oh señora! dijo tristemente el duque, perded cuidado, ya vendrá, sobre todo si lo deseais.

—¡Teneis valor para decirme eso, Enrique? esclamó Margarita, ¿vos que sois el único que sabe lo

contrario? ¿Si yo tuviera tal deseo, os hubiera rogado que vinieseis al Louvre?

—Me habeis rogado que venga al Louvre, Margarita, porque quereis que desaparezcan los menores vestigios de lo pasado, y porque ese pasado no solo vivia en mi corazon, sino tambien en ese cofrecillo de plata que os devuelvo.

—¿Quereis que os diga una cosa, Enrique? repuso Margarita mirando fijamente al duque; pues sabed que mas me pareceis un estudiante que un príncipe. ¡Negar yo que os he amado! ¡querer yo apagar una llama que acaso morirá, pero cuyo reflejo no desaparecerá nunca! Porque los amores de las personas de mi rango, iluminan, y á veces devoran toda la época contemporánea.... no, no, duque mio; podeis guardaros las cartas de vuestra Margarita y el cofrecillo que os regaló: de todas ellas solo os pido una, y eso porque tan peligrosa puede ser para vos como para mí.

—Todas son vuestras, dijo el duque; buscad, pues, la que querais destruir.

Abrió Margarita ansiosamente el cofrecillo, y con convulsiva mano cogió una tras otra hasta una docena de cartas, contentándose con mirar los sobres como si la simple inspeccion de estos la recordase lo que contenian. Mas al terminar su exámen, miró al duque y dijo poniéndose pálida:

—Duque, la carta que busco no está haí. ¿La habeis perdido por casualidad? porque confiársela á otra persona....

—¿Y cuál es esa carta, señora?

—Una en que os decia que os casarais sin perder momento.

—¿Para disculpar vuestra infidelidad?

Margarita se encogió de hombros.

—No, para salvaros la vida. En ella os dije que el rey, al ver nuestro amor y los esfuerzos que hacia yo para romper vuestra futura union con la infanta de Portugal habia llamado á su hermano el bastardo Angulema, y le habia dicho enseñándole dos espadas: "Mata á Enrique de Guisa esta noche con la una, ó te mato mañana con la otra," ¿Dónde está, pues, esa carta?

—Aquí, dijo el duque de Guisa sacándola del pecho.

Mas que tomarla puede decirse que se la arrebató Margarita de las manos. La abrió ávidamente, se cercioró de que era la misma que buscaba, lanzó una esclamacion de júbilo y la acercó á la bugía. Comunicado el fuego de la luz al papel, no tardó en consumirse éste, pero Margarita no contenta aún disipó con el pié las cenizas como si temiera que se pudiera fundar en ellas la prueba de su imprudente aviso.

El duque de Guisa contempló silencioso esta febril accion de su querida.

—¿Estás contenta ahora, Margarita? la preguntó al acabar.

—Sí, porque hallandoos vos casado con la princesa de Porcian, mi hermano me perdonará vues-

tro amor, y nunca me hubiera perdonado la revelacion de un secreto que mi debilidad no me prometió ocultaros.

—Es verdad, dijo el duque de Guisa, en aquellos tiempos me amabais.

—Y ahora tambien os amo, Enrique, tanto, y mas que nunca.

—¿Vos?

—Sí, yo, porque nunca me ha sido tan necesario un amigo sincero y decidido. Soy reina y no tengo trono, soy esposa y no tengo marido,

El jóven príncipe movió tristemente la cabeza.

—Os digo y os repito Enrique, que no solo no me ama mi marido, sino que me aborrece y me desprecia; me parece que vuestra presencia en el aposento en que él debia hallarse, prueba bastante lo que digo.

—Aun no es tarde señora; el rey de Navarra ha necesitado tiempo para despedir á sus gentiles-hombres, y si no ha venido no tardará en hacerlo.

—Y yo os aseguro, esclamó Margarita con un despecho que iba aumentándose cada vez mas, que no vendrá.

—Señora, esclamó Matilde abriendo la puerta y levantando la cortina; señora, el rey de Navarra está saliendo de su habitacion.

—¡Oh! ¡bien sabia yo que vendria! esclamó el duque de Guisa.

—Enrique, dijo Margarita, con voz seca y asiendo la mano del duque, Enrique, ahora vereis si soy

muger de palabra y si se puede contar con lo que digo. Entrad en ese gabinete.

—Dejadme marchar, señora, si es tiempo todavia, porque si no á la primera muestra de amor que os dé ese hombre, salgo de mi escondite y desgraciado de él!

—Estais loco; entrad, entrad, yo respondo de todo.

E hizo entrar al duque en el gabinete.

Tiempo era por cierto de que se escondiera. Apenas se cerró la puerta del gabinete, aparecia por la otra el rey de Navarra seguido de dos pajes que llevaban dos candelabros con ocho bugías de color de rosa.

Margarita disimuló su turbacion haciendo una profunda reverencia.

—¿Aun no estais en la cama? preguntó el Bearnés con su franca y alegre fisonomía. ¿Me esperabais, quizá.

—No señor, respondió Margarita, porque ayer mismo me digisteis que considerabais nuestro enlace como una alianza política y que nunca os opondriais á mi voluntad.

—Enhorabuena, pero eso no estorba que hablemos un poco. Matilde, cerrad la puerta y dejanos solos,

Margarita, que estaba sentada, se levantó é hizo seña á los pajes de que se quedaran.

—¿Quereis que llame á vuestras damas? preguntó el rey. Lo harè si tal es vuestro deseo, pe-

ro confieso que para lo que os tengo que decir preferiria que estuviemos solos.

Y el rey de Navarra se encaminó al gabinete.

—¡No! esclamó Margarita interponiendose rapida mente: es inútil, estoy pronta à escucharos.

El Bearnés habia averiguado lo que deseaba saber: lanzó una mirada al gabinete, como si quisiera penetrar con la vista en sus oscuros cenos á través de la cortina que le cerraba, y en seguida volviendo los ojos á su bella esposa, pálida de terror, dijo con voz sumamente tranquila:

—En ese caso, señora, empezaremos nuestra conversacion.

—Como guste V. M. respondió la jóven, dejándose caer, mas bien que sentándose en el sillon que la indicó su marido

El Bearnés tomó asiento á su lado.

—Señora, prosiguió, á pesar de lo que han dicho muchas personas yo creo que nuestro matrimonio es bueno y valedero. Yo soy vuestro y vos sois mia, sin duda alguna.

—Pero.....interrunpió Margarita con terror.

—Por consiguiente, continuó el rey de Navarra sin advertir en apariencia la zozobra de Margarita, por consiguiente debemos tratarnos mútuamente como buenos aliados, puesto que hoy mismo nos hemos jurado alianza ante Dios. ¿No os parece así?

—Sí señor.

—Sé cuán grande es vuestra penetracion y cuàn

peligrosos los precipicios en que abunda la corte: yo, aunque jóven y aunque nunca he hecho daño á nadie, tengo ya muchos enemigos. ¿Debo contar entre ellos á la que lleva mi apellido, á la que me ha jurado amor al pié de los altares?

—¿Eso pensais de mí, señor?

—Nada pienso, tengo una esperanza y quiero cerciorarme de que es fundada. O nuestro matrimonio es un pretesto ó es un lazo que se me tiende.

Estremecióse Margarita, porque tal vez se la habia ocurrido á ella la misma idea.

—¿A qué debo atenerme? continuó Enrique de Navarra. El rey me odia, el duque de Aujou me odia, el duque de Alenzon me odia. Catalina de Médicis odiaba mucho á mi madre para no odiarme tambien.

—¡Oh! ¿qué decis?

—La verdad, señora, repuso el rey: y para que no se creyera que ignoro el asesinato del señor de Mouy y el envenenamiento de mi madre, me alegraria de que álguien pudiera oirme en este momento.

—Bien sabeis que estamos solos, dijo Margarita vivamente con el tono de voz mas tranquilo y grato que pudo.

—Justamente, por eso hablo con libertad y me atrevo á deciros que no me engañan los halagos de la casa de Francia ni los de la casa de Lorena.

—¡Señor, señor! esclamó Margarita.

—¿Qué es eso, querida? preguntó Enrique sonriéndose.

—Ved que es peligroso hablar así.

—Estando solos, no. Decia, pues.....

Margarita se hallaba visiblemente en un potro: hubiera querido detener las palabras en los lábios del rey, pero Enrique continuaba con su aparente indiferencia.

—Decia, pues, que me veo amenazado por mil partes; ya sabeis que eso se conoce instintivamente, señora. Pues bien, con vuestro ausilio puedo defenderme de los ataques que me amagan; porque precisamente todas las personas que me detestan os quieren á vos.

—¡A mí! dijo Margarita.

—Sí, á vos, repuso Enrique de Navarra con la mas perfecta candidez: sí, os quiere el rey Cárlos; os quiere el duque de Alenzon, continuó recalcando en esta palabra; os quiere la reina Catalina, os quiere, en fin, el duque de Guisa.

—Señor.... murmuró Margarita.

—¿Y qué tiene de estraño que os quieran todos? Las personas que acabo de nombrar son hermanos ó parientes vuestros. Amar á sus parientes y hermanos es vivir como Dios manda.

—¿Pero á dónde pretendeis ir á parar? preguntó Margarita sobrecogida.

—A lo que ya os he dicho: si quereis ser mi aliada, ya que no mi amiga, todo lo puedo arrostrar: si os declarais mi enemiga, soy perdido.

—¡Oh! ¡vuestra enemiga, nunca! esclamó Margarita.

—¿Pero mi amiga tampoco?

—Es probable.

—¿Y mi aliada?

—Sin la menor dificultad.

Miró Margarita al rey y le presentó la mano.

Enrique la tomó, la besó con galantería y no la soltó, aunque mas que un impulso de ternura le movió á ello el deseo de investigar los afectos de Margarita.

—Os creo, señora, la dijo, y acepto vuestra alianza. Nos han casado sin que nos conocieramos, sin que nos amaramos, sin consultarnos, aunque nosotros éramos los interesados. Como esposos nada nos debemos. Ya veis que me anticipo á vuestros deseos, y que esta noche confirmo lo que ayer os dije. Pero ahora nos aliamos libremente, sin que nadie nos obligue á ello. Nos aliamos como dos personas francas y honradas que deben protegerse mútuamente; ¿es así como vos lo entendeis?

—Sí señor, dijo Margarita haciendo esfuerzos para retirar su mano.

—Pues siendo así, continuó el Bearnés con los ojos fijos en la puerta del gabinete, y como una alianza tan franca como la nuestra exige la mas absoluta confianza, voy á referiros con todos sus detalles el plan que tengo formado para combatir victoriosamente á mis enemigos.

—Señor..... murmuró Margarita, mirando tam-

bien involuntariamente al gabinete, mientras que el Bearnés se sonreia con disimulo, observando el efecto de su estratagema.

—Lo que voy á hacer es lo siguiente, continuó fingiendo que no advertia la turbacion de la jóven: voy.....

—Señor, repitió Margarita levantándose rápidamente y asiendo por un brazo al rey: permitidme respirar libremente: la emocion..... el calor..... me estoy ahogando.

En efecto, la reina se habia puesto pálida, y temblaba como si no tuviera fuerzas para sostenerse.

Enrique se dirigió á un balcon bastante distante, y le abrió. Este balcon caia al rio.

Margarita siguió al rey.

—¡Silencio, silencio, señor! tened compasion de vos mismo, murmuró la jóven.

—¿Pues no me habeis dicho que estamos solos? contestó el Bearnés con su habitual sonrisa.

—Sí señor: pero ¿no sabeis que se puede oir lo que se habla en un aposento, introduciendo una serbatana por el techo ó por las paredes?

—¡Bien, señora, bien! la dijo el Bearnés con viveza y en voz baja. No me amais, pero sois honrada.

—¿Qué quereis decir?

—Que si fuerais capaz de hacerme traicionme la hubierais dejado continuar, puesto que yo mismo iba á descubriros mi secreto. Ahora sé de fijo que hay una persona escondida aquí; que sois esposa in-

fiel, pero aliada fiel; y en este momento, añadió el Bearnés sonriéndose, confieso que mas falta me hace la fidelidad en política que en amor.

—Señor..... murmuró Margarita llena de confusion.

—Bueno, bueno, mas tarde hablaremos de eso, dijo Enrique, cuando nos conozcamos mejor.

Y alzando la voz, continuó:

—¿Qué tal? ¿respirais ahora con mas libertad?

—Sí, señor.

—En ese caso, repuso el Bearnés, no quiero molestaros mas. Debia presentaros mis respetos y ofreceros mi amistad: aceptadlo como os lo ofrezco de todo corazon. Descansad, pues, y Buenas noches.

Margarita miró con agradecimiento á su marido y le dió otra vez la mano.

—Queda convenido, le dijo.

—Alianza política, franca y leal, repuso Enrique.

—Sí, franca y leal.

Marchó entonces el Bearnés hácia la puerta, seguido de su esposa, sobre la cual ejercia su mirada una especie de fascinacion. Cuando cayó la cortina entre ellas y la alcoba, la dijo Enrique en voz baja:

—¡Gracias, Margarita, gracias! Sois digna de vuestro linaje. Parto tranquilo, porque estoy seguro de vuestra amistad, ya que no de vuestro amor.

Cuento con voz, así como voz podreis contar conmigo. Adios, señora.

Besó Enrique la mano de su muger, estrechàndola suavemente y volvió à su aposento con ágil paso, diciendo para sí conforme atravesaba el corredor.

—¿Quién diablos estará con ella? ¿Serà el rey? ¿Sera el duque de Anjou, el de Alenzon ó el de Guisa? ¿un hermano, un amante, ó ambas cosas? Y á la verdad que casi siento ahora haber pedido esa cita á la baronesa: pero una vez que he dado mi palabra y que me está esperando Darioleta..... no importa: me temo que haya perdido algo Carlota con habér yo pasado por la alcoba de mi muger, porque juro á Dios que esa Margot, como la llama mi cuñado Cárlos IX, es una criatura adorable.

Y con paso en que se revelaba cierta vacilacion, subió Enrique de Navarra por la escalera que conducia al aposento de la baronesa de Sauve. Margarita le siguió con la vista hasta que desapareció, y entonces volvió á su aposento. El duque estaba á la puerta del gabinete; su aspecto la causó una especie de remordimiento.

El príncipe estaba sério y sus fruncidas cejas revelaban amargos pensamientos.

—Margarita es neutral hoy, dijo, Margarita será hostil dentro de ocho dias.

—¡Ah!..... esclamó la jóven, ¿nos habeis escuchado?

—¿Qué queriais que hiciese en ese gabinete?

—¿Y os parece que me he conducido como debia la reina de Navarra?

—Sí, pero no como debia la querida del duque de Guisa.

—No puedo amar á mi marido, respondió la reina, pero nadie tiene derecho á ecsigir de mí que le haga traicion. Hablando sinceramente, ¿revelariais vos los secretos de vuestra esposa la princesa de Porcian?

—Bien, señora, dijo el duque moviendo la cabeza. Ya veo cuanto ha variado vuestro amor desde aquellos dias en que no me callabais nada de lo que tramaba el rey contra mí y mis partidarios.

—El rey disponia entonces de la fuerza y vosotros erais los débiles. Hoy es Enrique el débil y vosotros los fuertes. Ya veis que siempre hago el mismo papel.

—Pero os pasais de un partido á otro.

—He adquirido ese derecho salvándoos la vida.

—Muy bien: no ignoro que cuando se separan dos amantes se devuelven recíprocamente sus prendas; haré por salvaros la vida tambien y quedaremos pagados.

Dicho esto hizo el duque un saludo y se marchó sin que Margarita manifestase intenciones de detenerle.

En la antecámara encontró á Matilde, la cual le acompañó hasta la ventana del piso bajo y en el foso se reunió con el paje, marchando ambos desde allí al palacio de Guisa.

Cuento con voz, así como voz podreis contar conmigo. Adios, señora.

Besó Enrique la mano de su muger, estrechàndola suavemente y volvió à su aposento con ágil paso, diciendo para sí conforme atravesaba el corredor.

—¿Quién diablos estará con ella? ¿Serà el rey? ¿Sera el duque de Anjou, el de Alenzon ó el de Guisa? ¿un hermano, un amante, ó ambas cosas? Y á la verdad que casi siento ahora haber pedido esa cita á la baronesa: pero una vez que he dado mi palabra y que me está esperando Darioleta..... no importa: me temo que haya perdido algo Carlota con habér yo pasado por la alcoba de mi muger, porque juro á Dios que esa Margot, como la llama mi cuñado Cárlos IX, es una criatura adorable.

Y con paso en que se revelaba cierta vacilacion, subió Enrique de Navarra por la escalera que conducia al aposento de la baronesa de Sauve. Margarita le siguió con la vista hasta que desapareció, y entonces volvió á su aposento. El duque estaba á la puerta del gabinete; su aspecto la causó una especie de remordimiento.

El príncipe estaba sério y sus fruncidas cejas revelaban amargos pensamientos.

—Margarita es neutral hoy, dijo, Margarita será hostil dentro de ocho dias.

—¡Ah!..... esclamó la jóven, ¿nos habeis escuchado?

—¿Qué queriais que hiciese en ese gabinete?

—¿Y os parece que me he conducido como debia la reina de Navarra?

—Sí, pero no como debia la querida del duque de Guisa.

—No puedo amar á mi marido, respondió la reina, pero nadie tiene derecho á ecsigir de mí que le haga traicion. Hablando sinceramente, ¿revelariais vos los secretos de vuestra esposa la princesa de Porcian?

—Bien, señora, dijo el duque moviendo la cabeza. Ya veo cuanto ha variado vuestro amor desde aquellos dias en que no me callabais nada de lo que tramaba el rey contra mí y mis partidarios.

—El rey disponia entonces de la fuerza y vosotros erais los débiles. Hoy es Enrique el débil y vosotros los fuertes. Ya veis que siempre hago el mismo papel.

—Pero os pasais de un partido á otro.

—He adquirido ese derecho salvándoos la vida.

—Muy bien: no ignoro que cuando se separan dos amantes se devuelven recíprocamente sus prendas; haré por salvaros la vida tambien y quedaremos pagados.

Dicho esto hizo el duque un saludo y se marchó sin que Margarita manifestase intenciones de detenerle.

En la antecámara encontró á Matilde, la cual le acompañó hasta la ventana del piso bajo y en el foso se reunió con el paje, marchando ambos desde allí al palacio de Guisa.

Entre tanto la pensativa Margarita se asomó á un balcon.

—¡Qué noche de bodas! dijo: el esposo huye de mí, el amante me abandona.

En aquel momento pasó por la otra parte del foso, marchando de la torre Bois hácia el molino de la Monnaie, un estudiante con los brazos en jarras y entonando una cancion amorosa.

Escuchó Margarita la cancion sonriéndose con melancolía, y cuando se perdió en lontananza la voz del estudiante, cerró la ventana y llamó á Matilde para que la ayudara à desnudarse.

CAPITULO III.

UN REY POETA.

El dia siguiente y algunos mas trascurrieron en medio de fiestas, bailes y torneos. Continuaba la fusion entre ambos partidos. El rey parecia haberse divorciado de su melancolía habitual y no podia pasarse sin su cuñado Enrique. Por todas partes se observaba una reaccion en favor de la religion reformada, capaz de hacer creer que toda la corte iba á volverse protestante. El mismo almirante estaba tan fascinado, à pesar de su esperiencia, que una vez llegó á olvidarse de su mondadientes nada menos que por espacio de dos horas, y eso que nunca se le caia de la boca el tal instrumento desde las dos de la tarde, hora en que terminaba su almuerzo, hasta las ocho de la noche, en que se sentaba nuevamente á la mesa para comer.

Cuento con voz, así como voz podreis contar conmigo. Adios, señora.

Besó Enrique la mano de su muger, estrechàndola suavemente y volvió à su aposento con ágil paso, diciendo para sí conforme atravesaba el corredor.

—¿Quién diablos estará con ella? ¿Serà el rey? ¿Sera el duque de Anjou, el de Alenzon ó el de Guisa? ¿un hermano, un amante, ó ambas cosas? Y á la verdad que casi siento ahora haber pedido esa cita á la baronesa: pero una vez que he dado mi palabra y que me está esperando Darioleta..... no importa: me temo que haya perdido algo Carlota con habér yo pasado por la alcoba de mi muger, porque juro á Dios que esa Margot, como la llama mi cuñado Cárlos IX, es una criatura adorable.

Y con paso en que se revelaba cierta vacilacion, subió Enrique de Navarra por la escalera que conducia al aposento de la baronesa de Sauve. Margarita le siguió con la vista hasta que desapareció, y entonces volvió á su aposento. El duque estaba á la puerta del gabinete; su aspecto la causó una especie de remordimiento.

El príncipe estaba sério y sus fruncidas cejas revelaban amargos pensamientos.

—Margarita es neutral hoy, dijo, Margarita será hostil dentro de ocho dias.

—¡Ah!..... esclamó la jóven, ¿nos habeis escuchado?

—¿Qué queriais que hiciese en ese gabinete?

—¿Y os parece que me he conducido como debia la reina de Navarra?

—Sí, pero no como debia la querida del duque de Guisa.

—No puedo amar á mi marido, respondió la reina, pero nadie tiene derecho á ecsigir de mí que le haga traicion. Hablando sinceramente, ¿revelariais vos los secretos de vuestra esposa la princesa de Porcian?

—Bien, señora, dijo el duque moviendo la cabeza. Ya veo cuanto ha variado vuestro amor desde aquellos dias en que no me callabais nada de lo que tramaba el rey contra mí y mis partidarios.

—El rey disponia entonces de la fuerza y vosotros erais los débiles. Hoy es Enrique el débil y vosotros los fuertes. Ya veis que siempre hago el mismo papel.

—Pero os pasais de un partido á otro.

—He adquirido ese derecho salvándoos la vida.

—Muy bien: no ignoro que cuando se separan dos amantes se devuelven recíprocamente sus prendas; haré por salvaros la vida tambien y quedaremos pagados.

Dicho esto hizo el duque un saludo y se marchó sin que Margarita manifestase intenciones de detenerle.

En la antecámara encontró á Matilde, la cual le acompañó hasta la ventana del piso bajo y en el foso se reunió con el paje, marchando ambos desde allí al palacio de Guisa.

bras del rey, y acababa de entrar en el aposento, en virtud del privilegio que le tenia concedido Cárlos XI, para hacerlo sin ser anunciado.

—¡Oh! aquí está mi padre el almirante, esclamó el rey, abriendo los brazos; apenas se habla de guerra, de valientes, asoma la cabeza; es como el hierro, que obedece al iman, Mi cuñado el de Navarra y mi primo el de Guisa, están esperando refuerzos para vuestro ejército. De eso se trataba.

—¿Y esos refuerzos van á llegar pronto.

—¿Habeis sabido de ellos? preguntó el Bearnés.

—Sí, hijo mio, y en especial del señor de la Mole: ayer se hallaba en Orleans y mañana ó pasado llegará á Paris.

—Mágico debe ser el señor almirante, cuando así sabe lo que pasa á treinta ó cuarenta leguas de distancia. ¡Pardiez! ojalá supiera yo con la misma certeza lo que ha de pasar ó lo que pasó al frente de Orleans.

Esta evidente alusion á la muerte de Francisco de Guisa no alteró la impasibilidad de Coligny.

—Señor duque, respondió friamente y con dignidad, soy mágico siempre que quiero saber positivamente lo que importa á mis intereses ó á los del rey. Una hora hace que ha llegado de Orleans mi correo, habiendo andado por la posta treinta y dos leguas en un dia. El señor de La Mole viaja en su propio caballo, hace jornadas de diez leguas y no llegará hasta el 24. Ahí teneis todo el misterio.

—¡Bien respondido, padre! dijo Cárlos IX. Probad à esos jóvenes que la sabiduría no menos que la edad ha vuelto blancos vuestros cabellos. Mientras ellos hablan de sus torneos y de sus amores, hablemos nosotros de nuestras guerras. Idos, señores: quiero conferenciar á solas con el almirante.

Salieron del aposento los dos jóvenes, yendo delante el rey de Navarra; y así que atravesaron el umbral, se fué cada cual por su lado, despues de hacerse una fria reverencia.

Coligny les seguia con la vista, no sin alguna inquietud, pues nunca veia juntas á aquellas dos personas que tanto se odiaban, sin temer que manifiestamente se declarase su odio á la menor ocasion. Conoció Cárlos IX lo que en su mente pasaba, y se acercó à él apoyàndose en su brazo.

—Perded cuidado, padre mio: aquí estoy yo para tener á todos á raya. Soy rey en propiedad desde que mi madre no es reina, y no es reina desde que Coligny es mi padre.

—¡Oh! señor, dijo el almirante, la reina Catalina...

—Es una enrredadora.—Con ella es imposible tener paz.—Yo por el contrario, quiero, no solo pacificar mi reino, sino aumentar el poder de los que profesan la religion.—Voy ha hablarte francamente, continuó Cárlos IX. Desconfio de cuanto me rodea, escepto de mis nuevos amigos. Perdóneme Dios si digo que no hay mas que tres franceses en Francia; yo, mi cuñado el de Navarra y tú. Pero yo estoy atado al trono y no puedo

mandar ejércitos. Mi cuñado es muy jóven y tiene poca esperiencia. Además me parece que le han de perder las mugeres como á su padre. Solo tú reunes el valor de Julio César á la prudencia de Platon.—De manera que no sé que hacer, si quedarme contigo para que me aconsejes, ó enviarte á la guerra para que la dirijas. Si te hago general, ¿quién será mi consejero? si te hago consejero ¿quién será mi general?

—Señor, dijo Coligny, lo primero es vencer; despues de la victoria habrá lugar para el consejo.

—Me conformo con tu parecer, padre mio. El lúnes saldrás tú para Flandes, y yo para Amboise.

—¿Abandona vuestra magestad á Paris?

—Sí. Estoy ya cansado de tanto ruido y de tantas fiestas. No soy hombre de accion; soy pensador; no he nacido para rey, sino para poeta. Mientras estés en la guerra habrá una especie de consejo que gobierne; como no intervenga en él mi madre, irá todo bien. Yo he avisado á Ronsard para que vaya á Amboise, y allí juntos los dos, lejos del estrépito del mundo, lejos de los malvados, á la sombra de los árboles, á las márgenes del rio, al son de la corriente de un arroyo, hablaremos de las cosas de Dios, única compensacion que hay en el mundo contra la maldad de los hombres. Escucha los versos en que digo á Ronsad que venga á reunirse conmigo: esta mañana los he hecho.

Sonrióse Coligny. Cárlos IX se pasó la mano por su frente, pálida y lisa como el marfil, y recitó con

una especie de canto cadencioso los siguientes versos:

Conozco Ronsard mio que si de mí te ausentas
Desde ese instante mismo á tu rey descontentas;
Pero él de tí se acuerda y con constancia ardiente
No ceja en su tarea de aprender poesía:
Y en prueba te remito esta produccion mia
Que tal vez entusiasme tu novelezcamente. *

—¡Bien, señor, bien! dijo Coligny: mas entiendo de guerra que de poesía: pero esos versos me parecen mejores que los que hace el mismo Ronsard, y cuantos poetas hay en Francia.

—¡Ojalá fuera verdad! esclamó Cárlos IX; te confieso que el título de poeta es lo que mas ambiciono.

—Ya sabia yo, respondió Coligny, que V. M. tenia comercio con las musas; pero ignoraba que prefiriese á todo trato el suyo.

—Tú eres la única escepcion, padre, y por eso te voy á poner á la cabeza de los negocios, á fin de no ser interrumpido en mis relaciones con ellas. Mira, en este momento tengo que responder á un madrigal nuevo que me ha enviado mi amo y gran poeta..... Por eso no puedo darte ahora los papeles que necesitas para ponerte al corriente de la gran cuestion que nos tiene divididos á Felipe II y á mí. Tengo tambien una especie de plan de cam-

---

* Creemos que nuestros lectores nos dispensarán no les demos mas muestras del número poético de Cárlos IX.

paña formado por mis ministros. Todo lo buscaré y te lo daré mañana.

—¿A qué hora, señor?

—A las diez. Si por casualidad estoy entretenido con mis versos y encerrado en mi gabinte de estúdio, entra sin reparo y coge los papeles que haya sobre esta mesa y dentro de esta cartera encarnada: el color salta á la vista y no puedes equivocarte: yo voy á escribir á Ronsard.

—Adios, señor.

—Adios, padre.

—Permitidme que os bese la mano.

—¿Qué dices de mano? ven á mis brazos, á mi corazon, ese es tu sitio. Ven, veterano, ven.

Y tirando Cárlos IX de Coligny que iba á inclinarse, tocó con los labios sus blancos cabellos.

El almirante se marchó enjugándose una lágrima.

Cárlos IX le siguió con la vista hasta que desapareció, y estuvo atento al ruido de sus pasos hasta que dejaron de oirse; en seguida bajó la cabeza, movimiento que en él era una costumbre, y pasó del aposento en que se hallaba, á la sala de armas.

Era esta la habitacion favorita del rey: en ella daba sus lecciones de esgrima con Pompeyo, y sus lecciones de poesía con Ronsard. Ocupábala en gran parte una coleccion de armas ofensivas y defensivas, escogidas entre las mas hermosas que habia tenido el monarca á la vista.

Las paredes estaban cubiertas de hachas, escu-

dos, picas, alabardas, pistolas y mosquetes, y aquel mismo dia habia llevado un célebre armero al rey, un magnífico arcabuz, en cuyo cañon estaban incrustados en plata cuatro versos compuestos por el real poeta.

Entró, pues, Cárlos en esta habitacion, y cerrando la puerta principal que acababa de atravesar, levantó un tapiz que ocultaba un pasadizo terminado por un pequeño aposento en que estaba rezando una muger de rodillas sobre un reclinatorio.

Habiendo el rey hecho este movimiento con lentitud, no resonaron sus pasos sobre la alfombra, de manera que la muger que estaba de rodillas continuó sus oraciones sin oir el menor ruido. Cárlos se quedó un momento contemplándola en meditabunda actitud.

Era la que rezaba muger de unos treinta y cuatro á treinta y cinco años; á su vigorosa belleza daba realce el traje de las aldeanas de las cercanías de Caux. Llevaba el prominente gorro tan de moda en la corte de Francia, durante el reinado de Isabel de Baviera, y su jubon encarnado estaba recamado de oro á la manera de los que en el dia usan las labradoras de Nettuno y de Sora. El aposento que ocupaba y en que habia vivido por el espacio de veinte años, estaba contiguo á la alcoba del rey, y ofrecia á la vista un singular conjunto de elegancia y rusticidad. El palacio se habia reflejado en la choza y la choza en el palacio, en proporciones casi iguales, de suerte que aquel aposen-

to formaba un término medio entre la sencillez de la aldeana, y el lujo de la gran señora. En efecto, el reclinatorio era de madera de encina maravillosamente trabajada, y estaba forrado de terciopelo con franjas de oro, al paso que la Biblia en que leia sus oraciones (pues pertenecia á la religion reformada) era uno de esos libros viejos y estropeados que solo se encuentran en las mas pobres casas.

Los demas muebles estaban en armonía con el reclinatorio y la Biblia.

—¡Madelon! * dijo el rey.

Al oir aquella voz que tanto conocia, alzó la muger la cabeza, se sonrió y dijo levantándose.

—¡Ah! ¿eres tú, hijo mio?

—Sí, nodriza, ven acá.

Cárlos IX soltó el tapiz y marchó á reclinarse en un sillon. Un instante despues salió la nodriza.

—¿Qué quieres Carlitos?

—Ven y responderme en voz baja.

Acercóse la nodriza con una familiaridad que en rigor podia proceder de ese maternal cariño que inspira á una muger el sér que ha creado á sus pechos, pero al cual atribuyen escritos contemporáneos un orígen mucho menos puro.

—Héme aquí, le dijo, habla.

—¿Está ahí el hombre que he mandado llamar?

—Hace media hora.

---

* Diminutivo de Magdalena.

Cárlos se levantó, se asomó á la ventana y miró si habia álguien en observacion, marchó hácia la puerta y aplicó el oido por si le espiaban, sacudió el polvo á algunas armas, hizo unas cuantas caricias á un gran lebrel que le seguia paso á paso, parándose cuando se paraba su amo, y echando á andar cuando éste se ponia en movimiento, y dijo por fin:

—Está bien nodriza dile que entre.

La buena muger se marchó por la misma puerta por donde habia entrado, y el rey se recostó en una mesa cubierta de armas de toda especie.

Un momento despues volvió á levantarse el tapiz y dió paso á la persona que aguardaba el monarca.

Era un hombre de cuarenta años poco mas ó menos; tenia los ojos pardos y torcidos, la nariz encorvada y terminada en punta como la lechuza, los pómulos prominentes; quiso revestir su rostro de una espresion de respeto y solo logró hacer asomar á sus lábios, pálidos de miedo, una hipócrita sonrisa.

Cárlos llevó silenciosamente la mano hácia atrás y cogió una pistola de nueva invencion que disparaba el tiro por medio de una piedra puesta en contacto con una rueda de acero, cuyo mecanismo sustituia á la mecha usada hasta entonces; clavó sus apagados ojos en el nuevo personaje que acabamos de poner en escena y le examinó de péis á cabeza silbando entre tanto con notable precision y melodía su tonada de caza favorita.

Pasados algunos segundos durante los cuales se

descompuso mas y mas el rostro del desconocido, e dijo el rey:

—¿Sois Francisco de Louviers Maurevel?

—Sí, señor.

—¿Gefe de polvoristas?

—Sí señor.

—Queria veros.

Maurevel hizo una cortesía.

—Ya sabéis, continuó Cárlos pausadamente, que todos mis súbditos son igualmente acreedores á mi amor.

—Ya sé, balbuceó Maurevel, que V. M. es el padre del pueblo.

—Y que son hijos mios tanto los hugonotes como los católicos.

Maurevel no desplegó los lábios, pero el temblor que agitaba su cuerpo se hizo visible á las penetrantes miradas del rey, aunque su persona se hallaba casi del todo envuelta entre sombras.

—Vos que tanta guerra habeis hecho á los hugonotes, oireis esto con algun disgusto, continuó el rey.

Maurevel cayó de rodillas.

—Señor, murmuró, crea V. M.....

—Creo, prosiguió Cárlos IX, fijando en Maurevel con mayor intensidad sus miradas, que de apagadas que eran, casi se convirtieron en chispeantes, creo que teniais hartos deseos de matar en Montcontour al señor almirante que acaba de salir de aquí; creo que disteis golpe en vago, y pasas-

teis al ejército de nuestro hermano el duque de Anjou; creo en fin, que os pasasteis otra vez al partido de los príncipes, y os alistasteis en la compañía del señor Mouy de St-Phale.

—¡Oh! señor.....

—El cual era un escelente caballero picardo.

—Señor, señor, esclamó Maurevel, no me confunda V. M.

—Era un buen oficial, continuó Cárlos IX, y su rostro se revistió de una espresion de crueldad que rayaba en feroz; os recibió como á un hijo, y os dió habitacion, vestidos y alimento.

Maurevel lanzó un desesperado suspiro.

—Dicen que le llamabais padre, prosiguió implacablemente el rey; su hijo, el jóven Mouy, os profesaba la mas tierna amistad.

Maurevel, siempre arrodillado, se encorvaba mas y mas sucumbiendo al peso de las palabras de Cárlos IX, el cual le hablaba de pié con la impasibilidad de una estátua que solo tuviese animacion en los labios.

—A propósito, continuó el rey, ¿no fueron diez mil los escudos que os prometió el duque de Guisa, si matabais al almirante?

El consternado asesino heria el suelo con la frente.

—Volviendo el señor de Mouy, vuestro padre, un dia tuvo que hacer un reconocimiento hácia Chevreux. Vos le escoltasteis. Se le cayó el látigo y echó pié á tierra para recogerle. Estabais solo con él, sacasteis una pistola y cuando se incli-

nó, le atravesasteis los riñones de un balazo; al verle muerto, porque efectivamente le matasteis, huisteis con el caballo que debiais á su generosidad. Creo que esa es la historia.

Nada respondió Maurevel á esta acusacion, cuyos detalles eran esactísimos: Cárlos IX se puso á silbar con igual precision y melodía la misma tonada de caza que antes.

—¿Sabeis, señor asesino, dijo pasado un instante, que me están dando intenciones de ahorcaros?

—¡Magnánimo rey!..... esclamó Maurevel.

—Ayer mismo me lo suplicó Mouy, el hijo, y no supe en verdad qué responderle, porque su solicitud es justa sobremanera.

Maurevel juntó las manos.

—Tanto mas justa, cuanto que, como al principio me dijisteis, soy el padre del pueblo, y como yo os respondí, desde que me he reconciliado con los hugonotes, son tan hijos mios como los católicos.

—Señor, dijo Maurevel perdiendo toda esperanza, mi vida está en vuestras manos, haced de ella lo que gusteis.

—Bien decis, no daré yo un óbolo por ella.

—Pero, repuso el asesino, ¿no podria borrarse de algun modo mi crímen?

—No sé de cual. Sin embrrgo, si yo me hallara en vuestro lugar, de lo que, á Dios gracias, estoy muy lejos.....

—Si os hallarais en mi lugar, repitió Maurevel

mirando con ansiedad al rey, y pendiente de sus palabras.

—Creo que aun saldria á puerto.

Incorporose Maurevel sobre una rodilla y una mano, fijando los ojos en Cárlos á fin de cerciorarse de que no se chanceaba.

—No niego que quiero mucho al jóven Mouy, continuó el rey; pero tambien quiero en estremo á mi primo el de Guisa, y si me pidiera la vida de un hombre, cuya muerte me demandara el otro, confieso que no sabria á cual dar la preferencia. Sin embargo, por interés de la política y de la religion, deberia hacer lo que me pidiese el de Guisa, porque por valiente capitan que sea Mouy, es poca cosa comparado con un príncipe de Lorena.

Durante esas palabras, se iba enderezando Maurevel lentamente como si ellas le devolvieran la vida.

—En la crítica situacion en que os encontrais, le importante seria grangearos la proteccion del duque de Guisa, y ahora me acuerdo de una cosa que me dijo ayer.

Maurevel se acercó un paso.

—Figúrese V. M., me decia, que todas las mañanas, á las diez, pasa un enemigo mortal mio por la calle de San Germán l' Auxerrois, volviendo del Louvre; yo le veo desde una reja del piso bajo, que corresponde á la habitacion de mi antiguo preceptor, el canónigo Pedro Pile. Todos los dias pasa, y todos los dias pido al diablo que abra la tier

ra y se lo trague.—Yo creo, maese Maurevel, continuó Cárlos, que si vos fuerais el diablo, no lo sentiria mi primo Guisa.

Los pálidos labios de Maurevel se animaron con una infernal sonrisa, y pronunciaron estas palabras:

—Pero, señor, yo no tengo poder para abrir la tierra.

—Si no estoy desmemoriado, se la abristeis al valiente Mouy. Me direis que fué con una pistola..... ¿La habeis perdido?

—Perdone V. M., repuso el asesino casi del todo tranquilizado, todavía manejo el arcabuz, mejor que la pistola.

—¡Oh! esclamó Cárlos IX; es lo mismo; estoy seguro de que mi primo Guisa no pondria reparo en cuanto á la eleccion de los medios.

—Necesito de una arma muy segura, dijo Maurevel, porque acaso habrá que tirar de lejos.

—Diez arcabuces tengo en esta sala, repuso Cárlos IX, y con todos ellos atravieso un escudo de oro á ciento cincuenta pasos. ¿Quereis probar uno?

—Con mucho gusto, esclamó Maurevel acercándose al que habian llevado á Cárlos IX aquella misma mañana y que estaba en un rincon.

—No, eso no, dijo el rey, le reservo para mí propio. Dentro de pocos dias tengo una gran cacería, y pienso llevarle; los demás están á vuestra disposicion.

Maurevel descolgó otro arcabuz.

—Fáltame saber ahora cual es ese enemigo, dijo el asesino.

—¿Lo sé yo por ventura? preguntó Cárlos IX confundiendo al miserable con una desdeñosa mirada.

—Lo preguntará al señor duque de Guisa, balbuceó Maurevel.

El rey se encogió de hombros.

—No se lo pregunteis, porque no os responderia. ¿Quién responde à esas cosas? El que no quiera que le ahorquen, que adivine.

—Pero ¿en qué podré reconocerle?

—Os he dicho que todas las mañanas á las diez pasa por delante de la reja del canónigo.

—Es que pasan muchos.—Dígnese V. M. darme tan solo una seña de esa persona.

—Bien fácil es.—Mañana, por ejemplo, llevará debajo del brazo una cartera de marroquí encarnado.

—Basta, señor.

—Supongo que aun tendreis el caballo que os dió el señor Mouy y que corre tanto.

—Tengo un caballo berberisco de los mas veloces.

—Aunque no me inspirais ningun cuidado, bueno será deciros que el cláustro tiene una puerta trasera.

—Gracias, señor.—Ruegue V. M. á Dios por mí.

—Dejaos de Dios y rogad al diablo; su proteccion es la única que os puede salvar de la horca.

—Adios, señor.

—Adios.—Una palabra señor de Maurevel: te-

ned entendido que si se oye hablar de vos antes de las diez de la mañana, ó si no se oye hablar despues de esa hora, tened entendido, repito, que en el Louvre hay calabozos que nunca sueltan su presa.

Dicho esto volvió Cárlos IX á silbar tranquilamente y con mas precision que nunca su tonada favorita.

CAPITULO IV.

LA NOCHE DEL 24 DE AGOSTO DE 1572.

No habrá olvidado el lector que en el capítulo precedente se hizo mencion de un caballero llamado La Mole, esperado con cierta impaciencia por Enrique de Navarra. Segun anunció el almirante, entró este caballero en Paris, por la puerta de San Marcelo al caer la tarde del 24 de Agosto de 1572, y dirigiendo una mirada á cual desdeñosa á las muchas fondas y hosterías que á derecha é izquierda ofrecian sus pintarrajeadas muestras, obligó á su fatigado caballo á penetrar en el centro de la ciudad, deteniéndose solo en la embocadura, de la calle de Bracq, llamada hoy del Arbol-Seco, cuyo nombre conservaremos para mayor inteligencia de los lectores.

Sin duda le cayó en gracia el nombre porque entró en ella, y llamando su atencion una magnífica plancha de hierro batido, pendiente de una varilla del mismo metal, que rechinaba bajo su peso, con un discordante acompañamiento de campanillas, hizo alto segunda vez para leer estas palabras: *Fonda de la Hermosa Estrella*, escritas debajo de un cuadro que representaba el objeto mas halagüeño para un caminante falto de alimento; es á saber, un ave asada en medio de un cielo nublado, hácia cuyo astro de nueva especie tendia un hombre vestido de colorado, un bolsillo y los dos brazos, mientras que sus ojos le miraban incitados por el deseo.

—No es mal anuncio el de esta posada, dijo para sí el caballero, y á fé que el patron debe ser persona que lo entienda. He oido decir, que la calle del Árbol-Seco está en el barrio de Louvre, y como corresponda el establecimiento á la muestra, me hallaré aquí perfectamente.

Interin pronunciaba el recien llegado este monólogo, entraba otro forastero por la estremidad opuesta de la calle, ó sea por la de San Honorio, y se detenia tambien estasiado ante la muestra de la *Hermosa Estrella*.

El primero de los dos, esto es, el que conocemos de nombre, montaba un caballo blanco, de raza española, é iba vestido con un jubon negro, con adornos de azabache. Llevaba una capa de color violado oscuro, botas de cuero negro, espada con puño

de hierro cincelado y puñal. Pasando de su traje á su persona, diremos que era un hombre de 24 á 25 años, moreno, de ojos azules, de bigote laso y de reluciente dentadura, que parecia dar brillo á todo su rostro, cuando para sonreirse, dulce y melancólicamente, abria una boca perfectamente conformada.

El segundo caminante contrastaba completamente con el primero. Por debajo de su sombrero de arremangadas alas, se dejaba ver en profusion sus encrespados cabellos, de un color entre rubio y bermejo. Tanto brillaban sus pardos ojos á la menor contradiccion, que se ponian como negros. En lo restante del rostro era lo mas notable su rosada tez, sus labios delgados y cubiertos en la parte superior con un bigote rubio, y su admirable dentadura. En fin, lo blanco de su piel, su elevada estatura, y sus anchas espaldas, hacian de él lo que se llama un gallardo caballero. En el espacio de una hora que llevaba contemplando los balcones y pretesto de ecsaminar las muestras, muchas mugeres le habian mirado con atencion; y los hombres que quizá al ver su estrecha capa, sus ajustadas bragas y sus botas de antigua forma, sentian alguna tentacion de risa, la cambiaban por un *Dios le guarde* de los mas atentos al ecsaminar aquella fisonomía que en un momento mudaba diez veces de espresion, salva siempre la de benevolencia que caracteriza á un forastero.

Dirigiéndose al otro caballero, que como deja-

la palabra à Coconnas, el cual parecia haber tomado à pechos el asunto; pero bien claro demostraba el fruncimiento de sus cejas que estaba dispuesto á ausiliarle si llegaba el caso de pasar á las obras.

—¿Y qué quiere el señor conde? preguntó el patron con la mayor impasibilidad.

—Bien..... eso ya suena mejor, ¿no es verdad? dijo Coconnas volviéndose hácia La Mole, el cual hizo con la cabeza una seña afirmativa. Al señor conde y á mí nos ha llamado la atencion esa muestra y queremos que nos deis cena y hospedaje.

—Señores, dijo el patron, lo siento mucho, pero no hay mas que un cuarto desocupado y temo que no os convenga.

—En ese caso, dijo La Mole, iremos á otra parte.

—¡O! no tal, no tal, repuso Coconnas; yo me quedo: mi caballo no puede dar un paso. Tomaré para mí el cuarto, si vos no lo quereis.

—¡Ah! eso es otra cosa, replicó el patron con la misma cachaza. Si no se queda mas que uno me es imposible darle alojamiento.

—¡Voto á brios! esclamó Coconnas, ¿á mí me vienes con chanzas, mala béstia? Antes sobraba con dos y ahora no basta con uno: ¿quieres hospedarnos, ó no?

—Ya que lo tomais por ese tono, os responderé con franqueza.

—Pues hazlo y pronto.

—Prefiero no tener el honor de recibiros en mi casa.

—¿Por qué razon? preguntó Coconnas poniéndose amarillo de cólera.

—Porque no traeis lacayos, y para una habitacion que ocupaseis como amos, se quedarian vacias dos de criados; si os doy la una me espongo á no hallar huéspedes para las otras.

—Señor de La Mole, dijo Coconnas volviéndose à su compañero, ¿os parece que demos una leccion á este pícaro?

—No tengo dificultad, respondió La Mole preparándose, como Coconnas, á dar un vapuleo al posadero.

Mas á pesar de estas demostraciones nada despreciables, pues que provenian de dos personas que tenian trazas de arrojadas, el patron no se inmutó y se contentó con dar un paso hácia atras para meterse en su casa.

—Se conoce, dijo con socarronería, que estos caballeros vienen de fuera. Ya pasó en Paris la moda de asesinar à los posaderos que no quieren dar hospedaje à quien no les acomoda. Ahora se asesina á los nobles, no á los plebeyos, y si alzais mucho el grito, vereis como llamo à mis vecinos y sois vosotros los vapuleados, trato enteramente indigno de unos caballeros.

—¡Este hombre se burla de nosotros! esclamó Coconnas ecsasperado, ¡voto á brios!.....,

—Gregorio, trae mi arcabuz, dijo el patron á un mozo, con el mismo tono de voz con que hubiera dicho: trae una silla á estos señores.

—¡Insolente!.....gritó Coconnas sacando la espada, ¿no os acalora el oir esto, Señor de La Mole?

—No, porque considero que si yo me acalorara se enfriaria la cena.

—¿Pues qué os parece?.....

—Me parece que este hombre tiene mucha razon aunque no sabe recibir á los huéspedes, y en especial á los huéspedes como nosotros. En vez de decir de buenas á primeras no os quiero en mi casa, debió decir con toda política: pasad adelante, á reserva de poner luego en la cuenta *tanto por el cuarto de los amos, y tanto por el de los criados*, en atencion á que si no los tenemos, venimos con intencion de tomarlos.

Esto diciendo apartó La Mole con blandura al posadero, el cual ya iba á echar mano al arcabuz, hizo entrar á Coconnas y entró tras él.

—Os aseguro, dijo Coconnas, que envaino con disgusto la espada: hubiera querido saber si se pincha tan bien como las mecheras de la cosina de ese jaque.

—Paciencia, caro compañero, dijo La Mole, paciencia. Las posadas están llenas de forasteros con motivo de las fiestas de la boda, ó de la guerra que amenaza en Flandes, y seria muy fácil que no encontráramos otro alojamiento. ¿Quién sabe? puede que sea costumbre recibir en París así á los recien llegados.

Alabo vuestra paciencia, señor de La Mole, murmuró Coconnas retorciéndose de rabia su rojo bigo-

te y fulminando terribles miradas al posadero. Pero que se ande con tiento ese tunante, porque si es mala la cena, ó dura la cama, si el vino no lleva tres años de embotellado ó el criado no es mas blando que un junco.....

—Por supuesto, caballerito, dijo el huésped afilando en un pedazo de cuero el cuchillo que llevaba à la cintura: no tengais miedo, estais en la misma ciudad de Jauja.

Y moviendo la cabeza murmuró en voz baja:

—Este es algun hugonote; ¡qué insolentes andan esos traidores desde que su Bearnés se ha casado con la señorita Margot! Y con una sonrisa que hubiera hecho estremecerse á sus huéspedes si le hubiesen visto, esclamó:

—Lance seria, que justamente hubiesen venido aquí hugonotes,... y que....

—¿Cenamos ó no? preguntó con aspereza Coconnas, interrumpiendo los apartes de su huésped.

—Como gusteis, caballero, respondió éste con cierta amabilidad que sin duda provenia de la última idea que le habia ocurrido.

—Sí gustamos, y ha de ser pronto, respondió Coconnas.

Y volviéndose á La Mole, prosiguió:

—Interin nos preparan el cuarto, decidme señor conde: ¿os ha parecido Paris por casualidad una poblacion alegre?

—No, á fé, respondió La Mole, hasta ahora no he visto mas que caras uranas y avinagradas. Pue-

de ser tambien que los parisienses tengan miedo á la tempestad que amenaza. Ved què nublado está el cielo y qué bochornoso el aire.

—Venis buscando el Louvre, ¿no es así, conde?

—Sí, y vos tambien segun creo.

—Pues si quereis le buscaremos juntos.

—Me parece que es algo tarde para salir, observó La Mole.

—Tarde ó no, yo tengo que hacerlo. Traigo órdenes muy precisas. Llegar á Paris lo mas pronto posible y ver al duque de Guisa apenas llegue.

Al oir nombrar al duque de Guisa, el patron se acercó con curiosidad.

—Parece que trata de escucharnos ese tunante, dijo Coconnas, que como buen piamontés era muy rencoroso y no podia perdonar al dueño de la *Hermosa Estrella* el incivil modo con que recibia á los viajeros.

—Ya se vé que os escucho, señores, dijo éste llevando la mano á la gorra, pero es para serviros.

—He oido habla del duque de Guisa; y vengo à ofrecerme á vuestra disposicion. ¿En qué os puedo ser útil, caballeros?

—¡Ola! alguna mágica debe tener ese hombre, cuando de insolente se ha convertido en obsequioso. ¡Voto á Sanes! maese..... maese..... ¿cómo te llamas?

—Maese La Huriére, respondió el patron inclinándose.

—Pues bien, maese La Huriére, ¿crees por ven-

tura que tengo el brazo menos pesado que el duque de Guisa. que tan político te ha vuelto?

—Menos pesado no, señor conde, pero sí mas corto, replicó La Huriére. Debo advertiros que el gran Enrique es el ídolo de los parisienses.

—¿Qué Enrique? preguntó La Mole.

—No creo que haya mas que uno, dijo el posadero.

—¿Cuál?

—Enrique de Guisa.

—Poco á poco, amiguito, hay otro de quien os aconsejo que no hableis mal, y es Enrique de Navarra: esto sin contar à Enrique de Condé que tambien tiene su mérito.

—No lo conozco, dijo el patron.

—Pues yo sí, repuso La Mole, y como precisamente vengo á buscar á Enripue de Navarra, hacedme el favor de andar con tiento en lo que de él digais.

No respondió el posadero, y contentándose con saludarle ligeramente, continuó hablando á Coconnas en el mas afable tono.

—¿Con que vais á ver al gran duque de Guisa? Envidiable es vuestra fortuna: sin duda vendreis para....

—¿Para qué? preguntó Coconnas.

—Para asistir á la funcion, respondió el posadero con singular sonrisa.

—Decid à las funciones, porque. segun he oido, Paris hierve en fiestas; no se habla de otra cosa

que de bailes, banquetes y torneos. Parece que las gente se divierte mucho aquí. ¿Eh?

—Hasta ahora, así, así, respondió el patron; pero dentro de poco espero que será mas.

—No obstante, las bodas de S. M. el rey de Navarra atraen mucha concurrencia à la ciudad, dijo La Mole.

—Muchos hugonotes, repuso bruscamente La Huriére, y con tono mas atento añadió:—Perdon, señores, acaso pertenezcais á la religion reformada.

—¡Yo de la religion! esclamó Coconnas, soy tan católico como el Santo Padre.

La Huriére volvió la cabeza hácia La Mole, como interrogándole, pero el provenzal no le comprendió, ó no quiso comprenderle.

—Si no conoceis á S. M. el rey de Navarra, le respondió, conocereis al menos al señor almirante. Tengo entendido que disfruta de algun favor en la corte, y viniendo recomendado à él, desearia saber dónde vive, si es que no os cuesta mucho trabajo el decirlo.

—*Vivia* en la calle de Bethis á la derecha, respondió el patron con una satisfaccion interior que á su pesar se hizo esterior.

—¡Cómo que vivia! preguntó La Mole: ¿pues qué, se ha mudado?

—A estas fechas puede que se haya mudado al otro mundo.

—¡Al otro mundo! esclamaron á la par los dos caballeros.

—¿Y qué, señor de Coconnas, prosiguió el patron con maligna sonrisa, sois del partido del duque de Guisa, é ignorais esa noticia?

—¿Qué noticia?

—Que al pasar anteayer por la plaza de San-German-l' Auxerrois, por delante de la casa del canónigo Pedro Piles, recibió el almirante un arcabuzazo.

—¡Y ha muerto! esclamó La Mole.

—No, porque el tiro no le rompió mas que un brazo, llevándole dos dedos; pero se espera que estuviesen envenenadas las balas.

—¡Cómo que se espera, miserable! dijo La Mole.

—Quiero decir que se cree, repuso el patron; no hay que agraviarse por una palabra; es un *lapsus linguæ*.

Y volviendo maese La Huriére la espalda á La Mole, hizo una seña á Coconnas sacando la lengua de un modo socarron, y lanzándole una penetrante ojeada.

—¡Deveras! dijo Coconnas radiante de alegría.

—¡Deveras! murmuró La Mole con doloroso estupor.

—Como tengo el honor de deciroslo, señores respondió el posadero.

—En ese caso, dijo La Mole, voy al Louvre sin perder momento. ¿Podré ver al rey Enrique?

—Es probable; allí vive.

—Y yo tambien voy al Louvre, dijo Coconnas. ¿Podré ver al duque de Guisa?

—Tambien es probable, porque hace un instante que pasó con doscientos caballeros.

—Pues venid, señor de Coconnas, dijo La Mole.

—Ya os sigo, respondió Coconnas.

—¿Y la cena, señores? preguntó maese La Huriére.

—Yo acaso cenaré con el rey de Navarra, dijo La Mole.

—Y yo, con el duque de Guisa, dijo Coconnas.

—Y yo, dijo el huésped despues de seguir con la vista à los dos caballeros que se encaminaron al Louvre, yo voy á acicalar mi yelmo, á poner una mecha à mi arcabuz y á afilar mi partesana. No sabe uno lo que puede suceder.

CAPTIULO V.

DEL LOUVRE EN PARTICULAR Y DE LA VIRTUD EN GENERAL.

Despues de tomar informes los caballeros de la primer persona que encontraron, se dirigieron por la calle de Avernon y la de San German-l'Auxerrois, y llegaron á poco frente del Louvre, cuyas torres empezaban á confundirse con las primeras sombras de la noche.

—¿Qué teneis? preguntó Coconnas á La Mole el cual se habia detenido à contemplar el antiguo edificio y miraba con cierto respeto sus puentes levadizos, sus estrechas ventanas y sus agudas torrecillas que de repente se presentaron ante sus ojos.

—No lo sé, dijo La Mole, pero me palpita el corazon. No me tengo por tímido, y sin embargo,

ese palacio me parece sombrío y aun estoy por decir, terrible.

—Pues á mí, respondió Coconnas, no sé lo que me pasa que siento una alegría inusitada. Mi traje no es muy elegante, que digamos, continuó recorriendo con la vista su vestido de camino. Pero.... ¡bah! siempre conserva uno el aire de caballero. Ademas, las órdenes que traigo me prescriben la mayor prontitud; obedezco puntualmente, y seré bien recibido.

Y entrambos jóvenes prosiguieron su camino, agitado cada cual por los sentimientos que habia espresado.

Guarnecia al Louvre una fuerza respetable, y todas las guardias estaban aumentadas. Hallaronse, pues, bastante apurados nuestros jóvenes al principio. Pero Coconnas que habia observado que el nombre del duque de Guisa era una especie de talisman para los parisienses, se acercó á un centinela y echando por delante este omnipotente nombre, preguntó si le era lícito penetrar en el Louvre por su mediacion.

El talisman produjo en el soldado su efecto ordinario; sin embargo, pidió á Coconnas el santo y seña.

Cococonnas tuvo que confesar que no lo sabia.

—Pues pasad de largo, caballero, dijo el soldado.

Una persona que estaba hablando con el oficial de guardia y que oyó á Coconnas solicitar su ad-

mision en el palacio, interrumpió en aquel momento su conversacion, y acercándose á él le dijo:

—¿Qué querer vos al duque de Guisa.

—Querer hablarle, respondió Coconnas sonriéndose.

—No puede esto. El duque estar con el rey.

—Como traigo una carta en que se me manda venir á Paris....

—¿Traer una carta?

—Con ella vengo desde muy lejos.

—¡Ola! ¿venir de muy lejos?

—Del Piamonte.

—Pien, pien. Ese es otra cosa; ¿cómo os llamais?

—El conde Anibal de Coconnas.

—Estar pueno. Vos á mi la carta, señor Anipal.

—¡Qué amabilidad gasta ese hombre! dijo entre sí La Mole: si yo me encontrara otro que me llevara al cuarto del rey Enrique!

—Vamos, ¿darme á mí? preguntó el aleman tendiendo la mano hácia Coconnas, que estaba vacilante.

—Hombre, repuso el piamontés, que á fuer de medio italiano era desconfiado, no sé si será bien hecho.... No tengo el honor de conoceros.

—Soy Pesme y estoy al servicio del señor duque de Guisa.

—¡Pesme! repitió Coconnas, nunca he oido ese nombre.

—Este caballero es el señor de Besme, dijo el

centinela, solo que pronuncia mal: Entregadle la carta sin recelo.

—¡El señor de Besme! esclamó Coconnas, ¡vaya si le conozco! ¡Sin ningun recelo! ahí está la carta. Perdonad que haya vacilado, por no comprometer mi fidelidad.

—Pien, pien, dijo Besme, no haper necesitat de escusas.

—Caballero, dijo entonces La Mole acercándose ya que tan complaciente sois, ¿teneis la bondad de encargaros de otra carta que yo traigo?

—¿Cómo os llamais?

—El conde de Lerac de La Mole.

—¿El conte Lerac te La Mole?

—Sí

—No conozco ese nompre.

—No es estraño, soy forastero y esta misma noche he llegado á Paris despues de una caminata igual á la del conde de Coconnas.

—¿Y venis?

—De Provenza.

—¿Con alguna carta?

—Sí, con una.

—¿Bara el señor te Guisa?

—No, para S. M. el rey de Navarra.

—No sirvo al rey te Navarra, capallero, respondió Besme con repentina frialdad; no poder aceptar esa comision.

Dicho esto volvió las espaldas é hizo seña á Coconas de que le siguiera.

La Mole se quedó solo.

En el mismo instante salió por la puerta del Louvre, paralela á la que habia dado paso á Besme y Coconnas, una tropa de caballería compuesta de unos cien hombres.

—Mira, dijo el centinela á su camarada, ahí van Mouy y sus hugonotes: traen buena cara, sin duda les habrá prometido el rey la muerte del asesino del almirante, y como es el mismo que mató al padre de Mouy, el hijo vengará dos agravios de una vez.

—Con permiso, valiente, dijo La Mole al soldado, ¿decis que ese oficial es el señor de Mouy?

—El mismo, señor caballero.

—Y que los que le acompañan son.....

—Unos renegados. Eso he dicho.

—Gracias, repuso La Mole, no haciendo alto en el despreciativo término usado por el centinela. Es cuanto queria saber.

Y dirigiéndose desde allí á donde estaba el gefe de los ginetes.

—Caballero, le dijo acercándose á él, acabo de saber que sois el señor de Mouy.

—Sí, señor, respondió políticamente el oficial.

—Vuestro nombre, bien conocido entre los que profesan la religion, me alienta á solicitar de vos un favor.

—¿Cuál es? Y ante todo ¿á quién tengo el honor de hablar?

—Al conde Lerac de La Mole.

Ambos jóvenes se hicieron un saludo.

—Ya os escucho, dijo Mouy.

—Pues, señor, yo llego en este momento de Aix, y soy portador de una carta del señor de Aunac, gobernador de Provenza, cuya carta viene dirigida al rey de Navarra, y contiene noticias importantes y urgentes. ¿Cómo podré entregarla á S. M? ¿Cómo podré entrar en el Louvre?

—Nada mas fácil que entrar en el Louvre, caballero, repuso Mouy, pero me temo que en este momento esté muy ocupado el rey de Navarra, y no pueda recibiros. Sin embargo, si teneis á bien seguirme, os conduciré hasta su aposento. El resto vos vereis como hacerlo.

—Mil gracias.

—Venid, dijo Mouy.

Y apeándose de su caballo entregó las riendas á un lacayo, se encaminó á la garita en que se hallaba el centinela, diose á conocer á éste, introdujo á La Mole en el Palacio, y abriendo la puerta de los aposentos del rey.

—Entrad, le dijo, é informaos.

Y se retiró, saludando al provenzal.

Luego que se quedó solo La Mole, echó una ojeada en su derredor. La antesala estaba desocupada, y una de las puertas interiores abierta. Dió algunos pasos, y entrando en un pasadizo, empezó á golpear en las paredes y á llamar, pero nadie le respondió. En aquella parte del Louvre reinaba el mas profundo silencio.

—¡Y decian que era tan severa la etiqueta! ¡Severa cuando se pasea uno por aquí como por una plaza! Esto diciendo, volvió á llamar, mas no consiguió mejor resultado que la vez primera.

—Iré andando hácia adelante, añadió, y tarde ó temprano encontraré gente.

Y echó á andar por el pasadizo que cada vez iba siendo mas oscuro.

De repente se entreabrió la puerta opuesta á la que le habia dado paso, y salieron dos pajes con candelabros alumbrando á una muger de imponente estatura, de magestuoso continente, y sobre todo, de una hermosura admirable.

La luz iluminó de lleno á La Mole, el cual se quedó inmóvil.

La dama se detuvo tambien imitando al provenzal.....

—¿Qué quereis, caballero? preguntó al jóven con un acento que resonó en sus oidos como una deliciosa música.

—Señora, dijo La Mole bajando la vista, os suplico que me perdoneis. Me acabo de separar del señor de Mouy, que ha tenido la bondad de acompañarme hasta aquí, y voy buscando al rey de Navarra.

—No está aquí S. M., caballero; y creo que se halla con su cuñado. ¿Pero no podriais durante su ausencia, decir á la reina?.....

—¡Oh! sí señora, respondió La Mole, si hubiera

quien me hiciese el favor de llevarme á su presencia.

—Ante ella estais.

—¡Cómo! esclamó La Mole.

—Soy la reina de Navarra, dijo Margarita.

Tal estupor y sobrecogimiento reveló el semblante de la Mole, que la jóven no pudo menos de sonreirse.

—Hablad pronto, le dijo, porque me está esperando la reina madre.

—¡Oh! pues si con tanta urgencia os aguardan, permitid que me aleje, porque en este momento me seria imposible hablaros. Soy incapaz de coordinar dos ideas: vuestro aspecto me deslumbra. No estoy para pensar, sino para admirar.

Margarita se acercó con suma gracia y bondad al gallardo jóven que sin saberlo, se habia producido como el mas refinado cortesano.

—Serenaos, le dijo. Esperaré y me esperarán.

—Perdonadme, señora, que no haya saludado á V. M. con todo el respeto que tiene derecho á ecsigir de uno de sus mas humildes súbditos, pero....

—Nada hay que perdonar, repuso Margarita, me equivocasteis con una de mis damas.

—No señora, sino con la sombra de la bella Diana de Poitiers. Me han dicho que suele aparecerse en el Louvre.

—Ya veo, caballero, dijo la reina, que no hay que pasar cuidado por vos: hareis fortuna en la corte. ¿Decis que traeis una carta para el rey? Es

¡nnecesaria. Pero no importa. ¿Dónde está? Yo se la entregaré.—Daos prisa.

La Mole se desabrochó el juvon en un abrir y cerar de ojos, y sacó del pecho una carta envuelta en un pedazo de seda.

Margarita cogió la carta y miró la letra.

—¿Sois el señor de La Mole? le preguntó.

—S,í señora.—¡Dios mio! ¿tendré la fortuna de que V. M. conozca mi nombre?

—Se lo he oido al rey mi esposo y á mi hermano el duque de Alenzon. Sé que os aguardan

E introdujo en su cintura cubierta de bordados y diamantes, aquel papel que acababa de salir del juvon del jóven y que aun conservaba el calor de su pecho.

La Mole seguia ávidamente con la vista todos los movimientos de Margarita.

—Ahora, caballero, bajad á la galería y esperad que vayan à buscaros de parte del rey de Navarra ó del duque de Alenzon. Uno de mis pajes os acompañará.

Diciendo esto, continuó Margarita su camino. La Mole se arrimó á la pared, pero era tan estrecho el pasadizo y tan ancho el guarda-infante de la reina que su vestido de seda rozó con el del jóven, esparciendo un penetrante perfume por donde quiera que pasaba.

La Mole sintió un estremecimiento en todo su cuerpo y tuvo que recostarse en la pared por no caerse.

Margarita desapareció como una vision.

—¿Vamos señor caballero? preguntó el paje que debia guiarle á la galería inferior.

—¡Oh! sí, sí, esclamó La Mole con un arrebato de alegría pues como el page le señaló el camino por donde acababa de irse Margarita, creyó que aun podria volverla á ver, si se daba prisa.

En efecto, al llegar á la escalera, la divisó en el piso inferior, y fuese por casualidad, ó porque el ruido de sus pasos la llamase la atencion, Margarita alzó la cabeza, de modo que el provenzal pudo ver otra vez su rostro.

—¡Oh! dijo siguiendo al paje, la reina no es un ser mortal, es una diosa, como dice Virgilio Maron.....

Et vera incessu patuit dea.

—¿Vamos? repitió el page

—Sí, allá voy, dijo La Mole, perdonad.

El paje echó á andar precediendo al jóven, bajó un piso, abrió dos puertas una tras otra, y deteniéndose en el umbral de la segunda dijo:

—Aquí es donde habeis de esperar.

La Mole entró en la galería cuya puerta se cerró tras él.

Solo habia en aquel recinto otro caballero paseándose: tambien tenia trazas de estar aguardando.

Empezaba ya la noche à estender sus sombras por las paredes, y aunque apenas mediaban entre ambos veinte pasos de distancia, no podian ni

unó ni otro distinguir sus facciones. La Mole se acercó.

¡Ave-María! murmuró cuando solo le separaron algunos pasos del segundo caballero; ¡aquí el conde de Coconnas!

—Ya se habia vuelto el piamontés al oir el ruido de sus pasos, y le contemplaba con el mismo asombro que él habia causado à su compañero.

—¡Voto á!..... esclamó; ¡lleveme el diablo si no es este el señor de La Mole!—¡Uf! ¿qué estoy haciendo? ¡echar juramentos en palacio! pero ¡bah! tambien dicen que el rey los hecha y hasta en la iglesia.—¿Con que al fin hemos entrado en e Louvre?

—Ya lo veis. Os introdujo el señor de Besme.

—Sí por cierto; es un aleman bellísimo el tal señor de Besme. ¿Y á vos quién os á servido de guia?

El señor de Mouy..... ya os dije que los hugonotes gozan de cierto crédito en la corte. ¿Habeis visto al duque de Guisa?

—Todavía no..... ¿Y à vos os ha dado audiencia el rey de Navarra?

—No, pero no puede tardar. Me han traido aquí y me han dicho que me esperase.

—Ya vereis como salen con que se trata de una gran cena, y nos sientan codo á codo á la mesa. ¡Casualidad ha sido por vida mia! Dos horas hace que la suerte anda empeñada en reunirnos, pero ¿qué teneis? Estais distraido.

—¡Yo! dijo vivamenta La Mole sobresaltándose, porque en efecto, estaba como deslumbrado por su vision; no, pero el sitio en que nos hallamos me inspira una multitud de reflecsiones.

—¿Filosóficas, eh? A mí tambien. Justamente cuando entrasteis, se me estaba ocurriendo todo lo que me prescribió en otro tiempo mi preceptor. ¿Habeis leido á Plutareo, señor conde?

—¿Pues no? dijo La Mole sonriéndose, si es uno de mis autores favoritos.

—Pues bien, contestó Coconnas gravemente, yo creo que ese grande hombre no se engañó cuando comparó los dones de la naturaleza con las plantas balsámicas de eterno perfume y de soberana eficacia para la curacion de las heridas.

—¿Sabeis el griego, señor de Coconnas? dijo La Mole mirando fijamente á su interlocutor.

—No, pero mi maestro lo sabia, y me previno muy encarecidamente, que cuando viniese á la corte, manifestara mucho aprecio á la virtud, y hablase mucho de ella. Dice que con eso se adquiere cierto aire de buen tono. Yo, en consecuencia, me he armado de testos, y os aviso que vengo preparado. A propósito, ¿teneis hambre?

—No.

—Pues me parece que allá en la posada no dejó de incitaros el ave asada: yo, por mí, me estoy muriendo de desfallecimiento.

—Ahí se os presenta una buena ocasion de utilizar vuestros argumentos en favor de la virtud, y de

probar vuestra admiracion á Plutarco. Este gran escritor dice: Es conveniente acostumbrar el alma al dolor, y el estómago al hambre.—*Prépon esti ten men psuchen odune, ton de gastera semo askein.*

—¡Hola! ¿con que vos sabeis hablar en griego? esclamó Coconnas con estupor.

—¡Sí, á fé! respondió La Mole; á mí me lo enseñó mi maestro.

—¡Pardiez! en ese caso, teneis hecha vuestra fortuna, conde; compondreis versos como el rey Cárlos IX, y hablareis en griego con la reina Margarita.

—Eso, añadió La Mole riéndose, sin contar con que tambien podré hablar en gascon con el rey de Navarra.

En aquel momento se abrió la puerta de la galería que daba á la habitacion del rey: sonáron pasos, y se vió una sombra en la oscuridad. Esta sombra tomó cuerpo, este cuerpo era el del señor de Besme.

Despues de ecsaminar de cerca á entrámbos jóvenes, y de reconocer al que buscaba, hizo seña á Coconnas de que le siguiera.

El piemontés saludó á La Mole.

Condújole Besme á la estremidad de la galería, abrió una puerta y bajó un escalon.

Allí hizo alto, y mirando en torno suyo al suelo y al techo, le dijo:

—Señor de Gogonnas, ¿donde vive vosté?

—En la *fonda de la Hermosa Estrella*, calle del Arbol-Seco.

—Pueno, pueno. Estar cerca.—Volved bronto á gasa, y esta noche.....

Aquí se detuvo, y miró otra vez en su rededor.

—Proseguid, dijo Coconnas.

—Esta noche, venit á balacio con una gruz planca en el somprero. Basareis ticiendo la balapra *Guisa*. Bero ¡silencio! psit.

—¿Y à qué hora vendré?

—En guanto oigais tocar á repatro.

—¿Cómo á repatro? preguntó Coconnas.

—Bues, repatro: ¡pum, pum!

—¡Ah! á rebato.

—Eso es lo que queria tecir.

—Bien está, así lo haré, dijo Coconnas.

Y saludando á Besme, se alejó diciendo entre sí:

—¿Qué diablos es esto? ¿con qué motivo han de tocar á rebato? De todos modos persisto en mi opinion de que el señor de Besme es un tudesco bellísimo. ¿Esperaré al conde de La Mole?..... ¿Para qué? es probable que cene con el rey de Navarra.

Y Coconnas se dirigió á la calle del Arbol-Seco á donde como un iman le atraia la muestra de la *Hermosa Estrella*.

En aquel intermedio se abrió una puerta de la galería correspondiente á los aposentos del rey de Navarra, y se acercó un paje al señor de La Mole,

—¿Sois el conde de la Mole? le preguntó.

—El mismo.

—¿Dónde vivis?

—Calle del Arbol-Seco, *Fonda de la Hermosa Estrella.*

—Bien; está á dos pasos. Escuchad; S. M. os envia á decir por mi conducto, que no puede recibiros en este momento, pero que acaso os mandará llamar esta noche. De todos modos si para mañana por la mañana no habeis sabido de él, venid al Louvre.

—¿Y si no me deja entrar el centinela?

—¡Ah! es verdad..... Pronunciareis la palabra *Navarra*, y al oirla se abriràn à vuestro paso todas las puertas.

—Gracias.

—Esperad: tengo órden de acompañaros hasta el postigo, para que no os perdai en el Louvre.

—Ahora que me acuerdo, dijo La Mole entre sí, luego que salió de palacio, ¿y Coconnas? ¡Bah! Se habrá quedado á cenar con el duque de Guisa.

Pero al entrar en casa de maese La Huriére, la primer persona con quien se encaró nuestro caballero, fué Coconnas sentado ante una mesa en que se veia una gigantesca tortilla con tocino.

—¡Hola! esclamó Coconnas riéndose á carcajadas, parece que el rey de Navarra os ha dado la misma cena que á mí el duque de Guisa.

—La misma.

—¿Y teneis hambre?

—Creo que sí.

—¿A pesar de Plutarco?

—Señor conde, dijo La Mole riéndose, Plutarco dice en otra parte, que el que tiene, debe repartir con el que no tiene. ¿Quereis repartir conmigo esa tortilla, por amor de Plutarco? Hablaremos de la virtud cenando juntos.

—No por cierto, dijo Coconnas, eso es bueno para cuando se está en el Louvre, con el temor de que oigan las paredes y con el estómago vacío. Sentaos, y cenemos.

—Está visto que la suerte se empeña en hacernos inseparables.

—¿Dormis aquí?

—No lo sé.

—Ni yo tampoco.

—En todo caso ya sé donde pasaré la noche.

—¿Dónde?

—Donde vos la paseis; no puede menos.

Y ambos soltaron la risa, haciendo entre tanto honor á la tortilla de maese La Huriére.

CAPITULO VI.

UNA DEUDA SATISFECHA.

Si ahora desea saber el lector por qué no recibió el rey de Navarra al señor de La Mole, por qué no pudo ver al señor de Coconnas al duque de Guisa, y por qué, en fin, en vez de cenar ambos en el Louvre, faisanes, perdices y corzo, cenaban en la fonda de la *Hermosa Estrella* tortilla con tocino, sírvase volver con nosotros al antiguo palacio de los reyes y seguir á la reina Margarita de Navarra, á la cual perdió de vista La Mole en la entrda de la gran galería.

Cuando bajaba Margarita la escalera, el duque Enrique de Guisa á quien no habia la reina visto desde la primer noche de su boda, se hallaba en el

gabinete del rey. La escalera teniauna salida, el gabinete tenia una puerta, y salida y puerta daban á un corredor, el cual conducia á los aposentos de la reina madre Catalina de Médicis.

Hallábase esta sola, sentada junto á una mesa, con el codo apoyado sobre un libro de oraciones entreabierto, y con la cabeza reclinada sobre una mano que aun era notablemente hermosa, gracias á los cosméticos de que la surtia Florentino Renato, el cual reasumia en su persona los cargos de perfumista y envenenador de la reina madre.

La viuda de Enrique II vestia el luto que aun no se habia quitado desde la muerte de su esposo. En aquella época era muger de unos cincuenta y dos á cincuenta y tres años, y conservaba, gracias á sus buenas carnes y á su frescura, algunos restos de su primera belleza. Su aposento era como su traje, propio de una viuda. Todo respiraba allí tristeza: las paredes, las colgaduras y los muebles. Por única escepcion, sobre un especie de dosel que cubria un sillon real, en el cual estaba á la sazon durmiendo la perra favorita de la reina madre á quien se la habia regalado su yerno Enrique de Navarra y que tenia el mitológico nombre de Diana se veia pintado al fresco un arco-iris rodeado de la inscripcion griega que le habia puesto el rey Francisco I. *Phos pherei é Kai aithzen*, que puede traducirse en este verso:

Luz y serenidad lleva consigo.

De repente, y cuando mas embebida parecia es-

tar la reina madre en pensamientos que hacian asomar á sus labios pintados con carmin, una sonrisa lenta y vacilante, abrió un hombre la puerta, levantó el tapiz y asomó su pálido rostro diciendo:

—Malo va todo.

Alzó Catalina la cabeza y conoció al duque de Guisa.

—¡Cómo que va malo! respondió: ¿qué quereis decir, Enrique?

—Que el rey está mas ciego que nunca con sus malditos hugonotes, y que si esperamos su permiso para dar cima á la grande empresa, tendremos que aguardar aun mucho tiempo, y acaso nunca llegue el dia.

—¿Pues qué ha pasado? preguntó Catalina conservando su rostro la impasibilidad que la era habitual, aunque tan bien sabia revestirle de las mas opuestas espresiones cuando era necesario.

—Acabo de hacer á S. M. por la vigésima vez, la pregunta de si se han de seguir sufriendo las bravatas que nos echan los señores de la religion reformada, desde que ha sido herido su almirante.

—¿Y qué ha respondido mi hijo? preguntó Catalina.

—Me ha respondido en estos términos:—Señor duque, el pueblo debe sospechar que vos sois el autor del asesinato cometido en la persona de mi segundo padre el almirante; defendeos de esa sospecha como os plazca. Yo me sabré defender si

me insultan.... Y sin mas me volvió la espalda y se fué á echar comida á su perros.

—¿Y no procurasteis detenerle?

—Sí; pero me contestó con esa voz que sabeis que tiene, y mirándome de ese modo que le es peculiar: Señor duque, mis perros tienen hambre, y no son hombres para que les haga esperar.—En seguida he venido á avisaros.

—Bien hecho, dijo la reina madre.

—¿Pero qué resolvemos?

—Hacer la última tentativa.

—¿Quién la ha de hacer?

—¡Yo! ¿Está solo el rey?

—No, le acompaña el señor de Tavannes.

—Esperadme aquí. O mejor, será que me sigais desde lejos.

Levantóse Catalina y se encaminó al apesdato en que sobre alfombras de Turquía y almohadonas de terciopelo, estaban los galgos favoritos del rey. Ensima de algunas perchas fijas en la pared, se veian dos ó tres halcones escogidos y una peña *pega reborda*, especie de picaza carnívora, con la cual solia divertirse Cárlos IX en volar pajarillos en el jardin del antiguo Louvre y en los de las Tullerías, que por entonces empezaron á construirse.

En el camino dió la reina una espresion pálida y angustiosa á su fisonomía, cuidando de que en ella se advirtieran los restos, ó por mejor decir, los principios del llanto.

Acercóse sin hacer ruido á Cárlos IX, que esta-

ba echando á sus perros fragmentos de pasteles en trozos iguales.

—Hijo mio, le dijo con un temblor de voz tan bien fingido que hizo estremecerse al rey.

¿Qué teneis, señora? preguntó Cárlos volviéndose vivamente.

—Vengo, hijo, respondió Catalina, á pediros permiso para retirarme á uno de vuestros castillos, sea el que fuera, con tal de que esté lejos de Paris.

—¿Y por qué, señora? preguntó Cárlos IX fijando en su madre sus vidriosos ojos que tan penetrantes se volvian en ciertas ocasiones.

—Porque cada dia recibo nuevos ultrajes de la religion reformada, porque hoy he oido á los protestantes amenazaros hasta en vuestro Louvre, y porque no quiero presenciar semejantes espectáculos.

—Al fin y al cabo, madre, dijo Cárlos IX con acento lleno de conviccion, les han querido matar á su almirante. Ya antes ha privado un infame asesino del valiente señor de Mouy á esa pobre gente. ¡Por vida mia! madre, ó hay justicia ó no la hay en el reino.

—¡Oh! perded cuidado, hijo mio, dijo Catalina, no se quedarán sin justicia, porque si no se la haceis se la tomarán ellos; hoy sobre el señor de Guisa, mañana sobre mí, mas adelante sobre vos.

—¿Eso creis, señora? preguntó Cárlos IX en cuyo acento se notó por primera vez la espresion de la duda.

—Pues no veis, repuso Catalina abandonàndose á todo la violencia de sus pensamientos, no veis que no se trata aquí de la muerte de Francisco de Guisa, ò de la del almirante, de la religion protestante ó de la católica, sino de la sustitucion del hijo de Antonio Borbon al hijo de Enrique II?

—Vamos, madre, vamos, ya volveis á vuestras ecsageraciones de costumbre, dijo el rey.

—Y en fin, ¿qué pensais hacer?

—Esperar, madre mia, esperar. En esa palabra se cifra toda la sabiduría humana. El hombre mas grande, el mas fuerte, el mas hábil sobre todo, es el que sabe esperar.

—Como gusteis, pero yo no esperaré.

Y haciendo Catalina una reverencia se dirijió á la puerta como para volver á su aposento.

Cárlos IX la detuvo.

—¿Y qué quereis que haga? la dijo; porque soy justo y deseo satisfacer á todos.

Catalina volvió pié á trás.

—Venid, señor conde, dijo á Tavannes que estaba acariciando á la picaza del rey; manifestad á S. M. vuestra opinion en este punto.

—¿Me lo permite V. M.? preguntó el conde.

—Habla, Tavannes, habla.

—¿Qué hace V. M. en una cacería cuando se revuelve contra vos un javalí herido?

—¡Pardiez! dijo Cárlos IX, le esperare á pié firme y le clavo un venablo en la garganta.

—Solo por divertaros de que os haga daño, añadió Catalina.

—¡Y por divertirme! repuso el rey con una sonrisa que revelaba un valor llevado hasta la ferocidad; pero no me he de divertir matando á mis vasallos, porque al fin lo mismo lo son los hugonotes que los católicos.

—Y entonces, señor, dijo Catalina, harán vuestros vasallos los hugonotes lo que haria el javalí si no se le clavase un venablo en la garganta; derribarán el trono.

—¿Eso pensais, señora? preguntó Cárlos IX sin dar gran crédito á las predicciones de su madre.

—¿Pues no habeis visto hoy al señor de Mouy y sus compañeros?

—Si que los he visto, como que se acaban de marchar. Pero ¿me ha pedido Mouy alguna cosa injusta? Me ha pedido venganza del matador de su padre, del asesino del almirante. ¿No fué castigado el señor Montgommery por la muerte de mi padre y vuestro esposo, y eso que dependió de un accidente casual?

—Bien está, señor, dijo Catalina picada, no se hable mas del asunto. V. M. se halla bajo la proteccion de un Dios que le inspira fuerza, sabiduría y confianza. Pero una pobre muger como yo, abandonada sin duda del cielo por sus pecados debe temer y cede.

Con esto saludó Catalina por segunda vez y se marchó, haciendo seña al duque de Guisa, que en

este intermedio habia entrado en la habitacion, de que se quedara en su lugar para hacer el último esfuerzo.

Cárlos IX siguió con la vista á su madre, mas no la volvió á detener y se puso á silbar un toque de caza.

De pronto se interumpió y dijo:

—¡Qué carácter tan verdaderamente real tiene mi madre! De nada duda.—¿Quién mata deliberadamente á unas cuantas docenas de hugonotes, porque vienen á pedir justicia? Al fin están en su derecho.

—¡Unas cuantas docenas! murmuró el duque de Guisa.

—¡Ah! ¿estais ahí? dijo el rey aparentando que entonces reparaba en él. Sí, unas cuantas docenas: ¡buen puñado! Si me dijeran; señor, os vais á quedar sin enemigos; mañana no habrá uno solo para daros quejas de la muerte de los demas; en ese caso no digo.

—¿Con que en ese caso?...

—Tavannes, interrumpió el rey, estais cansando á Margot, dejadla en la percha. No porque se llame como mi hermana la reina de Navarra, ha de venir á hacerla caricias todo el mundo.

Dejó Tavannes á la picaza en su percha y se puso á tirar de las orejas á un galgo.

—Pero señor, si dijesen á V. M.: mañana no tendreis enemigos....

—¿Y por intercesion de qué santo se haria ese gran milagro?

—Hoy estamos á 24 de Agosto; seria por intercesion de San Bartolomé.

—¡Buen santo! se dejó desollar vivo.

—Tanto mejor, cuanto mas haya padecido, mas rencor tendrá á sus verdugos.

—Y sois vos, primo, dijo el rey, sois vos el que ha de matar de la noche á la mañana diez mil hugonotes, con esa espada de aurea empuñadura! Ja, ja, ja! por vida mia que sois muy gracioso, señor de Guisa.

Aquí soltó el rey una carcajada, pero una carcajada tan falsa, que las paredes se la devolvieron formando un eco lúgubre.

—Una palabra, una sola, señor, prosiguió el duque estremeciéndose á pesar suyo, al oir aquella risa que nada tenia de humana. Haced una señal y todo está pronto. Cuento con los suizos, con mil y cien caballeros, con la caballería ligera, con el pueblo; V. M. por su parte cuenta con sus guardas, con sus amigos, con la nobleza católica..... Somos veinte contra uno.

—Pues si tan fuerte sois, primo, ¿por qué diablos venir á romperme la cabeza? Sin mi cooperacion haced lo que os parezca; hacedlo.

Y el rey se volvió hácia sus perros.

Levantóse entonces un tapiz y apareció detras de él la reina Catalina.

—Todo va bien, dijo al duque, insistid y cederá

Y volvió á caer la cortina sin que Cárlos IX viese á su madre, ó al menos sin que diese á entender que la habia visto.

—De todos modos, dijo el duque de Cuisa, yo necesito saber si obrando conforme á mis intenciones, daré gusto á V. M.

—Vaya, primo Enrique, que eso es ya ponerme un puñal al pecho; pero me resistiré, ¡voto á tantos! ¿Soy ó no rey?

—Todavía no, señor, pero si quereis lo sereis mañana.

Es decir, continó Cárlos IX, que habria que matar tambien al rey de Navarra, al príncipe de Condé.... dentro del Louvre.... ¡Bah!

Y en voz apenas inteligible añadió:

—Fuera, no digo nada.

—Señor, esclamó el duque, esta noche salen uno y otro á divertirse con el duque de Alenzon, vuestro hermano.

—Tavannes, dijo el rey con una impaciencia admirablemente fingida, ¿no veis que estais haciendo rabiar á ese perro? Ven acà, Acteon, ven acá.

Y Cárlos IX salió de la pieza sin escuchar mas palabra, volviendo á su aposento y dejando á Tavannes y al duque de Guisa casi con las mismas dudas que antes.

Pasaba entretanto una escena de otro género en en la habitacion de Catalina que habia vuelto á ella despues de dar al de Guisa el consejo de insistir en su demanda. En su aposento estaban reu

nidas las personas que por lo regular la acompañaban hasta la hora de acostarse.

La reina madre se mostró tan risueña á su regreso, como afligida á la partida. Poco á poco fué despidiendo con la mayor àmabilidad á sus damas y à sus cortesanos, y se quedó sola con Margarita, la cual sentada sobre un cofre junto á una ventana abierta, miraba al cielo embebida en sus pensamientos.

Dos ó tres veces abrió la boca Catalina para hablar á su hija, empero siempre una sombría idea hizo retroceder hasta el fondo de su pecho las palabras prontas á escaparse de sus labios.

A este tiempo se alzó el tapiz y se presentó Enrique de Navarra.

La perrita que estaba durmiendo sobre el trono dió un salto y corrió hacia él.

—¿Vos aquí hijo mio? dijo Catalina con sobresalto; ¿vais á cenar en el Louvre?

No, señora, respondió Enrique; voy á correr la ciudad con Alenzon y Condé. Creí encontraraquí haciendoos la corte.

Catalina se sonrió.

—Id en buena hora, dijo, id señores..... ¡Qué felices son los hombres que pueden hacer tales correrías!.... ¿No es verdad, hija?

—Sí, respondió Margarita; ¡es tan bella y tan dulce la libertad!

—Eso quiere decir, señora, que yo esclaviso la vuestra, dijo Enrique inclinándose ante su esposa.

—No señor, no me quejo por mí, me quejo de la condicion de las mugeres en general.

¿Vais acaso á ver al señor almirante, hijo mio? preguntó Catalina.

—Tal vez.

—Id, con eso dareis un buen ejemplo y mañana me direis como sigue.

—Así lo haré, señora, ya que lo aprobais.

—Yo no apruebo nada..... Pero ¿quién anda ahí?.... Despedid á quien sea.

Dió Enrique un paso hácia la puerta para ejecutar la órden de Catalina; pero en el mismo instante se alzó el tapiz y la baronesa de Sauve asomó su rúbia cabeza.

—Señora, dijo, ahí está Renato el perfumista á quien ha mandado llamar V. M.

Catalina lanzó á Enrique de Navarra una mirada tan rápida como un relámpago. El jóven príncipe se sonrojó levemente: un momento despues se cubrió su rostro de una palidez espantosa. Acababa de oir pronunciar el nombre del asesino de su madre: conoció que su semblante revelaba su emocion, y marchó á apoyarse en un barrote de la ventana.

La perrita lanzó una especie de gemido.

En aquel instante entraron dos personas, una anunciada por la baronesa de Sauve, y otra que no tenia necesidad de serlo.

Era la primera Renato el perfumista, el cual se acercó á Catalina con toda la obsequiosidad de un

sirviente florentino. Llevaba en la mano una caja que abrió, y cuyos compartimentos estaban llenos de polvos y frascos.

La segunda era Mme. de Lorena, hermana mayor de Margarita. Entró pálida y trémula por una pequeña puerta secreta que comunicaba con el gabine del rey, y esperando que no la viese Catalina, la cual estaba ecsaminando con la baronesa de Sauve el contenido de la caja de Ronato, marchó á sentarse al lado de Margarita, junto á la cual se hallaba de pié el rey de Navarra, con una mano en la frente, como si fuera presa de un vahido y pretendiera serenarse.

En aquel momento volvió Catalina la cabeza.

—Hija mia, dijo á Margarita, podeis retiraros á vuestra habitacion; hijo, continuó, dirigiéndose á Enrique, podeis marcharos tambien.

La reina de Navarra se levantó, su esposo hizo un movimiento.

Mme. de Lorena asió la mano de Margarita.

—Hermana, la dijo en voz baja y con rapidez, en nombre del señor de Guisa que os quiere salvar la vida como vos se la salvasteis á él, no salgais de aquí, no vayais á vuestro aposento.

—¿Qué decis, Claudia? preguntó Catalina volviéndose.

—Nada, madre.

—Estabais hablando en voz baja con Margarita.

—Solo para darla las buenas noches, y muchos recuerdos de parte de la duquesa de Nevers.

—¿Y dónde está la bella duquesa?

—Con su cuñado el duque de Guisa.

Miró Catalina á las dos mugeres con desconfianza, y arrugando el entrecejo, dijo:

—Venid aquí, Claudia.

Claudia obedeció. La reina madre le cogió una mano.

—¿Qué la habeis dicho, indiscreta? murmuró apretando la muñeca de su hija, hasta el punto de hacerla gritar.

—Señora, djio á su esposa Enrique, que aunque nada oyó, no perdió un solo paso de la pantomima de la reina, de Claudia y de Margarita: señora, ¿me permitis que os bese la mano?

Margarita le presentó la mano temblando.

—¿Qué os ha dicho? murmuró Enrique al inclinarse para tocarla con los labios.

—Que no salga. En nombre del cielo, no salgais tampoco.

Por rápidas que fueran estas palabras, Enrique adivinó por ellas todo un complot, como á la luz de un relámpago.

—Otra cosa, dijo Margarita: un caballero provenzal ha traido esta carta.

—¿El señor de La Mole?

—Sí.

—Gracias, dijo el rey de Navarra tomando la carta y metiéndosela en el jubon. Y pasando por delante de su aterrada esposa, marchó hàcia el florentino, y le puso una mano en el hombro.

—¿Qué tal, maese Renato? le dijo, ¿cómo va de asuntos comerciales?

—Bastante bien, monseñor, bastante bien, respondió el envenenador con pérfida sonrisa.

—Bien, debe iros, dijo Enrique, siendo como sois, proveedor de todas las testas coronadas de Francia y del estranjero.

—Escepto del rey de Navarra, respondió descaradamente el florentino.

—Vive el cielo que teneis razon, y eso que mi pobre madre, que tambien se surtia en vuestra casa, me recomendó al morir á maese Renato. Id á verme mañana ú esotro, y llevadme vuestros mejores perfumes.

—A nadie le estrañará en verdad, dijo Catalina sonriéndose, porque dicen...

—¿Que sudo mucho? interrumpió Enrique riéndose: ¿quién os lo ha dicho, madre? ¿Margot?

—No, hijo mio, respondió Catalina, la baronesa de Sauve.

En aquel momento, madama de Lorena, que á pesar de sus esfuerzos no podia contenerse, empezó á sollozar.

Enrique no volvió siquiera la cabeza.

—Hermana, esclamó Margarita lanzándose ad on de estaba Claudia, ¿qué teneis?

—Nada, dijo Catalina interponiéndose, le ha dado esa fiebre nerviosa, para cuya curacion la aconseja Mazille que use olores aromáticos.

Y apretó de nuevo y con mas fuerza que la pri-

mera vez el brazo de su hija mayor, diciendo á la menor:

—Vamos, Margot, ¿no habeis oido que os he autorizado para que os marcheis? Si no basta, os lo mando.

—Disimulad, señora, respondió Margarita, mas pálida y trémula que nunca. Deseo que V. M. pase buena noche.

—Espero que así será. Buenas noches.

Retirose Margarita vacilando y procurando en vano que se encontrasen sus ojos con los de su marido, el cual ni siquiera se volvió hácia donde estaba.

Siguió un momento de silencio, en cuyo intermedio tuvo Catalina los ojos clavados en la duquesa de Lorena, la cual por su parte miraba tambien á su madre sin decir palabra, y con las manos en actitud de súplica.

Enrique estaba de espaldas, pero veia la escena reflejada en un espejo, ante el cual se atusaba, por disimular, el bigote con una pomada que acababa de darle Renato.

—¿Y vos, Enrique, dijo Catalina, no salis por fin?.....

—¡Ah! es verdad, esclamó el rey de Navarra; á fé que ya se me habia olvidado mi cita con el duque de Alenzon y el príncipe de Condé. Estos admirables perfumes son los que creo que me atolondran y me hacen perder la memória. Hasta la vista, señora.

—Hasta la vista. No dejeis de darme mañana noticias del almirante.

—De ningun modo. Vamos, Diana, ¿qué es eso?

—¡Diana! dijo la reina madre con impaciencia.

—Señora, llamadla, porque no quiere dejarme salir.

Levantose Catalina, cogió á la perrita por el collar y la sujetó, interin se alejaba el Bearnés con el rostro tan sereno y risueño como si no conociera en el fondo de su corazon que corria peligro de muerte.

Luego que desapareció, la perra, viéndose suelta, se lanzó tras él, pero estando cerrada la puerta, no pudo hacer mas que alargar el hocico é introducirle por debajo del tapiz, lanzando un ahullido lúgubre y prolongado.

—Carlota, dijo Catalina á la duquesa de Sauve, ve á buscar al duque de Guisa y al señor de Tavannes que están en mi oratorio, y vuelve con ellos para acompañar á la duquesa de Lorena mientras dure su ataque de nervios.

CAPITULO VII.

LA SEGUNDA MITAD DE LA NOCHE DEL 24 DE AGOSTO DE 1572.

Terminada la parca cena de La Mole y Cocon nas (parca decimos porque no habia en la *fonda de la Hermosa Estrella* mas aves asadas que la de la muestra) el piamontés hizo girar su silla sobre un pié, estendió las piernas, apoyó el codo sobre la mesa y paladeando el último vaso de vino:

—¿Vais á acostaros ahora, señor de La Mole? le preguntó.

—No estaria demas, porque es posible que vengan á despertarme esta noche.

—Y á mí tambien, por lo cual me parece que en lugar de acostarnos y hacer esperar á los que vengan, seria mejor pedir una baraja y jugar. Asi estaremos preparados.

—Con mucho gusto aceptaria la proposicion, señor conde, pero mi caudal es corto, apenas tengo cien escudos de oro en la maleta y á eso se reduce todo mi capital. Con él vengo á probar fortuna.

—¡Con cien escudos de oro, y os quejais! esclamó Coconnas; ¡voto á san! yo no tengo mas que seis.

—No, pues antes, repuso La Mole, sacasteis un bolsillo tan bien provisto que ya pasaba de repleto.

—¡Ah.... dijo Coconnas: sí es para pagar una deuda atrasada á un amigo de mi padre, hombre de quien tengo mis sospechas que sea, como vos, algo hugonote. Es cierto: aquí traigo cien *nobles de rosa*, continuó Coconnas dándose un golpecito en el bolsillo, pero estos cien *nobles* pertenecen á maese Mercandon, y mi patrimonio personal se réduce, como ya os he dicho, á seis escudos.

—¿Y entonces cómo hemos de jugar?

—Justamente por esa razon. Ademas, me ha ocurrido una idea.

—¿Cuál?

—¿No hemos venido los dos á Paris con el mismo objeto?

—Sí.

—¿No tenemos uno y otro un protector poderoso?

—Sí.

—¿No contais vos con el vuestro, así como yo cuento con el mio?

—Cierto.

—Pues, bien, juguemos ahora el dinero y despues el primer favor que obtengamos, sea el de la corte, sea el de nuestras queridas.

—En efecto, es muy ingeniosa la proposicion, dijo La Mole sonriéndose; pero confieso que no me tira la inclinacion al juego lo suficiente para poner toda mi vida á una carta ó á un dado, porque del primer favor que obtengamos dependerá probablemente la suerte de vuestra vida y de la mia.

—Pues quédese aparte el primer favor de la corte, y juguemos el primero de las queridas.

—No hay mas que un inconveniente, dijo La Mole

—¿Cuál?

—Que yo no la tengo.

—Ni yo tampoco: pero no tardaré en tenerla. No es uno tan desgraciado que le hayan de faltar mugeres, ¡loado sea Dios!

—Convengo en que no os falten á vos, señor de Coconnas, pero como yo no confio tanto en mi estrella amorosa, creo que seria un robo admitir semejante puesta. Con que juguemos vuestros seis escudos y si por desgracia los perdeis y quereis proseguir.... ¡qué diablos! sois caballero y vuestra palabra vale tanto como el oro.

—Enhorabuena, esclamó Coconnas: teneis mucha razon; la palabra de un caballero vale tanto como el oro, especialmente si ese caballero tiene crédito en la corte. Creed que no arriesgaria mucho jugando contra vos el primer favor que reciba.

—Sí, porque aunque le perdierais no podia yo ganarle en atencion à que como partidario del rey de Navarra, nada me es lícito recibir del duque de Guisa.

—¡Ah renegado! murmuró el patron que estaba acicalando su casco, bien te habia yo conocido.

E interrumpió su trabajo para hacer la señal de la cruz.

—Con que en resolucion dijo Coconnas barajando las cartas que acababa de llevarle el mozo, ¿sois ó no sois?

—¿Qué?

—De la religion.

—¿Yo?

—Sí, vos.

—Suponed que lo sea dijo La Mole sonriéndose. ¿Teneis alguna queja contra los protestantes?

—¡Oh! ninguna, á Dios gracias. Los miro con la mayor indiferencia. Odio de todo corazon à la secta, pero no tengo mala voluntad á los hugonotes. Y luego que ahora es moda el serlo.

—Sí, replicó La Mole riéndose, dígalo el señor almirante. ¿Quereis que juguemos tambien los arcabuzazos?

—Como gusteis, dijo Coconnas; con tal que se juege, poco me importa lo que sea.

—Juguemos, pues, contestó La Mole cogiendo sus cartas y arreglándolas.

—Sí, y hacedlo con confianza; porque aunque pierda cien escudos de oro como los vuestros, mañana tendré para pagarlos.

—¿Esperais que durmiendo os venga á buscar la fortuna?

—No, pero yo iré á buscarla á ella.

—Decidme á donde y os acompañaré.

—Al Louvre.

—¿Volveis allá esta noche?

—Sí, me da audiencia particular el gran duque de Guisa.

No bien insinuó Coconnas la idea de ir á buscar fortuna al Louvre, dejó la Huriére de bruñir su yelmo, marchó á colocarse detras de la silla de La Mole de manera que solo el piamontés pudiese verle, y empezó á hacer señas á éste, aunque él distraido con el juego y la conversacion, no hacia alto en ellas.

—¡Vaya una cosa particular! esclamó La Mole, bien deciais que habiamos nacido con una misma estrella. Yo tambien tengo cita esta noche en el Louvre, pero no con el duque de Guisa, sino con el rey de Navarra.

—¿Y os han dado algunas contraseñas?

—Sí.

—¿Yun distintivo?

—No.

—Pues á mí sí: la contraseña es....

A estas palabras del piamontés, hizo La Huriére un gesto tan espresivo justamente en el instante de alzar la cabeza el indiscreto caballero, que Coconnas se quedó petrificado, mas por el posadero, que por la jugadada en que acababa de perder tres

escudos. Viendo el asombro que se pintaba en el rostro de su contrario, La Mole se volvió, mas no se ofreció á sus ojos otro objeto que el patron, con los brazos cruzados y cubierta la cabeza con el casco que un momento antes le habia visto esta limpiando.

—¿Qué teneis? dijo La Mole á Coconnas.

Coconnas miraba al patron y á su compañero sin responder palabra, pues no comprendia los gestos de maese La Huriére.

Este conoció quedebia ausiliarle.

—Es que á mí tambien me gusta mucho el juego, dijo rápidamente, y como me acerqué para ver la jugada que acabais de ganar, me habrá visto el señor conde con este casco, y le habrán sorprendido estos aliños belicosos en un pobre paisano.

—¡En efecto, haceis buena figura! esclamó La Mole soltando una carcajada.

—Señor mio, replicó La Huriére con una candidez admirablemente fingida y un movimiento de hombros que espresaba la conviccion de su inferioridad, los paisanos somos poco valientes y no tenemos ese delicado y elegante cuerpo. Quédedese para los bizarros caballeros, como vos el lucir cascos dorados y espadas minuciosamente trabajadas: nosotros con tal que hagamos esactamente las guardias....

—¡Ja, ja! dijo La Mole barajando; ¿con que haceis guardias?

—Mucho que sí, señor conde, como que soy sargento de una compañía de milicia urbana.

Dicho esto y mientras daba cartas La Mole, se retiró La Huriére poniéndose un dedo sobre los labios para recomendar la mayor discrecion á Coconnas, mas que nunca sorprendido.

Sin duda esta precaucion fué causa de que perdiese la segunda vez casi tan rápidamente como la primera.

—Con esto se completan los seis escudos, dijo La Mole. ¿Quereis jugar mas sobre vuestra fortuna venidera?

—Con mil amores.

—Antes de pasar adelante, ¿no decíais que estabais citado con el duque de Guisa?

Coconnas dirigio una mirada á la cocina y vió los saltones ojos de La Huriére repitiendo el mismo aviso que antes.

—Sí, dijo, pero aun no es hora. Hablemos un poco de vos, señor La Mole.

—Me parece que mejor es hablar del juego, querido señor de Coconnas, porque mucho me engaño ó voy á ganaros otros seis escudos.

—Verdad es, ¡voto á sanes!.....siempre me han dicho que los hugonotes tienen fortuna al juego. ¡Lléveme el diablo si no me dantentaciones de hacerme hugonote!

Los ojos de La Huriére brillaron como dos ascuas, pero Coconnas enteramente absorto en su juego, no lo reparó.

—Hacedlo, conde, hacedlo, dijo La Mole; aunque es algo particular el modo con que os ha venido la vocacion, sereis bien recibido entre nosotros.

Coconnas se rascaba los orejas.

—Si fuera cierto que de eso depende vuestra fortuna, dijo, os aseguro que.... porque al fin á mí no me importa oir misa ó no oirla, mucho mas cuando el mismo rey la tiene tan poco apego.

—Por otro lado, repuso La Mole, es una religion tan bella, tan sencilla, tan pura.

—Y que está en moda, añadió Coconnas, y que da fortuna en el juego, porque lléveme el diablo si hay ases en la baraja mas que para vos, y gracia á la atencion con que os miro, desde que estamos jugando, veo que no haceis trampas. Por fuerza depende de la religion.

—Me debeis seis escudos mas, dijo La Mole con indiferencia.

—Mucho me apretais; si esta noche no quedo contento del duque de Guisa.

—¿Qué hareis?

—Pediros mañana que me presenteis al rey de Navarra, en la inteligencia, de que si yo llego á hacerme hugonote, ni Lutero, ni Calvino, ni Melanchton, ni todos los reformistas del mundo han de igualarme.

—Silencio, dijo La Mole, cuidado no se incomode el patron.

—¡Oh, es verdad! respondió Coconnas mirando

á la cocina. ¡Pero no nos ha oido, está muy ocupado en este momento.

—¿Pues qué hace? preguntó La Mole que no podia verle desde su asiento.

—Hablar con..... ¡Voto á sanes! ¡es él!

—¿Quién?

—Esa especie de ave nocturna con quien estaba conversando cuando llegamos á la posada; el del jubon amarillo y capa color de hoja seca. ¡Voto á sanes! y con qué fuego lo toma. Hola, maese La Huriére, ¿se trata de política?

Tan enérgico y tan imperioso fué aquella vez el gesto con que respendió La Huriére, que á pesar de su amor al libro de las cuarenta, Coconnas se levantó y marchó hácia él.

—¿Qué teneis? preguntó La Mole.

—¿Quereis vino, caballero? dijo La Huriére, cogiendo vivamente una mano á Coconnas; ahora lo van á traer. ¡Gregorio, vino!

Y acercándose al oido del piamontés añadió:

—¡Silencio! ¡silencio, por vuestra vida! zafaos de vuestro compañero.

Estaba tan pálido La Huriére, tan lúgubre el hombre amarillo, que Coconnas sintió una especie de estremecimiento, y se volvió adonde se hallaba La Mole.

—Querido señor de La Mole, le dijo, perdonad. Ya he perdido cincuenta escudos; estoy de desgracia esta noche y no quisiera contraer compromisos.

—Bien está, respondió La Mole; como gusteis.

Por otra parte no me vendrá mal un rato de sueño, maese La Huriére.....

—Señor conde.

—Si vienen á buscarme de parte del rey de Navarra, despertadme. Voy à echarme vestido para que no tengan que aguardar.

—Yo tambien, dijo Coconnas, voy á preparar mi distintivo para no hacer esperar á S. A. un solo instante. Maese La Huriére, vengan unas tijeras y un pedazo de papel blanco.

—Gregorio, gritó La Hurière, trae papel para una carta y tijeras para cortar el sobre.

—Está visto, dijo para sí el piamontés, que aquí hay algun misterio.

—Buenas noches, señor de Coconnas, le gritó La Mole. Patron, hacedme el gusto de enseñarme por donde se va á mi cuarto. Dios os lleve con bien, amigo.

Entonces agarró el hombre misterioso á Coconnas por un brazo y tirando de él le dijo rápidamente:

—Caballero, cien veces habeis estado á punto de revelar un secreto de que depende la suerte del reino. Dios ha querido cerraros la boca á tiempo; una palabra mas os hubiera costado un balazo de mi arcabuz. Al fin estamos solos.

—Quién sois vos para hablarme con ese imperioso tono?

—¿No habeis oido nombrar al señor de Maurevel?

—¿El asesino del almirante?

—Y del capitan Mouy.

—Sí por cierto.

—Pues yo soy el señor de Maurevel.

—¡Hola! esclamó Coconnas.

—Escuchadme con atencion.

—¡Voto á sanes! ya lo creo que os escucharé.

—¡Chiton! dijo Maurevel poniéndose un dedo sobre los làbios.

Coconnas aplicó el oido.

Oyòse en aquel momento al posadero cerrar la puerta de una habitacion, hacer lo mismo con la del corredor, echar el cerrojo y volver precipitadamente á reunirse con los dos interlocutores, á los cuales ofreció sillas, sentándose despues en otra.

—Ya està bien cerrado todo, dijo á Maurevel, podeis hablar.

Daban las once en San German-l'-Auxerrois. Maurevel contó una tras otra todas las campanadas que resonaban con eco vibrante y lúgubre en el silencio de la noche. Cuando se perdió la última en el espacio,

—Caballero, dijo á Coconnas, el cual estaba asombrado á vista de tantas precauciones, caballero, ¿sois buen católico?

—Creo que sí, respondió Coconnas.

—¿Y muy adicto al rey? continuó Maurevel.

—De todo corazon. Y hasta cierto punto semejante pregunta me ofende, señor mio.

—No haya riña por eso: disponeos á seguirnos

—¿A dónde?

—Poco os importa. Dejaos guiar: va en ello vuestra suerte y acaso vuestra vida.

—Os prevengo que á las doce tengo que hacer en el Louvre.

—Allá vamos justamente.

—Allí me espera el duque de Guisa.

—Tambien á nosotros.

—Es que yo tengo una contraseña particular continuó Coconnas, á cuyo amor propio no cuadraba muy bien dividir el honor de su audiencia con Maurevel y maese La Huriére.

—Tambien nosotros.

—Tengo además un distintivo.

Sonrióse Maurevel, sacó del jubon una porcion de cruces de tela blanca, dió una á La Huriére, otra á Coconnas, y se quedó con otra. La Huriére se la puso en el casco, y Maurevel en el sombrero.

—¡Calle! dijo Coconnas con estupor: ¿luego la cita, la contraseña y el distintivo han sido para todos?

—Sí señor; para todos los buenos católicos.

—Es decir que hay funcion en el Louvre: algun banquete ¿he? y se trata de escluir á esos perros de hugonotes..... ¡Bueno! ¡bueno! ¡magnífico! Sobrado tiempo han ocupado el palacio.

—Sí, dijo Maurevel, hay funcion en el Louvre, hay un banquete á que están convidados los hugonotes.... Hay mas; ellos serán los héroes de la fiesta, pagarán el banquete, y si quereis ser de los

nuestros, empezaremos por ir á convidar á su principal campeon, á su Gedeon, como ellos dicen.

—¿Al almirante? esclamó Coconnas.

—Sí, al viejo Gaspar, á quien marré como un imbécil, y eso que le tiraba con el mismo arcabuz del rey.

—Y por esa razon, señor mio, he acicalado yo mi yelmo, he afilado mi espada y he suavizado mi cuchillo, dijo con resonante voz maese La Huriére disfrazado ya de guerrero.

Estas palabras hicieron estremecerse á Coconnas, el cual se puso muy pálido, porque empezaba á comprender.

—¡Cómo! ¡de veras! esclamó: con que esa funcion, ese banquete..... es que.... van á.....

—Que tardo sois de comprension, señor caballero, dijo Maurevel, bien se conoce que no estais tan harto como nosotros de la insolencia de esos herejes.

—¿Y tomais à vuestro cargo ir á casa del almirante y?....

Maurevel se sonrió, y conduciendo á Coconnas á la ventana, le dijo:

—¿No veis en esa plazoleta, á la estremidad de la calle y detras de la iglesia, una tropa que se va formando silenciosamente en la oscuridad?

—Sí.

—Los hombres que la componen llevan, como La Huriére, vos y yo, una cruz en el sombrero.

—¿Y qué?

—Pues esos hombres pertenecen á una compañía de suizos de los pequeños cantones, mandada por Toquenot: ya sabeis que son compadres del rey.

—¡Ya! dijo Coconnas.

—¿Y no veis ahora esa tropa de caballería que pasa por el muelle? ¿no conoceis á su gefe?

—¿Cómo quereis que lo conozca, dijo Coconnas bastante sobrecogido, si esta misma noche he llegado á Paris?

—Pues es él quien os ha citado en el Louvre para las doce: ya veis que va allá á esperaros.

—¿El duque de Guisa?

—Justamente. Le acompañan el ex-preboste de los mercaderes y el preboste actual que van á reunir sus compañías de paisanos: mirad, ahora entra en la calle el capitan del barrio; atended á lo que hace.

—Va llamando á las puertas: pero ¿qué diablos hay en ellas?

—Una cruz blanca, jóven; una cruz igual à las de nuestros sombreros. Antiguamente se dejaba á Dios que cuidase de distinguir á sus siervos. Hoy dia que estamos mas civilizados, le ahorramos ese trabajo.

—De todas las casas en que llaman salen hombres armados.

—Tambien llamará aquí y saldremos nosotros.

—¡Y toda esa gente se reune para ir á matar á un viejo hugonote! ¡Voto à sanes! ¡qué vergüenza! eso lo hacen matachines y no soldados.

—Jóven, dijo Maurevel; si no os agradan los

viejos, no os faltarán mancebos en que escoger. Habrá para toda clase de gustos. Si no quereis manejar el puñal, podeis serviros de la espada, porque los hugonotes no son hombres que se dejan matar sin defenderse, y ya sabeis que, jóvenes y viejos, todos ellos tienen el pellejo duro.

—¿Luego van à matarlos á todos? esclamó Coconnas.

—A todos.

—¿Por órden del rey?

—Por órden del rey y del duque de Guisa.

—¿Y cuándo?

—Apenas suene la campana de San German-l'-Auxerrois.

—¡Ah! por eso me dijo ese amable aleman que sirve al duque de Guisa..... ¿cómo se llama?

—El señor de Besme.

—Justamente. Por eso me dijo el señor de Besme que fuera al Louvre al primer toque de rebato.

—Pues qué ¿habeis visto al señor de Besme?

—Le he visto y le he hablado.

—¿Dónde?

—En el Louvre. El fué quien me introdujo, quien me dió el santo y seña, quien me.....

—Mirad.

—¡Voto á sanes! ¡él es!

—¿Quereis hablarle?

—No lo sentiria á fé.

Maurevel abrió inmediatamente la ventana. En efecto, Besme pasaba por la calle á la cabeza de unos veinte hombres.

—Guisa y Lorena, dijo Maurevel.

Volvióse Besme, y advirtiendo que le llamaban, se acercó á la casa.

—¡Señor te Maurevel! ¿isté bor aquí?

—Sí: ¿á quién buscais?

—Pusco la fonta te la *Hermosa Estrella*, bara avistar á un tal señor Gogonnas.

—Aquí me teneis, señor de Besme, dijo el jóven.

—¡Pueno! ¡pien!..... ¿estais tisbuesto?

—Sí, ¿qué debo hacer ahora?

—Lo que dice á isté el señor de Maurevel, que ser un puen gatólico.

—Bueno. Pero ¿y vos, á dónde vais, señor de Besme?

—¿Yo? preguntó Besme riéndose.

—Sí.

—A tecir una balaprita al almirante.

—Decidle dos si es nebesario, repuso Maurevel. Si alza la cabeza á la primera, que no la alce á la segunda.

—No hay mieto, señor de Maurevel, no hay mieto. Enseniatme pien á ese jóven.

—Sí, sí, perded cuidado; los Coconnas son buenos sabuesos y olfatean la casa á las mil maravillas.

—Atios.

—El os guie.

—¿Y vos?

—Empezad la cacería: ya iremos por nuestra presa.

Alejose Besme, y Maurevel cerró la ventana.

—Ya lo ois, jóven, dijo el asesino; si teneis algun enemigo particular, ponedle en lista aunque no sea enteramente hugonote, y pasará con los demas.

Mas asombrado que nunca Coconnas de lo que oia y presenciaba, miró alternativamente al patron que estaba ensayando actitudes militares, y á Maurevel, el cual sacó tranquilamente un papel, diciendo:

—Aquí está mi lista. Trescientos. Si cada buen católico hace esta noche la décima parte que yo, no quedarà mañana un solo hereje en el reino.

—¡Chiton! dijo La Huriére.

—¿Qué hay? preguntaron á un tiempo Coconnas y Maurevel.

—Oyose vibrar la primer campanada de San German-l' Auxerrois.

—¡La señal! esclamó Maurevel. Han anticipado la hora. Me dijeron que hasta las doce no se empezaba..... Mejor. Tratándose de la gloria de Dios y del rey, mas valen los relojes que adelantan, que no los que atrasan.

Seguia, en efecto, repicando lúgubremente la campana de la iglesia. No tardó en oirse un tiro y casi al mismo tiempo iluminó la luz de mil teas, como un relámpago, la calle del Arbol-Seco.

Coconnas se pasó la mano por la frente empapada en sudor.

—Ya se armó, esclamó Maurevel, vamos allá.

—Un momento, dijo el patron. Aseguremos la

casa antes de entrar en campaña, como dicen en la guerra. No quiero que me degüellen á mi muger ó á mis hijos mientras yo esté á fuera. Aquí hay un hugonote.

—¡El señor de La Mole! esclamó Coconnas con sobresalto.

—Sí; ese renegado se ha metido él mismo en la boca del lobo.

—Pues qué, dijo Coconnas, ¿vais à atacarle?

—Para él especialmente he afilado mi tizona.

—¡Oh! murmuró el piamontés arrugando el entrecejo.

—Hasta ahora solo he matado conejos, patos y gallinas, prosiguió el honrado posadero, y no sé á punto fijo cómo manejarme para matar à un hombre. Me ensayaré en ese, y si cometo alguna torpeza, siquiera no habrá nadie que se ria de mí.

—¡Voto á sanes! objetó Coconnas: algo cuesta arriba se me hace; el señor de La Mole es mi compañero; el señor de La Mole ha cenado, ha jugado conmigo.

—Sí, pero el señor de La Mole es un hereje dijo Maurevel, el señor do La Mole está condenado, y si no le matamos, otros le matarán.

—A mas de eso, añadió el patron, os ha ganado cincuenta escudos.

—Verdad es, repuso Coconnas, pero ha sido lealmente: de eso estoy seguro.

—Lealmente ó no, siempre tendreis que pagarle; y matándole ya estais desquitado.

—En, señores, aprisa, gritó Maurevel; acabadle de un balazo, de una estocada, de un martillazo, del modo que os acomode, pero acabadle pronto si hemos de llegar á tiempo, conforme hemos prometido, para ayudar al duque de Guisa en casa del almirante.

Coconnas suspiró.

—Voy corriendo, dijo La Huriére, esperadme.

—¡Voto á sanes! esclamó Coconnas, va á hacer padecer á ese pobre muchacho, y acaso á robarle. Iré á acabarle, si es caso, y á impedir que toquen á su dinero.

É inspirado por tan feliz idea, tomó Coconnas la escalera tras maese La Huriére, á quien no tardó en reunirse, pues á cada escalon que subia, éste acortaba el paso, sin duda por efecto de la reflexion.

En el momento en que llegó á la puerta, seguido de Coconnas, se oyó una descarga en la calle. La Mole se tiró de la cama abajo y sus pasos resonaron en el pavimento.

—¡Diantre! murmuró La Huriére algo turbado, creo que está despierto.

—Así parece, dijo Coconnas.

—¿Se defenderá?

—Es muy capaz. Chistoso seria que os matase maese La Huriére.

—¡Hem! ¡hem! murmuró el posadero.

Mas confiado en su arcabuz, dió un vigoroso puntapié á la puerta y la derribó.

Viése entonces á La Mole atrincherado detras de la cama, sin sombrero, aunque vestido, con la espada cogida en los dientes y con las pistolas en la mano.

—¡Hola! dijo Coconnas ensanchando las narices como fiera que olfatea la sangre, esto se va poniendo interesante, maese La Huriére: vamos allá.

—¡Ah! ¡se trata de asesinarme! gritó La Mole con flamcantes ojos, y eres tú el atrevido ¡miserable!

Maese La Huriére sólo respondió á este apóstrofe poniendo horizontal el arcabuz y apuntando al jóven. Pero éste que lo observaba se dejó caer de rodillas en el momento de salir el tiro, y la bala le pasó por encima de la cabeza.

—¡A mí, gritó La Mole, á mí, señor de Coconnas!

—¡A mí, senor de Maurevel, á mí, gritó La Huriére.

—Amiguito, dijo Coconnas á La Mole, lo mas que puedo hacer por serviros es no tomar cartas en el asunto. Parece que esta noche se mata á los hugonotes en nombre del rey. Salid como podais del aprieto.

—¡Ah traidores! ¡ah asesinos! ¿así os portais? pues aguardad un poco.

Y apuntando La Mole á su vez, apretó el gatillo de una pistola. La Huriére que no le perdia de vista tuvo tiempo para echarse á un lado, pero

Coconnas que no esperaba semejante respuesta, no se movió y la bala le rozó el hombro.

—¡Voto à san! gritó rechinando los dientes ¡me has herido! pues ya que te place riñe con los dos.

—Y desenvainando la espada se precipitó á La Mole.

Hubiérale éste hecho frente á estar solo, pero Coconnas tenia à sus espaldas á La Huriére, cargando su arcabuz y á Maurevel que acudiendo al llamamiento del patron subia los escalones de cuatro en cuatro. Así, pues, se metió en un aposento contiguo y echó el cerrojo por dentro.

—¡Ah malandrin! gritaba Coconnas lleno de cólera y dañdo golpes en la puerta con el puño de su tizona, espera, espera. Voy á darte tantas estocadas como escudos me has ganado esta noche. ¡Hola!.... ¿Con que vengo á ahorrarte dolores, con que vengo à que no te roben y me pagas con un balazo en el hombro? Aguarda, bribon, aguarda.

En este intermedio se acercó maese La Huriére é hizo astillas la puerta de un culatazo.

Coconnas se precipitó al aposento, pero fué à dar de hocicos contra la pared de enfrente; la pieza estaba vacía y el balcon abierto.

—Se habrá tirado á la calle, dijo el patron: como estamos en el cuarto piso debe haberse estrellado.

—O se habrá escapado por el tejado de la casa nmediata, repuso Coconnas montándose en el bal-

con y preparándose á seguirle por aquel resbaladizo y escarpado terreno.

Pero Meurevel y La Huriére se arrojaron á él y obligándole à volver al aposento,

—¿Estais loco? le dijeron á la par. Vais á mataros.

—¡Bah! contestó Coconnas, soy montañés y estoy acostumbrado á correr sobre hielo. Ademas, cuando me insulta un hombre soy capaz de subir tras él hasta el cielo ó de bajar hasta el infierno, sea cual fuere el camino que tome. Dejadme.

—No, repuso, Maurevel: una de dos, ó ha muerto ó ya está demasiado distante. Venid con nosotros, y si se os escapa, mil hallareis que le sustituyan.

—Razon teneis, gritó Coconnas, ¡Mueran los hugonotes! Necesito vengarme, y cuanto antes mejor.

Y los tres bajaron la escalera como un alud desprendido de la cumbre de una montaña.

—¡A casa del almirante! gritó Maurevel.

—A casa del Almirante, repitió la Huriére.

—Vamos, pues, á casa del almirante, dijo Coconnas.

Salieron corriendo de la fonnda de la *Hermosa Estrella* confiando la custodia de ella á Gregorio y á los demas mozos, y marcharon hácia el palacio del almirante, sito en la calle de Bethisy. El fulgor de las llamas y el ruido de las descargas les sirvieron de guía

—¡Calle! ¿quién se acerca? esclamó Coconnas. Un hombre sin jubon y sin banda.

—Biene huyendo, dijo Maurevel.

—Tiradle, tiradle, yo no tengo arcabuz, gritó el piamontès.

—No haré tal, repuso Maurevel: reservo mi pólvora para caza de mas importancia.

—¿Y vos, la Huriére?

—Esperad, esperad, dijo el posadero apuntando.

—Sí, esperad, respondió Coconnas y que entre tanto se escape.

Dicho esto se lanzó en persecusion del infeliz á quien no tardò en alcanzar porque ya iba herido. Pero al gritarle: "¡vuélvete, vuélvete!" para no atacarle por la espalda, sonó un arcabuzazo, silbó una bala al oido de Coconnas y el fugitivo cayó rodando como una liebre herida en lo mas rápido de su carrera por el plomo del cazador.

Oyose una esclamacion de triunfo, el piamontés se volvió y vió á la Huriére agitando su arma.

—¡Ahora sí que me he estrenado! esclamó éste.

—Sí, pero por poco me atravesais á mí de parte á parte.

—Cuidado, señor caballero, cuidado, gritó La Huriére.

Coconnas dió un salto hácia atràs. El herido se habia incorporado sobre una rodilla, y ávido de venganza iba à dar una puñalada al piamontés, cuando le avisó el posadero.

—¡Ah! mala víbora! esclamó Coconnas.

sobre su enemigo
veces la espada en el pecho hasta la empuñadura.

—¡Vamos ahora á casa del almirante! gritó el piamontés dejando al hugonote luchar con las convulsiones de la agonía ¡á casa del almirante!

—Parece que lo vais tomando aficion, dijo Maurevel.

—Sí, por cierto, respondió Coconnas. No sé si el olor de la pólvora ó la vista de la sangre lo que me incita; pero ¡voto à sanes, que me gusta esta carnicería! Es como si dijéramos una batida de hombres. Hasta ahora no habia estado en otras batidas que en las de osos y lobos, pero la de hombres juro á brios que me parece mas divertida:

En seguida echaron otra vez á correr los tres compañeros.

CAPITULO VIII.

LAS VICTIMAS DEL DEGUELLO.

Ya digimos que el palacio que habitaba el almirante estaba en la calle de Bethisy. Alzàbase este edificio al fondo de un vasto parque, y prolongaba sus dos alas hasta la calle. Una puerta principal y dos pequeñas practicadas en una pared que cerraba el recinto, daban entrada al parque.

Al llegar los tres partidarios del duque de Guisa á la estremidad de la calle de Bethisy, que es una continuacion de la des Fossés-San German-l'Auxerrois, vieron el palacio rodeado de suizos, de soldados y de paisanos con armas: á nadie le faltaba en la mano derecha una espada, una pica ó un arcabuz, y muchos llevaban ademas en la izquierda hacho-

nes que derramaban sobre aquella escena una luz fúnebre y vacilante, que segun los diversos movimientos que se la comunicaban, se estendian sobre el suelo, subia por las paredes é iluminaba aquel agitado mar de resplandecientes armas. Al rededor del palacio y en las calles Tirechape, Etienne, y Bertin-Poire, íbase entretanto consumando el terrible sacrificio. Oianse prolongados gemidos, sonaba el ruido de la mosquetería, y de vez en cuando se veia á algun infeliz medio desnudo, pálido y ensangrentado pasar rebotando como un gamo perseguido, por medio de un círculo de fúnebre resplandor en que parecia que se movia una legion de demonios.

Coconnas, Maurevel y La Huriére que se distinguian de lejos por la blanca cruz de sus sombreros, fueron recibidos con aclamaciones, y llegaron en breve à lo mas compacto de aquella multitud, oprimida y jadeante como una jauría. Tal vez no hubiera podido pasar; pero algunos reconocieron á Maurevel y le hicieron sitio: deslizàronse tras de él Coconnas y La Huriére, y todos lograron por fin introducirse en el parque.

En el centro de éste, cuyas tres puertas habian sido derribadas, estaba de pié un hombre alrededor del cual dejaban despejado los asesinos un respetuoso espacio. Apoyábase en una espada desnuda, y tenia los ojos fijos en el balcon principal del edificio, que distaba del suelo unos quince piés. Este hombre pateaba de impaciencia, y de vez en

cuando se volvia para interrogar á los que le rodeaban.

—¡Todavía nada! murmuraba. ¡Nadie asoma!... ¡Le habrán avisado, habrá huido!..... ¿Qué os parece, Dugast?

—Que es imposible, monseñor.

—¿Por qué? ¿No decis quo un instante antes de llegar nosotros vino corriendo un hombre sin sombrero y con la espada desenvainada como un fugitivo, que llamó y que le abrieron?

—Sí, monseñor; pero casi al mismo tiempo vino el señor de Besme, se echaron abajo las puertas y se rodeó la casa. Puede haber entrado ese hombre; pero de cierto no ha salido.

—¡Calle! dijo Coconnas á La Huriére; si no me engaño, ese es el duque de Guisa.

—El mismo, señor caballero. Sí, el gran Enrique de Guisa en persona, que sin duda aguarda á que salga el almirante para hacer con él lo que el almirante hizo con su padre. Hoy por tí y mañana por mí, que dijo el otro: ¡hoy nos ha llegado la vez, á Dios gracias!

—Hola! Besme, ¡hola! gritó el duque con imponente voz, ¿aun no has acabado?

Y lleno de impaciencia hacia brotar chispas de las piedras con la punta de su espada.

Oyéronse en aquel momento en el palacio gritos lejanos, siguiéronse algunos tiros, un gran movimiento de piés, y el ruído que forman muchas armas al chocar unas con otras; pero á todo esto su-

El duque hizo un movimiento para precipitarse á la casa.

—Monseñor, monseñor, le dijo Dugast acercándose á él y conteniéndole, vuestra dignidad os prescribe que os quedeis y aguardeis aquí.

—Tienes razon, Dugast ¡gracias! esperaré. Pero me estoy muriendo de impaciencia y de inquietud. ¡Ah! si se me escaparà.

De pronto se acercó el ruido de los pasos.... los cristales del primer piso se iluminaron con reflejos semejantes á los de un incendio. Abrióse, ó por mejor decir saltó en pedazos el balcon que tantas veces habia mirado el duque, y se presentó en él un hombre de rostro pàlido y con el cuello blanco salpicado todo de sangre.

—¡Besme! gritó el duque. Al fin saliste. ¿Qué hay? ¿qué hay?

—Aguartat, aguartar, respondió friamente el aleman, inclinándose, y alzándose de nuevo con un bulto cuyo peso parecia considerable.

—¿Pero y los otros, donde estàn? preguntó con impaciencia el duque.

—Los otros, matando á los otros.

—¿Y tú que has hecho?

—¿Yo? ahora lo verreis: abartaos un poquito.

El duque retrocedió un paso.

En aquel momento se pudo divisar el objeto que tan á duras penas levantaba Besme. Era el cadáver de un anciano. Púsole sobre el antepecho,

le balanceó un momento en el aire y le arrojó á los piés de su amo.

El sordo ruido de la caida y los chorros de sangre que salpicaron profusamente el pavimento, aterraron hasta al mismo duque; empero esta sensacion duró poco, y la curiosidad movió á los circunstantes á acercarse á la víctima, cuyo cuerpo iluminó la luz de un achon.

Viose entonces una barba blanca, un rostro venerable y unas manos contraidas por la muerte.

—¡El almirante! gritaron á la par veinte voces que tambien á la par callaron inmediatamente.

—Sí, el almirante. El es, dijo el duque acercándose al cadáver para contemplarle con silencioso deleite.

—¡El almirante, el almirante! repitieron á media voz todos los testigos de esta terrible escena, estrechándose unos contra otros y aprocsimándose timidamente al grande anciano vencido.

—Héte aquí, pues Gaspar, dijo el triunfante duque de Guisa. Hiciste que asesinaran á mi padre y ahora le vengo yo.

Y se atrevió á poner un pié sobre el pecho del héroe protestante. Entonces se abrieron dificultosamente los ojos del moribundo, se crispó por última vez su sangrienta y mutilada mano, y sin salir de su inmovilidad dijo al sacrílego con voz sepulcral:

—Enrique de Guisa, tambien sentirás un dia sobre tu pecho el pié de un asesino. No he matado á tu padre. Maldito seas.

Pálido y trémulo el duque á pesar suyo, sintió correr por sus venas un glacial calofrio, pasóse la mano por la frente como para desterrar de ella la lúgubre vision, y cuando la dejó caer, cuando se atrevió á fijar la vista en el almiranre, se habian vuelto á cerrar sus ojos, su mano estaba inerte, y una sangre negra que corria de su boca hasta su blanca barba habia sucedido á las terribles palabras que acababa aquella boca de pronunciar.

El duque levantó su arma con un ademan de desesperada resolucion.

—¿Qué tal, monsenior? le dijo Besme.... ¿Estar ya contento?

—Sí, valiente, sí, respondió Enrique, porque has vengado....

—¿Al duque Francisco, eh?

—A la religion, repuso Enrique con sordo acento. Y ahora. continuó volviéndose hácia los suizos, los soldados y los paisanos que llenaban el patio y la calle, á ellos, amigos, à ellos.

—Buenas noches, señor de Besme, dijo entonces Coconnas acercándose con una especie de admiracion al aleman que seguia en el balcon y estaba limpiando tranquilamente su espada.

—¿Con que vos sois el que le ha despachado? le gritó La Huriére lleno de asombro. ¿Y como ha sido? buen caballero.

—¡Oh! muy sencillamente, muy sencillamente. Ouir ruitraprir la buerta y adrapesarle yo yo con mi dizona. Bero todavía faltar Teligny, y estar tanto gridos.

En efecto, en aquel momento se oyeron algunas aflictivas voces que parecian lanzadas por una muger, y á los rojizos reflejos de las achas de viento que iluminaron una de las dos alas que formaban la galería, se vió pasar á dos hombres huyendo de una chusma de asesinos. Uno de ellos cayó muerto de un arcabuzazo; el otro halló en el camino una ventana abierta, y sin medir su altura, sin cuidarse de los enemigos que abajo le esperaban, saltó intrepidamente al parque.

—Matadle, matadle gritaron los de arriba viendo que se les escapaba su víctima.

El fugitivo se incorporó recogiendo su espada que se le habia ido de las manos al caer, tomó carrera con la cabeza baja, por enmedio de los circunstantes, derribó á tres ó cuatro, dió una estocada á otro, y enmedio del fuego de sus pistoletazos, enmedio de las imprecaciones de los soldados enfurecidos por no haberle acertado, pasó como una exhalacion delante de Coconnas que le esperaba en la puerta prevenido con un puñal.

—¡Te dí! gritó el piamontés, atravesándole el brazo con el afilado acero.

—¡Cobarde! respondió el fugitivo azotando el rostro de su enemigo con la hoja de su espada á falta de espacio para darle de punta.

—Voto à una legion de demonios! esclamó Coconnas: es el señor de La Mole!

—¡El señor de La Mole! repitieron La Huriére y Maurevel.

—El que avisó al almirante, dijeron varios soldados.

—¡Matadle, matadle! gritarou todos.

Coconnas, La Huriére y diez soldados se arrojaron en persecucion de La Mole, el cual cubierto de Sangre y llegado á ese grado de ecsaltacion que es el último esfuerzo del vigor humano, iba dando saltos por las calles sin mas guia que el instinto. Los pasos y los gritos de sus enemigos que detrás de él sonaban, le espoleaban y le prestaban alas. A veces silbaba una bala á sus oidos y comunicaba nueva rapidez á su carrera que iba aflojando. No era ya respiracion, no era aliento lo que salia de su pecho sino un sordo estertor, un ronco ahullido; corrian de sus cabellos el sudor y la sangre, y goteaban mezclados sobre su rostro. Pronto fué su jubon demasiado estrecho para los latidos de su corazon, y se le arrancó; pronto tuvo su espada demasiado peso para su mano y la tiró lejos de sí. Pareciale à veces que los pasos se alejaban y que podria escaparse de sus verdugos, pero á los gritos de estos dejaban su sangrienta tarea otros que se hallaban á su tránsito y acudian tras él. De repente vió á la izquierda el rio arrastrando silenciosamente sus aguas: le pareció que sentiria el indecible placer del ciervo perseguido precipitándose en él, y solo la suprema fuerza de la razon pudo contenerle. A su derecha se alzaba al Louvre, sombrio, inmóvil, pero lleno de ruidos sordos y siniestros. Por el puente levadizo entra-

ban y salian hombres con cascos y corazas que reflejaban la fria luz de los rayos de la luna. La Mole pensó en el rey de Navarra como habia pensado en Coligny. Ellos eran sus dos únicos protectores. Reunió todas sus fuerzas, miró al cielo haciendo en su interior voto de adjurar si escapaba del degüello, hizo perder con un rodeo unos treinta pasos á la turba que le seguia, se dirigió al Louvre, se lanzó al puente levadizo por entre los soldados, recibió otra puñalada que se deslizó á lo largo de sus costillas, y á pesar de los gritos de *mátale, mátale* que resonaban á sus espaldas y en su derredor, á pesar de la ofensiva actitud que tomaron los centinelas, precipitóse como una flecha en el parque, saltó hasta el vestíbulo, atravesó la escalera, subió dos pisos, reconoció una puerta y se recostó en ella llamando con piés y con manos.

—¿Quién anda ahí? preguntó una voz femenil.

—¡Oh Dios mio, Dios mio! murmuró La Mole, ya vienen.... se oyen pasos.... ahí están.... ya los veo.... ¡soy yo! ¡yo!

—¿Y quién sois vos? repuso la voz.

La Mole recordó la contraseña.

—¡Navarra! ¡Navarra! gritó.

Abriose inmediatamente la puerta. La Mole sin mirar donde estaba: sin dar gracias á Matilde, entró en un recibiento, atravesó un pasadizo y dos ó tres aposentos, y llegó por fin á una alcoba alumbrada por una lámpara colgada del techo.

Entre cortinas de terciopelo flordelisadas de oro

y sobre una cama de encina con esculturas; una muger envuelta en una bata de noche y recostada sobre un brazo, abria los ojos con espanto.

La Mole se precipitó hácia ella.

—Señora, esclamó, están matando, están degollando á mis hermanos, y á mí me quieren matar, me quieren degollar tambien. ¡Ah! sois la reina, salvadme. Y cayó à sus piés dejando en la alfombra un ancho reguero de sangre.

Al ver á aquel hombre, pàlido, abatido y de rodillas, la reina de Navarra que, prevenida por las palabras de Mme. de Lorena, se habia acostado vestida, se levantó con temor, tapándose el rostro con las manos y gritando para pedir socorro.

—Señora, dijo La Mole haciendo un esfuerzo para incorporarse, no llameis, en nombre del cielo, porque si os oyen soy perdido: vengo perseguido por asesinos que subian la escalera detrás de mí. Ya se les oye.... ¡ahí están! ¡ahí están!

—¡Socorro! repitió la reina de Navarra fuera de sí, ¡socorro!

¡Ah! ¡vos sois la que me mata! dijo La Mole con desesperacion. Recibir la muerte de una mano tan bella, de una voz tan dulce.... imposible lo hubiera creido.

En el mismo instante se abrió la puerta, y se precipitó en la alcoba una multitud de hombres jadeantes, furiosos, cubiertos de sangre y polvo y armados con arcabuces, alabardas y espadas.

Coconnas iba á su cabeza, erizados sus rojos ca-

bellos, desmesuradamente dilatados sus ojos azules, pálido y con la mejilla acardenalada por la espada de La Mole que habia dejado en ella su sangrienta huella: desfigurado así, el piamontés estaba terrible.

—¡Voto á sanes! gritó, ahí está. ¡Ah! ahora sí que es nuestro.

La Mole buscó con la vista un arma y no la encontró. Volvió los ojos á la reina, y halló pintada en su rostro la mas profunda compasion.

Entonces comprendió que ella sola podia salvarle, y precipitándose à donde estaba la rodeó con los brazos.

Coconnas dió tres pasos hácia adelante; la punta de su larga tizona se escondió otra vez en el hombro de su enemigo, y algunas gotas de tibia y bermeja sangre rociaron las blancas y perfumadas sábanas de la reina.

Margarita vió correr la sangre. Margarita sintió temblar aquel cuerpo enlazado al suyo, y se arrojó con él al espacio que quedaba libre entre la cama y la pared. Ya era tiempo. Agotadas las fuerzas de La Mole, no podia éste hacer un solo movimiento; ni para huir, ni para defenderse. Apoyó su lívida cabeza en un hombro de la jóven princesa, y sus crespados dedos se aferraron, desgarrándola, á la fina y bordada batista que cubria el cuerpo de Margarita.

—¡Ah! señora, murmuró con moribunda voz; salvadme. No pudo decir mas. Sus ojos se cu-

brieron con una nube semejante á la que precede á la muerte; cayó hácia atrás su pesada cabeza, tendió los brazos, dobló el cuerpo, y se desplomó en el suelo bañado en su propia sangre y arrastrando á la reina consigo.

Coconnas ecsaltado en aquel momento por la gritería, embriagado por el olor de la sangre y ecsasperado por la rápida carrera que acababa de dar, alargó el brazo hàcia el lecho real. Su espada iba á atravesar el corazon de La Mole y acaso al mismo tiempo el de Margarita.

Al aspecto de aquel hierro desnudo, ó mejor dicho, en vista de aquella brutal insolencia, la hija de los reyes se alzó con imponente ademan y dió un grito en que se reveló tanto horror, tanta indignacion y tanta rábia, que el piamontés se quedó como petrificado por una sensacion desconocida: verdad es que á prolongarse la escena entre los mismos actores, se hubiera deshecho aquella sensacion como la nieve de la mañana al sol de Abril.

Pero de repente apareció por una puerta oculta en la pared un jóven de diez y seis á diez y siete años, vestido negro, pálido y con los cabellos en desórden.

—Espera, hermana, espera, gritó; heme aquí; héme aquí.

—¡Francisco, Francisco! ¡socorro! dijo Margarita.

—El duque de Alenzon, murmuró La Huriére baja donel arcabuz.

—¡Voto à sanes! ¡un príncipe de sangre real! dijo Coconnas retrocediendo un paso.

El duque lanzó una ojeada en su derredor, y vió á Margarita mas bella que nunca, despeinada, recostada en la pared, rodeada de hombres cuyos ojos respiraban furor, cuya frente chorreaba sudor, cuya boca vertia espuma.

—¡Miserables! esclamó.

—¡Salvadme, hermano! dijo la abatida Margarita.

El rostro pálido del duque se animó con un rápido fuego.

Sostenido sin duda por la conviccion de su superioridad, se acercó aunque estaba sin armas, con los puños cerrados á Coconnas y sus compañeros, los cuales retrocedieron aterrados por los relámpagos que de sus ojos brotaban.

—Veamos, les dijo: ¿sois capaces de asesinar á un príncipe frances?

Y como continuasen retirándose ante él:

—Venid acà, capitan de mis guardias, dijo, y que me ahorquen á todos esos bergantes.

Mas sobrecogido al aspecto del desarmado jóven que hubiera podido estarle ante una compañía entera de raitres ó de lansquenetes, Coconnas habia salido ya del aposento. La Huriére bajaba los escalones con la velocidad del ciervo, los soldados se codeaban y se atropellaban unos á otros en el vestíbulo para huir con mas rapidez, juzgando dema-

siado estrecha la puerta, comparada con sus deseos de verse fuera.

En aquel intermedio Margarita echó instintivamente sobre el jóven que yacia desmayado, su colcha de damasco, y se separó de él.

Luego que desapareció el último de los asesinos, el duque de Alenzon se volvió hácia la reina.

—Hermana, esclamó al ver á Margarita manchada de sangre, ¿estás herida?

Y se acercó á ella con una inquietud que hubiese hecho honor à su cariño, si este cariño no hubiera sufrido la acusacion de ser mayor de lo que á un hermano corresponde.

—No, dijo Margarita, creo que no, y si lo estoy, será ligeramente.

—Pues ¿y esta sangre? dijo el duque palpando con sus trémulas manos todo el cuerpo de Margarita. ¿De quién es esta sangre?

—No lo sé, respondió la jóven. Uno de esos miserables me ha puesto la mano encima, acaso estaria herido.

—¡Todar á mi hermana! esclamó el duque, ¡Oh! con solo que me le hubieras señalado, con haberme dicho cuál era, si yo le volvia á encontrar....

—Callaos, dijo Margarita.

—¿Por qué? preguntó Francisco.

—Porque si os viesen á estas horas en mi aposento....

—¿No puede un hermano visitar á su hermana?

La reina clavó en el duque una mirada tan fija, tan amenazadora que le hizo retroceder.

—Sí, sí, Margarita, bien decís; sí, me vuelvo á mi habitacion. Pero no debes quedarte sola durante esta terrible noche. ¿Quieres que llame á Matilde?

—No, á nadie: vete, Francisco, vete por donde has venido.

Obedeció el jóven príncipe, y apenas hubo desaparecido cuando Margarita, oyendo un suspiro detrás de su cama, se lanzó hácia la puerta secreta, echó el cerrojo, dirigiose desde allí á la otra, é hizo lo mismo, justamente en el momento en que pasaba como un huracan por la estremidad del pasadizo una multitud de arqueros y soldados persiguiendo à otros hugonotes que moraban en el Louvre.

Miró entonces atentamente en torno suyo para ver si estaba efectivamente sola; volvió hácia la cama, alzó la colcha de damasco que habia ocultado el cuerpo de La Mole á los ojos del duque de Alenzon, sacó penosamente al medio del aposento aquella inerte masa, y observando que todavía respiraba el infeliz, se sentó, puso sobre sus rodillas la cabeza del moribundo y le echó agua en el rostro para que volviera en sí.

Solo cuando el agua hizo desaparecer de su semblante, el polvo, la sangre y la pólvora, que le cubrian, reconoció Margarita en él al gallardo caballero que lleno de vida y de esperanzas habia ido

tres ó cuatro horas antes à demandarle su proteccion para con el rey de Navarra, y se habia separado de ella deslumbrado por su hermosura y dejándola tambien harto pensativa.

Margarita dió un grito de terror, porque lo que entonces sentia no debia ya llamarse compasion del herido, sino interes, y en efecto, el provenzal era para ella mas que una persona estraña, era casi un conocido. El bello semblante de La Mole se presentó descubierto, pálido y debilitado por el dolor. Casi tan pálida como él y con una zozobra mortal, puso la reina la mano sobre su corazon que todavía latia, cogio un frasco de espíritu que estaba sobre una mesa inmediata, y se lo dió á respirar.

La Mole abrió los ojos.

—¡Dios mio! murmuró; ¿dónde estoy?

—Estais en salvo. Tranquilizaos. ¡En salvo! dijo Margarita.

Volvióse La Mole haciendo un esfuerzo hácia la reina, la devoró con la vista por espacio de un momento y murmuró:

—¡Oh! ¡qué hermosa sois!

Y cerró otra vez los pàrpados, como deslumbrado, ecshalando un suspiro.

Margarita dió un ligero grito. Habia aumentado la palidez del jóven, si posible era; la reina llegó á creer que aquel suspiro habia sido el último de su vida.

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! esclamó: ¡compadeceos de él!

En aquel momento llamaron violentamente á la puerta del pasadizo.

Margarita se levantó á medias sosteniendo á La Mole por debajo de los brazos y preguntó:

—¿Quién va allá?

—Yo, señora, yo, gritó una voz femenina: yo; la duquesa de Nevers.

—¡Enriqueta! esclamó Margarita. ¡Oh! no hay peligro, es una amiga, ¿lo oís? caballero.

La Mole hizo un esfuerzo y se apoyó sobre una rodilla.

—Procurad sosteneros mientras voy á abrir la puerta, dijo la reina.

El provenzal puso una mano en el suelo y consiguió guardar el equilibrio.

Margarita dió un paso hácia la puerta, mas de repente se detuvo temblando de miedo.

—¡Calla! ¿no estas sola? preguntó á la duquesa oyendo ruido de armas.

—No, vengo con doce guardias que me ha dado mi cuñado el duque de Guisa.

—¡El duque de Guisa! murmuró La Mole. ¡Asesino! ¡asesino!

—Silencio, dijo Margarita; no pronunciéis otra palabra.

Y echó una mirada en su derredor buscando donde esconder al herido.

—Una espada, un puñal, murmuraba La Mole.

—¿Para defenderos? es inútil: ¿no lo habeis oido? sois uno contra doce.

—Para defenderme no: para no caer vivo en sus manos.

—No, no, dijo Margarita: yo os salvaré..... ¡Ah! en ese gabinete; venid, venid.

Hizo La Mole un esfuerzo, y sostenido por Margarita se arrastró hasta el gabinete. La reina cerró la puerta; y guardándose la llave en el limosnero, no deis un grito, un quejido ni un suspiro, le dijo desde afuera y os salvais.

Y echándose sobre los hombros una capa de noche marchó á abrir á su amiga, la cual se precipitó en sus brazos, esclamando:

—¡Ah! ¿no os ha sucedido nada, señora?

—No, nada, dijo Margarita cruzando los dos lados de la capa para tapar las manchas de sangre de su traje.

—Me alegro infinito; pero de todos modos como el duque de Guisa me ha dado doce guardias para acompañarme á su palacio, y como no necesito yo tanta comitiva, dejaré la mitad à V. M. Seis guardias del duque de Guisa, valen esta noche mas que todo un regimiento de guardias del rey.

No atreviéndose Margarita á rehusar este favor, instaló á los seis soldados en el pasadizo y dió las gracias con un abrazo á la duquesa de Nevers, la cual marchó con su escolta al palacio de Guisa, donde residia durante la ausencia de su marido.

CAPITULO IX.

LOS DEGOLLADORES.

Coconnas no habia huido, se habia retirado. La Huriére tampoco habia huido, se habia precipitado. El uno desapareció como el tígre, el otro como el lobo.

De aquí resultó que La Huriére no estuviese ya la plaza de San German-l'Auxerrois, cuando Coconnas apenas habia salido del Louvre.

Viéndose solo con su arcabuz el posadero enmedio de la gente que corria, de las balas que silbaban y de los cadáveres que caian de los balcones, unos enteros y otros á pedazos, empezó á tener miedo y á tratar prudentemente de volver á su fonda; pero al entrar en la calle del Arbol-Seco, por la plaza de Averon, se encontró con una tropa de suizos y de caballería ligera: Murevel la mandaba.

—¿Ya habeis acabado? preguntó el que á sí propio se bautizara con el nombre de mata-hombres del rey: ¿ya volveis à casa, patron? ¿y qué diablos habeis hecho de nuestro caballero piamontés? ¿Le ha sucedido alguna desgracia? Lástima seria, porque se presentaba bien.

—No sé que le haya sucedido ninguna, respondió La Huriére; es de esperar que se nos venga pronto.

—¿De dónde vais?

—Del Louvre, donde nos han recibido de bastante mala manera.

—¿Quién?

—El señor duque de Alenzon. ¿No entraba él en la danza?

—El señor duque de Alenzon no entra en mas danzas que en las que personalmente le atañen; proponedle que trate como hugonotes á sus dos hermanos y entrará y aun en ese caso ecsigirá que no se le comprometa. ¿Pero no vais con esa buena gente, maese La Huriére?

—¿A dónde?

—Ahí en la calle Montorgueil hay un sacerdote hugonote, conocido mio: tiene muger y seis hijos. Esos herejes engendran que es un asombro. Será cosa curiosa.

—¿Y vos, à dónde vais?

—¿Quién, yo? A una diligencia particular.

—Pues no vayais sin mí, dijo una voz que hizo estremecerse á Maurevel: veo que conoceis buenas madrigueras y quiero acompañaros.

—¡Hola! aquí está nuestro piamontés, esclamó Maurevel.

—¡El señor de Coconnas! dijo La Huriére. Yo creí que veniais detrás de mí.

—¡Diantre! no tengo yo tan buenas piernas: ademas, me he apartado un poco de la línea recta para tirar al rio á un chicuelo que estaba gritando: ¡Abajo los papistas! ¡Muera el almirante! Por desgracia, creo que el tunante sabia nadar. Para ahogar á uno de esos renegados va á ser necesario echarles al agua como á los gatos, antes de que abran los ojos.

—Me habeis dicho que venís del Louvre. ¿Con que se habia refugiado á él vuestro hugonote? preguntó Maurevel.

—Sí por cierto.

— Le tiré un pistoletazo cuando se bajó para recoger su espada en el parque del almirante, pero no sé cómo fué que no le acerté.

—Pues á mí no me sucedió eso, dijo Coconnas, porque le dí tal estocada en la espalda, que saqué la espada manchada de sangre á cinco pulgadas de la punta. Así fué que cayó en brazos de Margarita, linda muchacha, ¡voto á sanes! Confieso que no sentiria saber de fijo que habia muerto. Tiene trazas de rencoroso, y seria capaz de quererme mal toda su vida. ¿Pero no dijisteis que ibais á no sé que parte?

—¿Persisits en acompañarme?

—Persisto en no estarme quieto, ¡voto á sanes!

Aun no he matado mas que á tres ó cuatro, y cuando me estiro me duele este hombro. ¡Adelante, pues, adelante!

—Capitan, dijo Maurevel al que mandaba la tropa: dadme tres hombres y marchad con el resto á despachar al cura.

Separáronse tres suizos de sus compañeros y se reunieron á Maurevel, marchando sin embargo juntas entrambas tropas hasta la parte alta de la calle Tirechappe: desde allí se encaminaron los suizos y los ligeros por la calle de la Tonellerie, mientras que Maurevel, Coconnas, La Hurière y sus tres soldados se dirigian á la de Sainte-Avoie.

—¿A dónde diablos nos llevais? dijo Coconnas que empezaba á cansarse de aquella larga é infructuosa caminata.

—A una espedicion brillante y útil. Nada mejor puedo ofreceros despues del almirante, de Teligny y de los príncipes hugonotes. Tened paciencia. Vamos á la calle de Chaume, de la cual estamos ya muy cerca.

—Decidme, preguntó Coconnas; ¿y esa calle de Chaume está próxima al Temple?

—Sí: ¿por qué?

—Porque en el Temple vive un acreedor antiguo de mi familia, un tal Lambert Marcandon, á quien me encargó mi padre que entregase cien *nobles de rosa* que al efecto traigo en el bolsillo.

—Bonita ocasion se os presenta para pagarle dijo Maurevel.

—¿Pués cómo?

—Hoy es dia de saldar todas las cuentas atrasadas. ¿Es hugonote ese Mercandon?

—¡Ah! ya voy entendiendo, respondió Coconnas: debe de serlo.

—Chiton; ya hemos llegado.

—¿Qué palacio es ese que tiene una torrecilla!

—El de Guisa.

—No podia menos, repuso Coconnas, puesto que he venido á Paris recomendado á la proteccion del gran Enrique. Pero ¡voto á sanes! muy tranquilo está este barrio: apenas se oyen los tiros; ¡llévame el diablo si no parece que nos hallamos en una ciudad de provincia! todos están durmiendo.

En efecto, el mismo palacio de Guisa se mostraba en tanta calma como si nada estraordinario sucediera. Estaban cerradas todas las ventanas y una sola luz brillaba tras la selosía del balcon principal de la torrecilla que llamara la atencion de Coconnas al entrar en la calle.

Maurevel se detuvo un poco mas allá del palacio y dijo:

—Aquí vive el que buscamos.

—O mejor dicho, el que buscais, observó La Huriére.

—Todos vamos á lo mismo.

—Y esa casa que tan en silencio está....

—Es la que necesitamos. La Huriére, podeis utilizar esa cara de hombre de bien que os ha dado el cielo por equivocacion, llamando á la puerta.

Entregad el arcabuz al señor de Coconnas; una hora hace que le está mirando con envidia. Si lograis introduciros pedid que os dejen hablar con el señor de Mouy.

—¡Hola! dijo Coconnas: ahora comprendo: parece que tambien vos teneis acreedores en el barrio del Temple.

—Cabal, continuó Maurevel. Subireis fingiendoos hugonote; dareis parte al señor de Mouy de cuanto pasa; como es valiente, bajará.....

—¿Y cuando baje? preguntó La Huriére.

—Medirá su espada con la mia.

—Eso es portarse como un caballero, por vida mia, dijo Coconnas; lo mismo he de hacer yo con Lambert Mercandon, y si es muy viejo y no puede aceptar, me batiré con cualquier hijo ó sobrino que tenga.

La Huriére llamó en la casa sin decir palabra; á los golpes, que resonaron en medio del silencio de la noche, se abrieron las puertas del palacio de Guisa y asomaron por las rendijas algunas cabezas, probando que si el palacio estaba tranquilo, era á la manera de las ciudadelas; esto es, lleno de soldados.

Los curiosos desaparecieron inmediatamente, conociendo sin duda la causa del ruido.

—¿Con que el señor de Mouy vive en esa casa? dijo Coconnas, ínterin llamaba La Huriére.

—No, quien vive ahí es su querida.

—¡Buen obsequio le haceis, voto á sanes! ¡darle

ocasion de sacar la espada á presencia del objeto de su amor! Nosotros seremos los jueces del campo, aunque yo preferiria batirme, porque me está dando punzadas este hombro.

—Tambien teneis la cara bastante lastimada, dijo Maurevel.

Coconnas lanzó una especie de rugido.

—Creo que ha muerto, contestó, que si no, aun seria capaz de volver al Louvre para rematarle.

La Huriére seguia llamando.

A poco se abrió un balcon del primer piso y apareció un hombre con gorro de dormir, calzoncillos y sin armas.

—¿Quién va? preguntó.

Maurevel hizo una seña á los suizos, los cuales se pusieron en fila detras de una esquina, interin se arrimaba Coconnas á la pared.

—¡Ah, señor Mouy! dijo el posadero con melíflua voz; ¿sois vos?

—Yo soy, ¿qué se ofréce?

—El es, murmuró Maurevel temblando de alegría.

—¿Pues no sabeis lo que pasa, señor caballero? continuó La Huriére. Están degollando al almirante, y á nuestros correligionarios. Venid pronto á ausiliarnos, venid.

—¡Ah! esclamó Mouy, bien me temia yo que urdiesen algo para esta noche. No debí separarme de mis valientes compañeros. Allá voy amigo, allá voy, esperadme.

Y sin cerrar el balcon por el cual se dejaron oir algunos gritos femeniles, algunas tiernas súplicas, el señor de Mouy cogió su jubon, su capa y sus armas.

—Ya baja, ya baja, murmuró Maurevel pálido de gozo. Estad alerta vosotros, añadió en voz baja á los suizos, y arrancando el arcabuz á Coconnas y soplando la mecha para ver si estaba bien encendida, toma tù, dijo al posadero que se habia retirado al centro, toma tu arcabuz.

—¡Voto à sanes! esclamó Coconnas, ahora sale la luna de entre las nubes para alumbrar el combate. No sé que daria porque estuviese aquí Lambert Mercandon y sirviese de segundo al señor de Mouy.

—Tened paciencia, contestó Maurevel. El señor de Mouy vale por diez y acaso nos cueste trabajo á los seis entendérnos con él. Acercaos vosotros, continuó haciendo seña á los suizos de que marcharan en silencio hasta la puerta, para dar el golpe cuando saliera.

¡Bah! ¡bah! dijo Coconnas observando estos preparativos, ya veo que no van à pasar las cosas precisamente como yo creia.

Oiase ya el ruido que hacia Mouy al desatrancar la puerta junto á la cual se habian colocado los suizos, saliendo de su escondite. Maurevel y La Huriére se acercaban de puntillas mientras que por un resto de caballerosidad se quedaba Coconnas en su sitio, cuando la jóven de quien nadie se

acordaba, apareció en el balcon y lanzó al verlos un terrible grito.

Mouy que ya tenia entreabierta la puerta se detuvo.

—Sube, sube, esclamó la jóven, veo relucir espadas y brillar la mecha de un arcabuz. Es una asechanza.

—¡Oh! respondió Mouy con sonora voz, vamos despacio y sepamos qué es esto.

Y se volvió arriba cerrando otra vez la puerta, poniendo la tranca y corriendo el cerrojo.

En vista de la retirada de Mouy, Maurevel cambió el órden de batalla. Los suizos pasaron á la acera de enfrente y La Huriére preparó el arcabuz para cuando volviera á asomarse el enemigo. No tuvo que aguardar mucho tiempo. Mouy salió al balcon precedido de dos pistolas de tan respetable longitud que La Huriére, que ya le estaba apuntando reflecsionó de repente que las balas del hugonote no tenian que andar un paso mas para llegar á la calle que su propia bala para llegar al balcon. Cierto que puedo matarle, dijo entre sí, pero él tambien puede matarme á mí al mismo tiempo.

Y como en resumidas cuentas; maese La Huriére, posadero de profesion, no era soldado mas que por circunstancias casuales, cedió á esta reflecsion y se determinó á retirarse á la esquina de la calle de Brac, la cual por su distancia hacia difícil encontrar la línea que debiese recorrer la bala para llegar á Mouy, mucho mas siendo de noche.

El jóven lanzó una ojeada en su derredor y se

asomó, resguardando el cuerpo como si fuera á entrar en un desafío; mas viendo que nadie se movia,

—¡Oiga, señor mensagero! dijo, parece que se os ha olvidado el arcabuz á la puerta de mi casa. Aquí estoy, ¿que se ofrece?

—¡Bien! esclamó Coconnas, es un valiente.

—Aquí espero á mis amigos y á mis enemigos, señores, ya lo veis.

La Huriére guardó silencio, Maurevel no desplegó los labios y los suizos tampoco se movieron.

Pasado un instante y sorprendido Coconnas de que nadie sostuviera la conversacion entablada por el posadero y continuada por Mouy, salió de su escondite, se plantó en medio de la calle, y dijo quitándose el sombrero:

—No hemos venido á cometer un asesinato, como tal vez os imaginais, sino á proponeros un desafío..... Vengo acompañando á un enemigo vuestro que desea terminar á lo caballero un envejecido debate. Venid aquí; ¡voto á sanes! venid y no volvais la espalda, señor de Maurevel; el señor acepta la proposicion.

—¡Maurevel! esclamó Mouy; Maurevel el asesino de mi padre, el *mata-hombres* del rey. ¡Oh! vaya si la acepto.

Y apuntando á su enemigo que iba á llamar al palacio de Guisa para pedir refuerzos, le pasó el sombrero de un balazo.

Al ruido de la esplosion y á los gritos de Maurevel; salieron los guardias que habian escoltado á

la duquesa de Nevers, acompañados de tres ó cuatro caballeros y de los pajes de estos, y avanzaron hácia la casa de la querida del jóven.

Otro pistoletazo tendió en el suelo al soldado que se hallaba mas cerca de Maurevel, y en seguida, viéndose Mouy desarmado, ó por lo menos con armas que de nada le servian, puesto que las pistolas estaban descargadas y que sus adversarios se hallaban fuera del alcance de la espada, se resguardó detrás del balcon.

Empezaban, entretanto, á abrirse algunas ventanas de las inmediaciones, y segun era pacífico ó belicoso el carácter de sus habitantes, se volvian á cerrar ó se erizaban de mosquetes y arcabuces.

—¡A mí, Mercandon! esclamó Mouy haciendo una seña à un hombre ya anciano que asomado á una ventana que acababa de abrirse frente al palacio de Guisa, trataba de averiguar la causa de aquella confusion.

—¿Me llamais, señor de Mouy? dijo el anciano, ¿vienen contra vos?

—Contra mí, contra vos, contra todos los protestantes; ved aquí una prueba.

En efecto, en aquel mismo momento se habia alzado contra Mouy el arcabuz de La Huriére. Salió el tiro, pero el jóven tuvo lugar para bajarse, y la bala rompió un cristal á poca distancia de su cabeza.

—¡Mercandon! esclamó Coconnas que brincaba de contento en medio ed aquella baraunda, olvida-

do ya de su acreedor, y que de repente se acordó de él al oir el apóstrofe de Mouy; Mercandon y calle de Chaume; esta es: ¡Hola! ¿con que vive aquí? bien está, así despachará cada cual sus propios negocios.

Y en tanto que la gente del palacio de Guisa echaba abajo las puertas de la casa en que estaba Mouy; en tanto que Maurevel con un hachon en la mano procuraba prender fuego al edificio, y en tanto que derribadas ya las puertas se empeñaba un terrible combate contra un solo hombre que de cada pistoletazo y de cada estocada tendia á un enemigo en tierra, Coconnas procuraba hacer astillas con una piedra la puerta de Mercandon, el cual sin cuidarse de aquel solitario ataque, disparaba á mas y mejor desde su ventana.

Aquel abandonado y oscuro recinto se iluminó súbitamente con una claridad igual á la del dia, se pobló como el interior de un hormiguero; seis ú ocho hugonotes del palacio de Montmorency, acompañados de sus criados y amigos, hicieron una terrible descarga, y sostenidos por el fuego de los balcones, empezaron á arrollar á la gente de Maurevel y á la del palacio de Guisa, obligándola por fin á entrar en este.

Coconnas, que aun no habia acabado de derribar la puerta de Mercandon por mas esfuerzos que hacia, fué comprendido en este movimiento general. Poniéndose entonces de espaldas contra la pared y desenvainando la espada, empezó, no solo á defen-

derse, sino á atacar, dando tan terribles gritos que dominaba con la voz todo el combate. Así estuvo sacudiendo golpes á derecha é izquierda, é hiriendo á amigos y enemigos hasta que dejó desocupado en su derredor un respetable espacio; cada vez que atravesaba su tizona un cuerpo y salpicaba la caliente sangre sus manos y su rostro, ganaba parte del terreno perdido y se acercaba á la casa sitiada, dilatando los ojos, ensanchando las narices y apretando los dientes.

Despues de una terrible lucha en la escalera y en el zaguan, Mouy salió por fin, como un héroe, de su inflamada casa. En medio de aquella tremolina no habia cesado de gritar: "¡Maurevel, ven acá! ¿dónde estás, Maurevel?" insultándole con los mas injuriosos epítetos. Presentose al cabo en la calle, sosteniendo con el brazo izquierdo á su querida, medio desnuda y casi desmayada, y con un puñal cogido con los dientes. Brillaba su espada en el movimiento de rotacion que la comunicaba, trazando círculos blancos ó rojos, ora cuando daban en ella los rayos de la luna, ora cuando la luz de los hachones se reflejaba en sus sangrientas manchas. Maurevel habia huido. La Huriére, repelido por Mouy hácia Coconnas que no le reconocia y le recibia á estocadas, pedia gracia á uno y á otro. En aquel momento le vió Mercandon, y su cruz blanca le reveló que era católico. Sonó un tiro; La Huriére dió un grito, tendió los brazos, soltó el arcabuz, y despues de hacer algunos es-

fuerzos para llegar á la pared á fin de sostenerse, cayó de bruces en el suelo.

Aprovechando Mouy la oportunidad, se lanzó á la calle del Paraiso, y desapareció.

Tal fué la resistencia de los hugonotes, que los del palacio de Guisa se habian refugiado á él y cerrado la puerta, con harto temor de que á su vez los sitiaran.

Aturdido Coconnas con la sangre y el estrépito, se hallaba en ese grado de ecsaltacion que, especialmente entre los hijos del Mediodía, cambia el valor en demencia: nada habia visto ni oido. Empero notando al fin que era menos atronador el ruido, que se iban secando sus manos y su rostro, bajó la punta de su espada, miró en torno suyo y no vió mas que un hombre tendido en tierra con la cara sumergida en un lago de sangre y unas cuantas casas ardiendo.

Corta fué la tregua, pues al ir á acercarse al caido, en quien le pareció reconocer á La Huriére, se abrió la puerta de la casa que inutilmente habia tratado antes de allanar á pedradas, y el anciano Mercandon, seguido de un hijo suyo y de dos sobrinos, se arrojó sobre él sin darle tiempo para respirar.

—¡Ahí está! ahí está! gritaron los cuatro á una voz.

Hallábase Coconnas en medio de la calle, y temiendo que lo rodearan, dió un salto hácia atrás con la velocidad de la gamuza, que mas de una

vez habia perseguido en sus montañas. Resguardadas así las espaldas por la pared del palacio de Guisa y á cubierto de toda sorpresa, se puso en guardia y djjo con acento burlon:

—¡Ja, ja! maese Mercandon, ¿no me habeis conocido?

¡Sí que te he conocido, miserable! esclamó el anciano hugonote; ya veo que eres capaz de hacer armas contra mí, contra el amigo, contra el compañero de tu padre.

—Y contra su acreedor ¿verdad?

—Sí, contra su acreedor, tú lo has dicho.

—¡Pues sí justamente vengo á arreglar las cuentas pendientes! repuso Coconnas.

—¡Cogedle y atadle! ordenó el anciano á los que le acompañaban, los cuales obedientes á su voz marcharon hácia él.

—Poco á poco, respondió Coconnas sonriéndose. Para prender á una persona se necesita un auto de prision; se os ha olvidado pedírsela al preboste.

A estas palabras cruzó la espada con el que tenia mas cerca, y al primer quite le asestó una mandoble.

El infeliz retrocedió dando quejidos.

—Y va uno dijo Coconnas.

En aquel instante se abrió rechinando sobre sus goznes la ventana á cuyo pié se habia refugiado el piamontés. Coconnas hizo un movimiento temiendo ser acometido tambien por aquel lado; pero en vez de ver á un enemigo, vió á una muger;

en vez de caer sobre él un mortífero proyectil, cayó á sus piés un ramillete.

—¡Calle! una muger, esclamó.

Y saludando á la dama con la espada, se inclinó para recoger su donativo.

—¡Alerta, buen católico, alerta! gritó la señora.

Incorporóse Coconnas, pero no tan rápidamente que no le hiriese en el hombro sano el puñal del segundo sobrino, atravesando su capa.

La dama lanzó un penetrante grito.

Dióla las gracias el piamontés, y la tranquilisó con un solo ademan, despues de lo cual se lanzó contra su adversario. Este le hizo frente, pero al segundo ataque se le escurrió el piè de atrás en un charco de sangre. Coconnas se lanzó sobre él con la rapidez del gato montés, y le pasó el pecho de una estocada.

—¡Bien, bien, animoso caballero! gritó la dama del palacio de Guisa. ¡Voy á enviaros socorro!

—No os molesteis por tan poca cosa, señora, dijo Coconnas. Mas vale que os quedeis ahí, si os interesa algo el espectáculo; ya vereis qué cuenta dá el conde Anibal de Coconnas, de los hugonotes.

No bien acabó de decir esto, cuando el hijo de Mercandon le disparó casi á boca de jarro, un pistoletazo. El piamontés hincó una rodilla en tierra. La dama del balcon dió otro grito, pero Coconnas se levantó inmediatamente, pues solo se habia arrodillado para librarse de la bala, que fué á clavarse en la pared á dos piés de la bella espectadora.

Casi en el mismo instante se oyó una esclamacion de cólera en la ventana de la habitacion de Mercandon, y una vieja que por la cruz y la banda blanca de Coconnas habia conocido que era católico, le tiró un tiesto, que fué á darle algo mas arriba de la rodilla.

—¡Bien! dijo Coconnas, ¡una me echa las flores y otra los tiestos! Si sigue así, van á demoler las casas.

—Gracias, madre, gracias, gritó el jóven.

—Vete, muger, añadió Mercandon; pero cuida de nosotros.

—Esperad un poco señor de Coconnas, dijo la dama del palacio de Guisa, mandaré que tiren á los balcones.

—Esto es un infierno de mugeres, esclamó Coconnas; unas en pro otras en contra... ¡Voto á sanes ya es hora de acabar!

En efecto, la escena habia variado mucho y se acercaba indudablemente á su desenlace.

Para resistir á Coconnas que, aunque herido, conservaba todo el vigor de sus veinte y cuatro años, que estaba avezado al ejercicio de las armas y que se hallaba mas irritado que desfallecido por los tres ó cuatro arañazos que habia recibido, solo quedaban Mercandon y su hijo: Mercandon, anciano de sesenta á setenta años; su hijo niño de diez y seis á diez ocho, pálido, rubio, y de pocas fuerzas. Este habia dejado caer su pistola que, por estar ya descargada, le era inútil y agitaba

temblando una espada la mitad mas corta que la del piamontés. El padre, armado solo con un puñal y un arcabuz sin carga, pedia socorro. La vieja de la ventana tenia un trozo de mármol en la mano, preparada á tirársele á Coconnas. Escitado éste por las amenazas de una parte y por los aplausos de la otra, orgulloso con sus dos victorias, ébrio de pólvora y de sangre, alumbrado por el resplandor de una casa ardiendo, sostenido por la idea de que combatia á presencia de una muger, cuya belleza le parecia tan superior como indisputable su categoría, sintió como el último de los Horacios aumentarse sus fuerzas, y viendo vacilar al jóven corrió á él y cruzó con su espada en miniatura su terrible tizona. Dos golpes le bastaron para desarmarle. Mercandon procuró entonces hacerle retroceder á fin de que estuviese mas al alcance de los proyectiles de la ventana; pero el piamontés, para paralizar á un tiempo los ataques del viejo que le amagaba con su puñal y los de la madre que esperaba el momento favorable para abrirle la cabeza con la piedra que en las manos tenia, agarró á su adversario por mitad del cuerpo y se valió de él como de un escudo, presentándole á todos los golpes y ahogándole con hercúleos abrazos.

—¡A mí, á mí! esclamó el jóven; ¡que se me rompe el pecho! ¡socorro, socorro!

Y su voz empezó á perderse en un sordo y penoso estertor.

Mercandon cesó de amenazar, y decendió á las súplicas.

—¡Gracia, gracia! señor de Coconnas, ¡gracia para mi único hijo!

—¡Es mi hijo, es mi hijo! gritó la madre: la esperanza de nuestra vejez: no le mateis, caballero, no le mateis!

—¿De veras? esclamó Coconnas soltando la carcajada; ¿qué no le mate? ¿y qué queria él hacer conmigo? ¿para qué sacó la espada y la pistola?

—Caballero, continuó Mercandon juntando las manos, en casa tengo el recibo firmado por vuestro padre, os le devolveré: tengo diez mil escudos de oro y os los daré; tengo las alhajas de la familia y serán vuestras, pero, ¡no le mateis, no le mateis!

—Y yo tengo mi amor, dijo á media voz la dama del palacio de Guisa y os lo prometo.

Coconnas reflexionó un momento y dijo á su enemigo:

—¿Sois hugonote?

—Sí, murmuró el niño.

—Pues es necesario que murais, respondió Coconnas frunciendo el ceño y acercando al pecho de su adversario un acerado y agudo puñal.

—¡Morir! esclamó el anciano, ¡pobre hijo mio! ¡morir

Y se oyó un grito tan doloroso, tan profundo, tan maternal, que hizo vacilar por un momento a f z resolucion del piamontés.

—¡Oh, señora duquesa! esclamó el padre dirigiéndose á la dama del palacio de Guisa, interceded por nosotros y repetiremos dia y noche vuestro nombre en nuestras oraciones.

—Ea, pues, que se convierta, dijo la duquesa.

—Soy protestante, murmuró el niño.

—Muere, esclamó Coconnas alzando su daga, muere, ya que no quieres recibir la vida que te ofrece esa linda boca.

Mercandon y su muger vieron brillar, como un relámpago, sobre la cabeza de su hijo el terrible acero.

—Hijo mio, Oliverio, gritó la madre, adjura, adjura.

—Adjura, hijo querido, añadió Mercandon arrastrándose á los piés de Coconnas. No nos dejes solos en el muudo.

—Adjurad todos, dijo Coconnas; por un credo se salvan tres almas y una vida.

—Estoy conforme, respondió el jóven.

—Estamos conformes, gritaron Mercandon y su muger.

—¡De rodillas! dijo Coconnas, y que repita tu hijo palabra por palabra la oracion que yo le diga.

El padre obedeció antes que su hijo; éste se arrodilló tambien diciendo:

—Estoy dispuesto.

Entonces empezó Coconnas á dictarle en latin el credo. Pero fuese por casualidad ó por cálculo, el jóven Oliverio se arrodilló cerca del sitio nod-

de antes habia ido á parar su espada, y apenas la vió al alcance de su mano, sin cesar de repetir las palabras de Coconnas, alargó el brazo para cogerla. Coconnas observó el movimiento con disimulo, y en el instante en que tocaba el jóven con la punta de sus crispados dedos la empuñadura del arma, se lanzó sobre él, y le derribó diciendo:

—¡Ah traidor!

Y le clavó la daga en la garganta.

Oliverio dió un grito, se levantó convulsivamente sobre una rodilla y cayó muerto.

—¡Ah verdugo! ahulló Mercandon ¡nos matas para robarnos los cien *nobles de rosa* que nos debes!

—No á fé, dijo Coconnas, ahí tienes la prueba.

Diciendo estas palabras, Coconnas tiró á los piés del viejo el bolsillo que le entregara su padre para pagar á su acreedor.

—Ahí va tu dinero.

—Y ahí va tu muerte, gritó la madre desde la ventana.

—¡Cuidado, señor de Coconnas, cuidado! dijo la dama del palacio de Guisa.

Pero antes de que hubiese podido Coconnas volver la cabeza para obedecer este último aviso ó para sustraerse á la primer amenaza, hendió el aire silbando una pesada masa, cayó de plano sobre el sombrero del piamontés, le rompió la espada y le tendió en el pavimento atónito, aturdido, desmayado, sin que pudiera oir el doble grito de

alegría y de afliccion que sonó á derecha ó izquierda.

Mercandon se lanzó inmediatamente con puñal en mano sobre Coconnas, pero al mismo tiempo se abrió la puerta del palacio de Guisa, y el anciano se puso en fuga al ver relucir las partesanas y las espadas. Entre tanto la persona á quien habia dado el nombre de duquesa encantadora con una belleza terrible á la luz de incendio, cubierta de deslumbradoras pedrerías y de diamantes, sacaba medio cuerpo fuera de su balcon para gritar á los recien llegados apuntando á Coconnas:

—¡Allí, allí, frente á mí! un caballero vestido con un jubon rojo. ¡Ese, sí, sí, ese!.....

CAPITULO X.

MUERTE, MISA O BASTILLA.

Dijimos que Margarita había cerrado otra vez la puerta y vuelto á su alcoba. Pero al hacerlo, enmedio de la mayor zozobra, se encontró con Matilde que situada con terror junto á la puerta del gabinete, contemplaba las manchas de sangre que cubrian el lecho, los muebles y la alcoba.

—¡Ah, señora! esclamó al ver á la reina. ¿Ha muerto?

—Silencio, Matilde, dijo Margarita con ese acento que indica la importancia de lo que se ordena.

Matilde calló.

Entonces sacó Margarita de su limosnero una llavecita dorada, abrió la puerta del gabinete y señaló al jóven.

La Mole habia conseguido levantarse y acercarse á la ventana; por casualidad halló à mano un puñadito de los que en aquella época usaban las mugeres, y le empuñó al oir abrir la puerta.

—Nada temais, dijo Margarita; juro por mi alma que estais seguro.

La Mole dobló las rodillas.

—¡Oh, señora! esclamó sois para mí mas que una reina; sois una divinidad.

—No os agiteis de ese modo, respondió Margarita: aun corre vuestra sangre..... ¡Oh! mira, mira que pàlido està, Matilde.... ¿Dóonde teneis las heridas?

—Señora, dijo La Mole, procurando fijar en los puntos principales el dolor que vagaba por todo su cuerpo; creo que me han dado una estocada en el hombro y otra en el pecho; las demas heridas no merecen la pena.

—Ahora lo veremos, dijo Margarita: Matilde, trae mi caja de bálsamo.

Obedeció Matilde y volvió llevando en una mano la caja y en la otra un jarron de plata sobredorada, y lienzo fino de Holanda.

—Ayúdame á levantarle, dijo la reina, porque el infeliz ha acabadó de perder las fuerzas al incorporarse antes.

—Señora, repuso la Mole, estoy lleno de confusion, no puedo consentir....

—Caballero, repuso Margarita, espero que no os opongais á mis deseos; pudiendo salvaros seria un crímen dejaros morir

—¡Oh! esclamó La Mole, prefiero morir á veros, siendo vos mi reina, mancharos las manos con una sangre tan indigna como la mia.... ¡Nunca! ¡nunca!....

Y se apartó respetuosamente.

—¿Con vuestra sangre? dijo Matilde sonriéndo-

se, ¡oh! ya habeis manchado bastante el lecho y la alcoba de S. M.

Margarita cruzó la capa sobre su peinador de batista salpicado de rojas gotas. Este gesto, lleno de pudor femenimo, recordó à La Mole que habia tenido en sus brazos y estrechado contra su pecho á aquella reina tan envidiada, tan querida, y se agolpó á sus pálidas mejillas un fugitivo rugor.

—Señora, murmuró; ¿no podeis abandonarme á los cuidados de un cirujano?

—¿De un cirujano católico? preguntó la reina con una espresion que comprendió La Mole y que le hizo estremecerse.

—¿Ignorais, continuó Margarita con una voz y una sonrisa de indecible dulzura, que las princesas de Francia, aprendemos á conocer el valor de las plantas y á componer bálsamos, porque siempre ha sido nuestro deber como mugeres y como reinas, el mitigar los dolores? Así es que valemos tanto como los mejores cirujanos del mundo, á lo menos segun dicen nuestros aduladores. ¿No ha llegado á vuestros oidos mi reputacion por este concepto? Vamos, Matilde, manos á la obra.

Aun trataba La Mole de resistirse, repitiendo que preferia morir á ser causa de que la reina se tomase aquel trabajo que podia empezar por la compasion y acabar por el hastio. Mas aquella lucha solo sirvió para agotar completamente sus fuerzas. Vaciló, cerró los ojos

y dejó caer la cabeza hácia atrás desmayándose por segunda vez.

Cogiendo entonces Margarita el puñal que habia soltado el provenzal cortó rápidamente el lazo de su jubon, ínterin Matilde descosia, ó por mejor decir, rasgaba con otro cuchillo las mangas.

Empapando esta en seguida un pedazo de lienzo con agua fresca, limpió la sangre que corria del hombro y del pecho del jóven. Margarita entre tanto sondió las heridas con una aguja da oro despuntada, operacion que practicó con toda la delicadeza y habilidad que hubiera podido emplear maese Ambrosio Paré en iguales circunstancias.

La herida del hombro era profunda, la del pecho se estendia á lo largo de las costillas y no interesaba mas que los músculos; ninguna de ellas penetraba en las cavidades da esa fortaleza natural que defiende el corazon y los pulmones.

—Herida dolorosa y no mortal, *acerrimun humeri vulmes, non auten lethale* murmuró la bella y sábia cirujana. Trae el bálsamo y prepara hilas, Matilde.

La doncella á quien dió la reina esta nueva órden habia entre tanto enjugado el pecho del jóvensus brazos que parecian modelados con arreglo á algun dibujo antiguo, sus hombros graciosameute echados atrás y su garganta á que daban sombra espesos rizos y que mas bien pertenecia à una estatua de marmol de Paros que al mutilado cuerpo de un moribundo.

—¡Pobre jóven! murmuró Matilde mirando mas que á su obra, à la persona que acababa de ser objeto de ella.

—¿Verdad que es hermoso? dijo Margarita con una franqueza enteramente real.

—Sí, señora. Pero me parece que en vez de dejarle así tendido en tierra, convendria levantarle y ponerle sobre esa cama de descanso en que está recostado.

—Sí, dijo Margarita, tienes razon.

Y reuniendo sus esfuerzos, entrambas mugeres, se inclinaron y levantaron á La Mole colocándole sobre una especie de sofá de grandes dimensiones y de respaldo esculpido que estaba colocado delante de la ventana. Despues entreabrieron las vidrieras de esta para proporcionarle aire.

El movimiento hizo volver en sí á La Mole, el cual lanzó un suspiro, y abriendo los ojos, empezó à gozar ese indescriptible deleite que acompaña à todas las sensaciones del herido, cuando al recobrar la vida siente frescura, en vez de devorador fuego, y aspira los perfumes del bálsamo, en vez del caliente y nauseabundo olor de la sangre.

Murmur ó algunas palabras sin hilacion, á las cuales respondió Margarita con una sonrisa, y poniéndole un dedo sobre los labios.

En aquel momento resonaron en una puerta repetidos golpes.

—Llaman en el pasadizo secreto, dijo Margarita.

—¿Quién será, señora? preguntó Matilde con terror.

—Voy á verlo. Quédate con él, y no le abandones un solo instante.

Margarita volvió á su alcoba, y cerrando la puerta del gabinete, marchó á abrir la del pasadizo, que conducia á los aposentos del rey y de la reina madre.

—¡La baronesa de Sauve! esclamó retrocediendo vivamente y con una espresion que revelaba si no terror, odio por lo menos: tan cierto es, que una muger no perdona jamas á otra el que le usurpe el corazon de un hombre, aun cuando no profese amor á éste: ¡la baronesa de Sauve!

—Sí, señora, dijo ésta juntando las manos.

—¡Vos aquí, señora! continuó Margarita cada vez mas admirada, pero tambien cada vez mas imperiosa.

Carlota cayó de rodillas.

—Señora, respondió, perdóneme V. M. Conozco cuán culpable soy; pero, sabedlo, no toda la culpa es mia. Una órden espresa de la reina madre.....

—Levantaos, dijo Margarita, y confesadme á qué venis, pues no puedo suponer que os mueva el solo objeto de justificaros conmigo.

—He venido, señora, dijo Carlota sin levantarse, y con miradas que rayaban en frenéticas: he venido á preguntaros si está aquí.

—Id en buen hora, dijo Carlota dejando el paso libre á la reina. Dios guie à V. M.

Margarita se lanzó al pasadizo; cuando llegó á su estremidad se volvió para cerciorarse de que la señora de Sauve no se quedaba atrás.

La baronesa la seguia.

La reina de Navarra, la vió subir la escalera que conducía á su habitacion, y siguió su camino á los aposentos de la reina madre.

Todo habia variado. En vez de la turba de obsequios cortesanos que ordinariamente abria sus filas saludándola con respeto, solo encontró Margarita guardias armados con enrojecidas partesanas, vestidos con trajes manchados de sangre ó caballeros con las capas hechas girones, con el rostro ennegrecido por la pólvora, que eran portadores de órdenes y pliegos. Entraban unos y salian otros, formando con sus idas y venidas un terrible é inmenso hormiguero que se prolongaba por las galerías.

Mas no por eso dejó Margarita de seguir adelante, y al fin llegó hasta la antecámara de la reina madre. Esta antecámara se hallaba custodiada por dos filas de soldados que solo dejaban pasar á los que pronunciaban cierta seña. En vano trató Margarita de atravesar aquella viviente muralla. Varias veces vió abrirse y cerrarse la puerta y en cada una pudo divisar á Catalina, rejuvenecida por la actividad, como si no tuviera mas que veinte años, escribiendo, recibiendo pliegos,

leyéndolos, dando órdenes, concediendo á estos una palabra á estotros una sonrisa, y siendo siempre los que con mas afabilidad trataba aquellos precisamente que iban mas cubiertos de sangre y de polvo.

En medio del gran tumulto que reinaba en el Louvre, llenándole de terribles ecos, se oian las descargas de la calle cada vez mas frecuentes.

—No voy á poder entrar, dijo Margarita, despues de hacer tres tentativas inútiles, con los alabarderos. En vez de perder aquí el tiempo, prefiero ir á buscar á mi hermano.

En aquel momento pasó el duque de Guisa: venia de participar á la reina la muerte del almirante y se volvia al sitio de la carnicería.

—¡Enrique! esclamó Margarita, ¿dónde está el rey de Navarra?

Mirála el duque con una sonrisa de sorpresa, se inclinó y se marchó con sus guardias sin responderla.

Margarita corrió hácia un capitan queiba á salir del Louvre y que antes de hacerlo estaba mandando cargar á los soldados.

—¡El rey de Navarra! señor capitan, ¿donde está el rey de Navarra?

—Lo ignoro, señora respondió, éste. No pertenezco al cuerpo de guardias de S. M.

—¡Ah! querido Renato, esclamó Margarita reconociendo al perfumista de Catalina.... Salis del cuarto de mi madre.... ¿abeis lo que ha sido e mi marido?

—S. M. el rey de Navarra es poco amigo mio, señora.... debeis tenerlo presente. Dicen algunos, añadió con una contraccion de músculos mas parecida á una mueca que á una sonrisa, dicen algunos que se atreve á acusarme hasta de haber envenenado á su madre, en complicidad con la reina Catalina.

—No, no, esclamó Margarita; no lo creais, buen Renato.

—Me es igual, señora, dijo el perfumista; ni el rey de Navarra, ni sus partidarios son ya enemigos temibles.

Y volvió la espalda á Margarita.

—¡Señor de Tavannes, señor de Tavannes! dijo ésta, una palabra, una sola palabra, ¡por favor!

Tavannes que pasaba en aquel momento, se detuvo.

¿Dónde está Enrique de Navarra? preguntó la reina.

—¡Pse! respondió el conde en voz alta; parece que ha ido á divertirse con el señor de Alenzon y el señor de Condé.

Y de modo que solo Margarita pudiese oirle:

—Bella señora, añadió, si quiere V. M. á la persona que ocupa un lugar, por el cual daria yo la vida, diríjase á la sala de armas del rey.

—¡Oh, gracias, Tavannes! dijo Margarita sin oir de estas palabras mas que la indicacion principal: voy allá.

Y siguió su camino murmurando:

—Despues de mi promesa, despues de la conducta que conmigo observó cuando estaba escondido en el gabinete el ingrato Enrique, no le puedo dejar morir.

Y marchó à llamar á la puerta de los aposentos del rey, pero los halló ocupados por dos compañías de guardias.

—No se puede entrar, dijo el oficial acercándose à ella ràpidamente.

—¿No puedo entrar yo? preguntó Margarita.

—La órden es general.

—Soy la reina de Navarra, soy su hermana.

—En la consigna no se hacen escepciones, señora, disimule V. M.

Y el oficial volvió à cerrar la puerta.

—¡Oh! se ha perdido, esclamó Margarita aterrada al ver todas aquellas siniestras figuras que cuando no respiraban venganza estaban armados de inflecsibilidad. Sí, sí, todo lo comprendo.... se han servido de mí como de un cebo.... yo soy el lazo en que cogen y degüellan á los hugonotes..... ¡Oh! entraré aunque me maten.

Y Margarita echó á correr como una loca por los corredores y galerías, cuando de repente, al pasar por delante de una pequeña puerta, oyó un dulce canto, que por lo monótono rayaba en lúgubre. Era un salmo calvinista entonado por una rétmula voz en el aposento inmediato.

—La nodriza de mi hermano, la buena Magdalena.... esclamó Margarita dándose una palmada

en la frente, iluminada por una súbita idea; está ahí..... prèstame tu ausilio, Dios de los cristianos.

Y llena de esperanza, llamó suavemente à la puerta.

En efécto, despues del aviso que le dió Margarita, depues de su conversacion con Renato v de su salida del cuarto de la reina madre, á la cual se habia querido oponer, como un genio benéfico, á la pobre Diana, habia Enrique de Navarra encontrado á algunos caballeros católicos que so pretesto de honrarle le acompañaron hasta su aposento. En él le esperaban unos veinte hugonotes que habiéndose reunido por casualidad, no quisieron separarse de su persona; tan difundido estaba en el Louvre, algunas horas hacia, el presentimiento de aquella noche fatal. Así estuvieron sin que nadie demostrase intenciones de incomodarlos; pero á la primer campanada de San-German l'-Auxerrois que resonó en todos los corazones con fúnebres ecos, entró Tavannes, y en medio de un mortal silencio anunció à Enrique que el rey Cárlos IX queria hablarle.

Era imposible toda resistencia, y á nadie se le ocurrió siquiera este pensamiento. Oíanse crugir los techos, las galerías y los corredores del Louvre bajo los piés de los soldados, reunidos en los patios y en los aposentos en número de unos dos mil. Despidiéndose Enrique de sus amigos, à quienes no debia volver á ver, siguió á Tavannes, el cual le condujo á una pequeña galería contigua á

la habitacion del rey, donde le dejó solo, sin armas, y lleno el corazon de toda clase de desconfianzas.

Asi contò el rey de Navarra minuto por minuto dos horas mortales, escuchando con un terror progresivo el toque de rebato y el estampido de los arcabuces, viendo por un ventanillo pasar fugitivos y asesinos á la luz del incendio y al resplandor de los achones; sin comprender una palabra de aquellos gritos de muerte, de aquellos ayes de dolor; sin poder adivinar, en fin, á pesar de lo que conocia á Cárlos IX, á la reina madre y al duque de Guisa, el terrible drama que en aquel momento se representaba.

Enrique no tenia el valor físico, tenia otra cosa mejor, la fuerza moral; tenia el peligro y lo arrostraba sonriéndose, pero era el peligro del campo de batalla, el peligro al aire libre y en mitád del dia; el peligro público, acompañado de la estridente armonía de los clarines y de la sorda y retumbante voz de los tambores.... Empero allí, estaba sin armas, solo, encerrado, perdido en una penumbra que apenas bastaba para divisar al enemigo que podia llegar hasta él y el acero que podia herirle. Fueron aquellas dos horas las mas crueles de su vida.

En lo mas fuerte del tumulto y cuando empezaba Enrique á comprender que, segun todas las probabilidades, era aquello una matanza organizada, entró en su busca un capitan y le condujo por un

corredor á la cámara del rey. Cuando se aprocsimaron se abrió la puerta; luego que pasaron se volvió á cerrar, todo como por encanto. En seguida el capitan introdujo á Enrique à presencia de Cárlos IX, el cual se hallaba en su sala de armas.

Estada el rey sentado en un gran sillon, con las dos manos puestas sobre los brazos de su asiento y la cabeza inclinada sobre el pecho. Al ruido que hicieron los recien llegados, alzó Cárlos IX la frente, por la cual vió Enrique correr gruesas gotas de sudor.

—Buenas noches Henriot (*), dijo ásperamente el rey. Marchaos, La Chastre.

El capitan obedeció.

Reinó un momento de sombrío silencio.

En aquel intermedio miró Enrique con inquietud en torno suyo, y vió que estaba solo con el rey.

Cárlos IX se levantó de repente.

—¡Vive Dios! dijo atusàndose con ùn rápido ademan sus rubios cabellos y enjugàndose al mismo tiempo la frente: ¿estais contento de veros conmigo en este sitio, Enrique?

—Sí por cierto, señor, respondió el rey de Navarra: siempre me causa placer de estar con V. M.

—Mas que allá abajo ¿eh? repuso Cárlos IX siguiendo el hilo de sus propios pensamientos y sin responder al cumplimiento de Enrique.

(*) Diminutivo de Enrique, que así como el de Margot hablando de su hermana, usaba con mucha frecuencia Cárlos IX.

—No comprendo, señor.... respondió ésta.

—Mirad y comprendereis....

Cárlos IX marchó rápidamente, ó por mejor decir dió un salto hasta la ventana, obligando á su cuñado, cada vez mas aterrado, á seguirle, y le hizo ver la horrible silhueta de algunos asesinos que desde una lancha degollaban ó ahogaban á las víctimas que en gran número les iban llebando sus compañeros.

—¡En nombre del cielo! eslamó Enrrique sumamente pálido, ¿qué es lo que pasa en Paris esta noche?

—Esta noche, caballero, dijo Cárlos IX, me desembarazan de todos los hugonotes. ¿Veis aquel humo y aquellas llamas que se alzan por encima del palacio de Borbon? Es que está ardiendo la casa del almirante. ¿Veis ese cuerpo que van arrastrando algunos buenos católicos sobre un gergon roto? Es el cadáver del yerno del almirante, de vuestro amigo Teligny.

—¡Oh! ¿qué quiere decir eso? esclamó el rey de Navarra, buscando inútilmente en su costado la empuñadura de su daga, y temblando á un tiempo de vergüenza y de cólera, al ver que era á la par objeto de las amenazas y de los sarcasmos de su cuñado.

—Esto quiere decir, esclamó Cárlos IX enfurecido, perdiendo el color de un modo horrible, y sin mediar transicion ninguna; esto quiere decir que me acomoda ya verme rodeado de hugonotes. ¡En-

tendeis, Enrique? ¿Soy aquí rey? ¿soy aquí el amo?

—Pero V. M....

—Mi magestad mata y pasa á cuchillo en este momento á cuantos no son católicos, por que así le agrada. ¿Sois católico vos? esclamó Cárlos, cuya cólera se acrecia incesantemente como una terrible marea.

—Señor, dijo Enrrique, recordad vuestras propias palabras: ¿qué importa la religion del que me sirve bien?

—¡Ja, ja, ja! esclamó Cárlos soltando una siniestra carcajada: ¿que recuerde mis palabras, Enrique? *Verbà volant*, como dice mi hermana Margot. Mira á todos esos, añadió apuntando á la ciudad, ¿no me han servido bien? ¿No eran vallentes en el combate, prudentes en el consejo, decididos en todas ocasiones? Todos eran vasallos útiles, pero todos eran hugonotes y yo no quiero mas que católicos.

Enrique guardó silencio.

—Comprendedme, pues, Henriot, esclamó Cárlos IX.

—Ya he comprendido, señor.

—¿Y qué resolveis?

—Señor, no veo por que razon habia de hacer el rey de Navarra lo que no han hecho tantos caballeros y tanta pobre gente. Porque al fin si mueren todos esos infelices, es tambien porque les han propuesto lo que V. M. me propone y porque han rehusado como yo rehuso.

Asió Cárlos el brazo del príncipe, y fijándo en él una mirada cuya atonia se perdia poco á poco en una vaga irradiacion.

—¡Calla! esclamó, ¿te parece que me he tomado la molestia de proponer á los que están muriendo ahí, que acépten la misa?

—Señor, dijo Enrique apartando su brazo, ¿moriréis vos en la religion de vuestros padres?

—Sí, vive Dios, ¿y tú?

—Pues yo tambien, respondió Enrique.

Cárlos dió un rugido de rabia y agarró con trémula mano su arcabuz que estaba sobre una mesa. Enrique, pegado á la pared, bañada la frente con el sudor de la angustia, pero tranquilo en apariencia, gracias al dominio que sobre mí mismo egercia, observaba todos los movimientos del terrible monarca con el ávido estupor del pájaro fascinado por la serpiente.

Cárlos armó el arcabuz y pateando con el mas ciego furor:

—¿Aceptas la misa? esclamó deslumbrando á su cuñado con los resplandores del arma fatal.

Enrique no respondió.

El rey estremeció las bóvedas del Louvre con el mas terrible voto que han podido proferir los labios de un hombre, y de pálido que estaba se puso lívido.

—¡O muerte, ó misa, ó Bastilla! gritó apuntando con su arma al rey de Navarra.

—¡Señor! esclamó Enrique, ¿vais á matarme á mí, á vuestro cuñado.

Con la incomparable presencia de espíritu que era una de las mas vigorosas facultades de su organizacion, acababa de eludir Enrique la respuesta que le pedia Cárlos IX, porque indudablemente hubiera muerto, si su respuesta hubiera sido negativa

Y como al parocsismo de la cólera se sigue siempre é inmediatamente una reaccion, Cárlos IX no reitiró la pregunta que habia hecho al rey de Navarra, y despues de un momento de indecision durante el cual ecshaló un sordo rugido, se volvió hácia la ventana y apuntó á un hombre que iba corriendo por el muelle.

—Necesito matar á alguno, esclamó Cárlos IX, lívido como un cadáver y con los ojos inyectados de sangre, y soltando el tiro dejó sin movimiento al que corria.

Enrique dió un gemido.

Animado de un frenético ardor, Cárlos volvió á cargar y á tirar, siguiendo así sin descanso y lanzando gritos de alegría, cada vez que acertaba á un fugitivo.

—Perdido soy, dijo entre sí el rey de Navarra; cuando no tenga nadie á quien matar, me escogerá á mí por víctima.

—Está todo concluido? dijo de repente una voz detrás de los príncipes.

Era Catalina de Médicis, que acababa de entrar sin ser oida, merced á una detonacion que al mismo tiempo habia sonado.

—¡No, voto al infierno! ahulló Cárlos tirando su arcabuz al suelo. No..... se obstina.... no quiere.

Catalina no respondió, y volvió lentamente la cabeza hácia la parte del aposento en que se hallaba Enrique, tan inmóvil como cualquiera de las figuras del tapiz en que estaba recostado. En seguida miró á su hijo de un modo que significaba:

—Y entonces, ¿por qué vive?

—Vive.... vive.... murmuró Cárlos IX comprendiendo perfectamente aquella mirada, y respondiendo sin vacilar; vive, porque.... es pariente mio.

La reina se sonrió.

Observó Enrique aquella sonrisa, y se persuadió de que su principal enemigo era Catalina.

—Señora, le dijo, ahora veo que de vos procede todo, y nada de mi hermano Cárlos; veo que la idea de armarme este lazo ha sido vuestra; vuestro el pensamiento de convertir á Margarita en un cebo que nos perdiera á todos; vuestro el de separarme de mi muger para ahorrarla el disgusto de ver mi muerte.

—Si, pero no será así, esclamó otra voz angustiosa y apasionada que Enrique reconoció al instante, y que hizo estremecerse á Cárlos IX de sorpresa y á Catalina de furor.

—¡Margarita! esclamó Enrique.

—¡Margot! dijo Cárlos IX.

—¡Mi hija! murmuró Catalina.

—Caballero, dijo Margarita al rey de Navarra, vuestras últimas palabras encierran una acusacion contra mí, que es á la vez justa é injusta. Justa, porque en efecto soy el instrumento de que se han valido para perderos á todos. Injusta, porque yo ignoraba que corrieseis á vuestra perdicion. Yo misma debo la vida á una casualidad, tal vez á un olvido de mi madre; pero no bien he sabido vuestro peligro, me he acordado de mi deber. El deber de una muger es correr la suerte de su esposo. Si os destierran, os seguiré al destierro; si os encarcelan haré que me encarcelen; si os matan, moriré.

Y presentó á su marido una mano que cogió Enrique, si no con amor, al menos con agradecimiento.

—¡Ah, pobre Margot! dijo Cárlos IX; mejor seria que le aconsejases hacerse católico.

—Señor, respondió Margarita con la elevada dignidad que le era natural; señor, creedme: en consideracion á vos mismo no escaljais un acto de cobardía de un principe de vuestra casa.

Catalina lanzó una significativa mirada á Cárlos.

—Hermano, esclamó Margarita que comprendió tan bien como Cárlos la terrible pantomima de su madre, tened presente que vos le habeis hecho mi esposo.

Preso el rey entre la imperiosa mirada de Catalina, y la suplicante de Margarita, como entre dos principios opuestos, estuvo indeciso un momento, pero al fin venció Oromasi.

—Bien considerado, señora, Margarita tiene razon: Enrique es mi cuñado.

—Cierto, respondió Catalina tambien al oido de su hijo: cierto.... pero, ¿y si no lo fuera?

CAPITULO XI.

EL ESPINO ALBAR DEL CEMENTERIO DE LOS INOCENTES.

En vano trató Margarita, luego que volvió á su aposento, de adivinar la frase que podia haber dicho Catalina de Médicis á su hijo que habia puesto fin al terrible consejo de vida ó muerte que en aquel momento se celebraba.

Empleó parte de la mañana en cuidar á La Mole y el resto en penetrar el enigma que su espíritu se negaba á comprender.

El rey de Navarra seguia prisionero en el Louvre. Los hugonotes eran perseguidos con mas encarnizamiento que nunca. A aquella terrible noche habia sucedido un dia de matanza todavía mas repugnante. Ya no tocaban las campanas á rebato,

convocaban al *Te-Deum* y los acentos del alegre bronce que resonaban en medio de las muertes y de los incendios, eran quizá mas tristes á la luz del sol que lo fuera el fúnebre clamoreo de la precedente noche. No es esto todo; habia sucedido una cosa estraña; un espino albar que despues de florecer en la primavera perdió, como es natural, sus perfumadas galas al llegar el mes de Junio, acababa de brotar nuevas flores durante la noche; y los católicos, que veian en esto un milagro y que popularizándole, hacian á Dios cómplice suyo, iban en procesion con sus cruces y estandartes á la cabeza, al cementerio de los Inocentes en que se hallaba el espino. Esta especie de asentimiento dado por el cielo al degüello que se estaba consumando, redobló el ardor de los asesinos. Y en tanto que la ciudad continuaba presentando en cada catumba comun á cuantos protestantes estaban dentro de él en el momento de darse la señal. Solo habian quedado vivos el rey de Navarra, el príncipe de Condé y La Mole.

Mas tranquila respecto á este último, cuyas heridas, segun ella dijera la noche anterior, eran peligrosas pero no mortales, Margarita solo pensaba en una cosa, en salvar la vida de su esposo que continuaba amenazada. Cierto que el primer impulso que sintió la esposa, fué un impulso de lealtad y compasion al hombre que habia jurado, como decia el Bearnés, ya que no amor, alianza; empero con este sentimiento se mezcló despues otro menos puro en el corazon de la reina.

Margarita era ambiciosa: Margarita habia visto casi una certidumbre de ejercer la soberanía, en su enlace con Enrique de Navarra. Acosada Navarra por un lado por los reyes de Francia, y por otro de los de España, que pedazo á pedazo habian conseguido arrancarla la mitad de su territorio, podia, si realizaba Enrique de Borbon las esperanzas de valor que diera en las raras ocasiones que de sacar la espada habia tenido, llegar á ser un reino efectivo, con los hugonotes de Francia por vasallos. Merced á su penetrante y elevado talento, Margarita entrevió y calculó todo esto. De suerte que perdiendo á Enrique, no solo perdia un esposo, sino un trono.

En lo mas hondo de sus reflecsiones se hallaba, cuando oyó llamar á la puerta del pasadizo secreto. No dejó esto de infundirla cierto sobresalto, porque por aquel camino solo podian visitarla tres personas, el rey, la reina madre y el duque de Alenzon. Entreabrió la puerta del gabinete, para encargar silencio á Matilde y á La Mole, y en seguida marchó á abrir al que llamaba.

Era el duque de Alénzon.

Habia éste desaparecido la noche anterior. Hubo un instante en que Margarita pensó reclamar su intercesion en favor del rey de Navarra, pero la detuvo una terrible idea. El enlace se habia hecho contra su gusto; Francisco detestaba á Enrique y solo se habia conservado neutral con el Bearnés por estar persuadido de que Enrique y su esposa

seguian siendo estraños el uno para el otro. Una muestra de interes que diese Margarita á su esposo, podia por consiguiente acercar en vez de apartar de su pecho uno de los tres puñales que le amenazaban.

Así, pues, Margarita tembló al ver al jóven príncipe mas que hubiera temblado al ver al rey Cárlos IX, ó á la misma reina madre. Por lo demas, nadie hubiera dicho al contemplarle que ocurriese alguna cosa insólita, ni en la ciudad, ni en el Louvre: iba vestido con su acostumbrada elegancia. Su ropa ecshalaba esos perfumes que tanto despreciaba Cárlos IX, y de que tan continuo uso hacian él y su hermano el duque de Anjou. Solo un ojo tan práctico como el de Margarita hubiera podido observar que á pesar de su palidez, mayor aun que de costumbre, y á pesar del ligero temblor que agitaba la estremidad de sus manos tan bellas y tan bien cuidadas como las de una muger, en el fondo de su corazon se albergaba un sentimiento de alegría.

Al entrar se acercó, cual solia, á su hermana para darla un abrazo; pero en vez de presentarle esta las megillas, como hubiera hecho con el rey Cárlos ó con el duque de Anjou, se inclinó y le presentó la frente.

El duque de Alenzon dió un suspiro y puso sobre ella sus descoloridos labios.

Sentóse entonces y empezó á referir á su hermana las sangrientas noticias de la noche, la muerte

lenta y terrible del almirante y la instantánea de Teligny que atravesado de un balazo ecshalò sin agonía el último suspiro. Hizo esta relacion deteniéndose en cada detalle y recreándose en especificarlos todos con ese amor á la sangre que les era peculiar á él y á sus dos hermanos. Margarita le escuchó en silencio.

No quedándole ya nada por decir, se calló.

—Supongo que vuestra visita no tendrá solo el objeto de hacerme esta narracion, ¿verdad, hermano? preguntó Margarita.

El duque de Alenzon se sonrió.

—¿Teneis algo mas que decirme?

—No, contestó el duque, estoy esperando.

—¿Qué esperais?

—¿No me habeis dicho, amada Margarita, prosiguió Alenzon aprocsimando su asiento al de su hermana, que ese enlace con el rey de Navarra se verificó á disgusto vuestro?

—Sí tal; cuando me propusieron para esposo al príncipe de Bearne yo no le conocia.

—¿No me habeis asegurado, despues de conocerle, que no le profesais amor?

—Os lo he dicho, y así es la verdad.

—¿No pensábais que esa boda debia haceros infeliz?

—Querido Francisco, dijo Margarita, casi siempre que el matrimonio no es la felicidad suprema, es el supremo dolor.

—Pues repito, amada Margarita, que estoy esperando.

—¿Pero qué esperais?

—Que me manifesteis vuestro jùbilo.

—¿Por qué?

—Por la imprevista ocasion que se os presenta de recobrar vuestra libertad.

—¡Mi libertad! repuso Margarita, proponiéndose interiormente obligar al duque á esplicarse sin rebozo.

—Justamente, vuestra libertad; os vais à separar del rey de Navarra.

—¡A separarme! dijo Margarita mirando fijamente al príncipe.

El duque de Alenzon trató de sostener la mirada de su hermana, pero pronto apartó los ojos de ella con cierta turbacion.

—¡A separarme! repitió la reina; vamos á ver, hermano, celebro que me pongais en el caso de sondear esta cuestion; ¿Cómo piensan separarnos?

—Enrique es hugonote, murmuró el duque.

—Sí, pero su religion nunca ha sido un misterio, y ya se sabia cuando nos casaron.

—Es cierto, mas ¿qué ha hecho Enrique despues de casarse? preguntó el duque à cuyo rostro asomó, á su pesar, un destello de alegría.

—Vos lo sabeis mejor que nadie, Francisco, puesto que pasa con vos casi todo el dia, yendo unas veces de caza y jugando otras al mallo ó á la pelota.

—El dia, sí, repuso el duque: el dia sí, pero ¿y la noche?

Margarita calló y bajó á su vez la vista.

—¿Y la noche? continuó el duque de Alenzon: ¿y la noche?

—¿Qué quereis decir? preguntó Margarita, conociendo que debia responder algo.

—Que las noches las pasa en el cuarto de la baronesa de Sauve.

—¿Por dónde lo sabeis? esclamó Margarita.

—Lo se, porque tenia interes en saberlo, respondió el jóven poniéndose pálido y desfilachando ru bordadas mangas.

Margarita empezaba á adivinar las palabas que dijera Catalina en voz baja á Cárlos IX, pero apasentó continuar en su ignorancia.

—¿Por qué me decis eso, hermano? preguntó con una melancolía perfectamente fingida. ¿Acaso para recordarme que no tengo una persona que me quiera y me defienda, que no puedo contar ni con los que me ha dado la naturaleza por protectores, ni con el que me ha dado la iglesia por esposo?

—Sois muy injusta, dijo vivamente el duque de Alenzon acercando otro poco su silla á la de su hermana; yo estoy aquí para amaros y protejeros.

—Hermano, dijo Margarita mirándole de hito en hito, ¿teneis algo que decirme de parte de la reina madre?

—No, Margarita, os juro que os equivocais. ¿Qué os induce á creerlo?

—El ver que rompeis las amistades con mi marido, que abandonais la causa del rey de Navarra.

—¡La causa del rey de Navarra! repitió el duque de Alenzon algo cortado.

—Sin duda alguna. Hablemos francamente, Francisco. Cien veces lo habeis confesado: no podeis elevaros ni aun sosteneros sino sirviéndoos mútuamente de apoyo. Esa alianza....

—Es ya imposible, interrumpió el duque de Alenzon.

—¿Por qué?

—Porque el rey tiene sus intenciones respecto á vuestro marido.... perdonadme, debí decir respecto á Enrique de Navarra. Vuestra madre lo ha adivinado todo. Yo me alié á los hugonotes porque creí que gozaban del favor real: pero héte aquí que los mátan y que dentro de ocho dias no habrá cincuenta hugonotes en el reino. Tendí la mano al rey de Navarra porque era....marido vuestro: pero salimós con que no lo es. ¿Qué podeis objetar á esto, vos que no solo sois la muger mas hermosa de Francia, sino tambien la cabeza mejor organizada del reino?

—Que conozco á nuestro hermano Cárlos, repuso Margarita. Anoche le vi en un acceso de furor, de esos que le hacen perder cada vez diez años de vida y que se repiten ahora desgraciadamente con mucha frecuencia. De esto deduzco que, segun todas las probabilidades, nuestro hermano Cárlos no puede vivir mucho tiempo; el rey de Polonia acaba de morir y se trata con sumo empeño de elegir para sucederle á un príncipe de la

casa de Francia; y cuando se presentan así las circunstancias no me parece oportuno abandonar á los aliados que pueden ausiliarnos en el momento del combate, con la cooperacion de un pueblo, y con el apoyo de un reino.

—¿Y no es mayor la traicion que me haceis, esclamó el duque, prefiriendo un estranjero á vuestro hermano?

—Esplicaos, Francisco: ¿en qué y cómo os he hecho traicion?

—Ayer pedisteis gracia para el rey de Navarra.

—¿Y qué? preguntó Margarita con fingida candidez.

El duque se levantó precipitadamente, dió dos vueltas por el aposento fuera de sí, y cogió por fin la mano de Margarita.

Aquella mano estaba inmóvil y helada.

—Adios, hermana, la dijo, ya que no quereis comprenderme, no os quejeis de nadie si os sucede alguna desgracia.

Margarita se puso pálida, pero no se movió, y vió salir á Alenzon sin hacer un solo ademan para detenerle Mas á penas le perdió de vista cuando el duque volvió pié atrás.

—Una cosa se me olvida deciros, Margarita, y es que mañana á estas horas habrá muerto el rey de Navarra.

El invencible terror que la causaba la idea de ser instrumento de un asesinato, arrancó un grito á la reina.

—¿Y no impedireis vos esa muerte? ¿no salvareis á vuestro mas fiel, á vuestro mejor aliado?

—Ayer dejó de ser mi aliado el rey de Navarra.

—¿Quién lo es ahora?

—El señor de Guisa. La destruccion de los hugonotes le ha convertido en rey de los católicos.

—¡Y el hijo de Enrique II reconoce por rey á un duque de Lorena!....

—Estais en mal dia, Margarita: nada comprendeis.

—Confieso que en vano pretendo penetrar vuestros pensamientos.

—Vos, hermana, sois de tan buena casa como la princesa de Porcian; ni el de Guisa ni el de Navarra son inmortales. Ahora bien, supongamos tres cosas, todas posibles: la primera que el duque de Anjou sea elegido rey de Polonia; la segunda que me tengais el cariño que yo os tengo; en ese caso yo seré rey de Francia, y vos... y vos.... reina de los católicos.

Margarita ocultó la cabeza entre las manos, pasmada de la profundidad de las ideas de aquel adolescente á quien nadie en la corte concedia el don de la inteligencia.

—Pero, le preguntó despues de un momento de silencio, ¿no teneis zelos del duque de Guisa como del rey de Navarra?

—¡Lo hecho, hecho se está! dijo el duque de Alenzon con sordo acento; si me ha dado motivos el duque de Guisa para tener zelos, ¡tambien los he tenido!

—Una sola cosa puede oponerse al buen éxito de ese bello plan, dijo Margarita levantándose.

—¿Cuál?

—Que ya no amo al duque de Guisa.

—¿Pues á quién amais?

—A nadie.

Miró el de Alenzon á Margarita con sorpresa, como si tampoco la comprendiera, y salió del aposento dando un suspiro y apretándose la dolorida frente con sus heladas manos.

—La reina se quedó sola entregada á sus pensamientos. Ya empezaba á ver la situacion con claridad y esactitud; el rey habia consentido la matanza de San Bartolomé; la reina y el duque de Guisa la habian hecho: el duque de Guisa y el duque de Alenzon iban á reunirse para sacar de ella el mejor partido posible. La muerte del rey de Navarra debia ser consecuencia de aquella gran catástrofe: muerto él, se apoderarian de su reino, y Margarita se quedaria viuda, sin trono, sin poder, sin mas perspectiva que un claustro en que ni siquiera tendria el triste placer de llorar á un esposo que solo en el nombre lo habia sido.

Así pensaba cuando la reina Catalina la envió á preguntar si queria hacer con la corte una romería al espino albar del cementerio de los Inocentes.

El primer impulso de Margarita fué el de negarse á tomar parte en aquella cabalgata; pero la idea de que en ella podria tal vez adquirir noticias acerca de la suerte del rey de Navarra, la decidió por contrario. Respondió, pues, que si la prepara-

ban un caballo, acompañaria con mucho gusto á SS. MM. al cementerio.

Cinco minutos despues pasó un paje á avisarla que la comitiva iba á echar á andar; Margarita recomendó con un ademan á Matilde que cuidase del herido, y bajó.

Ya estaban á caballo el rey, la reina madre, Tavannes y los principales católicos. Margarita paseó una rápida ojeada por aquel grupo que se componia de unas veinte personas, y no vió entre ellas al rey de Navarra.

Pero la baronesa de Sauve, que formaba parte del séquito, la miró de un modo tan espresivo, que Margarita se persuadió de que la querida de su esposo tenia algo que comunicarla.

Emprendió su camino la comitiva, dirigiéndose á la calle de San Honorato por la de Lastruce. Al ver al rey, á la reina Catalina y á los prohombres católicos, se agolpaba el pueblo formando oleadas y los seguia gritando ¡viva el rey! ¡viva la reina! ¡mueran los hugonotes!

Blandian al mismo tiempo, los que así gritaban, sangrientas espadas y ennegrecidos arcabuces, que revelaban la parte que cada cual tomara en el siniestro acontecimiento que acababa de ocurrir.

En la parte de la calle des Prouvelles encontraron un grupo que iba arrastrando á un cadáver sin cabeza; era el del almirante y le llevaban á Montfaucon á ahorcarle por los piés.

Entró la régia comitiva por el cementerio de los

Santos Inocentes por la puerta que daba al frente de la calle de Chaps. Notisioso el clero de la visita del rey y de la reina madre, esperaba á SS. MM. para arengarles.

Interin escuchaba Catalina el discurso de los religiosos, aprovechó un momento la señora de Sauve y se acercó á la reina de Navarra pidiéndola su vénia para besarle la mano. Margarita alargó el brazo, y al tributarla la azafata aquella muestra de respeto, introdujo por la manga del vestido de la reina un papelito arrollado.

Por rápida y disimulada que fuera esta accion, Catalina observó la ausencia de la señora de Sauve, y volvió la cabeza justamente en el momento en que su dama de honor besaba la real mano.

Entrambas vieron aquella rápida y penetrante mirada y entrambas permanecieron impasibles. La señora de Sauve se apartó de Margarita y fué á ocupar su sitio junto á Catalina.

Luego que ésta respondió al discurso que acababa de oir, hizo sonriéndose una seña à la reina de Navarra para que se la acercase.

Margarita obedeció.

—Mucha amistad parece que teneis con la señora de Sauve, hija mia, dijo la reina en su jerga italiana.

Sonrióse Margarita, y revistiendo su bello rostro de la espresion mas amarga que pudo,

—Sí, madre, respondió, la serpiente ha venido á morderme la mano.

—¡Hola! dijo Catalina sonriéndose tambien, bien se ve que estais zelosa.

—Os equivocais, señora, repuso Margarita. Los zelos que tengo del rey de Navarra igualan al amor que el rey de Navarra me profesa. Pero sé distinguir á mis amigos de mis enemigos. Quiero bien á quien bien me quiere, y aborrezco á quien me aborrece. Si no, no seria hija vuestra.

La tercer sonrisa de Catalina probó á Margarita que si su madre habia tenido alguna sospecha estaba completamente desvanecida.

Otros peregrinos llamaron en aquel momento la atencion de la asamblea. El duque de Guisa acompañado de algunos caballeros acalorados aún con la pasada carnicería, llegó al cementerio escoltando á una litera ricamente adornada que hizo frente al rey.

—¡La duquesa de Nevers! esclamó Cárlos IX ¡Hola! que venga esa bella cuanto ferviente católica á recibir nuestras felicitaciones. Me han dicho, prima, que desde un balcon habeis dado caza á los hugonotes y que habeis matado á uno de una pedrada.

La duquesa de Nevers se ruborizó en estremo.

—Señor, dijo en voz baja arrodillándose ante el rey, antes al contrario, he tenido la fortuna de amparar á un católico herido.

—Bien; bien, prima. Dos modos hay de servirme; el uno esterminando á mis enemigos y el otro socorriendo á mis amigos. Cada cual hace lo

que puede, y estoy seguro de que si mas hubiérais podido mas hubiérais hecho.

En aquel intermedio, y en vista de la buena armonía que reinaba entre la casa de Lorena y Cárlos IX, gritaba el pueblo á voz en cuello: ¡viva el rey! ¡Viva el duque de Guisa! ¡Viva la misa!

—¿Volveis al Louvre con nosotros, Enriqueta? dijo la reina madre á la bella duquesa.

Margarita codeó ligeramente á su amiga, la cual comprendió al golpe la seña y respondió:

—No, señora, si no dispone otra cosa V. M. Tengo que hacer con S. M. la reina de Navarra.

—¿Pues á dónde vais? preguntó Catalina.

—A ver unos libros griegos muy raros que se han encontrado en casa de un anciano sacerdote protestante, y que han sido trasportados á la torre de Santiago la Boucherie, respondió Margarita.

—Mejor seria que fuéraias á ver tirar á los últimos hugonotes al Sena desde el puente de los Molinos, dijo Cárlos IX. Allí deben estar los buenos franceses.

Iremos, si tal es la voluntad de V. M., respondió la duquesa de Nevers.

Catalina miró con desconfianza á las dos jóvenes. Margarita, que la observaba, interpretó aquella mirada, y volviendo la cabeza como si la distrajera algun oculto pensamiento, miró tambien con inquietud en torno suyo.

Esta inquietud, falsa ó verdadera, no pasó desapercibida para Catalina.

—¿Qué estais buscando? la preguntó.

—Busco..... una cosa que ya no veo.

—¿Qué buscais? ¿A quién no veis?

—A la Sauve, respondió Margarita. ¿Se habrá vuelto al Louvre?

—¡Cuando digo que tienes zelos! dijo Catalina al oido de su hija. Vamos, vamos, Enriqueta, continuó encogiéndose de hombros, llevaos á la reina de Navarra.

Aun paseó Margarita otra mirada á su derredor, pero acercándose á su amiga la dijo en voz baja:

—Vamos pronto. Tengo que revelarte cosas de mayor importancia.

La duquesa hizo una cortesía á Cárlos IX y á Catalina, é inclinándose ante la reina de Navarra:

—Señora, la dijo, se dignará V. M. aceptar mi litera?

—Con mucho gusto, pero despues tendreis que volverme á conducir al Louvre.

—Mi litera, mis criados y yo misma, respondió la duquesa, estamos á las órdenes de V. M.

La reina Margarita subió á la litera, y obedeciendo á una indicacion suya, la duquesa de Nevers subió tras ella y se colocó respetuosamente al vidrio.

Catalina regresó con sus caballeros al Louvre por el mismo camino que tomaron á la ida. Durante la marcha se observó que la reina madre hablaba al oido al rey, apuntando muchas veces á la baronesa de Sauve.

Y á cada vez que la apuntaba, el rey se reia con

la risa de Cárlos IX, mas siniestra que una amenaza.

En cuanto á Margarita, luego que se puso la litera en movimiento y que se vió libre de las penetrantes miradas de Catalina, sacó rápidamente de la manga la esquela de la señora de Sauve y leyó las siguientes palabras:

"He recibido órden de hacer llegar á manos del rey de Navarra dos llaves; la una abre el aposento en que está encerrado, y la otra el mio. Luego que esté en mi cuarto me prescriben que no le deje salir hasta las seis de la mañana.

Reflecsione V. M., decida V. M., no tenga V. M en nada mi vida."

—Ya no cabe duda, murmuró Margarita; esa pobre muger es el instrumento de que quieren valerse para perdernos á todos. Pero ya veremos si se convierte tan fácilmente á la reina Margot en una religiosa, como dice mi hermano Cárlos.

—¿De quién es esa esquela? preguntó la duquesa de Nevers señalando el papel que leia y releia Margarita con tanta atencion.

—¡Ah duquesa! muchas cosas tengo que decirte, respondió Margarita rasgando la carta en mil pedazos.

CAPITULO XII.

REVELACIONES.

—¿Y á dónde vamos? preguntó Margarita; supongo que no será al puente de los Molinos..... ¡Harta sangre he visto correr desde ayer, pobre Enriqueta!.....

—Me he tomado la libertad de mandar que conduzcan á V. M.....

—Ante todo, mi magestad te ruega que te olvidea de su magestad..... Dices que me llevas....

—Al palacio de Guisa, si no disponeis otra cosa.

—Todo lo contrario, Enriqueta, vamos á tu casa. ¿No estarán el duque de Guisa, ni tu marido?....

—¡Oh! ¡no! esclamó la duquesa con una alegría que se reflejó en sus bellos ojos; ¡no! ni mi cuñado ni mi marido, ni nadie. Soy libre como el viento, como los pàjaros, como las nubes..... Libre, reina

mia, ¿entendeis ¿comprendeis la felicidad que encierra esa palabra? ¡Libre! ¡Voy, vengo, doy órdenes! ¡Ah, pobre reina! vos si que no sois libre, por eso suspirais.

—Dices que vas, que vienes, que das órdenes.... ¿Y á eso se reduce todo¿ ¿No mas que para eso te sirve tu libertad? ¿tanta alegría te inspira solo el ser libre?

—V. M. me ha prometido ser la primera en franquearse.

—Ya vuelves á mi magestad; mira que nos vamos á enfadar, Enriqueta. ¿Te has olvidado ya de nuestros pactos?

—No, seré vuestra respetuosa servidora ante el mundo, tu alocada confidenta en nuestras entrevistas secretas: ¿no es así, señora? ¿no es así, Margarita?

—Sí, sí, dijo la reina sonriéndose.

—Ni rivalidad de casas, ni perfidias de amor; bueva fé, franqueza por ambas partes; una alianza ofensiva y defensiva con el único objeto de encontrar y coger al vuelo, si podemos, esa efímera cosa que se llama dicha.

—Bien, duquesa mia, eso es: abrázame para renovar el pacto.

Y aquellas dos encantadoras cabezas, pálida y melancólica la una, sonrosada la otra, rubia y risueña, se acercaron graciosamente, y unieron sus labios como habian unido sus pensamientos.

—¿Con que hay novedades? pregutóla duquesa fijando en Margarita una mirada ávida y curiosa.

—¡No es novedad cuanto ha ocurrido de dos dias á esta parte?

—¡Oh! yo hablo de amor y no de política. De esta trataremos cuando tengamos la edad de Catalina, tu madre. Ahora solo contamos veinte años, bella reina mia. Hablemos, pues, de otra cosa. Vamos á ver; ¿te has acabado de casar?

—¿Con quién? dijo Margarita riéndose.

—Esa pregunta me tranquiliza.

—Pues mira Enriqueta, lo que á tí te tranquiliza, á mí me aterra. Mi matrimonio tiene que consumarse.

—¿Para cuándo?

—Para mañana.

—¡Bah! ¿de veras? ¡Pobre amiga mia? ¿Luego es preciso?

—Absolutamente preciso.

—¡Voto á sanes! como dice cierto conocido mio, muy triste es eso.

¿Conoces á uno que dice voto á sanes? preguntó Margarita riéndose.

—Sí, por cierto.

—¿Y quién es?

—Ahora no te toca preguntar sino responder. Acaba y empezaré.

—Este es el caso en dos palabras. El rey de Navarra está enamorado y no hace caso de mí: yo no estoy enamorada pero tampoco hago caso de él.

in embargo, es necesario que mudemos de modo de pensar ó que parezca que mudamos de hoy á mañana.

—Pues muda tú y puedes estar segura de que él mudará tambien.

—Eso es justamente lo imposible: estoy menos dispuesta que nunca à variar.

—En favor de tu marido, se entiende.

—Tengo un escrúpulo, Enriqueta.

—¿Escrúpulo de qué?

—De religion. ¿Son para tí diferentes los hugonotes de los católicos?

—¿En política?

—Sí.

—Lo son.

—¿Y en amor?

—Amiga, las mugeres somos tan paganas que en un punto á sectas las admitimos todas; que en punto á dioses reconocemos muchos.

—¿En un solo, eh?

—Sí, dijo la duquesa lanzando miradas chispeantes de paganismo: sí, en el que se llama Eros, Cupido, Amor; sí, en el que tiene carcas, venda y alas. ¡Voto á sanes! ¡viva la devocion!

—Sin embargo, tienes un modo particular de orar, rompiendo á los hugonotes la cabeza á pedradas.

—Déjalos que hablen. ¡Ay Margarita, lo que pierden las mejores ideas, las mas bellas acciones en boca del vulgo!

—¡Del vulgo!.... Quien te ha felicitado es mi hermano Cárlos.....

—Tu hermano Cárlos, Margarita, es un gran cazador que se pasa todo el dia tocando la corneta; así está tan delgado..... Recuso por lo tanto hasta sus felicitaciones. Ademas yo le respondí..... ¿No me oiste?

—No, como hablas tan bajo.....

—Me alegro, así tendré que contarte mas novedades. Acaba tu confesion, Margarita.

—Es que....

—Adelante.

—Es que si fuera histórica la piedra de que habló mi hermano, dijo la reina riéndose, me abstendria de proseguir.

—¡Bueno! esclamó Enriqueta, has honrado con tu eleccion á un hugonote. Pierde cuidado; te prometo para tranquilizar tu conciencia que á la primera ocasion escogeré otro.

—Es decir que el de ahora es católico.

—¡Voto à sanes! dijo la duquesa.

—Basta. Estás comprendida.

—¿Y qué tal es el hugonote?

—Sábete que yo no lo he elegido: que no es ni será nunca nada para mí.

—Eso no importa; descríbemele; ya sabes cuán curiosa soy.

—Un pobre muchacho, hermoso como el Niso de Benvenuto Cellini.... y que se refugió á mi cuarto....

—¡Hola!.... ¿Sin darle tú pié para ello?

—¡Pobrecillo! Vamos, no te rias, así, Enriqueta, todavía en este momento dudo si vivirá ó morirá.

—¿Qué? ¿Está enfermo?

—Gravemente herido.

—¿Sabes que un hugonote herido es cosa muy peligrosa en los dias que corren? ¿Y qué piensas hacer de ese hugonote que no es ni será nunca nada para tí?

—Lo tengo oculto en mi gabinete y me propongo salvarle.

—Hermoso, jóven, herido.... oculto en tu gabinete y con ánimo de salvarle. Muy ingrato ha de ser el tal para no profesarte un agradecimiento estremo.

—Ya me lo profesa, y.... acaso mayor que yo quisiera.

—¿Y te interesa ese jóven?

—Por humanidad.

—¿Por humanidad? ¡Ah pobre reina mia! siempre es esa virtud la que nos pierde á las mugeres.

—Cierto; como el rey, el duque de Alenzon, la reina madre y mi mismo marido.... pueden entrar de un momento á otro en mi aposento....

—Me pides que te guarde á tu hugonote ¿eh? mientras esté enfermo, á condicion de devolvértele cuando sane.

—¡Burlona! dijo Margarita. No, te juro que

no son mis proyectos tan vastos. Pero si pudieras esconder á ese pobre muchacho; si pudieras conservarle la vida que le he salvado, confieso que te lo agradeceria mucho. Eres libre en el palacio de Guisa; no tienes cuñado ni marido que te espíe ó contradiga tu voluntad, y ademas detrás de tu alcoba donde afortunadamente para tí nadie está autorizado á entrar, hay un gabinete semejante al mio, cara Enriqueta. Préstamele para mi hugonote; luego que se restablezca abrirás la jaula y el pájaro tomará vuelo.

—Hay una pequeña dificultad, cara reina; la jaula está ocupada.

—¡Cómo! ¿Tambien tú has salvado á álguien?

—Justamente es eso lo que respondí á tu hermano.

—Ya; por eso hablaste en voz tan baja que no pude oirte.

—Oye Margarita; es una historia admirable, no menos bella, no menos poética que la tuya. Despues de dejarte por escolta aquellos seis guardias, subí con los restantes al palacio de Guisa, y me puse á mirar el saqueo y el incendio de una casa, separada solo de esta por la calle de Quatre-Fils. De repente oigo gritos de mugeres y juramentos de hombres. Me asomo al balcon, y lo primero que se presenta á mi vista es una espada, cuyas chispas parecia que alumbraban por sí solas toda la escena. Càusame admiracion aquel furioso

acero, porque yo deliro por todo lo bello, y naturalmente trato de inquirir cuál brazo le muebe y á qué cuerpo pertenece este brazo. En medio de los golpes y de los gritos, distingo por fin al que busco, y veo.... á un héroe, á un Ayax Telamon; oigo una voz, voz de Stentor: me entusiasmo y me quedo mirándole, palpitando, estremeciéndome á cada golpe que le amenazaba, á cada ataque que él intentaba. Duró mi emocion un cuarto de hora, pero fué tan enérgica, reina mia, que nunca la he sentido igual, que no hubiera creido que ecsistiese. Así estaba, respirando á penas, suspensa, muda, cuando de repente desaparece mi héroe.

—¿Y cómo?

—Bajo una piedra que le tiró una vieja; entonces recobro la voz como Ciro; grito: ¡socorro, socorro! vienen mis guardias, le cogen, le levantan y le trasladan al aposento que me pides para tu protegido.

—¡Ah! comprendo tanto mejor esa historia, querida Enriqueta, cuanto que es muy semejante á la mia

—Con la diferencia de que como sirvo al rey y á la religion, no necesito echar de casa al señor Anibal de Coconnas.

—¿Se llama Anibal de Coconnas? dijo Margarita soltando la risa.

—¡Nombre terrible, eh? preguntó Enriqueta: pues te aseguro que el que lo lleva es digno de él.

¡Qué campeon, voto á sanes! Ponte la careta, reina, ya estamos en palacio.

—¿Para qué he de ponerme la careta?

—Para ver á mi héroe.

—¿Es buena figura?

—Durante el combate me pareció magnífica: verdad es que era de noche y le veia á la luz del incendio. Esta mañana le he vuelto á ver, y confieso que no me ha dejado tan satisfecha: pero creo que no te disgustará.

—Es decir que mi protegido no puede venir al palacio de Guisa. Lo siento, porque un hugonote hubiera estado aquí con mas seguridad que en cualquier otro paraje.

—No hay que apurarse; le mandaré traer esta noche; uno se acostará en el rincon de la derecha y otro en el de la izquierda.

—Es que si saben sus respectivas religiones, pueden hacerse daño.

—¡Oh! no corre peligro. El señor de Coconnas tiene en la cara un sablazo que no le permite ver con claridad; tu hugonote ha recibido una estocada en el pecho y no puede moverse; encárgale ademas que no diga palabra acerca de su religion y marchará todo perfectamente.

—Ea, pues, admito.

—Entremos. Queda convenido.

—Gracias, dijo Margarita estrechando la mano de su amigo.

—Señora, aquí volveis á ser magestad, repuso la duquesa de Nevers; permitidme que os haga los honores del palacio de Guisa, cual corresponde á la reina de Navarra.

Y bajando la duquesa de su litera, hincó casi del todo una rodilla para ayudar á Margarita á apearse; hecho lo cual la enseñó la puerta del palacio, custodiada por dos centinelas con arcabuz en mano, y siguió algunos pasos de distancia á la reina, que marchaba magestuosamente, conservando su humilde actitud ínterin pudo ser vista. Luego que llegó á su aposento, cerró la duquesa la puerta y llamó á su camarista, que era una avispada siciliana.

—Laura, la dijo en italiano, ¿cómo sigue el señor conde?

—Mejor.

—¿Qué está haciendo?

—Creo que tomando un refrigerio, señora.

—Buena señal, dijo Margarita, si ha recobrado el apetito.

—¡Ah! es verdad: ya se me olvidaba que eres discípula de Ambrosio Paré. Idos, Laura.

—¿La mandas que se marche?

—Sí, para que cuide de que no nos sorprendan.

Laura salió el aposento.

—Vamos á ver, dijo la duquesa; ¿quiéres entrar en su cuarto, ó que yo le saque aquí?

—Ni lo uno ni lo otro; quisiera verle á escondidas.

—¿Qué te importa el entrar viendo con careta?

—Puede reconocerme por el pelo, por las manos, por cualquier joya....

—¡Oh! ¡qué prudente se ha hecho mi bella reina desde que es casada!

Margarita se sonrió.

—Pues para eso no hay mas que un arbitrio, continuó la duquesa.

—¿Cuál?

—Mirad por la cerradura.

—Bueno; sírveme de guía.

Cogió la duquesa á Margarita de la mano, la condujo á una puerta cubierta con un tapiz, se arrodilló y acercó un ojo al agugero de la cerradura que estaba sin llave.

—Justamente está á la mesa, y tiene la cara vuelta háçia acá. Ven, Coconnas, que en efecto estaba sentado ante una mesa admirablemente provista, á la cual no dejaba de hacer honor, á pesar de sus heridas.

—¡Dios mio! esclamó Margarita retrocediendo.

—¿Qué es eso? preguntó la duquesa con asombro.

—¡Es imposible! ¡No! ¡Sí! ¡Oh! ¡El mismo es por vida mia!

—¿Quién?

—¡Cállate! dijo Margarita incorporándose y co-

giendo una mano á la duquesa. Es el que queria matar á mi hugonote, el que le persiguió hasta mi alcoba, el que le hirió hasta en mis brazos. ¡Ay Enriqueta! ¡Qué fortuna que no nos haya visto!

—¿Le viste en el furor del combate? ¿Verdad que estaba hermoso?

—No lo sé, dijo Margarita, porque yo miraba solo al que iba perseguido.

—¿Cómo se llamaba?

—No digas su nombre delante de él.

—Te lo prometo.

—Lerac de La Mole.

—¿Y qué tal te parece ahora?

—¿El señor de La Mole?

—No, el señor de Coconnas.

—Francamente, dijo Margarita, confieso....

Y se detuvo.

—Vamos, repuso la duquesa, ya veo que le guardas rencor por la herida de tu hugonote.

—Me parece, respondió Margarita riéndose, que mi hugonote nada le debe, y que la señal que le ha hecho en la cara....

—Entonces están pagados y podremos reconciliarlos. Enviame á tu herido.

—Todavía no, mas adelante.

—¿Cuándo?

—Cuando prestes al tuyo otra alcoba.

—¿Cuál?

Margarita miró á su amiga, y ésta despues de

un momento de silencio, la miró tambien y se echó á reir.

—¡Vaya! como quieras, dijo la duquesa. Con que, alianza mas estrecha que nunca.

—Sí, amistad siempre sincera, respondió la reina.

—¿Cual será nuestra contraseña si llegásemos á necesitar una de otra?

—El triple nombre de triple dios: *Eros*, *Cupido*, *Amor*.

Con esto se separaron entrambas amigas despues de abrazarse por segunda vez y de darse el vigésimo apreton de manos.

CAPITULO XIII.

DE CÓMO HAY LLAVES QUE ABREN PUERTAS A QUE NO ESTAN DESTINADAS.

De vuelta en el Louvre, la reina de Navarra encontró á Matilde llena de consternacion. Durante su ausencia la habia llevado lá baronesa de Sauve una llave que la entregara la reina madre y que correspondia á la habitacion en que estaba Enrique encerrado. Claro era que Catalina necesitaba para el logro de sus ignorados planes, que el Bearnés pasase la noche en el cuarto de la señora de Sauve.

Margarita tomó la llave, la miró con detencion, hizo que Matilde la repitiera las mas insignificantes palabras de la baronesa, las pesó letra por letra

en su espíritu, y creyó comprender la intencion de Catalina.

Cogió una pluma y un tintero y escribió lo siguiente:

"En vez de ir esta noche al cuarto de la señora de Sauve, venid al de la reina de Navarra.

MARGARITA."

Arrolló en seguida el papel, le introdujo en el hueco de la llave, y dando ésta á Matilde la ordenó que en cuanto anocheciera, fuese á echarla por debajo de la puerta del aposento de Enrique.

Hecho esto se acordó Margarita del pobre herido: cerró todas las puertas, entró en el gabinete, y encontró con suma estrañeza á La Mole cubierto con sus vestidos, desgarrados todavía y llenos de manchas de sangre.

Al verla, hizo por levantarse, pero flaquearon sus piernas, y no pudiendo tenerse en pié, volvió á caer en el sofá interinamente convertido en cama.

—¿Qué novedad ocurre? preguntó Margarita: ¿cómo observais tan mal lo que vuestro médico os prescribe? Lo primero que os encargué fué que descansaras, y me encuentro con que en vez de obedecerme haceis todo lo contrario.

—No ha sido en verdad por culpa mia, señora, dijo Matilde. He rogado, he suplicado al señor conde, que no consintiera semejante locura, pero me ha contestado que no habrá fuerza humana que le obligue á estar mas tiempo en el Louvre.

—¡Irse del Louvre! esclamó Margarita, mirando con sorpresa al jóven que bajaba la vista; es imposible. No podeis andar, estais pálido, sinfuerzas; os tiemblan las rodillas. Esta misma mañana os desangrasteis otra vez por la herida del hombro.

—Señora, respondió el jóven: con el mismo fervor con que dí gracias á V. M. por haberme amparado anoche, la suplico que me permita marcharme hoy.

—No acierto á calificar tan disparatada resolucion, dijo Margarita con asombro; es mas que ingratitud.

—¡Oh! esclamó La Mole juntando las manos, crea V. M. que lejos de ser ingrato se alberga en mi corazon un agradecimiento que durará tanto como mi vida.

—Pues no durará mucho, repuso la reina, conmovida al oir aquel acento que no permitia dudar de la sinceridad de sus palabras, porque, ó se volverán á abrir vuestras heridas y morireis por falta de sangre, ó no podreis dar cien pasos por la calle sin que os reconozcan como hugonote y os acaben de matar.

—Con todo eso necesito salir del Louvre, murmuró el jóven.

—Lo necesitais, dijo Margarita clavando en él una límpida y profunda mirada y poniéndose ligeramente pálida. ¡Oh! ya comprendo, perdonad mi torpeza. Sin duda hay fuera del Louvre alguna persona que estará sufriendo una cruel inquietud

por vuestra ausencia. Es muy justo, señor de La Mole, muy natural, muy fácil de entender. ¿Por qué no lo dijisteis desde luego? ¿y cómo no se me ha ocurrido á mí antes? Deber es del que da hospitalidad proteger los afectos morales del huésped, así como curarle las heridas; atender à su alma, con el mismo interes que á su cuerpo.

—¡Ay señora! respondió La Mole; padeceis una singular equivocacion. Me hallo casi solo en el mundo y enteramente solo en Paris, donde nadie me conoce. Mi asesino es el primer hombre á quien he hablado en la ciudad, y V. M. la primer muger que en ella me ha dirigido la palabra.

—Pues siendo así, dijo Margarita con sorpresa, ¿por qué os empeñais en marcharos?

—Porque anoche no descansó V. M. un solo instante y esta noche....

Margarita se ruborizó.

—Matilde, dijo á su dama, ya me parece hora de que vayas á llevar la llave.

Sonrióse Matilde y salió del gabinete.

—¿Y que pensais hacer en Paris? continuó Margarita, estando solo, sin amigos....

—Pronto los tendré, señora. Cuando iba huyendo de mis asesinos, me acordé de mi madre que era católica, me pareció que la veia correr delante de mí, camino del Louvre, con una cruz en la mano, le hice voto de convertirme á su religion si Dios me conservaba la vida. Dios ha hecho mas que conservarme la vida, señora; me ha enviado uno de sus ángeles para inspirarme amor à ella.

—Pero no podeis andar; os caeriais desmayado antes de dar cien pasos.

—Ya he probado hoy mis fuerzas en este gabinete; es cierto que ando con lentitud, con dolor; pero solo deseo llegar á la plaza del Louvre; luego que esté fuera de aquí sucederá lo que el cielo disponga.

Apoyó Margarita la cabeza en sus manos y se quedó absorta en profundas reflecsiones.

—¿Y el rey de Navarra? preguntó con intencion, aun no me habeis hablado de él. ¿Habeis perdido quizá la esperanza de entrar á servirle, á cambiar de religion?

—Señora, respondió La Mole poniéndose pálido, acabais de mencionar la verdadera causa de mi marcha....Sé que el rey de Navarra corre los mayores peligros y que todo el crédito de V. M., como princesa de Francia, apenas bastará salvar su cabeza.

—¡Cómo! ¿qué quereis decir? preguntó Margarita, ¿de qué peligros hablais?

—Señora, repuso La Mole vacilando, desde el gabinete se oye cuanto se habla en la alcoba.

—Verdad es, murmuró Margarita entre dientes, ya me lo habia dicho el duque de Guisa.

Y prosiguió en voz alta:

—Sepamos lo que habeis oido.

—Primeramente, la conversacion que tuvo V. M. esta mañana con su hermano.

—¡Con Francisco! esclamó Margarita ruborizándose.

—Sí, señora, con el duque de Alenzon; y durante vuestra ausencia, la de la señorita Matilde con la señora de Sauve.

—¿Y son esas dos conversaciones las que....

—Sí. Apenas hace ocho dias que os casasteis. Amais á vuestro esposo, el cual vendrá luego, conforme han venido el señor duque de Alenzon y la señora de Sauve. Os hablará de sus secretos. Yo no debo oirlos; seria una indiscrecion.... no puedo.... no debo.... no quiero cometerla.

El acento con que pronunció La Mole estas últimas palabras, lo vacilante de su voz, su turbacion fueron para Margarita una revelacion completa de lo que en su alma pasaba.

—¿Con que habeis oido desde aqui cuanto hasta ahora se ha dicho en mi alcoba?

—Sí, señora.

Estas palabras sonaron como un suspiro.

—¿Y quereis marcharos esta noche, esta tarde, para no oir mas?

—Ahora mismo si se digna V. M. permitírmelo.

—¡Pobre niño! dijo Margarita con acento de dulce compasion.

Sorprendido de recibir una contestacion tan benigna en vez de la severidad con que esperaba ser tratado, La Mole alzó tímidamente la cabeza, miró á Margarita y sus ojos se quedaron clavados como por una fuerza magnética en la limpia y profunda mirada de la reina.

—¿Es decir que os creeis incapaz de guardar un

secreto, señor de La Mole? preguntó blandamente Margarita, que recostada en el respaldo de su sillon y medio oculta entre las sombras de un tupido tapiz, se recreaba en leer de corrido en aquella alma, permaneciendo ella impenetrable.

—Señora, dijo La Mole, soy miserable por naturaleza; desconfio de mí mismo, y la felicidad de los demas me hace daño.

—¿La felicidad de quién? dijo Margarita sonriéndose ¡ah! sí, la del rey de Navarra. ¡Pobre Enrique!

—Ya veis que es feliz, señora, esclamó vivamente La Mole.

—¿Feliz?....

—Sí, porque V. M. le tiene lástima.

Margarita se entrenia con su bolsillo, desfilachando sus doradas hebras.

—¿Os negais, pues, á ver al rey de Navarra? le preguntó; ¿es cosa enteramente decidida y resuelta?

—Temo molestar á S. M. en este momento.

—¿Y à mi hermano el duque de Alenzon?

—¿Al duque de Alenzon? esclamó La Mole, ¡oh, no, no, menos aún que al rey de Navarra!

—¿Por qué?.... preguntó Margarita tan conmovida que su voz tembló al pronunciar estas palabras.

—Porque aunque soy ya muy mal hugonote para servir como es debido á S. M. el rey de Navarra, todavía no soy tan buen católico como debiera para ser amigo del duque de Alenzon y del de Guisa.

—[illegible] vez fué Margarita la que bajó los

ojos, sintiendo vibrar el golpe en lo mas profundo de su corazon y sin poder decir si las palabras de La Mole eran para ella dulces ó dolorosas.

En aquel momento volvió Matilde: Margarita la interrogó con una ojeada á la cual contestó aquella arfirmativamente con otra. Habia conseguido que la llave llegase á manos del rey de Navarra.

Margarita se volvió hácia La Mole, el cual permanecia sin saber qué hacer, con la cabeza doblada sobre el pecho y pálido como hombre que padece à la par del cuerpo y del espíritu.

—El señor de La Mole es orgulloso, dijo la reina, y temo hacerle una proposicion á que isn duda no accederá.

Levántose La Mole, dió un paso hácia Margarita y fué á inclinarse en muestra de que estaba á sus órdenes; pero un dolor profundo, agudo, abrasador, agolpó las lágrimas á sus ojos y le obligó á agarrarse á un tapiz para no caerse.

—Ya lo veis, esclamó Margarita corriendo à él y sosteniéndole en sus brazos, ya veis que todavía necesitais de mí.

Un movimiento casi imperceptible agitó los labios de La Mole.

—¡Oh! sí, murmuró, como del aire que respiro como de la luz del sol.

En aquel momento sonaron tres golpes en la puerta de la habitacion de Margarita.

—¿Oís, señora? dijo Matilde con terror.

—¡Tan pronto! murmuró Margarita.

—¿Abro?

—Espera. Puede que sea el rey de Navarra.

—¡Oh señora! esclamó La Mole, recobrando las fuerzas al escuchar aquellas palabras que Margarita pronunció sin embargo en voz tan baja que confiaba en que solo Matilde las hubiera oido; señora, os lo suplico de rodillas, sacadme de aquí, sí, ¡muerto ó vivo! ¡Compadeceos de mí! ¡Oh no, me respondeis! ¡Pues bien! hablaré y luego que haya hablado, no podreis menos de echarme; es lo que deseo.

—¡Callad, infeliz! dijo Margarita sintiendo un indefinible encanto en escuchar las palabras del jóven. ¡Callad!

—Señora, repuso La Mole, que sin duda no halló en el acento de Margarita el rigor que aguardaba: señora, lo repito, desde este gabinete se oye todo. ¡Oh! no me deis una muerte que no se atreverian á inventar los mas crueles verdugos.

—¡Silencio! ¡silencio! dijo Margarita.

—¡Oh! ¡no teneis piedad, señora! ¡nada quereis oir, nada quereis entender! ¿No habeis comprendido que os a....

—Silencio, cuando yo lo digo, interrumpió Margarita cubriendo con su fresca y perfumada mano la boca del jóven el cual la cogió y la aplicó á sus labios.

—Pero.... murmuró La Mole.

—No hay pero que valga. ¿Qué rebelde este que no quiere obedecer á su reina?

Pronunciadas estas palabras, salió corriendo del gabinete, cerró la puerta, y dijo recostándose en la pared y comprimiendo con su trémula mano los latidos de su corazon:

—Abre, Matilde.

Matilde salió del aposento y un momento despues apareció, levantando el tapiz, la cabeza fina, espresiva, y algo inquieta del rey de Navarra.

—¿Me habeis enviado á llamar, señora? dijo Enrique á Margarita.

—Sí, señor. ¿Ha recibido V. M. mi carta?

—No sin cierta sorpresa enverdad, contestó el rey de Navarra, mirando en torno suyo con una desconfianza que presto se desvaneció.

—Y no sin cierta inquietud, añadió Margarita.

—No puedo menos de confesarlo. Sin embargo, aunque me veo rodeado de encarnizados enemigos y de amigos quizá mas temibles todavía, me acordé de que una noche ví brillar la generosidad en vuestros ojos, que fué la noche del dia en que nos casamos; de que otra noche ví lucir en ellos la estrella del valor, y esta otra noche fué la de ayer, dia señalado para mi muerte.

—¿Y qué pensasteis entonces? dijo Margarita sonriéndose, ínterin procuraba Enrique adivinar, miráudola, sus secretas intenciones.

—Recordando todo esto, y al ver el papel en

que me indicabais que viniese, dije para mí: sin amigos, prisionero y desarmado, un solo medio le queda al rey de Navarra para morir con lustre, para recibir una muerte que anote la historia en sus páginas, y es morir vendido por su muger. Por eso he venido.

Mucho ha de variar vuestro lenguaje, respondió Margarita, cuando sepais que cuanto en este momento ocurre es obra de una persona que os ama..... y que amais.

—Casi hicieron retroceder á Enrique estas palabras. Sus pardos y penetrantes ojos interrogaron con curiosidad á la reina por entre sus negros párpados.

—Tranquilizaos, dijo la reina sonriéndose. No tengo la presuncion de creer que sea yo esa persona.

—Sin embargo, señora, repuso Enrique, vos sois quien me envia esta llave: esta letra es vuestra.

—Confieso que esa letra es mia; no niego que yo os he enviado ese billete, pero en cuanto á la llave es otra cosa. Bástedos saber que ha pasado por manos de cuatro mugeres antes de llegar á las vuestras.

—¡De cuatro mugeres! esclamó Enrique con asombro.

—Sí, respondió Margarita; por manos de la reina madre, la señora de Sauve, de Matilde y por las mias.

Enrique se quedó meditando, tratando de comprender este enigma.

—Hablemos ahora en razon, dijo Margarita, y sobre todo hablemos francamente. ¿Es cierto, como se ha dicho hoy, que V. M. consiente en abjurar?

—Se equivocan los que tal dicen, señora, aun no he consentido.

—¿Pero estais decidido á hacerlo?

—Lo estoy consultando conmigo mismo. ¡Qué quereis! para el que tiene veinte años y es rey ó poco menos, hay, ¡vive Dios! cosas que bien valen una misa.

—Entre otras la vida ¿eh?

Enrique no pudo contener una ligera sonrisa.

—No me declareis vuestro pensamiento por entero, dijo Margarita.

—Reservo parte de él hablando con mis aliados; ya sabeis que hasta ahora no somos otra cosa; si al mismo tiempo que aliada mia, fueseis..

—¿Vuestra muger?

—Sí á fé, mi muger.

—¿Qué hicierais entonces?

—Puede que variara y deseara ser rey de los hugonotes, como dicen..... Por la presente tengo que contentarme con vivir.

Margarita miró á Enrique de un modo tan singular que hubiera infundido sospechas á otro de espíritu menos sutil que el rey de Navarra.

—¿Y estais seguro siquiera de conseguir ese resultado? preguntó la princesa.

—Casi enteramente; ya sabeis que ahora de nada se está seguro.

—Verdad es, repuso Margarita, que V. M. demuestra tanta moderacion, hace profesion de tal desinteres, que despues de renunciar á su corona, despues de renunciar á su religion, renunciará probablemente, como se espera, á su alianza con una princesa de Francia.

Tan profunda significacion envolvian estas palabras, que Enrique se estremeció á su pesar; pero refrenó su emocion con la rapidez del rayo.

—Dignaos recordar, señora, que en este momento no tengo libre albedrío. Haré, pues, lo que me ordene el rey de Francia. Por lo que á mí toca, si se consultara en algun modo mi opinion acerca de esta cuestion en que van interesados nada menos que mi trono, mi honor y mi vida, antes que fundar mi porvenir en los derechos que me dá nuestro forzado enlace, preferiria sepultarme como cazador en un castillo, ó como penitente en un claustro.

Esta tranquila resignacion, este modo de renunciar á las cosas del mundo, aterraron á Margarita, y la hicieron creer que quizá estuviese convenida la ruptura de su matrimonio entre Cárlos IX, Catalina y el rey de Navarra, ¿No podian escogerla tambien por víctima, aun cuando fuese hermana

del uno é hija de la otra? Harto la habia probado la esperiencia que no es razon esta en que pudiese fundar su seguridad. Suscitóse, pues, la ambicion en el pecho de la jóven esposa, ó por mejor decir, en el de la jóven reina, sobrado superior á las debilidades del vulgo para dejarse arrastrar por un impulso de amor propio; toda muger que ama, aun cuando no pase de ser una medianía, no está sujeta á esa clase de miserias, porque el verdadero amor es tambien una ambicion de otra especie.

—Paréceme, dijo Margarita con una especie de irónico desden, que V. M. no tiene gran confianza en la estrella que brilla sobre la frente de todos los reyes.

—¡Ah! dijo Enrique, en vano busco la mia en este momento; se me oculta entre las nubes que apiña la tempestad sobre mi cabeza.

—¿Y si las apartase el soplo de una muger y devolviese á esa estrella su brillo con mas fuerza que nunca?

—Muy difícil es, dijo Enrique.

—¿Negais la ecsistencia de esa muger?

—No, pero niego su poder.

—Querreis decir su voluntad.

—He dicho su poder, y lo repito. Solo es realmente poderosa la muger en quien se reunen el amor y el interes en proporciones iguales; si la preocupa uno solo de esos dos sentimientos, es como Aquiles, vulnerable. Ahora bien: si no me en-

gaño, no puedo contar con el amor de la muger que decís.

Margarita calló.

—Oidme, continuó Enrique. Al último toque de la campana de San German l'-Auxerrois, debisteis pensar en reconquistar vuestra libertad que habia servido de prenda para destruir á mis partidarios. Yo debí pensar en salvar mi vida. Era lo mas urgente..... Bien sé que nos quedamos sin Navarra; pero Navarra es muy poca cosa en comparacion de la libertad que recobrais para hablar alto en vuestra alcoba, cosa que no os atreviais á hacer cuando se escondia en ese gabinete una persona que podia oiros.

Aunque Margarita se hallaba en lo mas profundo de sus meditaciones, estas palabras no pudieron menos de arrancarla una sonrisa. El rey de Navarra se levantó para regresar à su aposento, porque eran las once dadas y todos dormian ó aparentaban dormir en el Louvre.

Diò tres pàsos hácia la puerta; mas deteniéndose de pronto como si entonces recordara la circunstancia que le habia hecho ir á aquella alcoba;

—A propósito, señora, preguntó, ¿teniais que decirme algo, ó queriais tan solo proporcionarme una ocasion de daros gracias por vuestra valiente aparicion que de tal apuro me sacó anoche en la sala de armas del rey? Tiempo era ya en verdad: no puedo negarlo; descendisteis al lugar de la escena

á manera de divinidad pagana, en el momento crítico de salvarme la vida

—¡Infeliz! murmuró Margarita con sorda voz, y cogiendo por un brao á su marido. ¿No veis, por el contrario, que aun no se ha salvado nada, ni vuestra libertad, ni vuestra corona, ni vuestra vida?..... ¡Ciego! ¡loco! ¡ah pobre loco! ¿Con que en mi carta no habeis visto otra cosa que una cita? ¿Con que habeis creido que Margarita, enojada por vuestra frialdad, deseaba una reparacion?

—Señora, dijo Enrique con estrañeza, confieso que....

Margarita se encogió de hombros con una espresion imposible de describir.

En el mismo instante resonó en la puerta secreta un ruido particular; era una especie de castañeteo agudo y precipitado.

La jóven condujo á su marido hácia aquella parte y le dijo:

—Escuchad.

—La reina madre está saliendo de su aposento, murmuró una voz entrecortada por el terror; Enrique la reconoció al instante, era la de la baronesa de Sauve.

—¿Y á dónde va? preguntó Margarita.

—Viene á ver V. M.

El crugido de un traje de seda, que se fué disipando gradualmente, probó que la baronesa de Sauve habia huido.

—¡Oh! esclamó Enrique.

—Estaba segura de ello, dijo Margarita.

—Y yo me lo temia, respondió Enrique: ves aquí la prueba.

Y desabrochando ràpidamente su jubon de terciopelo negro, mostró á Margarita el pecho cubierto con una delicada túnica de mallas de acero, y sacó un largo puñal de Milan que brilló en su mano como una víbora al sol.

—¡Bien cuadran ahora los puñales ni las corazas! esclamó Margarita; vamos, señor, vamos, esconded pronto esa daga; cierto es que viene la reina madre, pero viene sola.

—Sin embargo.....

—Ya está ahí, silencio.

Y acercándose al oido de Enrique le dijo algunas palabras en voz baja. El rey de Navarra se ocultó inmediatamente entre las cortinas del lecho.

Margarita saltó entre tanto con la agilidad de una pantera al gabinete en que esperaba La Mole entregado à la mayor zozobra, la abrió y cogiendo su mano y apretándosela:

—¡Silencio! le dijo acercándose tanto á su rostro que le perfumó con su aliento. ¡Silencio!

Volvió en seguida á su alcoba, cerró la puerta, se despeinó, cortó con un puñal los lazos de su vestido y se tendió en la cama.

Ya era tiempo; la reina Catalina tenia llaves para todas las puertas del Louvre, y en aquel inatante se oia sona runa en la cerradura.

—¿Quién anda ahí? preguntó Margarita mientras que su madre apostaba en la puerta á cuatro caballeros que formaban su comitiva.

Y como aterrada por aquella brusca irrupcion en su alcoba, saltó Margarita de la cama, y salió de entre las cortinas vestida con una bata blanca. Al reconocer á su madre apareció en su rostro una sorpresa tan bien imitada que engañó á la misma florentina; la reina de Navarra se dirigió á besarla la mano.

CAPITULO XIV.

SEGUNDA NOCHE DE BODAS.

La reina madre paseó con suma rapidez una mirada en torno suyo. Los chapines de terciopelo colocados al pié de la cama, los vestidos de Margarita diseminados sobre las sillas, las repetidas veces que la reina de Navarra se restregó los ojos como para desterrar el sueño, convencieron à Catalina de que realmente habia despertado á su hija.

Sonriéndose entonces con la satisfaccion de una persona que vé logrados sus proyectos, cogió un sillon y dijo:

—Sentémonos y hablemos, Margarita.

—Ya os escucho, señora, contestó la jóven.

Hora es, repuso Catalina cerrando los ojos con

esa lentitud peculiar á los que reflecsionan y á los que disimulan profundamente, hora es, hija mia, de que sepais los deseos que vuestro hermano y yo tenemos de veros feliz.

Para el que conociese á Catalina este ecsordio era terrible.

—¿Qué irá á decirme? pensó Margarita.

—Cierto que al casaros, continuó la florentina, consumamos uno de esos actos de política que graves intereses prescriben con frecuencia á los que gobiernan. Pero, forzoso es confesarlo, pobre hija mia; no creimos que fuese tan tenaz la repugnancia que inspirais, vos tan jóven, tan bella y tan seductora al rey de Navarra.

Levantose Margarita, y cruzando por delante su traje, hizo una ceremoniosa reverencia à su madre.

—Solo esta noche he sabido, dijo Catalina, pues si no antes, os hubiera visitado, que vuestro esposo està muy lejos de trataros con las consideraciones debidas no solo á una jóven linda, sino á una princesa de Ffancia.

Margarita dió un suspiro y Catalina continuó, animada por aquella tácita adhesion:

—En efecto, que el rey de Navarra tenga pùblicas relaciones con una dama mia; que la adore hasta el escàndalo; que por este amor desprecie á la esposa que se le ha dado, es una desgracia que las reinas, pobres de nosotras, no podemos evitar, pero que el menor caballero de nuestro reino castigaria ora por su mano, ora por la de sus hijos.

Margarita bajó la cabeza.

—Largo tiempo ha, continuó Catalina, que advierto en lo encendido de vuestros ojos, en vuestros amargos arranques contra la Sauve que, á pesar de vuestros esfuerzos, no podeis impedir que á veces brote sangre de las heridas de vuestro corazon.

Margarita se estremeció; las cortinas de la cama se habian movido ligeramente, pero por fortuna sin que lo advirtiese Catalina.

—A las manos de una madre, prosigió la reina aumentando la afectuosa dulzura de su voz, corresponde, hija mia, el cerrar esas heridas. Los que creyendo labrar vuestra felicidad, resolvieron vuestro matrimonio, y observan ahora con afanosa solicitud que todas las noches se equivoca de aposento Enrique de Navarra; los que no pueden permitir que un reyezuelo como él ofenda á cada momento á una muger de vuestra belleza, de vuestra clase y de vuestro mérito menospreciando su persona y teniendo en nada su propia posteridad, los que conocen, en fin, que al primer viento que crea favorable, se volverá contra nuestra familia ese loco é insolente sér, y os espulsará de su casa, ¿no tienen derecho para asegurar vuestro porvenir separándole del suyo, de un modo que sea á la par digno de vos y de vuestra condicion?

—Con todo eso, señora, respondió Margarita, y á pesar de las observaciones que os sugiere el amor maternal y que me colman de alegría y de honor,

me tomaré la libertad de hacer presente á V. M. que el rey de Navarra es mi esposo.

Catalina hizo un movimiento de cólera y acercándose á Margarita:

—¡Esposo vuestro! esclamó. ¿Qué? ¿Basta para ser marido y muger la bendicion de la iglesia¿estriba solo en las palabras del sacerdote la consagracion del matrimonio? ¡El, esposo vuestro! ¡Ah hija mia, si fuerais la baronesa de Sauve, podriais responderme así. Mas por el contrario de lo que de él esperábamos, desde que concedisteis á Enrique de Navarra el honor de apellidaros esposa, otra goza los derechos de tal, y en este mismo momento, añadió Catalina alzando la voz, si venis conmigo y abris con esta llave la habitacion de la baronesa de Sauve, vereis qué espectáculo se os ofrece.

—¡Oh! mas bajo, mas bajo, señora, respondió Margarita; no solo estais equivocada, sino que....

—¿Qué?

—Os esponeis á despertar á mi marido.

A estas palabras se levantó Margarita con una gracia llena de voluptuosidad, y dejando ondear libremente los dos lados de su bata, cuyas cortas mangas permitian ver los puros contornos de su brazo y su mano verdaderamente regia, acercó á la cama una bugía de color de rosa, apartó las cortinas y mostró sonriéndose á su madre, el noble perfil, los negros cabellos y la entreabierta boca del rey de Navarra, quien parecia gozar sobre el

desordenado lecho del mas tranquilo y profundo sueño.

Pálida, hoscos los hojos y el cuerpo echado atrás como si se hubiera abierto un abismo á sus plantas, Catalina lanzó, no un grito, sino un rugido.

—Ya veis, señora, dijo Margarita, que estábais mal informada.

La florentina echó una mirada à su hija y otra à Enrique, unió en su pensamiento la imágen de aquella frente pálida y húmeda, de aquellos ojos rodeados de un leve círculo azulado, con la sonrisa de Margarita y se mordió con silencioso furor sus delgados lábios.

Dejó la reina de Navarra que su madre comtemplase por un instante aquel cuadro que obraba en ella el efecto de la cabeza de Medusa, y en seguida soltó la cortina, marchó de puntillas à reunirse con Catalina y volviéndose á sentar preguntó:

—¿Qué decia V. M?

En vano intentó la reina madre descubrir algo al través de tanta candidez; al cabo de algunos segundos, respondió como si sus aceradas miradas se embotasen en la calma de Margarita:

—Nada; y salió á largos pasos del aposento.

No bien se perdió el ruido de los pasos en la profundidad del pasadizo, abriéronse de nuevo las cortinas, y Enrique Marchó á arrodillarse delante de Margarita. Brillaban sobre manera sus ojos, su respiración era dificultosa, sus manos temblaban. Solo tenia puestas sus bragas con follados y

su cota de mallas, de modo que al verle Margarita, bien que le apretó la mano de todo corazon, no pudo menos de reirse.

—¡Ah señora! ¡ah Margarita! ¿cómo podré pagaros este servicio?

Y cubria su mano de besos qne iban subiendo insensiblemente hasta los brazos de la jóven.

—Señor, dijo la reina apartándose blandamente; ¿olvidais que en este momento está sufriendo y llorando por vos una pobre muger á quien debeis la vida? La señora de Sauve, añadió en voz baja, os ha hecho el sacrificio de sus celos enviándoos aquí, y acaso tambien el de su vida, pues mejor que nadie podeis saber cuán terrible es la cólera de mi madre.

Estremecióse Enrique, y levantándose hizo un movimiento para salir de la alcoba.

—Pero no, repuso Margarita con admirable coquetismo, ahora que lo reflecsiono mejor, me tranquilizo. Al enviaros la llave no se os hizo indicacion ninguna y creerán que esta noche me habeis dado la preferencia.

—Y os la doy efectivmente, Margarita, si consentís en olvidar....

—Mas bajo, señor, mas bajo, replicó la reina parodiando las palabras que diez minutos antes dirigiera á su madre; hay quien nos oiga en ese gabinete, y como aun no soy enteramente libre, os suplico que no alceis tanto la voz.

—¡Oh! esclamó Enrique entre risueño y melan

cólico; verdad es; olvidábame ya de que probablemente no soy yo el que ha de terminar esta interesante escena. Ese gabinete....

—Entremos en él, porque quiero tener la honra de presentar á V. M. un valiente caballero herido en el degüello, justamente cuando venia á avisar á V. M. del peligro que le amenazaba.

La reina se acercó al gabinete; siguióla Enrique abriósc la puerta y el Bearnés se quedó estupefacto al ver á un hombre en aquel recinto predestinado á las sorpresas.

Aun fué mayor la de La Mole al encontrarse inopinadamente en presencia del rey de Navarra. Resultó de esto que Enrique dirigiese una irónica ojeada á Margarita, la cual la sostuvo con suma impertubabilidad.

—Veóme reducida, dijo la princesa, á temer que maten en mi mismo aposento á este buen caballero, cuya adhesion á vuestra causa es estrema, y cuya persona pongo bajo la proteccion de V. M.

—Señor, repuso entonces el jóven, soy el conde Lerac de La Mole, á quien ya aguadaba V. M. El infeliz señor de Teligny que murió ayer á mi lado, ma habia favorecido con su recomendacion.

—¡Ah! dijo Enrique; en efecto, la reina me entregó vuestra carta; creo que tambien traiais otra del señor gobernador del Languedoc.

—Sí, señor, con encargo de entregarla á V. M. epenas llegase.

—¿Por qué no lo hicisteis?

—Anoche vine al Louvre, pero estaba tan ocupado V. M. que no pudo recibirme.

—Verdad es, dijo el rey, mas ¿por que no la disteis para que la pusieran en mi poder?

—El señor de Auriac me ordenó que la entregase á V. M. en propia mano, pues, segun me aseguró, contenia un aviso tan importante que no podia ser confiado á un mensagero ordinario.

—En efecto, dijo el rey cogiendo y leyendo la carta; me aconsejaba que saliese de la corte y me retirase á Bearne. El señor de Auriac, aunque católico, es un buen amigo, y probablemente tendria, como gobernador de provincia, alguna noticia de lo que iba á pasar. ¡Vive Dios! ¿por qué no me disteis esta carta hace tres dias, caballero.

—Porque, como ya he tenido el honor de decir á V. M., por mas prisa que me dí, no pude llegar hasta ayer.

—Lástima es, murmuró el rey; á estas horas estariamos yá en seguridad, bien en la Rochela ó bien en campo raso, con dos é tres mil caballos para defendernos.

—Ya no tiene remedio, dijo Margarita á média voz: mas vale no perder tiempo en recriminaciones y tratar de sacar el mejor partido posible del porvenir.

—Luego si estuvierais en mi lugar, preguntó Enrique mirando inquisitorialmente á Margarita ¿tendriais alguna esperanza?

—Si tal; consideraría la cuestion como un juego

dividido en tres partes, y á lo mas creeria que habia perdido la primera.

—¡Ay señora! dijo Enrique tambien en voz baja; si yo estuviera seguro de que queriais jugar conmigo.....

—Si me hubiese propuesto pasarme á vuestros contrarios, respondió Margarita, no hubiera esperado á tan tarde.

—Es muy cierto; soy un ingrato, y como decís, aun puede repararse todo.

—¡Ah! esclamó La Mole, deseo á V. M. toda clase de prosperidades, pero ya no está en el mundo el señor almirante.

Los lábios de Enrique se contrajeron con aquella solapada sonrisa de patan que nadie comprendió en la corte hasta el dia en que fué rey de Francia.

—Hablemos de otra cosa, dijo mirando á La Mole con atencion: no puede el señor permanecer en vuestro aposento sin incomodaros en estremo y sin verse espuesto á enojosas sorpresas. ¿Qué pensais hacer de él?

—¿No le seria posible salirl de Louvre? Porque estoy conforme con vuestro parecer.

—Es dificil.

—Si pudiera el señor de La Mole ser colocado en la servidumbre de V. M....

—¡Ah, señora! aun me tratais como al rey de los hugonotes, como si tuviera un pueblo á mi mando. Ya sabeis que estoy medio convertido.

Otra muger que no fuera Margarita se hubiera apresurado á contestar:

—Es católico. Pero la reina queria que Enrique la pidiese lo que de él deseaba obtener Entre tanto La Mole guardó silencio en vista de la reserva de su protectora, y no sabiendo todavía donde poner el pié sobre el resbaladizo terreno de una corte tan peligrosa como lo era entonces la de Francia.

—Aquí me dice el señor gobernador de Provenza, prosiguió Enrique leyendo otra vez la carta de que habia sido portador La Mole, que vuestra madre era católica, y que de esta circunstancia procede la amistad que os profesa.

—Creo, dijo Margarita, que me habeis hablado de un voto señor, conde, de un cambio de religion. Mis ideas se confunden en este punto; aclaradlas, señor de La Mole. ¿No era una cosa semejante á la que parece que desea el rey?

—Sí señora. Pero V. M. acogió tan friamente mis esplicaciones, que no me atreví....

—Era porque no me interesaban en modo alguno. Pero esplicaos con el rey, esplicaos.

—¿Qué voto es ese? dijo Enrique.

—Señor, repuso La Mole; yendo perseguido por mis asesinos, desarmado y ecsánime de resultas de mis dos heridas, me pareció ver la sombra de mi madre que me guiaba hácia el Louvre con una cruz en la mano. Entónces hice voto de adoptar, si salia con vida, la religion de mi

madre, á quien habia permitido Dios levantarse del sepulcro para servirme de guia en tan terrible noche. Dios me condujo aquí, señor. Me veo bajo la doble proteccion de una princesa de Francia y del rey de Navarra. Se ha salvado milagrosamente mi vida; réstame solo, pues, cumplir mi promesa, y estoy pronto á hacerme católico.

Enrique frunció el ceño. Escéptico hasta lo sumo, comprendia perfectamente la abjuracion por interes, pero dudaba mucho de la abjuracion por fé.

—El rey no quiere encargarse de mi protegido, pensó Margarita.

La Mole entre tanto contemplaba con timidez y turbacion la lucha de de aquellas dos voluntades opuestas. Conocia, sin esplicársela, la ridiculez de su posicion. Mas la femenil delicadeza de Margarita acudió á sacarle de aquel mal paso.

—Señor, le dijo, nos olvidamos de que el pobre herido necesita descansar. Yo misma me estoy cayendo de sueño. Miradle que pálido está.

En efecto, La Mole se habia puesto pálido, mas fué por haber oido é interpretado las últimas palabras de Margarita.

—Nada mas sencillo, señora, contestó Enrique; dejaremos al señor de La Mole en libertad para que descanse.

El jóven dirigió á la reina una suplicante mirada, y á pesar de estar en presencia de dos magestades, se dejó caer sobre una silla, rendido de dolor y de fatiga.

Margarita comprendió cuánto amor encerraba aquella mirada, cuanta desesperacion aquella debilidad.

—Señor, replicó á su esposo, muy propio seria de V. M. hacer á este caballero que arriesgó su vida por su rey, recibiendo varias heridas al venir á participaros la muerte de Teligny, muy propio seria, répito, hacerle un honor, á que quedaria reconocido toda su vida.

—Decid cual, respondió Enrique. Estoy pronto á obedeceros.

—El señor de La Mole dormirá esta noche á los piés de V. M. y V. M. en este sofá. En cuanto á mí, añadió Margarita sonriéndose, voy con permiso de mi augusto esposo á llamar á Matilde y á acostarme; porque os juro, señor, que no soy de entre los tres, la que menos reposo necesita.

Enrique tenia talento y quizá demasiado; mas adelante se lo echaron en cara amigos y enemigos. Conoció que la que así le desterraba del lecho conyugal habia adquirido un derecho á ello por la misma indiferencia que su esposo la manifestara hasta entónces, idiferencia de que por otra parte acababa de vengarse Margarita salvándole la vida. En su respuesta, pues, desatendió enteramente á su amor propio.

—Señora, la contestó, si el señor de La Mole se hallase en estado de pasar á mi habitacion le ofreceria mi propia cama.

—Sí, repuso Margarita, pero á estas horas, vues-

tro aposento no os puede proteger ni à uno ni à otro, y la prudencia dicta que V. M. se quede aquí hasta mañana.

Y sin aguardar á que la respondiera su murido, llamó á Matilde y la ordenó que preparara los almohadones para el rey y una cama para La Mole, el cual se mostraba tan alegre y satisfecho con este honor, que cualquiera hubiera jurado que ya no le dolian las heridas.

Margarita hizo una ceremoniosa reverencia al rey y volviendo á su aposento, cuyos cerrojos corrió, se metió en la cama.

—Es necesario, dijo entre sí, que mañana tenga el señor de La Mole un protector en el Louvre y acaso esta noche se hace el sordo, se arrepienta dentro de poco.

Dicho esto, hizo una seña á Matilde que estaba esperando sus últimas órdenes, de que se acercase á recibirlas.

La jóven obedeció.

—Matilde, la dijo en voz muy baja, mañana quiero que el duque de Alenzon venga espontaneamente aquí antes de las ocho, con cualquier pretesto.

Daban las dos en el Louvre.

La Mole habló unos momentos de política con el rey, el cual se durmió poco á poco, y empezó á roncar como si aun estuviera en su cama de cuero de Bearné.

Quizá hubiera dormido tambien La Mole, pero

Margarita no dormia y las vueltas que daba en su lecho turbaban las ideas y el sueño del jóven.

—Muy jòven es, murmuraba Margarita en su insomnio, muy tímido, y acaso sea tambien muy ridículo, allá lo veremos. Sin embargo tiene buenos ojos.... talle elegante, mucho atractivo; pero, ¡y si no fuera valiente!... vino huyendo.... ahora abjura.... es lástima.... el sueño empezaba bien: ea.... dejemos que las cosas sigan su curso, y confiemos en el triple dios de la aturdida Enriqueta.

Y á eso del amanecer se durmió Margarita murmurando: *Eros, Cupido, amor.*

CAPITULO XV.

DIOS MISMO LLEGA A QUERER LO QUE QUIERE UNA MUGER.

No se habia equivocado Margarita; la cólera acumulada en el corazon de Catalina por aquella comedia cuya intriga veia sin tener empero fuerzas para variar un ápice su desenlace, necesitaba descargar sobre alguno.

En vez regresar á su habitacton la reina madre, á la de su azafata.

La baronesa de Sauve esperaba dos visitas; deseaba la de Enrique y temia la de Catalina. Medio vestida y recostada sobre el lecho, ínterin velaba Darioleta en la antesala, oyó girar una llave en la cerradura, y acercarse luego una persona á pasos lentos y que á no ser tan espesa la foalmbra hubieran parecido pesados. No reconoció el lige-

ro y precipitado andar de Enrique; advirtió por el contrario que no permitian á Darioleta que entrase á visitarla, y apoyándose en una mano y aplicando el oido y la vista, esperó el resultado.

Alzóse el tapiz y la trémula jóven vió entrar á Catalina de Médicis.

Su aspecto era tranquilo: pero la baronesa acostumbrada á estudiarla hacia dos años, comprendió cuantos sombríos pensamientos, y acaso tambien cuantas crueles venganzas encerraba aquella aparente calma.

Al ver la azafata á Catalina quiso echarse fuera de la cama, pero la reina alzó un dedo prescribiéndola que no se moviese, y la pobre Carlota se quedó clavada en su sitio, reuniendo interiormente todas las fuerzas de su alma para hacer frente á la tempestad que en silencio se preparaba.

—¿Habeis remitido la llave al rey de Navarra? preguntó Catalina sin que el acento de su voz revelase la menor alteracion, aunque sus lábios se pusieron descoloridos al pronunciar estas palabras.

—Si, señora, respondió Carlota con voz que inútilmente aspiraba á ser tan serena como la de Catalina.

—¿Y le habeis visto?

—¿A quién? preguntó la baronesa de Sauve.

—Al rey de Navarra.

—No, señora, pero le estoy esperando, y cuando oi sonar la llave en la puerta, crei que era él.

A esta respuesta que revelaba una entera confian-

za ó un estremo disimulo de parte de la baronesa Catalina no pudo contener un ligero estremecimiento. Sus gruesas y cortas manos se crisparon.

—Sin embargo bien sabeis, dijo con maligna sonrisa, bien sabeis, Carlota, que el rey de Navarra no habia de venir.

—¿Qué yo sabia eso, señora? esclamó Carlota con acento de sorpresa perfectamente fingido.

—Sí que lo sabias.

—Para no venir, repuso la jóven estremeciéndose solo de hacer tal suposicion, debe de haber muerto.

Si Carlota se atrevia á mentir de ese modo, era solo por la certidumbre que tenia de una terrible venganza en caso de que se descubriera su venial traicion.

—¿Pues qué, no has escrito al rey de Navarra Carlota mia? preguntó Catalina, con la misma sonrisa silenciosa y cruel.

—No señora, respondió Carlota con admirable candidez; me parece que no me lo dijo V. M.

Reinó un momento de silencio, durante el cual contempló Catalina á la baronesa como la serpiente al pájaro á quien pretende fascinar.

—Te crees hermosa, dijo Cataiina, te crees hábil ¿verdad?

—No señora respondió Catalina; únicamente sé que V. M. ha usado á veces de gran indulgencia conmigo cuando se ha tratado de mi belleza y de mi habilidad.

—Pues te equivocaste si tal creiste, repuso Cata-

lina animándose, y yo mentí si tal te dije; eres né cia y fea en comparacion de mi hija Margot.

—¡Oh! es mucha verdad, señora dijo Carlota; no pretenderé negarlo y menos á V. M. que á nadie.

—Por lo tanto continuó Catalina, el rey de Navarra prefiere á mi hija; y no es eso, ni lo que me parece que tú querias, ni lo que habiamos convenido.

—¡Ah señora! dijo Carlota rompiendo en sollozos sin necesitar entonces hacerse la mayor violencia: si es cierto, soy muy desgraciada.

Lo es, dijo Catalina clavando, como dos puñales, los dos rayos de sus ojos en el corazon de la señora de Sauve.

—Pero ¿qué motivos os lo hacen creer? preguntó Carlota.

—Baja á la alcoba de la reina de Navarra, ¡*pazza!* y encontrarás en ella á tu amante.

—¡Oh! esclamó la baronesa.

Catalina se encogió de hombros.

—¿Eres acaso zelosa? preguntó la reina madre.

—¿Yó? dijo la baronesa de Sauve, reuniendo todas sus fuerzas prócsimas á abandonarla.

—¡Sí, tú! tengo ganas de ver zelosa á una franzesa.

¿Cómo quiere V. M. que esté celosa, á no ser por amor propio? Yo no amo al rey de Navarra mas que en cuanto lo requiere el buan servicio de V. M.

Catalina la contempló en meditabunda actitud y murmuró.

—En resumidas cuentas, bien puede ser verdad lo que dices.

—V. M. conoce á fondo mi corazon.

—¿Y está ese corazon enteramente resuelto á servirme?

—Ordene V. M. y lo verá.

Pues ya que á mi servicio te sacrificas, necesito que continúes muy enamorada del rey de Navarra y sobre todo muy zelosa, tan zelosa como una italiana.

¿Y cómo son los celos de las italianas, señora? preguntó Carlota.

Ya te lo diré, respondió Catalina, y despues de mover dos ó tres veces la cabeza de arriba abajo salió silenciosa y lentamente del aposento como habia entrado.

Turbada Carlota por las claras miradas de aquellos ojos dilatados como los del gato y la pantera, sin que tal dilatacion los hiciese perder nada de su intensidad, la dejó marcharse sin pronunciar una palabra, sin dar siquiera desahogo á su aliento, y no respiró hasta que oyó el ruido de la puerta al cerrarse, y hasta que fué Diaroleta á decirla que se habia desvanecido completamente la terrible aparicion.

—Diaroleta, la dijo, coloca un sillon junto á mi cama y házme el favor de pasar la noche en él, pues no me atrevo á quedarme sola.

Obedeció la doncella, pero á pesar de su compañía, á pesar de la luz de la lámpara que para ma-

yor seguridad mandó dejar encendida, la baronesa no se durmió hasta el amanecer: tan prolongados écos dejó en sus oidos el metálico acento de Catalina.

Aunque Margarita tampoco se durmió hasta que empezo á apuntar el dia, despertó al primer toque de las trompetas, al primer ladrido de los perros. Levantóse inmediatamente y se revistió de un traje tan desnudo de adornos como lleno de coquetismo. Llamó en seguida á sus doncellas, ordenó que introdujesen en la antesala á los gentiles hombres del servicio ordinario del rey de Navarra. y abriendo la puerta que bajo una misma llave encerraba á Enrique y á La Mole, dió con una afectuosa ojeada los buenos dias á este, y llamando á su marido.

—Vamos, señor, le dijo; no basta haber hecho creer lo que no ecsiste á mi madre, sino que conviene ademas que toda vuestra corte se persuada de la perfecta armonía que entre nosotros reina. Pero tranquilizaos, añadió riéndose, y retened bien en la memoria mis palabras que en estas circunstancias son casi solemnes. Esta será la última vez que haga sufrir á V. M. una prueba tan cruel.

Sonrióse el rey de Navarra y ordenó que introdujeran á sus gentiles-hombres.

Solo en el momento de recibir sus salutaciones fingió advertir que se habia dejado la capa sobre la cama de la reina; díjoles que perdonaran les admitiese á su presencia de aquella manera, tomando la

capa de manos de la confusa Margarita, la colocó sobre sus hombros.

Observaba Margarita con disimulo la imperceptible sorpresa que á los caballeros causaba la intimidad recien establecida entre el rey y la reina de Navarra, cuando apareció un ugier seguido de tres ó cuatro personas y anunció al duque de Alenzon.

No habia necesitado Matilde, para moverle á ir, mas que decirle que el rey habia pasado la noche en el cuarto de su esposa.

Francisco entró con tal rapidez qua estuvo apique de atropellar á los que le precedian, para abrirse paso. Su primera ojeada fué para Enrique: Margarita solo obtuvo la segunda.

El Bearnés le contestó con un cortesano saludo; el rostro de Margarita se revistió de la mas perfecta serenidad.

Con otra mirada vaga, pero escrutadora, el duque abarcó todo el aposento; vió el desarreglo del lecho, las señales de dos cabezas en las almoadas, el sombrero del rey tirado sobre una silla.

Púsose pálido, mas serenándose inmediatamente;

—Hermano Heurique, le dijo, ¿venís esta mañana á jugar á la pelota con el rey?

—Me ha hecho el rey el honor de escogerme, ó es una sola atencion vuestra?

—No, S. M. no me ha hablado de tal cosa, respondió el duque algo turbado; pero como sois de los que ordiuariamente forman su partida.....

Sonrióse Enrique, pues habian ocurrido tantos y

tan graves sucesos desde que jugara el último partido, que no hubiera sido estraño que Cárlos IX le hubiese pospuesto á otros jugadores.

—Allá voy, hermano, dijo sonriéndose.

—Venid, repuso el duque.

—¿Os vais? preguntó Margarita.

—Sí, hermana.

—¿Teneis mucha prisa?

—Mucha.

—¿Y si yo os pidiera que os detuviéseis algunos minutos?

Era tan rara semejante demanda en boca de Margarita, que su hermano la miró ruborizándose y poniéndose pálido en un mismo instante.

—¿Qué irá á decirle? murmuró Enrique no menos admirado que el duque de Alenzon.

Margarita se volvió hácia su esposo como adivinando su pensamiento, y le dijo con la mas encantadora sonrisa:

—Si os parece, podeis ir á reuniros con S. M. porque el secreto que tengo que revelar á mi hermano, ya no lo es para vos. Como V. M. eludió el acceder á la peticion que relativamente á ese secreto le hice, no quisiera fatigar por segunda vez á V. M. espresando en su presencia un deseo que al parecer le desagrada.

—¿Cuál es? preguntó Francisco, mirando á entrambos con asombro.

¡Ah! dijo Enrique, sonrojándose con despecho; comprendo lo que quereis decir, señora, y siento en

verdad no tener libertad para escoger. Mas ya que no puedo ofrecer al señor de La Mole una hospitalidad que de nada le defenderia, no por eso dejaré de recomendar, como vos, á mi hermano Alénzon la persona *por quien os interesais*. Puede ser, añadió para dar todavía mas fuerza á las palabras que hemos subrayado, puede ser que mi hermano halle algun modo de que el señor de La Mole se quede.... aquí.... á vuestro lado.... lo cual seria lo mejor, ¿no es verdad, señora?

—Vaya, pensó Margarita, entre los dos van á hacer lo que cada cual no se hubiera atrevido á hacer por sí solo.

Y abriendo la puerta del gabinete, mandó salir al jóven herido, despues de decir á Enrique:

—A vos os toca esplicar á mi hermano por qué motivos nos interesamos en favor del señor de La Mole.

Cogido Enrique en el lazo, refirió en dos palabras al duque, que era semi-protestante por oposicion, como el Bearnés semi-católico por prudencia, la llegada de La Mole á Paris y cómo habia sido herido al llevarle una carta del señor de Auriac.

La Mole, que ya habia salido del gabinete, estaba de pié frente al duque, el cual le miró.

Al verle tan bello y tan pálido, y por consecuencia doblemente interesante, sintió Francisco alzarse en el fondo de su corazon un nuevo terror.

Margarita le atacaba á un tiempo por los zelos y por el amor propio.

—Yo respondo, le dijo, de que este jóven será útil á quien sepa emplearle, si le aceptais para ser viros, tendrá en vos un amo poderoso, y vos en él un servidor leal. En estos tiempos es preciso ganarse amigos, añadió bajando la voz de modo que solo el duque de Alenzon le oyese, sobre todo cuando se tiene ambicion, y la desgracia de ser el tercero entre los príncipes de Francia.

Y Margarita se puso un dedo sobre los labios como indicando que aunque así se franqueaba, aun le quedaba por declarar una importante parte de su pensamiento.

—Ademas, añadió, puede que opineis al revés de Enrique y creais poco conveniente que este jóven habite tan cerca de mi aposento.

—Hermana, respondió vivamente Francisco, el señor de La Mole se hallará si le agrada, instalado en mi habitacion, dentro de media hora, en ella nada tiene que temer. Profeseme afecto, y yo se lo profesaré.

Mentia Francisco al decir esto, porque en el fondo de su corazon detestaba ya al provenzal.

—Bien, bien..... no me habia equivocado, murmuró Margarita observando que Enrique arrugaba el entrecejo. Ya veo que para hacerles andar á los dos es preciso que cada uno de ellos mueva al otro.

Y contemplando su pensamiento:

—Adelante, continuó: ¡bien, Margarita como diria Enriqueta.

En efecto, media hora despues besaba La Mole la estremidad de la falda de Margarita, gravemente catequizado por esta, y subia la escalera de los aposentos del duque de Alenzon con bastante ligereza para estar herido.

En los dos ó tres primeros dias que pasaron, se consolidó en apariencia la buena armonía entre Enrique y su esposa. Concedióse al primero que no hiciese abjuracion pública, pero tuvo que renunciar en manos del confesor del rey, y oia todas las mañanas la misa que se decia en el Louvre. Por las noches tomaba ostensiblemente el camino del aposento de su esposa, entraba por la puerta principal, hablaba con ella por espacio de algunos momentos, y en seguida subia por el pasadizo secreto á la habitacion de la baronesa de Sauve, la cual no dejó de participarle la visita de Catalina, y prevenirle del indudable peligro que le amenazaba. Informado así Enrique por ambas partes, desconfiaba de la reina madre, con tanta mayor razon, cuanto que insensiblemente iba perdiendo su ceño el rostro de Catalina. Un dia llegó el caso de que sus trémulos labios se animasen con una benévola sonrisa. Aquel dia costó gran trabajo á Enrique decidirse á comer otra cosa que huevos pasados por agua à su presencia, y á beber mas agua que la que delante de él sacaron del Sena.

El degüello continuaba, aunque se iba atenuando la furia; tantos hugonotes habian matado que

su número era muy pequeño; la mayor parte habia muerto; muchos huyeron, otros estaban escondidos. De vez en cuando se alzaba una gran gritería en un barrio; era que habian descubierto á uno de estos últimos. Su ejecucion era entonces privada ó pública, ora cuando se acorralaba al infeliz en algun sitio sin salida, ora cuando podia huir. En este último caso era incoparable el júbilo de los habitantes del barrio en que ocurria el suceso, pues en vez de apaciguarse los católicos con la estincion de sus enemigos, se hacian cada vez mas feroces, y cuantos menos quedaban, mas encarnizados se mostraban con sus míseros restos.

Cárlos IX se habia recreado sobre manera con la caza de hugonotes; complaciéndose, luego que no pudo hacerla en persona, con las noticias que de los demas recibia.

Al volver un dia de jugar al mallo, que á mas de la pelota y la caza, era su diversion favorita, entró en la habitacion de su madre lleno de alegría y seguido de sus habituales cortesanos.

—Madre, dijo abrazando á la florentina, que ya al observar su júbilo habia tratado de indagar la causa, buenas noticias, madre. ¡Voto al diablo ¿sabeis que ha parecido el ilustre esqueleto del señor almirante que creíamos haberse perdido?

—¿De veras? dijo Catalina.

Sí, tal. Vos pensariais tal vez como yo que los perros se habian dado algun hartazgo con él, ¿verdad madre mia? pues nada de eso. Mi pueblo,

mi caro pueblo, mi buen pueblo ha tenido una idea; le ha colgado del garfiio de Montfaucon.

—¿Y qué intentais? preguntó Catalina.

—Lo siguiente, querida madre. Siempre he tenido ganas de volver á ver á ese buen hombre desde que murió. Hace buen dia. Hoy todo me parece florido. El aire está lleno de vida y de perfumes. Me siento mejor que nunca. Madre si quereis montaremos á caballo y nos iremos á Montfaucon.

—Con mucho gusto lo haria, hijo mio, si no tuviese dada una cita á que no quiero faltar. Para visitar á una persona de la importancia del señor almirante, añadió, es necesario convidar á toda la corte. Los observadores tendrán con esto ocasion de hacer observaciones curiosas. Veremos quién viene y quién se queda.

—A fé que teneis razon, madre, mejor será dejarlo para mañana. Convidad, pues, y yo convidaré por mi parte, ó si no reduzcámonos á anunciar simplemente que nos proponemos ir, y el que quiera que nos siga. Adios, madre, voy á tocar la corneta.

—Agotais vuestras fuerzas, Cárlos. Ambrosio Paré os lo dice sin cesar y tiene razon; tal ejercicio es muy penoso para vos.

—¡Bah, bah, bah! contestó Cárlos, así me asegurasen no morir de otro mal. Prometia enterrar á todos mis contemporáneos incluso el mismo Henriot que debe algun dia sucedernos, á lo que supone Nostradamus.

Catalina frunció el ceño y dijo:

—Desconfiad, hijo mio, de las cosas que mas imposibles os parezcan, y entre tanto cuidaos.

—No tocaré mas que dos ó tres sonatas para distraer algo á mis perros que se están muriendo de fastidio. ¡Pobres animales! Debí soltarlos contra los hugonotes para darles algun solaz.

Y Cárlos IX salió del aposento de su madre, entró en su sala de armas, descolgó una trompa de caza, y empezó á tocar con un vigor tal que hubiera hecho honor al mismo Rolando. Incomprensible era cómo podia salir tan poderoso aliento de aquel débil y enfermizo cuerpo y de aquellos pálidos labios.

Catalina tenia en efecto una cita. Un instante despues de retirarse su hijo, entró una dama de su servidumbre y la habló en voz baja. Sonrióse la la reina, se levantó, saludó á las personas que la hacian la corte, y siguió á la emisaria.

Acababa de entrar en el oratorio el florentino Renato, el mismo á quien tan diplomáticamente tratara el rey de Navarra la noche de San Bartolomé.

—¿Sois vos, Renato? le dijo Catalina. Con impaciencia os esperaba.

Renato se inclinó.

—Recibisteis ayer las líneas que os escribí?

—Tuve ese honor.

—¿Habeis renovado, como en ellas os decia, la prueba del horóscopo sacado por Ruggieri, que tan

bien concuerda con la profecía de Nostradamus, de que han de reinar mis tres hijos?.... Las importantes modificaciones que han sufrido las cosas de tres dias á esta parte me hacen creer posible que acaso hayan disminuido los peligros con que nos amenazaba el destino.

—Bien sabe V. M., señora, respondió Renato moviendo la cabeza, que las cosas no modifican el destino, y que por el contrario éste es el que las gobierna.

—Pero no por eso habreis dejado de repetir el sacrificio.

—No, señora, respondió Renato, porque mi primer deber es obedeceros.

—¿Y qué ha resultado?

—Lo mismo.

—¡Cómo! ¿ha dado el cordero negro otros tres gemidos?

—Sí, señora.

—Presagio de tres crueles muertes en mi familia, murmuró Catalina.

—¡Ah! dijo Renato.

—¿Y luego?

—Luego, señora, encontré en sus entrañas esa rara dislocacion del hígado que ya habiamos notado en los dos primeros, y que se inclina en sentido inverso.

—Cambio de dinastía. Siempre, siempre, siempre, murmuró la reina madre; pero es preciso hacer que eso varie. ¡Renato! continuó.

Renato movió la cabeza.

—Ya se lo he dicho á V. M.: el destino es el que gobierna.

—¿Tal es tu parecer? dijo Catalina.

—Tal es mi parecer.

—¿Recuerdas el horóscopo de Juana de Albret?

—Sí señora.

—Repítemele, porque á mí se me ha olvidado.

—*Vives honorata* dijo Renato, *morieris reformidata, regina amplificabere.*

—Lo cual me parece que significa, replicó Catalina, *vivirás con honores*, y la pobre muger carecia de lo mas necesario; *morirás temida* y todos nos hemos burlado de ella; *serás mas grande que lo que has sido como reina*, y ahí la teneis muerta reposando con su grandeza en una tumba, en la cual hasta nos hemos olvidado de poner su nombre.

—Señora. V. M. traduce mal el *vives honor taa.* En efecto, durante su vida honraron á la reina de Navarra, por cuanto gozó del amor de sus hijos y del respeto de sus partidarios, amor y respeto tanto mas sinceros cuanto mas pobre era la que los inspiraba.

—Bien, repuso Catalina, pase el *vivirás con honores*; ¿pero cómo se traduce el *morieris reformidata*?

—Muy fácilmente. Morirás temida.

¿Y ha muerto así?

—Tan temida, señora, que no hubiera muerto si

V. M. no la hubiese tenido miedo. Dice finalmente, *como reina te engrandecerás ó serás mas grande que lo has sido como reina*, y esto tambien es cierto, señora, pues en cambio de su perecedera corona, acaso goza ahora, como reina y como mártir, de la corona del cielo; aparte de qué, ¿quién sabe todavía el porvenir reservado á su posteridad.

Catalina era en estremo supersticiosa; quizá la aterró aun mas la sangre fria de Renato que la obstinacion de los agüeros, y como un mal paso no era para ella mas que una ocasion de saltar atrevidamente la estacada, dijo bruscamente al florentino, sin mas transicion que las calladas meditaciones de su pensamiento.

—¿Han llegado perfumes de Italia?

—Sí, señora.

—Enviadme un cofrecillo.

—¿De cuales?

—De los últimos de los que...

—¿De los que agradaban particularmente á la reina de Navarra? preguntó Renato.

—Precisamente.

—No habrá necesidad de prepararlos, porque V. M. es ya tan inteligente como yo.

—¿De veras? dijo Catalina; ello es que hacen efecto.

—¿Tiene V. M. que mandarme alguna otra cosa? preguntó el perfumista.

—No, no, respondió Catalina pensándolo; creo

que no. Si hubiera alguna novedad en los sacrificios, avísamela. Dejémonos de corderos y probemos con gallinas.

— ¡Ah señora! es de temer que no por cambiar de víctimas cambien los presagios.

—Haz lo que te digo.

Renato saludó y se marchó.

Un momento permaneció Catalina sentada y meditabunda; levantóse luego y pasó á su alcoba en que la esperaba su servidumbre, y donde anunció la visita que se proponia hacer á Montfaucon al otro dia.

La noticia de esta diversion fué objeto aquella noche de las conversaciones del palacio y de la ciudad. Las damas prepararon sus mas elegantes tocados; los caballeros sus armas y sus caballos de regalo. Cerraron los artesanos sus tiendas y sus talleres: y los vagos de la poblacion mataron aquí y allí algunos hugonotes reservados para un lance, á fin de poder dar un acompañamiento decente al cadáver del almirante.

Grande fué el alboroto promovido con este motivo, durante toda la tarde y mucha parte de la noche.

La Mole habia pasado el dia mas triste que imaginar se puede, despues de otros tres ó cuatro no mas alegres. Obedeciendo las órdenes de Margarita, habiale instalado el duque de Alenzon en su habitacion, pero sin volver á verle. Hallóse de repente como un tierno infante abandonado por

los objetos de su cariño, privado de las delicadas y deliciosas atenciones de dos mugeres, y especialmente de una cuyo recuerdo era el único que tenia en continua escitacion sus pensamientos. Cierto que habia sabido de ella por el cirujano Ambrosio Paré que fué á verle de su parte: pero semejantes noticias, comunicadas por medio de un hombre de cincuenta años, que ignoraba ó fingia ignorar el interes que inspiraba á La Mole la menor cosa que tuviese relacion con Margarita, eran harto incompletas é insuficientes. Debemos decir, sin embargo, que Matilde fué una vez, por supuesto en su propio nombre, á saber del herido. Aquella visita hizo el efecto de un rayo de sol en un calabozo, y La Mole se quedó como deslumbrado, esperando otra aparicion, la cual, á pesar de haber transcurrido dos dias desde la primera, no llegó á realizarse.

Asi fué, que apenas supo el convaleciente que iba á celebrarse al otro dia una espléndida reunion de toda la corte, envió á solicitar del duque de Alenzon el favor de que le permitiera acompañarle.

Sin informarse siquiera el duqee de si se hallaba La Mole en estado de sufrir semejante fatiga contestó:

—¡Muy bien! que le den cualquier caballo mio.

Era cuanto deseaba La Mole. Cuando fué mase Ambrosio Paré á curarle, como de costumbre, el provenzal le manifestó la necesidad en que se

hallaba de montar à caballo y le suplicó que le pusiera los vendages con todo esmero. Por lo demas entrambas heridas, la del pecho y la del hombro, se habian cerrado ya, y solo esta última le dolia. Ambas tenian un color rojo, indicio del buen estado en que se hallaban. Maese Ambrosio Parè las cubrió con un tafetan engomado, muy usado en aquella época para estos casos, y prometió á La Mole, que como no se agitase mucho en su escursion, marcharia todo perfectamente.

El provenzal estaba loco de júbilo y á escepcion de cierta debilidad procedente de la sangre que habia perdido, y de cierto atronamiento que dependia de la misma causa, se sentia tan bueno como si nunca le hubieran herido. Margarita formaria sin duda parte de la cabalgata. Esperaba volverla á ver y recordando el buen efecto que le habia hecho la presencia de Matilde, no dudaba que fuera mucho mayor la eficacia de la de su señora.

Invirtió La Mole parte del dinero que tragera de su casa, en la adquisicion del mas hermoso jubon de raso blanco y de la capa mas ricamente bordada que pudo proporcionarle el sastre de moda. El mismo le proveyó de las botas de cuero perfumadas que á la sazon se usaban, llevándoselo todo por la mañana solo media hora despues de lo que La Mole queria, en consideracion á lo cual, no manifestó este grande descontento. Vistiose ràpidamente, mirose al espejo, quedó bastante sa-

tisfecho de su traje, de su peinado y de sus perfumes, y por conclusion se cercioró, dando rápidamente varias vueltas por su aposento, de que salvos algunos dolores bastante vivos, el placer moral podia acallar las incomodidades físicas.

Interin pasaba esta escena en el Louvre, ocurria otra del mismo género en el palacio de Guisa. Una persona corpulenta y de rojos cabellos examinaba frente á un espejo un encarnado costuron que le atravesaba y afeaba el rostro. En vano despues de peinarse y perfumarse los bigotes, estendió sobre su malhadada cicatriz cuantos cosméticos se conocian entonces; en vano la cubrió con tres capas de bermellon y albayalde; viendo que esta aplicacion era insuficiente, que la cicatriz permanecia tenazmente visible, concibió una idea singular. Un sol ardiente, el sol de Agosto fulminaba sus rayos en el parque; nuestro caballero bajó á él, se quitó el sombrero, y cerrando los ojos y alzando las narices, echó á andar de arriba abajo, y se mantuvo por espacio de diez minutos voluntariamente espuestos á la devora llama que caia á torrentes del cielo.

Trascurrido este tiempo, y gracias á una insolacion de primer órden, logró el caballero dar á su rostro un color tan subido que ya el costuron era el que disonaba y parecia amarillo. No por eso dejó el doncel de mostrarse menos satisfecho de la modificacion efectuada en aquella especie de arco-iris y combinándole lo mejor que pudo con el res-

to del rostro por medio de una capa de bermellon se vistió con un magnífico traje que llevó á su cuarto un sastre antes de que él lo pidiera. Armado de piés á cabeza, vestido y perfumado de esta manera, bajó segunda vez al parque, é hizo unas cuantas caricias á un caballo negro cuya hermosura no hubiera tenido igual á no ser por una leve cortadura que á semejanza de la de su amo le habia hecho en uno de los últimos combates civiles el sable de un Reitre.

Satisfecho no menos de su caballo que de sí propio, el caballero á quien sin duda habrán reconocido fácilmente nuestros lectores, montó un cuarto de hora antes que ninguno, y aturdió el palacio de Guisa con los relinchos de su corcel, á que respondia, conforme le iba refrenando, con *voto á sanes* pronunciados en todos los tonos de la escala. Pasado un istante, el animal enteramente domado, demostró con su obediencia y su agilidad que reconocia el legítimo imperio del que le montaba; empero la victoria no se consiguió sin ruido, y este ruido (quizá contaria con él nuestro caballero) hizo salir al balcon á una señora á quien saludó profundamente el domador de caballos, y que le dirigió una agradable sonrisa.

Cinco minutos despues mandó llamar la duquesa de Nevers á su mayordomo.

¿Se ha dado de almorzar como corresponde al señor conde Aníbal de Coconnas?

Sí, señora, respondió el mayordomo, y por cier-

to que el señor conde ha manifestado mejor apetito que nunca.

—Bien está, dijo la duquesa.

Y volviéndose á su primer gentil-hombre:

—Señor de Arguzon, añadió, marchemos al Louvre. Hacedme el favor de cuidar del señor de Coconnas; aun le incomodan sus heridas, y sentiria en estremo que le sucediese alguna desgracia. ¡Cómo se reirian los hugonotes, que tanto rencor le tienen desde la venturosa noche de San Bartolomé!

Y montando la duquesa de Nevers à caballo, marchó con radiante rostro al Louvre, que era el punto general de reunion.

CAPITULO XVI.

SIEMPRE DESPIDE BUEN OLOR EL CADAVER DE UN ENEMIGO.

Eran las dos de la tarde cuando una brillante turba de ginetes, cuyos espléndidos trajes estaban recamados de oro y pedrerías, apareció en la calle de San Dionisio desembocando por la esquina del Cementerio de los Inocentes y caminando al sol, entre las sombrías casas que á ambos lados se alzaban, como un inmenso reptil de cambiantes anillos

Ninguna cabalgata, por lujosa que sea, puede dar idea de aquel espectáculo. Los opulentos y brillantes trajes de seda, legados como una esplendida moda por Francisco I á sus suceros, no se habian trasformado aún en las estrechas y tristes vestimentas del tiempo de Enrique III; de manera que el raje de Cárlos IX, menos ric , pero quizá mas

elegante que el de las épocas precedentes, sobresalia especialmente por su perfecta armonía. Actualmente no hay punto de comparacion posible con semejante comitiva, pues toda la magnificencia de nuestros dias de gala, se reduce á la cimetría, á los uniformes.

Los pajes, los escuderos, los caballeros de menor cuantía, los perros y los caballos que marchaban á los costados y á retaguardia convertian el séquito real en un verdadero ejército. Tras este ejército iba el pueblo, ó por mejor decir, el pueblo estaba en todas partes.

El pueblo seguia, escoltaba y precedia al rey gritando *Noel* y *Haro* á un tiempo, pues entre la comitiva iban varios calvinistas reconciliados y el pueblo es de suyo rencoroso.

Aquella misma mañana, á presencia de Catalina y del duque de Guisa, y como si se tratase de una cosa muy natural, habló Cárlos IX á Enrique de Navarra de ir á visitar el patíbulo de Montfaúcon ó mejor dicho, el mutilado cuerpo del almirante que de él pendia. El primer impulso de Enrique fué dispensarse de tomar parte en semejante visita. Esto esperaba Catalina. A las primeras palabras con que manifestó su repugnancia, la reina madre dirigió una sonrisa y una ojeada al duque de Guisa. El Bearnés observó una y otra, las comprendió y retractándose de repente:

—Y al fin, dijo, ¿por qué no he de ir? Soy católico y debo obrar conforme á mi nueva religion.

Y volviéndose á Cárlos IX:

—Cuente V. M. conmigo, añadió; siempre me complaceré en acompañarle á donde quiera que vaya.

Dicho esto miró rápidemente en torno suyo para contar las cejas que se fruncian.

Así fué que la persona bue quizá escitaba mas su curiosidad en toda la comitiva, era aquel hijo sin madre, aquel rey sin reino, aquel hugonote convertido en catòlico. Su ovalado y característico semblante, su aire algo vulgar, su familiaridad con sus inferiores, familiaridad que llegaba á un estremo casi indecoroso para un rey, que dependia de los hàbitos montañeces contraìdos en su juventud y que conservó hasta su muerte, le hacian visible á los espectadores, entre los cuales le gritaban algunos:

—¡A misa, Henriot, á misa!

A lo cual contestaba Enrique:

—Ayer estuve; ahora vengo de ella y mañana volveré. ¡Vive Dios! parécemo que es muysuficiente.

Margarita iba á caballo, tan bella, tan fresca, tan elegante, que en torno suyo se alzaba un general concierto de esclamaciones de admiracion, si, bien algunas notas se dirigian à su compañera la duquesa de Nevers, á la cual acababa de reunirse y cuyo blanco caballo movia furiosamente la cabeza como envanecìdo de llevar semejante carga.

—¿Qué hay de nuevo, duquesa? dijo la reina de Navarra.

—Nada que yo sepa, señora, contestó Enriqueta en voz alta.

Y mas bajo añadió:

—¿Qué ha sido del hugonote?

—Ya le he buscado un asilo de los mas seguros. ¿Y tú qué has hecho de tu Fierabras?

—Ha querido venir á la funcion; ahí va en el caballo de batalla del señor de Nevers, que tiene la alzada de un elefante. El señor de Coconnas es un ginete terrible. Le he permitido que asista á la ceremonia porque me pareció que tu hugonote se quedaria prudentemente en su cuarto y que no tendríamos que temer ningun encuentro.

—Sí, á fé, respondió Margarita sonriéndose; no está, pero aunque estuviera no creo que corriésemos peligro. Mi hugonote es buen mozo pero nada mas; una paloma y no un milano, arrulla y no muerde. ¿Qué sabemos? añadió con acento intraducible y encogiéndose ligeramente de hombros; puede que le hayamos tomado por hugonote y pertenezca á la religion de los brahmas que prohibe verter sangre.

—¿Pero dónde está el duque de Alenzon? preguntó Enriqueta. No le veo.

—Se reunirá á nosotros luego; esta mañana le dolian los ojos y no queria venir; pero algunos que saben su inclinacion á los hugonotes, inclinacion que solo proviene del deseo de llevar la contraria á su hermano Cárlos y á su hermano Enrique, le hicieron observar que el rey podria interpretar mal

su ausencia, y esto le ha decidido. Mira, justamente ahora se vuelve la gente hácia aquel lado, dan grito.... Será él; habrá venido por la puerta Montmartre.

—Sí, él es; ahora le reconozco, dijo Enriqueta. ¡Qué buena traza tiene hoy! Hace algun tiempo que se cuida con particular esmero: debe de estar enamorado. Ved ahí las ventajas de ser príncipe de la sangre; va atropellando á todo el mundo y nadie chista.

—En efecto, dijo Margarita riéndose, tambien á nosotras amenaza atropellarnos.... Mandad que se haga á un lado vuestra gente duquesa; allí va un caballero que, si no se aparta se espone á que le maten.

—¡Calla! es mi intrépido huésped, esclamó la duquesa; mira, mira.

Habíase en efecto salido Coconnas de su fila para acercarse á la señora de Nevers; pero en el momento de atravesar su caballo la especie de baluarte esterior que separa la calle del arrabal de San Dionisio otra persona de la comitiva del duque de Alenzon pasó sin poder contener el precipitado galope de su caballo y dió un fuerte encontron á Coconnas. El piamentès vaciló en su colosal cabalgadura, y faltó poco para que se le cayera el sombrero, pero logrando detenerle, volvió la cabeza lleno de cólera.

—¡Dios mio! dijo Margarita acercándose al oido de su amiga. ¡El señor de La Mole!

—¿Quién? ¿ese jóven tan gallardo y tan pálido? esclamó la duquesa sin poder reprimir su primera emocion.

—Sí, sí, ese mismo; el que ha estado á pique de echar por tierra á tu piamontés.

—¡Cielos! dijo la duquesa, aquí va á haber una catástrofe. ¡Se han mirado, se han reconocido!

En efecto, Coconnas reconoció las facciones de La Mole al volver la cabeza, y como estaba persuadido de que habia muerto á su antiguo compañero, ó por lo menos de que le habia puesto fuera de combate por algun tiempo, fué tal su sorpresa, que se le calleron de la mano las riendas del caballo. Tambien La Mole reconoció á Coconnas y sintió subir á su rostro el fuego del enojo. Pocos segundos les bastaron para espresar cuantos sentimientos abrigaban sus corazones, fulminándose una recíproca mirada que hizo estremecer á entrambas damas. Pero mirando despues La Mole en torno suyo y conociendo sin duda que aquel sitio era poco á propósito para una esplicacion, espoleó á su caballo y marchó á reunirse con el duque de Alenzon. Coconnas permaneció un momento firme en su lugar, retorciendo y elevando las puntas de sus bigotes hasta los mismos ojos, hecho lo cual y viendo que La Mole se alejaba sin decir palabra, siguió tambien su camino.

—¡Ah! esclamó Margarita con desdeñoso dolor: no me habia equivocado.... ¡Esto es ya demasiado, por vida mia!

Y se mordió los labios hasta hacerse sangre.

—Es muy buen mozo, respondió la duquesa con lástima.

Justamente en aquel momento ocupó el duque de Alenzon su puesto detras del rey y de la reina madre, de manera que para reunirse sus caballeros con él, tuvieron que pasar por delante de Margarita y la duquesa de Nevers. Al hacerlo La Mole se quitó el sombrero, saludó á la reina inclinándose sobre las crines de su caballo, y esperó con la cabeza descubierta à que S. M. le honrase con una mirada.

Pero Margarita volvió altivamente la cabeza á otro lado.

Sin duda vió La Mole la espresion de desden que animaba el rostro de la reina, porque se puso lívido, de pálido que estaba, y para no caerse del caballo tuvo que asirse à las crines.

—¡Ah cruel! dijo Enriqueta á la reina; mírale, mírale..... Se va à poner malo.....

—Eso solo nos faltaba, respondió la reina con inplacable sonrisa..... ¿Traes esencias?

Equivocábase la señora de Nevers. La Mole aunque vacilante, sacó fuerzas de flaqueza, y afirmándose en los estribos marchó á incorporarse con la comitiva del duque de Alenzon.

Continuaba entre tanto avanzando la tropa, y ya veia destacarse la lúgubre silhueta del patíbulo alzado por Enguerrando de Marigny y estrenado tambien por él. Nunca habia estado tan bien surtido como en el momento de que hablamos.

Adelantáronse los ugieres y los guardias y formaron un ancho círculo en derredor del recinto. A su aprocsimacion tomaron vuelo dando desesperados graznidos los cuervos que le poblaban.

La horca de Montfaucon daba ordinariamente abrigo tras sus columnas á los perros atraidos por el olor de la carne y á los bandidos filosófos que iban allí á meditar sobre las tristes vicisitudes de la fortuna.

Aquel dia no habia al parecer en Montfaucon ni perros ni bandidos. Los guardias y los ugieres pusieron en fuga á los primeros en union con los cuervos, y los segundos estaban diseminados entre la turba con objeto de dar alguno de esos golpes de mano que son las vicisitudes prósperas del oficio.

Acercábase la comitiva. Iban delante el rey y Catalina; seguíanles el duque de Anjou, el duque de Alenzon, el rey de Navarra, el duque de Guisa y sus caballeros; detrás de estos marchaban la reina Margarita, la duquesa de Nevers y todas las damas que componian lo que se llamaba el escuadron volante de la reina; cerraban la marcha los pajes, los escuderos, los lacayos, y el pueblo: total diez mil personas

De la horca principal pendia un masa informe, un cadáver negro, manchado de sangre coagulada y de lodo, emblanquecido por capas posteriores de polvo. Como el cadáver estaba sin cabeza le habian ahorcado p[illegible]

pulacho, ingenioso como siempre, habia reemplazado la cabeza con un envoltorio de paja cubierto con una careta, en cuya boca se veia un mondadientes puesto sin duda por algun chusco, enterado de los usos del almirante.

Lúgubre y estraño espectáculo presentaba tanto elegante doncel, tanta hermosa dama desfilando, como una procesion de Goya, por en medio de aquellos negruzcos esqueletos y de aquellas horcas de largos y descarnados brazos. Cuanto mas estrepitosa era la alegría de los visitantes, tanto mas contrastaba con el sombrío silencio y la fria insensibilidad de aquellos cadáveres, objeto de chanzonetas que hacian estremecerse á los mismos que las preferian. Sumo trabajo costaba á algunos soportar aquel horrible espectáculo, y entre el grupo de hugonotes reconciliados se distinguia por su palidez á Enrique, que por grandes que fuesen su imperio sobre sí mismo y la dósis de disimulo que le concediera el cielo, no podia resistirle. Pretestando el infecto ambiente que esparcian aquellos míseros restos, se acercó á Cárlos IX, parado con su madre frente al cuerpo del almirante, y dijo:

—Señor, ¿no le parece á V. M. que ese pobre cadáver espide sobrado hedor para detenernos aquí mas tiempo?

—¿Eso dices, Henriot? preguntó Cárlos IX animándose sus ojos con una feroz alegría.

—Sí, señor.

—Pues yo no soy de tu opinion..... Siempre despide buen olor el cadáver de un enemigo.

—Por Dios, señor, dijo Tavannes, que sabienod V. M. la visita que habiamos de hacer al señor almirante, debió convidar á su maestro de poesia Pedro Ronsard, quien hubiera hecho en el acto un epitafio al pobre viejo.

—No necesitamos de él para eso, dijo Cárlos IX, nosotros lo haremos..... Por ejemplo, escuchad, señores, añadió el rey depues de reflecsionar un instante:

Aquí yace..... mas no; para un tunante
Es el yace palabra muy cotés:
Aquí se vé colgado al almirante
A la falta de cabeza, por los piés.

—¡Bravo, bravo! gritaron los caballeros católicos á una voz, mientras que los hugonotes reconciliados fruncian el ceño guardando silencio.

Enrique, que estaba hablando con Margarita y la duquesa de Nevers fingió no haberlo oido.

—Vamos, vamos, dijo Catalina, á quien empezaba á incomodar aquel hedor á pesar de los perfumes que la cubrian; por buena que sea una compañía, forzoso es al fin separarse de ella. Despidámonos del señor almirante y volvamos á Paris.

Y haciendo con la cabeza un irónico gesto de afectuosa despedida, se dirigió al camino, á la cabeza de la columna, ínterin desfilaba toda la comitiva ante el cadáver de Coligny.

El sol iba á trasponer en el horizonte.

El populacho se arrojó en pos de SS. MM. para disfrutar hasta lo último de las magnificencias y detalles del espectáculo. Siguieron los ladrones al

populacho de manera que diez minutos despues de marcharse el rey, no habia nadie en torno del cadáver del almirante, que empezaban á arrullar las primeras brisas de la noche.

Al decir que no quedaba nadie hemos padecido un error. Un caballero montado en un negro corcel, y que sin duda no habia podido contemplar á su gusto aquel ennegrecido é informe tronco, en los momentos en que le honró la presencia de los príncipes, se habia quedado atrás y se divertia en ocsaminar detalladamente las cadenas, los cambrones, los pilares de piedra y la horca que sin duda le parecian, como recien llegado á Paris é ignorante de los adelantos que en la capital recibe todo, el tipo de lo mas terrible y feo que puede inventar un hombre.

Casi inútil es decir á los lectores que este hombre era nuestro amigo Coconnas. Los perspicaces ojos de una muger le buscaron en vano en la cabalgata, y sondearon sus filas sin poder encontrarle.

Repetimos, pues, que el señor de Coconnas estaba contemplando con éstasis la obra de Enguerrando de Marigny.

No era, empero, aquella muger la única persona que le buscaba. Otro caballero, notable por su jubon de raso blanco y la elegante pluma de su sombrero, despues de mirar hácia adelante y á los lados, tuvo la idea de mirar atrás y vió la elevada estatura de Coconnas y la gigantesca silueta de su caballo destacarse con fuerza del cielo enroje-

cido por los últimos reflejos del sol del poniente.

El caballero del blanco jubon salió entonces del camino que seguia el resto de la tropa, tomó por una vereda y describiendo una curva volvió hácia á la horca.

Casi al mismo tiempo, la dama en quien ya hemos reconocido á la duquesa de Nevers así como en el del caballo negro reconocimos á Coconnas, se acercó á Margarita y la dijo:

—Nos hemos equivocado, Margarita; el piamontés se ha quedado atrás y el señor de La Mole le sigue.

—¡Voto á sanes! respondió Margarita riéndose, algo va à pasar aquí. Confieso en verdad que no sentiria rectificar la opinion que de él he formado.

Volviéndose entonces la reina, vió efectivamente à La Mole ejecutar la maniobra que hemos indicado.

Debieron entonces entrambas princesas salir tambien de la fila. La ocasion era de las mas favorables; hallábanse junto à una vereda rodeada de espesas zarzas que volvia atrás y pasaba á treinta pasos de la horca. La duquesa de Nevers dijo una palabra en voz baja al capitan de su gente; Margarita hizo una seña à Matilde, y los cuatro marcharon por aquel atajo á emboscarse tras el matorral mas próximo al sitio en que iba à ocurrir la escena de que deseaban, al parecer, ser espectadores. Ya hemos dicho que habia unos trienta pasos desde aquel camino al paraje en que esta-

ba el estasiado Coconnas gesticulàndo delante del almirante.

Apeóse Margarita; imitáronla la duquesa de Nevers y Matilde, y haciéndolo tambien el capitan, reunió en sus manos las riendas de los cuatro caballos. El fresco y espeso césped ofrecia á las tres mugeres un asiento como inútilmente le bus can á veces las princesas.

A favor de un claro, podian ver la escena con todos sus detalles.

La Mole habia descrito su círculo. Marchó al paso á colocarse detràs de Coconnas, y alargando la mano le dió un golpecito en el hombro.

El piamontés volvió la cabeza.

—¡Calla! esclamó: ¿con que no era un sueño? ¿con que vivis todav a?

—Sí, señor, respondió La Mole; sí, vivo todavía. Por cierto que no es por culpa vuestra; pero al fin vivo.

—¡Voto á sanes! ya os reconozco, repuso Coconnas, á pesar de lo pálido de vuestra cara. Mas encarnado estabais la última vez que nos vimos.

—Y yo, dijo La Mole, tambien os reconózco perfectamente, á pesar de esa amarilla cortadura que os atraviesa el rostro. Mas pálido estabais cuando os la hice.

Mordióse Coconnas los labios; pero como se hallaba al parecer decidido á seguir la conversacion en aquel irónico tono, continnó:

—V?derda señor, de La Mole, que es criuoso

para un hugonote poder contemplar al señor almirante colgado de ese garfio de hierro, cuando hay gente tan amiga de ecsagerar que nos acusa de haber matado hasta á los hugonotes de pecho?

—Conde, dijo La Mole inclinándose, ya no soy hugonote; tengo la fortuna de ser católico.

—¡Sí! esclamó Coconnas soltando la risa: ¿os habeis convertido? ¡oh! ¡es un paso muy diestro!

—Señor mio, continuó La Mole con la misma gravedad y la misma política, habia hecho voto de convertirme si escapaba al degüello.

—Prudente fué el voto, conde, respondió el piamontés, y os felicito por él. ¿Y no habeis hecho ningun otro?

—Mucho que sí, respondió La Mole acariciando á su cabalgadura con la mas perfecta tranquilidad.

—¿Y cuál? preguntó Coconnas.

—El de colgaros de allá arriba, allí, en aquel clavo que parece que os está esperando, debajo de del señor de Coligny.

—¡Calle! dijo Coconnas; ¿vivo y todo?

—No, señor, despues de atravesaros de parte á parte con esta espada.

Coconnas se puso de color de púrpura; sus verdes ojos lanzaron llamas.

—¿De veras? dijo con aire burlon; ¿con que de ese clavo?

—Justamente; de ese clavo.

—Es que no sois bastante alto, amable doncel, dijo Coconnas.

—Pues me subiré en vuestro caballo, señor Tragabalas, respondió La Mole. Ja! Ja! ¿os parece, carísimo señor conde Anibal de Conconnas, que se puede asesinar así impunemente bajo el noble y honrroso pretesto de ser ciento contra uno? ¡que tontería! Al fin y al cabo el hombre encuentra al hombre, y hoy ha llegado ese caso. Hartas ganas tenia de haceros añicos esa fea cara de un pistoletazo; pero apuntaría mal, porque aun me tiembla la mano de las heridas que como traidor me hicísteis.

—¡Cara fea! ahulló Coconnas tirándose del caballo abajo. ¡Al suelo! ¡aprisa, mano á la espada!

Y empuñó la suya.

—Cara fea creo que le ha llamado, murmuró la duquesa al oido de Margarita, ¿tan feo te parece?

—¡Es bellísimo! respondió Margarita riéndose; forzoso es confesar que la cólera hace injusto al señor de la Mole; pero calla y observemos.

El provenzal se apeó con tanta mesura como precipitacion habia empleado su antagonista; sacó su espada y se puso en guardia.

—¡Ay! dijo al alargar el brazo.

—¡Uf! murmuró Coconnas al tender el suyo.

El lector recordará que entrambos estaban heridos en el hombro y era natural, que les causara dolor cualquier movimiento rápido.

Sonó entre los matorrales una risa mal contenida. Las princesas no pudieron reprimirla al ver á entrambos campeones restregarse el omoplato haciendo gestos.

Al oir aquella risa los caballeros que no esperaban batirse á presencia de testigos, volvieron la cabeza y vieron á las señoras de sus pensamientos.

Tornó la Mole á ponerse en guardia tan firme como un autómata y Coconnas le atacó con un ¡*voto á sanes*! de los mas enérgicos.

—Mira que va sério y que si no intervenimos son capaces de matarse. Basta de chanzas, ¡Hola, señores, hola!

—Déjalos, déjalos, respondió Enriqueta con íntimas esperanzas de que Coconnas diese tan buena cuenta de La Mole como de los hijos y el sobrino de Mercandon.

¡Oh! ¡en verdad que están hermosos así! dijo Margarita: mira, parece que respiran fuego.

En efecto el combate, comenzado con burlas y provocaciones, era silencioso desde que cruzaron sus aceros los dos campeones. Ambos desconfiaban de sus fuerzas y á cada movimiento demasiado vivo tenian uno y otro que reprimir un grito de dolor que los arrancaban sus antiguas heridas. Sin embargo, La Mole avanzaba á pasos cortos y firmes con los ojos fijos y centelleantes, con la boca entreabierta y los dientes apretados; y estrechaba á su adversario, el cual, viendo cuán consumado maestro era en el manjo de las armas, retrocedia tambien paso á paso, pero al fin retrocedia. Asi llegaron á las orillas del foso en cuya parte opuesta se hallaban los espectadores. Cual si solo hubiera sido su retirada un ardid para acercarse á la du-

quesa, detúvose entonces Coconnas y al dar La Mole un quite algo largo, le tiró con la rapidez del rayo una estocada, tiñéndose en el mismo instante el blanco jubon del provenzal con una mancha de sangre que iba ensanchándose poco á poco.

—¡Animo! gritó la duquesa de Nevers.

—¡Ah pobre La Mole! esclamó Margarita dando un ¡ay! de dolor.

Oyó La Mole aquel ¡ay! lanzó á la reina una mirada de esas que penetran mas profundamente en el corazon de una muger que la punta de una espada, y con un círculo falso se tendió á fondo.

Entonces lanzaron las dos mugeres dos gritos que solo sonaron como uno. La punta de la tizona de La Mole asomó bañada en sangre por la espalda de Coconnas.

—Sin embargo, ninguno de ellos cayó; ambos se quedaron en pié, mirándose con la boca abierta conociendo que al menor movimiento que hiciese el uno ó el otro, les faltaria el equilibrio. Por fin el piamontés, cuya herida era mas peligrosa que la de su adversario, vió que se le escapaban las fuerzas con la sangre, y echándose sobre La Mole, le ciñó con un brazo y con el otro procuró desenvainar su puñal. La Mole por su parte reunió todas sus fuerzas, abrió la mano y dejó caer la empuñadura de su espada sobre la frente de Coconnas, el cual cayó aturdido, pero arrastrando á su contrario en su caida y rodando entrambos al foso.

—Viendo Margarita y la duquesa de Nevers, que

aunque moribundos todavía pugnaban por rematarse, se precipitaron hácia ellos seguidas del capitan de guardias. Pero antes de que llegaran los combatientes, les vieron alargar los brazos, cerrar los ojos, soltar la espada y agitarse en una suprema convulsion.

En torno suyo se estendia un ancho lago de sangre!

—¡Ah valiente, valiente La Mole! esclamó Margarita sin poder contener por mas tiempo su admiracion. ¡Perdon, perdon mil veces por haber sospechado de tí!

Y sus ojos se cubrieron de lágrimas.

—¡Ah¡ murmuró la duquesa, ¡ah, valeroso Aníbal!

—¡Habeis visto en la vida á dos leones mas intrépidos, señora?

Y empezó à sollozar.

—¡Cáspita! ¡qué estocadas tan soberbias! dijo el capitan inclinándose para estrañar la sangre que brotaba á caños de las heridas..... ¡Hola! ¡eh! ¡ese que viene! ¡aprisa aquí!

Divisábase en efecto, por entre la nocturna bruma á un hombre que se acercaba sentado en una especie de carreton pintado de colorado, cantando una cancion que sin duda le recordara el milagro del Cementerio de los Inocentes.

—¡Holà! ¡eh! repitió el capitán, ¿no ois que os llaman? ¿no veis que estos señores necesitan ausilio?

El hombre del carro, cuyo repugnante aspecto y desapacible rostro formaba raro contraste con la dulce y bucólica cancion que iba entonando, paró entonces su caballo, se apió y ecsaminando entrambos cuerpos,

—Buenas son esas heridas, dijc; pero yo las hago mejores.

—¿Quién sois? preguntó Margarita sintiendo en su interior cierto miedo que no podia vencer.

—Señora, respondió el hombre inclinándose hasta el suelo, soy maese Caboche, verdugo del prebostazgo de Paris, y vengo de colgar de esa horca algunos compañeros del señor almirante.

—Pues yo soy la reina de Navarra; tirad esos cadáveres, tended en el carro las mantillas de nuestros caballos, poned encima á esos dos caballeros, y seguidnos despacio hácia el Louvre.

CAPITULO XVII.

UN COLEGA DEL MAESTRO AMBROSIO PARE.

El carreton en que iban Coconnas y La Mole echó á andar hácia Paris; siguiendo por entre las sombras al grupo que le guiaba, y no paró hasta el Louvre, á cuya puerta recibió su conductor una espléndida recompensa. Fueron trasladados los heridos á la habitacion del duque de Alenzon; y se envió á llamar á maese Ambrosio Paré.

Cuando este se presentó, ni uno ni otro habian vuelto en sí.

La Mole era el mejor librado; la estocada le entró por el sobaco derecho, pero sin interesar ningun órgano esencial; Coconnas tenia atravesado un pulmon y el aliento que por la herida se le escapaba hacia vacilar la llama de una vela.

Maese Ambrosio Paré no respondia de Coconnas.

La duquesa de Nevers estaba desesperada por no haber permitido á Margarita que se opusiera al combate, confiando en las fuerzas, en la destreza y en el valor del piamontès. De buen grado hubiera dispuesto la traslacion de Coconnas al palacio de Guisa, para suministrarle en la segunda ocasion, los ausilios de la primera; pero de un momento á otro podia regresar de Roma su esposo, á consecuencia de los últimos acontecimientos, y tal vez no seria muy de su gusto la instalacion de un intruso bajo el lecho conyugal.

Con objeto de ocultar la verdadera causa de las heridas, mandó Margarita llevar á entrambos jóvenes á los aposentos de su hermano, en los cuales ya estaba, á mayor abundamiento, instalado uno de ellos, pretestando que se habian caido del caballo durante el paseo; mas la admiracion del capitan, testigo del desafio, divulgó la verdad y no tardó en saberse de público en la corte, que acababan de darse á luz y hacerse famosos dos nuevos pisaverdes.

Asistidos por un mismo cirujano que tributaba á entrambos sus cuidados, recorrieron los dos heridos en su enfermedad las diferentes fases que eran consiguientes á la mayor ó menor gravedad de su estado. La Mole, como enfermo de menos peligro, fué el primero que volvió en sí. De Coconnas se apoderó una terrible fiebre y los primeros síntomas que dió de vida, fueron acompañados con los del mas horroroso delirio.

Aunque los dos ocupaban el mismo aposento, no vió La Mole á su compañero, al recobrar el conocimiento, ó al menos no dió muestras de haberle visto. Coconnas, por el contrario, cuando abrió los ojos, los clavó en La Mole de un modo que bastaba á probar que la sangre perdida en nada habia aminorado las pasiones de aquel temperamento de fuego.

Creyó el piamontés que soñaba y que se le aparecia el enemigo que ya dos veces creia haber muerto; mas el ensueño se prolongaba fuera de todo término. Despues de ver á La Mole postrado en cama y asistido como él por el cirujano, le vió levantarse del lecho, cuando aun permanecia él clavado en el suyo por la fiebre, la debilidad y el dolor, y andar apoyado primero en el brazo del cirujano, despues en un baston, y por último en nada. Coconnas, siempre delirante, observaba los diferentes periodos de la convalecencia de su compañero con ojos ora apagados, ora furiosos, pero amenazadores en todos casos.

Prestaba todo esto al abrasado espíritu del piamontés una espantosa mescolanza de objétos, fantásticos los unos, y reales los otros. En su entender, La Mole habia muerto sin duda, y antes dos veces que una, y sin embargo la sombra de aquel La Mole tendida en un lecho semejante al suyo, se levantaba, como ya hemos dicho, andaba y ¡cosa horrible! marchaba hácia su cama. Cuando por huir de él hubiera sido capaz Coconnas de re-

fugiarse á los mismos infiernos, le veia marchar rectamente y pararse á su cabecera mirándole con rostro en que se pintaba una espresion de dulzura y lástima, espresion que era para el piamontés la mas infernal irrision.

Brotó entonces en aquel espíritu, quizá mas enfermo aún que el cuerpo, una ciega pasion de venganza. No tenia Coconnas mas que un pensamiento, el de hacerse con un arma y atravesar con ella la sombra de La Mole que tan cruelmente le atormentaba. Habian puesto al principio su ropa sobre una silla quitándola de allí luego, rara que el herido no viese las manchas de sangre que la cubrian; pero dejando sobre aquella el puñal por suponer que pasaria largo tiempo antes que el herido pretendiera volver á usarle. Vió Coconnas el puñal y aprovechando los momentos en que dormia La Mole, probó á alcanzarle por tres noches consecutivas, pero en las tres le fatalon las fuerzas y se desmayó. La cuarta noche pudo por fin tocar el arma la cogió con la punta de sus crispados dedos y lanzando un gemido que le arrancó el dolor, la escondió debajo de la almohada.

Al otro dia advirtió una cosa nueva; la sombra de La Mole que adquiria al parecer mas fuerza cada dia, en tanto que él, preocupado incesantemente con su terrible vision, desgastaba las suyas en la eterna trama del complot, que para matarle fraguaba; la sombra de La Mole, cada vez mas

ágil, dió con aire meditabundo dos ó tres vueltas por el aposento y poniéndose en seguida la capa, ciñéndose la espada, cubriéndose la cabeza con un sombrero de anchas alas, abrió la puerta y desapareció.

Coconnas respiró, creyéndose por fin libre de su fantasma. Por espacio de dos ó tres horas circuló su sangre con una tranquilipad y frescura que no habia gozado desde antes del duelo: un dia de ausencia de La Mole, le hubiera devuelto el conocimiento; una semana, tal vez le hubiera curado; desgraciadamente La Mole volvió al cabo de dos horas.

El verle fué para Coconnas una verdadera puñalada, y aunque La Mole no volvia solo, el enfermo no concedió una sola mirada á su compañero.

Este, sin embargo, no dejaba de merecer que le mirasen.

Era hombre de unos cuarenta años, bajo, rehecho, vigoroso, de negros cabellos que descendian hasta sus cejas y barba del mismo color, que contra la usanza de la época, le cubria la parte inferior del rostro; pero el recien llegado no demostraba curarse mucho de modas. Tenia puesto una especie de corpeto de cuero cubierto de manchas pardas, calzones de color de sangre de toro, sayo encarnado, zapatones de córdoban, que subian hasta mas arriba del tobillo, gorra del mismo co-

lor que los calzones y un ancho cinturon de que pendia un cuchillo dentro de su vaina.

Este raro personaje cuya presencia parecia una anomalía en el Louvre, tiró sobre una silla la capa parda en que iba embozado y se acercó brutalmente á la cama de Coconnas, cuyos ojos, como obedeciendo á una singular fascinacion, permanecian constantemente fijos en La Mole, el cual se conservaba á alguna distancia. Miró al enfermo y moviendo la cabeza:

—Muy tarde habeis acudido, señor caballero, dijo:

—No he podido salir antes, respondió La Mole.

—Debisteis enviarme á buscar.

—¿Con quién?

—¡Ah! es verdad. Me olvidaba del sitio en que nos hallamos. Ya se lo dije á aquellas señoras, mas no me hicieron caso. Si se hubieran atenido á mis recetas y no á las de ese jumento sin albarda que llaman Ambrosio Paré, ya estarias hace tiempo en disposicion de correr aventuras juntos, ó de acuchillaros nuevamente, si así os acomodaba. En fin, allá veremos. ¿Cómprende vuestro amigo?

—No mucho.

—A ver la lengua, señor caballero.

Coconnas sacó la lengua á La Mole, haciendo un gesto tan feísimo que el que le ecsaminaba movió otra vez la cabeza.

—¡Oh! ¡oh! murmuró, contraccion de músculos.

¡No hay tiempo que perder. Esta misma noche prepararé y os enviaré una bebida que tomará en tres veces, la primera á las doce, la segunda á la una, y la tercera á las dos.

—Bien.

—Pero, ¿quién se la administrará?

—Yo.

—¿En persona?

—Sí.

—¿Me dais palabra?

—A fé de caballero.

—¿Y si pretendiera algun médico sustraer la mas mínima parte de la bebida para descomponerla y ver qué ingredientes la forman?

—La derramaria hasta la última gota.

—¿Tambien á fé de caballero?

—Os lo juro.

—¿Con quién podré enviar la bebida?

—Con quien gusteis.

—Pero....

—Decid.

—¿Cómo podrá penetrar hasta aquí mi emisario?

—Está previsto el caso. Que diga que viene de parte del señor Renato el perfumista.

—¿De ese florentino que vive en el puente de San Miguel?

—Justamente. Tiene entrada en el Louvre á todas horas del dia y de la noche.

El desconocido se sonrió.

—Es lo menos que por él debe hacer la reina

madre, contestó. Está dicho; vendrá de parte de maese Renato el perfumista: bien puedo tomar su nombre una vez; bastante ha ejercido él mi profesion sin patente.

—Cuento, pues, con vos, dijo La Mole.

—Descuidad.

—Por lo que hace al pago.....

—¡Oh! ya nos arreglaremos cuando se halle el enfermo en estado de levantarse.

—Y debeis perder cuidado, pues me parece que podrá recompensaros generosamente.

—Lo mismo me parece á mí. Pero, añadió con singular sonrisa, como las personas que conmigo tratan, no suelen ser agradecidas, no me estrañaria que despues de verse bueno, se olvidara, ó por mejor decir, no quisiera acordarse de mí.

—Bueno, bueno, respondió La Mole sonriéndose tambien; en ese caso, aqui estaré yo para refrescarle la memoria.

—Enhonora buena; dentro de dos horas vendrá la bebida.

—Hasta la vista.

—¿Cómo?

—Hasta la vista.

Sonrióse el desconocido y respondió:

—Yo siempre acostumbro decir *adios*. Adios, pues, señor de La Mole, repito que dentro de dos horas tendreis aquí la bebida. Ya os he dicho que debe empezarla á tomar á media noche; en tres dósis, de hora en hora.

Con esto se marchó, y La Mole se quedó solo con Coconnas.

Habia este oido toda la conversacion, pero sin comprenderla, sin que llegase á él mas que un vago ruido de palabras, una vaga combinacion de sonidos. De todo el diàlogo no conservaba en la memoria mas que esta frase:—A media noche.

Continuó, pues, observando con ardientes miradas á La Mole, el cual seguia por su parte en el aposento meditando y paseàndose.

El incógnito cumplió su palabra, y envió la pócima á la hora señalada. Púsola La Mole sobre una estufilla de plata y tomada esta precaucion, se acostó.

Esta accion de La Mole concedió algun respiro á Coconnas, el cual procuró entonces cerrar los ojos, pero su febril letargo fué luego solo una prolongacion del delirante insomnio anterior. Agitábale de noche el mismo fantasma que le perseguia du dia: continuaba viendo el gesto irónico y amenazador de La Mole, y oia una voz qme murmuraba:—¡A media noche! ¡á media noche! ¡á media noche!

De repente sonó en medio del silencio nocturno el vibrante tañido de un reloj, doce veces repetido, y Coconnas abrió sus inflamadoso jos. La ardiente respiracion de su pecho devoraba sus resecos lábios; una inestinguible sed consumia su abrasada garganta; ardia como de costumbre la lamparilla y á su pálida luz lanzaba mil fantasmas ante las vacilantes miradas de Coconnas.

Entonces vió ¡espectáculo espantoso! que La Mo-

le se levantabe de la cama, y que despues de dar una ó dos vueltas por el aposento, como hace el gavilan ante el pájaro que quiere fascinar, se le acercaba, enseñándole los puños. Alargó Coconnas la mano al puñal, le cogió por el pomo y se dispuso à pasar de parte á parte á su enemigo.

La Mole seguia andando.

Coconnas murmuraba:

—¡Ah! !eres tú! ¡otra vez! ¡siempre tú! Ven. ¡Hola! me amenazas, me enseñas los puños, te sonries, ven, ven. ¡Ah! sigues acercándote callandito y paso á paso, ven, ven, yo te asesinare.

Y uniendo en efecto la acion á esta sorda amenaza, sacó Coconnas de entre las sábanas la reluciente hoja, justamente cuando La Mole se inclinaba junto á él; pero el esfuerzo que hizo el piamontés para incorporarse acabó de postrarle; detúvose en mitad del camino con el brazo tendido hácia La Mole, soltó débilmente el puñal y volvió á caer moribundo sobre la almohada.

| Vamos, murmuró La Mole levantándole blandamente la cabeza y aprocsimando un taza á sus lábios; bebed, pobre camarada, bebed; estais ardiendo.

En efecto, lo que á Coconnas le habia parecido un puño amenazador, lo que habia aterrorizado el vacío cerebro del herido, era una taza.

Pero al suave contacto del benéfico licor que humedeció sus lábios y refrescó su pecho, recobró Coconnas la razon, ó por mejor decir el instinto;

sintió circular por su cuerpo una tranquilidad que nunca habia gozado; clavó sus penetrantes ojos en La Msle, el cual le sootenia en sus brazos sonriéndose, y de aquellos ojos contriados antes por un siniestro furor, se desprendió una imperceptible lágrima rodando por su megilla, la cual la absorvió ávidamente.

—¡Voto á sanes! murmuró Coconnas dejándose caer sobre la almohada, si escapo de esta, señor de La Mole, os prometo que sereis mi amigo.

—Y escapareis, camarada respondió La Mole; si buereis tomar otras dos tazas de esta bebida y no tenes malos ensueños.

Una hora despues se volvió à levantar La Mole convertido en asistente del enfermo, y obedeciendo puntualmente las instrncciones del doctor desconocido, echó en la taza la segunda dósis de la bebida, y se la llevó á Coconnas. Pero en vez de esperarle el piamontés como antes, con puñal en mano, le recibió con los brazos abiertos y tragó el brevaje con delicia; hecho lo cual, se durmió por primera vez con alguna tranquilidad.

No menos prodigioso fué el efecto de la tercera taza. El pecho del enfermo comenzó á respirar con regularidad, aunque todavía con bastante agitacion. Adquirieron soltura sus contridos miembros; por la superficie de su ardorosa piel se estendió un agradable sudor, y cuando maese Ambrosio Paré reconoció al herido al siguiente dia, dijo sonriéndose con satisfaccion:

—Desde ahora respondo del señor de Coconnas, y no será esta una de mis curaciones menos brillantes.

De aquella escena, semi-dramática, semi-burlesca, pero que en realidad no carecia de cierta poética ternura, si se atiende al rebelde carácter de Coconnas, resultó que la amistad de los dos caballeros, entablada en la fonda de la Hermosa Estrella y violentamente interrumpida por los acontecimientos de la noche de San Bartolomé, renaciese entonces con nuevo vigor, y escediese muy pronto á la de Orestes y Pilades, llevándole de ventaja cinco estocadas y un pistoletazo repartidos en entrambos cuerpos.

Sea de esto lo que fuere, las heridas tanto antiguas como modernas, tanto profundas como superficiales, entraron por fin en buen camino. La Mole que fué el primero que se restableció, siguió con constancia asistiendo á Coconnas, sin salir del aposento hasta verle completamente bueno. Ayudóle á incorporarse en la cama todo el tiempo que su debilidad no le permitió salir de ella, le dió el brazo para andar cuando empezó á tenerse de pié, y le prestó, en fin, todos los ausilios qué le dictaba su carácter benévolo y amable, los cuales secundados por el vigor del piamontés, produjeron una convalecencia mas rápida que era de esperar.

A entrambos acongojaba entretanto un solo pensamiento, que en los dos era el mismo. Cierto era que durante el delirio de la calentura habian creido

uno y otro ver junto así á la muger que cautivaba su corazon; pero no lo era menos que desde que recobraran el conocimiento, ni Margarita ni la duquesa de Nevers habian entrado en la alcoba. Por lo demas, esto era muy fácil de comprender. ¿Podian siendo la una esposa del rey de Navarra, y cuñada la otra del duque de Guisa, dar una prueba tan pública de interes á dos simples caballeros? No. Esto era lo que se debian de contestar La Mole y Coconnas. Mas no por eso les era menos dolorosa una ausencia que tambien podia depender de olvido.

Verdad es que el capitan que presenció el combate fué de vez en cuando y como por inspiracion propia á saber de los dos heridos. Verdad es que Matilde hizo lo mismo, tan bien como si saliera de ella. Pero La Mole no se atrevió á hablar á la una de Margarita, ni Coconnas al otro de la duquesa de Nevers.

CAPITULO XVIII.

LAS APARICIONES.

Por espacio de algun tiempo guardaron ambos jóvenes, cada cual por su parte, el secreto encerrado en su pecho: pero llegó un dia de espansion en que asomó á sus labios el único pensamiento que ocupaba su mente, y los dos corroboraron su amistad con la última prueba sin la cual no existe aquella, con una completa confianza.

Estaban locamente enamorados, el uno de una princesa y el otro de una reina.

La distancia, casi insuperable, que les apartaba del objeto de sus deseos, era en cierto modo espantosa para los dos pobres y amartelados galanes; y sin embargo, es la esperanza un sentimiento tan profundamente arraigado en el corazon del hombre,

que aun la tenian á pesar de lo disparatado de sus pretensiones.

Por lo demas, conforme se iban restableciendo, cuidaban uno y otro con mayor esmero de su semblante. Todo hombre, por indiferente que sea á las cualidades físicas, entabla en ciertas ocasiones diálogos mudos con su espejo, misteriosos signos de inteligencia, despues de los cuales se aleja de su confidente, casi siempre satisfecho de la conversacion. No eran nuestros dos jóvenes de los que mas duras reconvenciones merecian del espejo. La Mole, delgado, pálido y fino, tenia la belleza de la elegancia. Coconnas, vigoroso, bien plantado, de color subido, tenia la belleza de la fuerza. Diremos mas, este último habia ganado con la enfermedad. Estaba menos grueso, mas pálido, y la famosa cuchillada que tanto le diera que hacer por sus prismáticas relaciones con el arco iris, habia desaparecido, presagiando probablemente lo mismo que el fenómeno diluviano, una larga serie de dias puros y de noches serenas.

Los dos heridos continuaban entre tanto siendo objeto de las mas delicadas atenciones. El dia en que pudo cada cual levantarse, encontró una bata sobre el sillon mas inmediato á su cama; el dia en que pudo vestirse, un traje completo. Amen de esto el bolsillo de cada ropilla contenia una repleta bolsa, que se guardó cada cual, por supuesto solo con intencion de devolverla en tiempo y lugar oportunos al incógnito protector que sobre él velaba.

Este protector no podia ser el príncipe que daba asilo á los dos jóvenes, pues no contento con no bajar una sola vez á verles, ni siquiera habia pedido noticias de su salud.

Una vaga esperanza decia secretamente á cada corazon que el desconocido protector era la muger que amaba.

Con impaciencia sin igual esperaban nuestros heridos el punto y hora de poder salir á la calle. Mas fuerte La Mole y en mejor estado que su compañero, hubiera podido hacerlo antes que él; pero una especie de tácito convenio enlazaba su suerte á la de su amigo. Tenian resuelto consagrar su primer salida á tres visitas.

La primera al incógnito doctor, cuya suavísima pócima dió tan noble alivio al irritado pecho de Coconnas.

La segunda á la fonda del difunto maese La Huriére donde tenian las maletas y los caballos.

La tercera al florentino Renato, el cual reunia á su título de perfumista el de nigromante, y no solo espendia cosméticos y venenos, sino que componia filtros y pronunciaba oráculos.

Despues de dos meses de convalecencia y reclusion, llegó por fin el deseado dia.

De reclusion hemos dicho, y esta es la palabra apropiada, pues aunque muchas veces intentaron, llevados de su impaciencia, acelerar aquel dia, un centinela colocado junto á la puerta les cerró con

tantemente el paso, alegando que no podian salir sin un pase de maese Ambrosio Paré.

Mas habiéndose cerciorado un dia el diestro cirujano de que entrambos enfermos estaban, si no perfectamente buenos, por lo menos en camino de alcanzar una perfecta curacion, les dió por fin e suspirado *exeat*, y agarrándose los dos amigos del brazo, pusieron los piès fuera del Louvre á las dos de la tarde de uno de esos hermosos dias de otoño con que suele obsequiar Paris á sus asombrados habitantes que ya han hecho provision de paciencia para el invierno.

Constituyóse La Male en guía de Coconnas, y éste se dejó llevar sin resistencia y hasta sin reflecsion. Sabia que su amigo le conducia á casa del desconocido doctor, cuya pócima, aunque sin privilegio de invencion, le habia curado en una sola noche, cuando todas las droga de maese Ambrosio Paré le iban matando lentamente. Del dinero contenido en su bolsillo, esto es, de docientos *nobles de rosa*, hízo dos partes, y destinó la una á recompensar al anónimo Esculapio á quien debia su convalecencia. Coconnas no temia la muerte, mas no por eso le pesaba vivir, y como aquí se ve, estaba dispuesto á recompensar con largueza al que le salvara.

Tomó La Mole por la calle de Lastruce, por la de San Honorio y por la de Trouvelles, y llegó en breve á la plaza de los Mercados, Cerca de la antigua fuente y en el sitio que hoy se designa con

el nombre de *Carreau des Halles*, se alzaba un edificio octógono de mampostería, coronado por una vasta linterna de madera que terminaba en un puntiagudo tejado, sobre el cual giraba rechinando una veleta. Esta linterna presentaba á la vista ocho ventanas atravesadas, como el campo de un escudo de armas lo está por la pieza heráldica llamada *faja*, por una especie de rueda de madera dividida por la mitad para poder coger en las muescas practicadas al efecto, la cabeza y las manos del reo ó de los reos que fuesen espuestos en una ó en otra, ó en varias de las ocho ventanas.

Este edificio estraño y sin analogía con ninguno de los que le rodeaban, se llamaba *picota*.

Al pié de esta especie de torre habia brotado á manera de hongo, una casa informe, gibosa, descoyuntada, tuerta y coja, con el tejado manchado á trechos de verdin como el cutis de un leproso.

Era la casa del verdugo.

Estaba un hombre espuesto á la vergüenza haciendo muecas á los transeuntes; era uno de los ladrones que solian ejercer su arte junto á la horca de Montfaucon, sorprendido por casualidad en el ejercicio de sus funciones.

Creyendo Coconnas que su amigo le llevase espresamente á ver aquel curioso espectáculo, se confundió con la turba de aficionados que respondia á los gestos del paciente con voces y silbidos. Como era cruel por naturaleza, no dejó de diverse, pero hubiera preferido, en vez de silbidos y

de voces, que hubiesen tirado piedras al reo, pues to que tenia atrevimiento para sacar la lengua á los nobles caballeros que le hacian el honor de visitarle.

Así fué que cuando la movible linterna giró sobre su base para que otra parte de la plaza pudiera ver al paciente, al seguir la turba el movimiento de la linterna, fué Coconnas á seguir el movimiento de la turba, pero La Mole le detuvo diciéndole á media voz:

—No hemos venido á eso.

—¿Pues á qué hemos venido? preguntó Coconnas.

—Ahora lo verás; dijo La Mole.

Los dos amigos se tuteaban desde el dia siguiente á la famosa noche en que el piamontés quiso asesinar al provenzal.

Y La Mole condujo á Coconnas hácia una ventanita que tenia la casa inmediata á la torre, ventana en la cual estaba recostado de codos un hombre.

—¡Oh, señores! dijo éste quitándose una gorra de color de sangre de toro y dejando en descubierto su cabeza cuyos negros y espesos cabellos llegaban hasta sus cejas. Sed bien venidos.

—¿Quién es este hombre? preguntó Coconnas haciendo por reunir sus recuerdos, pues le parecia haber visto aquella cabeza en uno de sus momentos de calentura.

—El que te salvó la vida, querido, dijo La Mo-

le, el que llevó al Louvre la benéfica bebida que te alivió tanto.

—¡Oh! ¡oh! esclamó Coconnas; en ese caso, amigo.....

Y le presentó la mano.

Pero en vez de corresponder nuestro hombre á esta atencion con un ademan semejante, se enderezó apartándose de entrambos amigos con esta accion todo el espacio que ocupaba la curva de su cuerpo.

—Caballero, dijo à Coconnas, gracias por tanto honor, pero es probable que no me le hicieseis si me conocieseis.

—¡Pardiez! respondió Coconnas, aunque fuerais el diablo en persona os estaria yo agradecido; á no ver por vos hubiera muerto á estas fechas.

—No soy precisamente el diablo, respondió el de la gorra colorada, pero muchos quisieran y veces mejor ver al diablo que verme á mí.

—¿Pues quién sois? preguntó Coconnas.

—Caballero, respondió el hombre, soy maese Caboche, verdugo de la prebostía de Paris.

—¡Ah!.... dijo Coconnas apartando la mano.

—Ya lo veis, repuso maese Caboche.

—¡Pues no hay tal!.... lléveme el diablo si no os cojo la mano. Abridla....

—¿De veras?

—Todo lo que podais.

—Aquí está.

—Mas.... mas.... bien y sacando Cocon-

nas del bolsillo el puñado de oro que llevaba preparado para su anónimo médico, le dejó en la mano del verdugo.

—Yo hubiera preferido que omitieseis este oro, dijo maese Caboche moviendo la cabeza, porque no me falta dinero, pero sí manos que estrechen la mia. En fin, no importa; el cielo os bendiga, señor caballero.

—¿Con que sois vos, repuso Coconnas contemplando con curiosidad al verdugo, sois vos el que dá tormento, el que enrueda, el que descuartiza, el que corta cabezas y rompe huesos? ¡Bien! ¡bien! mucho celebro conoceros.

—Caballero, respondió maese Caboche, yo no lo hago todo por mis propias manos; porque así como vos y todos los señores teneis vuestros lacayos para que hagan lo que les mandeis, tengo yo mis ayudantes para el trabajo ordinario y para despachar á la canalla. Solo cuando por casualidad se presentan caballeros, como por ejemplo, vos y vuestro amigo.... ¡oh! entonces es otra cosa entonces tengo á grande honor el atender en persona á todos los pormenores de la ejecucion, desde el primero hasta el último, desde el tormento hasta la decapitacion.

Involuntariamente sintió Coconnas un calofrio en todas sus venas, como si ya oprimiera sus piernas la áspera cuña o rozase su garganta el afilado acero.

Sin saber La Mole por qué, esperimentó la misma sensacion.

Pero el piamontés venció una emocion que le avergonzaba y quiso despedirse de maese Caboche con una chanzoneta.

—Maese, le dijo, os cojo la palabra, para cuando me corresponda subir á la horca de Enguerrando de Marigny ó al tablado del señor de Nemours: nadie me ha de tocar sino vos.

—Os lo prometo.

—Pues ahí vá otra vez mi mano en prenda de que acepto la promesa.

Y presentó al verdugo una mano que éste tocó tímidamente con la suya, aunque claramente dejaba ver sus deseos de estrecharla con toda libertad.

A su contacto se puso Coconnas algo pálido, aunque sin dejar de sonreirse. La Mole no se hallaba á su gusto, y viendo que la muchedumbre volvia á girar con la linterna y se acercaba á ellos, le tiró de la capa.

El piamontés que en realidad deseaba tanto como La Mole que terminase aquella escena, en que por un efecto de su carácter habia ido mas allá de lo que á sangre fria hubiera querido, saludó con la cabeza y se marchó.

—Confiesa, le dijo La Mole luego que llegaron á la cruz del *Trahoir*, confiesa que aquí se respira mejor que en la plaza de los Mercados.

—Mucho que sí, respondió Coconnas, pero no

por eso siento haber entablado conocimiento con maese Caboche. Bueno es tener amigos en todas partes.

—Hasta en la posada de la *Hermosa Estrella*, dijo La Mole riéndose.

—¡Oh! lo que es el pobre maese La Huriére, repuso Coconnas, murió y no resucitará. Yo ví el fogonazo del arcabuz; yo mismo oí el tiro, que sonó lo mismo que si hubiera dado en la campana mayor de Nuestra Señora, y le dejé tendido en medio del arroyo echando sangre por boca y narices. Aun suponiendo que fuese amigo nuestro, lo sería solo en el otro mundo.

Departiendo de esta manera, entraron los dos amigos en la calle del Árbol-Seco y se encaminaron á la fonda de la *Hermosa Estrella*, cuya muestra continuaba crugiendo en el mismo sitio, presentando siempre al viagero su gastronómica lumbrada y su apetitosa leyenda.

Esperaban Coconnas y La Mole encontrar la casa entregada á la desesperacion, á la viuda de luto y á los pinches de cocina con una gasa negra en el brazo; así que les causó no poca sorpresa la actividad que reinaba en la casa, el radiante rostro de la señora La Huriére y la jovialidad de los pinches.

—¡Infiel! murmuró La Mole, ¡se ha ya vuelto á casar!

Y dirigiéndose á la nueva Artemisa:

—Señora, el dijo: somos dos caballeros, conoci-

dos del pobre maese La Huriére; tenemos aqui los caballos y las maletas y venimos á recogerlos.

—Señores, respondió la ama de la casa, procurando en vano recordar sus fisonomías, como no tengo el honor de conoceros, voy con vuestro permiso á llamar á mi marido. Gregorio, que venga el amo.

Gregorio pasó de la primera cocina, que era el *pandomonium* general, á la segunda en que se confeccionaban los platos que el difunto maese La Huriére juzgaba dignos de ser preparados por sus diestras manos.

—Lléveme el diablo, murmuró Coconnas, si no me da pena el ver esta casa tan alegre cuando tan triste debia estar. ¡Pobre La Huriére!

—Quiso matarme, dijo La Mole; pero le perdono de todo corazon.

No bien pronunció estas palabras apareció en la estancia un hombre armado con una cacerola, en cuyo fondo se chamuscaban algunas cebollas que meneaba el recien llegado con una cuchara de madera.

La Mole y Coconnas dieron un grito de sorpresa.

Al oirle alzó el hombre la cabeza y respondiendo con otro, soltó la cacerola conservando solo en la mano la cuchara.

In nomine patris, dijo agitando la cuchara á manera de hisopo, *et filii, et Spiritus Sancti.*

—¡Maese La Huriére! esclamaron á la par entrambos jóvenes.

—¡Señor de Coconnas! ¡Señor de La Mole! dijo La Huriére.

—¿Con que no habeis muerto? preguntó Coconnas.

—¿Con que estais vivo? repuso el patron.

—Pues yo os vi caer, prosiguió Coconnas; oí el balazo que os rompió no sé que cosa, y os dejó tendido en el arroyo echando sangre por narices, boca y ojos.

—Cierto es como el Evangelio cuanto decís, señor de Coconnas, el ruido que oisteis fué el de la bala que dió en mi celada, la cual se abolló afortudamente; mas no por eso dejó de ser desagradable el golpe y aquí teneis la prueba, añadió La Huriére quitándose la gorra y enseñando la cabeza monda y lironda cómo la parte anterior de la rodilla; no me ha quedado un solo cabello.

Los dos jóvenes soltaron la carcajada al ver tan grotesca figura.

—¡Hola! ¿os reis? dijo La Huriére con mayor serenidad. ¿Luego no venis con malas intenciones?

—¿Y vos, maese La Huriére, os habeis curado ya de vuestros belicosos instintos?

—Sí á fé, señores, ahora....

—¿Qué?

—Ahora tengo hecho voto de no ver mas fuego que el de la cocina.

—¡Bravo! dijo Coconnas, eso se llama prudencia, Vamos á otra cosa añadió el piamontés; teneosamaqui dos caballos y dos maletas....

—¡Ah, demonio! murmuró el huésped rascándose una oreja.

—¿Pues qué ocurre?

—¿Dos caballos decís?

—Sí, en la caballeriza.

—¿Y dos maletas?

—En nuestros aposentos.

—Es que..... la verdad.... vos me tuvisteis por muerto, ¿eh?

—Sí tal.

—Conforme os equivocasteis vos pude yo equivocarme por mi parte.

—¿Contándonos tambien con los muertos? Teniais plena libertad para ello.

—Bueno.... pues, como moriais ab intestato.... continuó La Huriére.

—Adelante.

—Creí.... hice mal, ahora lo conozco.

—Sepamos qué creisteis.

—Que podia heredaros.

—¡Calle! dijeron entrambos jóvenes.

—No por eso celebro menos que aun esteis vivos, señores.

—Es decir que habeis vendido nuestros caballos, dijo Coconnas.

—¡Ah! murmuró La Huriére.

—¿Y las maletas? continuó La Mole.

—¡Oh! las maletas no.... respondió La Huriére sino lo que habia dentro.

—Oyes, La Mole, dijo Coconnas, ¿qué te parece que hagamos con este pícaro?..... ¿Destriparle?

Esta amenaza obró al paracer grandísimo efecto en La Huriére, el cual se arriesgo á decir:

—Señores, yo creo que todo podria arreglarse.

—Escúchame, dijo La Mole: yo soy el que mas motivos de queja tiene contra tí.

—Es verdad; señor conde; recuerdo que en un acceso de demencia me propasé á amenazaros.

—Sí, con una bala que me pasó por encima de la cabeza à dos pulgadas dc distancia.

—¿De veras?

—De seguro.

—Si tan seguro estais de ello, señor de La Mole, dijo La Huriére cogiendo cándidamente la cacerola, no me tomaré yo la libertad de desmentiros.

—Pues bien, repuso La Mole, por mi parte nada te pido.

—¿Cómo, señor caballero?

—Sino que....

—¡Ay¡ murmuró La Huriére.

—Si no que nos des de comer á mí y á mis amigos cuando venga con ellos por este barrio.

—¿Nada mas que eso? esclamó La Huriére con júbilo: estoy á vuestras órdenes, señor conde, enteramente á vuestras órdenes.

—Con que queda convenido.

—Con el mayor placer.... Y vos, señor de Coconnas, continuó el patron, ¿no os adheris al tratado?

—Sí, pero á fuer de buen amigo lo haré con una pequeña condicion.

—¿Cuál?

—Que devolvais al señor de La Mole los cincuenta escudos que le debo, y que os confié en depósito.

—¡A mí! ¿cuando?

—Un cuarto de hora antes de que vendieseis mi caballo y mi maleta.

Hizo La Huriére un ademan de resignacion, y dijo:

—Sí, ya caigo.

En seguida marchó hàcia un armario, y sacó de él hasta cincuenta escudos, uno por uno, que entregó á La Mole.

—Bien està, dijo el caballero, bien.... traednos una tortilla; ese dinero será para maese Gregorio.

—¡Oh! prorumpió La Huriére: en verdad señores que teneis corazones propiamente de príncipes; podeis contar conmigo á muerte y á vida.

—¿Sí? dijo Coconnas; pues haced la tortilla que os hemos pedido, y no escatimeis manteca ni tocino.

Y mirando al reloj añadió:

—Tienes razon, La Mole. Aun nos faltan tres horas, y mas vale esperar aquí que en otra parte. Tanto mas cuanto que, si no me engaño, el puente de San Miguel no debe estar muy lejos.

Y entrambos jóvenes marcharon á ocupar en la mesa del saloncillo interior los mismos asientos que ocuparon aquella famosa noche del 24 de Agosto de 1572, en la cual propuso Coconnas á La Mole jugar las primeras queridas que tuviesen, uno contra otro.

En honor de su moralidad debemos añadir que á ninguno de los dos se le ocurrió hacer aquella tarde á su compañero semejante proposicion.

CAPITUL OXIX.

LA CASA DE MAESE RENATÓ EL PERFUMISTA DÉ LA REINA MADRE.

Por la época en que ocurrian los sucesos que referimos á nuestros lectores, no ecsistian para pasar de una parte á otra de la ciudad mas que cinco puentes, unos de piedra y otros de madera, pero que terminaban todos en la Cité. En los demas sitios de circulacion que no tenian puente, habia barcas que bien ó mal los sustituian.

Sobre estos cinco puentes se alzaban algunos edificios, como los hay todavía sobre el Ponte-Vacchio de Florencia.

Cada cual tiene su historia, pero nosotros solo trataremos ahora de la del puente de San Miguel.

El puente de piedra de San Miguel fué construido en 1373, mas á pesar de su aparente solidez, el

Sena destruyó parte de él en la inundacion de 31 de Enero de 1408; en 1416 fué reconstriudo con madera; se hundió de nuevo en la noche del 16 de Diciembre de 1547 y finalmente, por los años de 1550, ó lo que es lo mismo, veinte y dos años antes de la época de que tratamos, fué construido por tercera vez tambien con madera, y si bien ecsijia ya algunos reparos, pasaba por bastante sólido.

Entre las casas que le cubrian era notable una cuyas ventanas se cerraban con tablones, y cuyo ancho tejado se estendia sobre ella como el párpado de un inmenso ojo. Por la única ventana abierta en el primer piso, encima de otra del piso bajo y de una puerta herméticamecte cerrada, salia una rojiza luz que llamaba la atencion de los transeuntes sobre la ancha y baja facnada del edificio, pintada de azul con ricas molduras doradas. Una especie de friso que separaba la parte baja del cuarto principal, representaba una muchedumbre de diablos en actitudes á cual mas grotescas, y sobre una faja, azul tambien, que se estendia entre el friso y la ventana superior, se leia esta inscripcion.

Renato el florentino, perfumista de la reina madre.

Hemos dicho ya que la puerta de esta tienda estaba cerrada, pero aun mas que los cerrojos, la defendia de nocturnos ataques la espantosa reputacion del que la ocupaba. Los que por aquel sitio pasaban el puente, lo hacian casi siempre describiendo una curva que llegaba á la opuesta fila

de casas, cual si temieran que les contaminase el olor de los perfumes, traspirando por las paredes.

Aun habia mas; recelando sin duda los vecinos mas próximos que les comprometiera semejante vecindad, fueron poco á poco desalojando sus habitaciones, despues de instalarse maese Renato en el puente de San Miguel, de manera que las dos casas accesorias á la del florentino estaban desiertas y cerradas. Mas á pesar de aquella soledad y de aquel abandono, varios transeuntes rezagados habian visto salir por las rendijas de los balcones algunos rayos de luz y aseguraban haber oido rumores muy parecidos á lamentos, los cuales probaban que entrambas casas tenian habitantes, dudándose solo si pertenecian á este mundo ó al otro.

Resultaba de aquí que los que ocupaban las casas medianeras á estas, pensasen tambien de vez en cuando en imitar la prudente conducta de sus compañeros, mudándose á otra parte.

Al público terror que inspiraba, debia sin duda maese Renato el privilegio de tener luz en su habitacion despues de la hora de la queda. Por otra parte, ni rondas ni patrullas se hubieran atrevido á molestar á un hombre que reunia dobles títulos al afecto de S. M. por compatriota y por perfumista.

Suponiendo nosotros que el lector, armado con el filosofismo del siglo XVIII, no creerá en la magia ni en los que la ejercen, le invitamos á entrar

en la casa que tan profundo espanto infundia en aquel tiempo de supersticiosas creencias.

Oscura y desierta está la tienda desde las ocho de la noche, á cuya hora se cierra para no volverse á abrir hasta que se halla bastante adelantada la mañana siguiente; allí es donde se hace la cotidiana venta de perfumes, ungüentos y cosméticos de toda especie que despacha el diestro químico. En esta venta al pormenor, le ayudan dos mozos que no duermen en la casa, sino en la calle de la Calandre. Por la noche salen de la tienda un momento antes de cerrarla. Por la mañana se pasean delante de la puerta hasta que la ven abrirse.

Repetimos, que la tienda está oscura y desierta.

En esta tienda bastante ancha y no poco profunda, hay dos puertas que dan á otras tantas escaleras. Una sube lateralmente por la misma pared; la otra es esterna y visible desde el muelle de los Agustinos y desde el de los Plateros.

Ambas conducen á una estancia del piso superior.

Tiene esta las mismas dimensiones que la tienda; pero unos tapices colocados en direccion al puente, la dividen en dos partes. Al fondo de la primera se abre la puerta que comunica con la escalera esterior. En una de las paredes laterales de la segunda está la puerta de la escalera secreta, pero es invisible pues la oculta un alto y laboreado armario, unido á ella por medio de grapones de hierro que empuja al abrirse. Solo Catalina y Re-

nato conocen esta puerta; por ella sube y baja la reina; merced á ella, escucha y ve lo que en el aposento pasa, aplicando la vista ó el oido á varios agugeros practicados en el armario en que suele ocultarse.

Aun hay otras dos puertas ostensibles en las paredes laterales de esta segunda division. La una corresponde con una pieza que recibe la luz por el techo y cuyos únicos muebles son un vasto hornillo y varios alambiques, retortas y crisoles; es el laboratorio del alquimista. La otra dá á una celdilla que llama la atencion mas que el resto de la casa porque no tiene luz ninguna, ni hay en ella tapices, ni muebles, sino solo una especie de altar de piedra. Cubre el suelo una loza inclinada del centro á las estremidades, y por estas corre al pié de las paredes una pequeña canal que termina en un embudo, por cuyo agugero se ven pasar las turbias aguas del Sena. Penden de varios clavos fijos en la pared, instrumentos de raras formas, todos agudos ó cortantes; los de punta son finos como una aguja; los de corte afilados como una navaja de afeitar; unos brillan como espejos; otros por el contrario, tienen color ceniciento y mate, ó azul oscuro. En un rincon pugnan entre sí, atadas por las patas, dos gallinas negras; este es el santurio del augur.

Volvamos al aposento de en medio, el que está dividido en dos.

Aquí son recibidos los curiosos vulgares; aquí

los tàntalos ó ibis egipcios, las momias de doradas fajas, el cocodrilo que bosteza colgado del techo, las calaveras de ojos hueros y desarraigados dientes, y en fin, los empolvados machos cabríos venerablente roidos por los ratones, presentan al visitador la mescolanza de que resultan las diversas emociones que no permiten al pensamiento seguir rectamente su curso. Detrás de la cortina se ven frascos, cajas y ànforas de siniestro aspecto, y á todo dan luz dos lamparillas de plata esactamente iguales, que parecen robadas de algun altar de Santa-María-Novella ó de la iglesia Dei Servi de Florencia, y que quemando un perfumado aceite despiden amarillenta claridad desde las sombrías bóvedas de que penden entrambas, colgada cada una de tres negruzcas cadenillas.

Renato está solo y se pasea con los brazos cruzados y moviendo la cabeza, por la segunda division del aposento de enmedio. Despues de una larga y dolorosa meditacion se detiene ante un reloj de arena.

—¡Ah! esclama. Me olvidé de volverle y acaso se habrá quedado sin arena hace tiempo.

Y mirando á la luna que trabajosamente vá asomando trás una negra nube que parece estar fija sobre la punta del campanario de Nuestra Señora,

—Las nueve, añade. Si viene, vendrá como de costumbre dentro de una hora y media. Tengo tiempo para todo.

En aquel instante se oyó ruido en el puente.

Renato aplicó el oido á un largo tubo, cuya estremidad opuesta se abria en la calle en forma de una cabeza de cobre.

—No, dijo; no es *ella* ni son *ellas*. Son pasos de hombre; se detienen á mi puerta, aquí vienen.

Al mismo tiempo resonaron tres secos golpes.

Renato bajó rápidamente, pero se contentó con ponerse en acecho sin abrir la puerta.

Repitiéronse los golpes.

—¿Quién vá? dijo mase Renato.

—¿Hay que decir nuestros nombres? preguntó una voz.

—Es indispensable.

—Pues soy el conde Anibal de Coconnas, dijo la voz que ya habia hablado.

—Y yo el conde Lerac de La Mole, añadió otra que entonces sonó por vez primera.

—Aguardad, señores, estoy á vuestra disposicion.

Y descorriendo Renato los cerrojos y quitando las trancas, abrió la puerta á entrambos jóvenes, la volvió á cerrar solo con llave, y conduciéndoles por la escalera esterior, los introdujo en la segunda mitad de la sala.

La Mole hizo al entrar la señal de la cruz por debajo del embozo; estaba pálido, y sin poderlo remediar temblaban sus manos.

Coconnas miró uno tras otro los objetos que contenia el aposento, y tropezando en su ecsámen con la puerta de la celdilla, fué á abrirla:

y simpatías que se pueden forzar. el hierro no es iman; pero imantándole atrae á su vez al hierro.

—Es cierto, es cierto, murmuró La Mole, pero á mí me repugnan todos esos conjuros.

—¿Os repugnan? dijo Renato; siendo así no debisteis venir.

—Vamos, repuso Coconnas, no hagas ahora el niño. Señor Renato, ¿podeis enseñarme al diablo?

—No, señor conde.

—Lo siento, tenia que hablarle, y quizá se hubiera animado algo La Mole al verle.

—¡Pues bien! dijo éste, sea así; entremos francamente en la cuestion. Me han hablado de unas figura de sera modeladas á semejanza del objeto amado. ¿Es buen medio?

—Infalible.

—¿Y peligran enese esperimento la vida ó la salud de la persona amada?

No.

—Pues probémosle.

—¿Quiéres que yo empiece? preguntó Coconnas.

—No, dijo La Mole, ya estoy compromotido y no desistiré.

En el mismo instante llamaron muy quedo á la puerta de la calle, tan quedo pueslo maese Renato lo oyó, y eso porque sin duda estaba sobre aviso.

Sin afectacion, y haciendo algunas preguntas ociosas á La Mole, acercó el oido al tubo y percibió ruido de voces que al parecer le decidieron.

—Ea, pues, dijo; reasumid vuestros deseos y llamad al objeto amado.

La Mole se hincó de rodillas como para hablar á una divinidad, y Renato pasó en tanto al primer compartimiento bajando silenciosamente por la escalera esterior; un instante despues, sonaban ligeros pasos en la tienda.

Al levantarse el provenzal, vió frente á sí á Renato llevando en la mano una figurita de cera de trabajo bastante mediano: la figura tenia manto y corona.

—¿Persistís en desear que os ame la real señora que cautiva vuestro corazon? preguntó el perfumista.

—Sí, aunque me cueste la vida; aunque se pierda mi alma, respondió La Mole.

—Bien está, dijo el florentino, mojándose los dedos en un jarron lleno de agua y sacudiéndolos sobre la cabeza de la figurita, ínterin pronunciaba algunas palabras latinas.

La Mole se estremeció conociendo que aquello era un sacrilegio.

—¿Qué haceis? dijo.

—Bautizar á esta figura con el nombre de la persona que amais.

—Pero ¿con qué fin?

—Para establecer la simpatía.

Iba La Mole á abrir la boca para impedirle que prosiguiera, pero le contuvo una irónica ojeada de Coconnas.

Renato observó el movimiento, se detuvo y dijo:

—Se requiere plena y entera voluntad.

—Proseguid, respondió La Mole.

Trazó Renato sobre un pedacito de papel encarnado algunos caractéres cabalísticos, los atravesó con una aguja de acero, y clavó la aguja en la estátua, sobre el corazon.

¡Cosa rara! por el sitio del pinchazo asomó una gotita de sangre. En seguida prendió fuego al papel.

El calor de la aguja derritió la cera que la rodeaba y secó la gota de sangre.

—De la misma manera, dijo Renato, y en fuerza de la simpatía, atravesará y consumirá vuestro amor el corazon de la muger que amais.

Coconnas á fuer de despreocupado, se reia interiormente de aquellas ceremonias; pero La Mole enamorado y supersticioso, sintió brotar de la raiz de sus cabellos un helado sudor.

—Ahora, dijo Renato, unid vuestros labios con los de la estátua, diciendo:

—¡Yo te amo, Margarita! ¡Margarita, ven!

La Mole obedeció

Oyose en aquel instante ruido en la puerta del segundo aposento en el cual resonaron luego unas leves pisadas. Curioso á la par que incrédulo Coconnas; desenvainó el puñal; y recelando que, si pretendia levantar el tapiz, le hiciese Renato la misma observacion que cuando pretendió abrir la celdilla, rompió de una puñalada el grueso cortinaje,

miró por la abertura y lanzó un grito de asombro á que respondieron dos gritos femeniles.

—¿Qué hay? preguntó La Mole, faltando poco para que dejase caer la figura de cera; la cual le quitó Renato de las manos.

—Que la duquesa de Nevers y la reina Margarita están ahí, respondió Coconnas.

—Incrédulos, dijo Renato con á ustera sonrisa; ¿dudais ya de la fuerza de la simpatía?

Petrificado se quedó La Mole al ver á la reina, y Coconnas sintió tambien cierta fascinacion al aspecto de la duquesa de Nevers; el uno se figuró que las echicerías de maese Renato hubiesen evocado el espectro de Margarita; el otro al ver entreabierta aún la puerta que dió paso á las seductoras fantasmas, halló en breve la esplicacion de aquel prodigio en el mundo vulgar y material.

Mientras que La Mole se persignaba y suspiraba de un modo capaz de ablandar las peñas, Coconnas que habia tenido suficiente tiempo para hacerse las necesarias preguntas filosóficas y lanzar de sí el espíritu maligno con el hisopo de la incredulidad, Coconnas que vió por el desgarron de la cortina el pasmo de la duquesa de Nevers y la sonrisa algo cáustica de Margarita, comprendió que era llegado el momento decisivo, y conociendo que á veces se puede decir en nombre de un amigo lo que nadie se atreve á decir en el propio, en vez de dirigirse á la duquesa de Nevers, marchó rectamente hácia Margarita, é hincando una rodilla en tier-

ra, en la actitud en que los cómicos de la legua solian representar al grande Artagerges, esclamó con voz á que prestaba cierta energía la dificultosa acentuacion causada por su herida.

—Señora, en este mismo instante estaba evocando maese Renato vuestra sombra, á peticion de mi amigo el conde de La Mole, y vuestra sombra se nos ha aparecido, con no poca sorpresa mia, acompañada de un cuerpo que yo quiero mucho y que recomiendo á mi amigo. Sombra de S. M. la reina de Navarra, ¿teneis á bien decir al cuerpo de vuestra compañera que pase al otro lado de la cortina.

Margarita se echo á reir é hizo una seña á Enriqueta, la cual pasó al otro lado.

—Amigo La Mole, prosiguió Coconnas, sé elocuente como Démostenes, como Ciceron, como el señor canciller L' Hopital, y mira que se interesa mi vida en que persuadas á la sombra de la señora duquesa de Nevers de que soy su mas afectísimo, obediente y seguro servidor.

—Pero.... murmuró La Mole.

—Haz lo que te digo; y vos, maese Renato, cuidad de que nadie nos interrumpa.

Renató accedió á los deseos de Coconnas.

¡Voto á sanes! esclamó Margarita, sois hombre de talento. Ya escucho: sepamos qué teneies que decirme.

—Tengo que deciros, señora, que la sombra de mi amigo, porque tambien es sombra, y si no, ved

cómo no despliega los labios; la sombra de mi amigo me suplica que use de la facultad de hablar concedida à los cuerpos para deciros: bella sombra, ese incorpóreo caballero ha perdido la carne y el aliento por el rigor de vuestros ojos.... Si vos fueseis, la reina en persona, yo rogaria à maese Renato que me sepultase en algun sulfúreo abismo, antes que dirigir semejantes palabras á la hija del rey Enrique II, á la hermana del rey Cárlos IX, á la esposa del rey de Navarra; pero las sombras están à salvo de todo orgullo terrestre y nose enojan porque las quieran. Rogad, pues, á vuestro cuerpo, señora, que ame un poquito al alma del pobre La Mole, al alma en pena, si las hay, pues al principio la persiguió la amistad introduciéndole en diferentes encuentros mas de una pulgada de hierro por el vientre, y ahora la abrasa el fuego de vuestros ojos mil veces mas devorador que todos los del infierno. Compadeceos, pues, de esa pobre alma, y conceded algun amor al que fué el gallardo La Mole. Si careceis del uso so la palabra, apelad á los ademanes ó á las sonrisas. Es alma muy inteligente la de mi amigo, y os entenderà al golpe. Apelad á ellos, ¡voto á sanes! ó envaino mi espada en el cuerpo de Renato para que en virtud del poder que sobre las sombras ejerce, obligue á la vuestra que tan á tiempo supo evocar, à que no haga cosas que cuadran muy mal à sombras bien educadas como debeis ser vos, si no mienten las trazas.

A esta peroracion de Coconnas que se habia plantado delante de la reina á Guisa de Eneas bajando á los infiiernos, no pudo Margarita contener una enorme carcajada, y sin romper el silencio que en semejante ocasion era propio de una sombra real, presentó la mano á Coconnas,

Recibióla éste delicadamente en la suya y llamando á La Mole:

—Sombra de mi amigo, esclamó, vamos acá corriendo.

La Mole obedeció tan asombrado como palpitante.

—Bien está, dijo Coconnas. empujandole por detras de la cabeza, acercad ahora el vapor de ese lindo rostro moreno á la blanca, y vaporosa mano que os presento.

Y uniendo Coconnas la accion á las palabras, aprocsimó aquella delicada mano á la boca de La Mole y las tuvo un momento estrechamente unidas, sin que la mano pretendiera sustraerse á la dulce presion.

Margarita no habia cesado de sonreirse, pero la duquesa de Nevers no la imitaba, sobrecogida aún con la aparicion de los amigos. Aumentaba su malestar el aguijon de unos nacientes celos, pues le parecia que no era justo que Coconnas olvidase de aquella manera sus propios negocios por atender á los agenos.

Vió La Mole la contraccion de sus cejas, sorprendió sus brillantes cuanto amenazadoras mira-

das y venciendo el fascinador letargo que ya empezaba á infundirle el deleite, comprendió el peligro que corria su amigo y adivinó lo que le correspondia hacer para sacarle de su compromiso.

Levantándose, pues, y dejando la mano de Margarita entre las de Coconnas, marchó á tomar las de la duquesa de Nevers, é incada una rodilla en tierra:

—¡Oh la mas bella! dijo, ¡oh la mas adorable de todas las mugeres! hablo de las vivas, no de las sombras, y dirigiré una mirada y una sonrisa á Margarita, permitid que una alma libre ya de groseros y terrenales lazos, repare las ausencias de un cuerpo, absorto enteramente por una amistad material. El señor de Coconnas, á quien teneis á la vista, no es mas que un hombre, hombre de robusta y osada estructura, de bellas carnes quizá, pero perecedero como toda carne; *omnies caro fœnum*. Aunque este caballero me regala los oidos por mañana, tarde y noche con las humildísimas letanías que en honor vuestro entona, aunque le habeis visto repartir las mejores estocadas que en Francia se han dado, ese campeon, tan elocuente con las sombras, no se atreve á hablar á una muger. Hé aquí la razon por qué se ha dirigido á la sombra de la reina, rogándome á mí que hable á vuestro hermoso cuerpo para deciros que ofrece á vuestras plantas el alma y el corazon: que pide á vuestros hermosos ojos una mirada de piedad; á vuestros rosados y ardientes dedos una seña que

le llame, y á vuestra armoniosa voz unas cuantas palabras de esas que nunca se olvidan; y en caso de que todo esto no os enternezca, aun me pide otra cosa, y es que con esta espada, que es legítima, porque las espadas no tienen sombra sino cuando las ponen al sol, que con esta espada, repito, le atraviese por segunda vez el cuerpo, pues no puede vivir si no le autorizais á que viva espresamente para vos.

Si el discurso de Coconnas fué locuaz y pantomímico, la plegaria de La Mole abundó en sensibilidad, en irresistible energía y en hipócrita humildad.

Apartáronse entonces de La Mole los ojos de Enriqueta que no habia cesado de mirarle durante su alocucion, y se volvieron á Coconnas para ver si estaba en armonía la espresion de su rostro con la amorosa oracion de su amigo. Sin duda quedó satisfecha, pues ruborizada, palpitante y vencida dijo á Coconnas con una sonrisa que dejó en descubierto dos sartas de perlas montadas en coral:

—¿Es cierto?

—¡Voto á sanes! esclamó Coconnas fascinado por aquella mirada, y dominado por la misma corriente eléctrica que ella, ¡qué si es cierto! ¡oh! sí, señora, cierto, ciertísimo; lo juro por vuestra vida y por mi muerte.

—Pues venid, respondió Enriqueta presentándole la mano con un abandóno que se revelaba en la languidez de sus ojos.

Tiró Coconnas al aire su gorra de terciopelo y se plantó de un salto junto á la jóven, en tanto que La Mole, obedeciendo á una seña de Margarita, hacia con su amigo un *cambio de parejas* amoroso.

En aquel momento apareció Renato en la puerta del fondo.

—¡Silencio! esclamó con acento que heló todo aquel ardor.... silencio.

Y se oyó en la paréd el choque de una llave rechinando en su cerradura y el crugido de una puerta al girar sobre sus goznes.

—Me parece, dijo Margarita con altivez, que nadie tiene derecho á entrar aquí cuando estamos nosotros.

—¿Ni la reina madre? murmuró Renato á su oido.

Margarita se precipitó inmediatamente á la escalera esterior, llevando tras sí á La Mole; Enriqueta y Coconnas siguieron sus huellas medio abrazados.

Los cuatro se alejaron, como se alejan al primer rumor indiscreto, dos lindos pajarillos que se han estado picoteando sobre una florida rama.

CAPITULO XX.

LAS GALLINAS NEGRAS.

Ya era tiempo de que se marchara; Catalina introducia la llave en la cerradura de la segunda puerta, cuando Coconnas y la duquesa de Nevers salian por la del fondo, y al entrar la reina madre pudo oir los pasos de los fugitivos en la escalera.

Paseó una observadora ojeada en torno suyo, y clavando por fin los suspicaces ojos en Renato que estaba de pié é inclinado ante ella:

—¿Qué gente habia aquí? preguntó.

—Amantes, que se han contentado con mi palabra, cuando les he dicho que se quieren.

—Dejemos eso, dijo Catalina encogiéndose de hombros. ¿Y hay álguien mas?

—Nadie mas que V. M. y yo.

—¿Habeis hecho lo que os dije?

—¿Respecto de las gallinas negras?

—Sí.

—Ya están dispuestas, señora.

—¡Oh! si fuerais judío.

—¿Judío yo! señora, ¿por qué?

—Porque podriais leer los preciosos escritos de los hebreos sobre los sacrificios. Me han traducido uno y he visto que ellos no buscaban los presagios, como los romanos, en el hígado y en el corazon, sino en la disposicion del cerebro y en la figura de las letras que en él traza la omnipotente mano del destino.

—Sí, señora, lo mismo he oido decir á un viejo rabino, amigo mio.

—Hay, dijo Catalina, algunos caracteres tan marcados, que abren toda una vida profética..... Verdad es que los sabios caldeos recomiendan.....

—¿Qué? preguntó Renato viendo que la reina vacilaba.

—Recomiendan que se haga el esperimento en cerebros humanos, por estar mas desarrollados y ser mas simpáticos con la voluntad del que los consulta,

—¡Ay, señora! dijo Renato, harto sabe V. M. que es imposible.

—O muy difícil al menos, respondió Catalina, porque si lo hubiéramos sabido la noche de San Bartolomé.... ¿eh, Renato? ¡qué magnífica reco-

leccion! Pensaré en ello..... cuando ajusticien á algun reo. Entre tanto no nos salgamos de la esfera de lo posible. ¿Está preparado el cuarto de los sacrificios?

—Sí, señora.

Encendió Renato una bugía, compuesta de raras sustancias, cuyo olor, ora sutil y penetrante, ora mareabundo y espeso, revelaba la mezcla de muchas materias, y pasó á la celdilla alumbrando á Catalina.

Eligió la reina por sus propias manos entre todos los instrumentos de los sacrificios, un cuchillo de azulado acero, ínterin iba Renato á coger una de las gallinas que movian en un rincon sus inquietos ojos de color de oro.

—¿Cómo procederemos?

—Interrogando el hígado de la una y el cerebro de la otra. Si ambos esperimentos nos dan el mismo resultado, fuerza será atenernos á él, y mas aún, si se combina con los que ya hemos obtenido en otras ocasiones.

—¿Por dónde empezaremos?

—Por el hígado.

—Bien está, dijo Renato, y ató la gallina á dos argollas colocadas á las estremidades del altarcillo; de manera que el animal, colocado patas arriba, no pudiese hacer mas que rebullir sin cambiar de posicion.

De una sola cuchillada le abrió Catalina el pe-

cho. La gallina dió tres chillidos y espiró despues de una agonía bastante prolongada.

—¡Siempre tres gritos! murmuró Catalina, tres señales de muerte; y abrió el cuerpo.

—Y el hígado inclinado hácia la izquierda, continuó, siempre hácia la izquierda; tres muertes, seguidas de destronamiento. ¿Sabeis que es espantoso, Renato?

—Veamos, señora, si los presagios de la segunda víctima coinciden con los de la primera.

Desató Renato el cadáver de la gallina, le arrojó á un rincon y fué á buscar á la otra, la cual adivinando su suerte por la de su compañera, procuró sustraerse á ella corriendo por el aposento, hasta que al cabo, viéndose estrechada en un rincon, tomó vuelo por encima de la cabeza de Renato y fué á dar contra la mágica bugía que tenia Catalina en la mano La bugía se apagó.

—Ya lo veis, Renato, dijo la reina. Así se eslinguirá nuestra raza. Al soplo de la muerte desaparecerá de la superficie de la tierra. ¡Y tengo tres hijos, tres hijos! murmuró tristemente.

Renato tomó de sus manos la luz y salió á encenderla al aposento inmediato.

Cuando volvió encontró á la gallina metida de cabeza en el desaguadero.

—Esta vez, dijo Catalina, nos ahorraremos de chillidos porque la cortaré la cabeza de un solo tajo.

Y en efecto, luego que estuvo atada la gallina, la reina la cortó el pescuezo de una sola cuchillada, conforme habia dicho. Pero el pico se abrió tres veces en las últimas convulsiones y se volvió á cerrar para siempre.

—¿Lo ves? dijo Catalina aterrorizada. A falta de tres gritos tres suspiros. Tres; siempre tres. Los tres morirán. Antes de despedirse esas almas de sus cuerpos, cuentan y llaman todas hasta el número de tres. Veamos ahora las señales de la cabeza.

Cortó la florentina la pálida cresta del animal, abrió con precaucion el cráneo y separándole de modo que quedasen en descubierto los lóbulos del cerebro, buscó la forma de una letra en las sanguíneas sinuosidades que traza la division de la pulpa cerebral.

—¡Siempre! esclamó dando una palmada de cólera, ¡siempre! y ahora el pronóstico es mas claro que nunca. Ven y mira.

Renato se acercó.

—¿Qué letra es esta? preguntó Catalina marcándole un sitio.

—Es una H, respondió Renato.

—¿Cuántas veces está repetida?

El perfumista las contó y dijo:

—Cuatro.

—Eso es, eso; lo comprendo perfectamente; quiere decir *Enrique IV.* ¡Oh! murmuró con ronca voz tirando el cuchillo, estoy maldita en mi posteridad.

Espantosa figura era la de aquella muger, pálida como un cadáver iluminada por la lúgubre luz, y crispadas sus sangrientas manos.

—¡Reinará! dijo con un suspiro de desesperacion; ¡reinará!

—Reinará, repitió Renato, sepultado en profundas meditaciones.

No tardó, sin embargo, en desvanecerse la sombría espresion de las facciones de Catalina á impulsos de un pensamiento que brotó en su cerebro.

—Renato, dijo alargando la mano hácia el florentino sin levantar la cabeza que tenia caida sobre el pecho; dí, Renato, ¿no hay una historia terrible en que un médico de Perusa envenenó con cierta pomada y al mismo tiempo, á su hija y al amante de su hija?

—¿Sí, señora?

—¿Y quién era el amante?.... continuó Catalina siempre meditabunda.

—El rey Ladislao, señora.

—¡Ah! es verdad, murmuró la reina. ¿Sabeis algunos pormenores de esa historia?

—Tengo un vetusto libro que trata de ella, respondió Renato.

—Pasemos á la otra habitacion y me le prestareis.

Ambos salieron de la celda cuya puerta cerró Renato.

—¿Me ordena algo V. M. para otros sacrificios? preguntó el florentino.

—No, no; por ahora estoy plenamente convencida. Esperaremos ocasion de hacernos con la cabeza de un reo; el dia que ejecuten á alguno se la comprarás al verdugo.

Inclinóse Renato en muestra de asentimiento; marchó con la bugía en la mano al estante de sus libros; subió encima de una silla, cogió uno que le dió á la reina.

Catalina le abrió.

—¿Qué es esto? dijo.

—"Del modo de enseñar á los tersuelos, halcones y gerifaltes á ser arrojados, valientes y voladores"

—¡Ah! perdonad, señora, me he equivocado. Ese es un tratado de montería escrito por un sábio de Luca para el famoso Castruccio Castracani. Estaba junto al otro, y como tiene la misma encuadernacion, me equivoquè. Por lo demas es un libro sumamentente preciso; solo ecsisten de él tres ejemplares; uno pertenece á la biblioteca de Venecia; otro fué comprado por vuestro abuelo Lorenzo, y Pedro de Médicis se le regaló al rey Cárlos VIII cuando pasó por Florencia; el tercero es el presente.

—Su rareza, dijo Catalina, le hace venerable para mí, mas como no le necesito os lo devuelvo.

—Y presentó la mano derecha á Renato para recibir el otro, en tanto que con la izquierda le entregaba el tratado de montería.

Aquella vez no se equivocó Renato; halló el libro que queria; bajó de la silla, le hojeó un poco y se le presentó abierto á la reina.

Catalina marchó á sentarse junto á una mesa; el florentino acercó la mágica bugía, y á la luz de su azulada llama leyó la reina algunas líneas á media voz.

—Bien está, dijo cerrando el libro. Es cuanto deseaba saber.

Y se levantó dejando el libro sobre la mesa, y llevando consigo en lo profundo de su mente el pensamiento que en ella habia germinado y que debia producir sus frutos

Renato aguardó respetuosamente con la luz en la mano á que la reina, que al parecer iba á marcharse, le diese nuevas órdenes ó le hiciese nuevas preguntas.

Catalina dió algunos pasos con la cabeza baja y un dedo sobre los labios sin hablar palabra.

Deteniéndose de repente frente á Renato y clavando en él sus ojos redondos y fijos como los de una ave de rapiña:

—Confiésame, dijo, que la has dado algun filtro.

—¿A quién? preguntó Renato con sobresalto.

—A la Sauve.

—¿Yo, señora? dijo Renato, nunca.

—¿De veras?

—Lo juro por mi alma.

—Pues mágia debe de ser, porque él la ama perdidamente y nunca ha tenido reputacion de constante.

—¿Quién es él, señora?

—Enrique el maldito, el que ha de suceder á nuestros tres hijos, el que ha de llamarse Enrique IV, á pesar de descender de Juana de Albret.

Y Catalina acompañó estas palabras con un suspiro que hizo á Renato estremecerse, recordándole los famosos guantes que preparó para la reina de Navarra.

—¿Sigue visitándola? preguntó Renato.

—Sí, dijo Catalina.

—Yo creí que el rey de Navarra no fuese ya infiel á su esposa.

—Ficciones, Renito, ficciones. No sé qué objeto se proponen; pero todos se reunen para engañarme. Mi misma hija Margarita se declara contra mí: tal vez desee tambien la muerte de sus hermanos; tal vez espere ser reina de Francia.

—Tal vez, dijo Renato, vuelto á su meditacion y repitiendo como un eco en las terribles dudas de Catalina.

—En fin, allá veremos, respondió ésta, y se dirigió á la puerta del fondo, juzgando inútil, sin duda, bajar por la escalera secreta, estando sola.

Pasó Renato delante, y pocos momentos despues se hallaban los dos en la tienda del perfumista.

—Me has prometido otros cosméticos para las manos y para los labios, Renato, dijo la reina. Ya está encima el invierno y no ignoras cuán sensible es mi cútis al frio.

—No los he olvidado, señora, os los llevaré mañana.

—Por la noche no estaré visible hasta las nueve ó las diez. Me propongo pasar el dia rezando.

—Muy bien, señora: iré al Louvre á las nueve en punto.

—Hermosas manos y hermosos labios tiene la baronesa de Sauve, dijo Catalina con indiferencia. ¿Qué pastas usa?

—¿Para las manos?

—Sí, para las manos.

—Pasta de heliotropo.

—¿Y para los labios?

—Ahora vá á darse con una opiata que acabo de inventar; mañana llevaré una caja para V. M. y otra para ella.

Catalina se quedó pensativa.

—Al cabo y al fin es hermosa criatura, dijo como respondiendo á sus secretos pensamientos, y esa pasion del Bearnés nada tiene de estraño.

—Y es ademas muy fiel á V. M., segun tengo entendido, añadió Renato.

Sonrióse Catalina, y encongiéndose de hombros, dijo:

—¿Por ventura es fiel una muger á nadie mas que á su amante, si ama de veras? ¿Algun filtro la has dado, Renato!

—Señora, os juro que no.

—Bueno, no hay mas que hablar. Enséñame

esa opiata que decias, y que debe ponerla los lábios mas frescos y mas encendidos.

Acercóse Renato á un anaquel y mostró á Catalina seis cajitas de plata de forma igual, esto es, redondas y puestas en fila.

—Aquí teneis el único filtro que me ha pedido, dijo Renato, si bien es cierto, como ha dicho V. M., que le he compuesto espresamente para ella, porque tiene los lábios tan tiernos y delicados, que lo mismo los llena de grietas el sol que el viento.

Catalina abrió una de las cajas y vió que contenia una bellísima pomada de carmin.

—Renato, dijo, dame pasta para las manos; se me ha acabado y puedo llevarla yo misma.

El florentino se alejó con la bugía y marchó á buscar á un compartimiento especial lo que le pedia la reina. No volvió empero tan aprisa que no le pareciese ver á Catalina coger una caja y esconderla bajo el manto, con un rápido ademan. Mas estaba sobrado acostumbrado á estas sustracciones de la reina madre para cometer la torpeza de dar á entender que la veia, Tomó, pues, la pasta contenida en un pedazo de papel flor delizado y dijo:

—Aquí está, señora.

—Gracias, Renato, respondió Catalina.

Despues de un instante de silencio añadió:

—No lleves esa opiata á la señora de Sauve hasta que pasen ocho ó diez dias; quiero probarla primero que ella.

Y se dispuso á salir.

—¿Permite V. M. que la acompañe? preguntó Renato.

—No mas que hasta la salida del puente donde me está esperando la litera.

Salieron de la casa y marcharon hasta la esquina de la calle de la Barillerie, donde aguardaban á la reina cuatro gentiles-hombres á caballo y una litera sin armas.

Cuando volvió Renato, su primer cuidado fué contar las cajas de opiata.

Faltaba una.

CAPITULO XXI.

EL APOSENTO DE LA SEÑORA DE SAUVE.

No se equivocaba Catalina en sus sospechas; Enrique habia vuelto á sus antiguas mañas, y todas las noches visitaba á la señora de Sauve. Al principio hizo esta escursion con el mayor secreto, pero poco à poco fué perdiendo su desconfianza y descuidando las precauciones, de suerte que no costó mucho trabajo á Catalina, el cerciorarse de que, si Margarita era reina de Navarra en el nombre, la baronesa de Sauve seguia siéndolo de hecho.

Al comenzar nuestra historia, digimos dos palacerca del aposento de la baronesa de Sauve, mas la puerta que abrió Darioleta se volvió à cerrar herméticamente despues de dar paso al rey de Navarra, de manera que el teatro de los misteriosos amores del Bearnés, es para nosotros completamente desconocido.

Esta habitacion que pertenecia á la clase de las que suelen dar los príncipes á sus familiares en los palacios que ocupan, para tenerlos mas á mano, era mas pequeña é incómoda que lo que hubiera sido cualquiera otra situada en la ciudad. Ya sabemos que estaba en el piso segundo, y encima, poco mas ó menos, de la de Enrique; su puerta daba á un pasadizo cuya estremidad recibia la luz por una ventana ogibal de vidrios muy pequeños, unidos con listas de plomo, cuya ventana solo dejaba penetrar una dudosa claridad aun en los mas bellos dias del año. En el invierno era necesario tener encendida desde las tres de la tarde una lámpara que, como contenia la misma cantidad de aceite en una estacion que en otra, se apagaba entonces á las diez de la noche, prestando así mayor seguridad á los dos amantes en aquellos dias.

Una pequeña antesala, tapizada con damasco de seda de anchas y amarillas flores; una sala colgada de terciopelo azul, y una alcoba, cuya cama de retorcidas columnas y de cortinaje de raso color de cereza, dejaba libre hasta la pared un espacio en que se veian un grande espejo con marco de plata y dos cuadros que representaban los amores de Venus y Adonis; tal era la habitacion, hoy diriamos el nido, de la encantadora azafata de la reina Catalina de Médicis.

Mirando atentamente, aun se hubiera encontrado en un oscuro rincon y frente á un tocador cubierto con toda clase de baratijas, una puertecilla

que daba á una especie de oratorio en que se alzaba un reclinatorio con dos escalones. De sus paredes pendian como para servir de correctivo á los dos mitológicos cuadros de que hemos hablado, otros tres ó cuatro del mas exagerado espiritualismo, entre los cuales estaban colgadas en clavos dorados varias armas de mugeres, pues en aquella época de misteriosas intrigas las mugeres gastaban armas lo mismo que los hombres, y á veces las manejaban tan hábilmente como ellos.

Era la noche subsiguiente al dia en que ocurrieron en casa de maese Renato las escenas que dejamos referidas; la baronesa de Sauve sentada en un sofá de su alcoba, manifestaba á Enrique sus zozobras y su amor, y como prueba de unas y de otro, le recordaba los servicios que le prestara en la famosa noche que siguió á la de San Bartolomé, y que Enrique pasó en la alcoba de su esposa, como recordará el lector.

Enrique la juraba por su parte eterno agradecimiento. La baronesa de Sauve estaba tan bella como sencilla con su peinador de batista, y el rey era en tales casos muy agradecido.

Pero en medio de esto el Bearnés andaba pensativo, á fuer de enamorado. La baronesa que habia adoptado al fin de todo corazon, el amor que le impuso como un deber Catalina, miraba atentamente á Enrique para ver si estaban sus ojos en armonía con sus palabras.

—Vamos, Enrique, le decia, sed franco; aquella

noche que pasasteis en el gabinete de S. M. la reina de Navarra con el señor de La Mole á los piés, no dejariais de sentir que el buen caballero se interpusiera de aquel modo entre vos y la alcoba de la reina.

—Sí, á fé, amiguita, dijo Enrique, pues me era absolutamente preciso pasar por aquella alcoba para llegar á esta en que tan bien me hallo y en que tan feliz soy ahora.

Sonrióse la baronesa.

—¿Y no volvisteis despues?

—Solo cuando os he dicho.

—¿Volvereis sin decírmelo?

—Nunca.

—¿Seriais capaz de jurarlo?

—Sí, por cierto, sí aun fuera hugonote. Pero...

—¿Pero, qué?

—La religion católica, cuyo dogma me están enseñando ahora, dice que nunca es lícito jurar.

—¡Gascon! murmuró la baronesa moviendo la cabeza.

—¿Y vos, Carlota, dijo Enrique, respondereis á mis preguntas si yo os hiciera alguna?

—Mucho que sí, respondió la jóven. Yo nada tengo que ocultar.

—Pues vamos á ver, Carlota, prosiguió el rey, esplicadme redondamente y de una vez por qué razon, despues de la desesperada resistencia que precedió á mi matrimonio, os mostrais menos cruel conmigo, que soy un Bearnés torpe, un ridículo

provinciano, un príncipe harto pobre, en fin, para conservar brillantes las joyas de su corona.

—Enrique, respondió Carlota, eso es pedirme la solucion del enigma que en vano pretenden resolver hace tres mil años los filósofos, de todos paises. Enrique, nunca preguntéis á una muger por qué os ama; preguntadla tan solo: ¿Me amais?

—¿Me amais, Carlota? preguntó Enrique.

—Os amo, dijo la baronesa con encatadora sonrisa y dejando caer su hermosa mano entre las de su amante.

Enrique se la cogió.

—¿Y si yo hubiera adivinado, dijo dando curso á sus pensamientos, esa solucion que en vano tratan de hallar los filósofos hace tres mil años? á lo menos, con respecto á vos, Carlota.

La baronesa se ruborisó

—Me amais, continuó Enrique; por consiguiente nada tengo que pediros y me conceptuo el hombre mas feliz del mundo. Pero ya sabeis que la felicidad nunca es completa. Adan, en medio del paraiso no fué completamente dichoso, é hincó el diente en la maldita manzana que á todos nos inspira esa curiosidad irresistible, esa curiosidad que á cada cual le hace pasar la vida corriendo trás un secreto que pretende adivinar. Decidme, querida, para ayudarme á adivinar el mio, ¿fué la reina Catalina la que os sugirió la primera idea de amarme?

—Enrique, repuso la baronesa, hablad bajo siempre que hableis de la reina madre.

—¡Oh! esclamó Enrique con tal abandono y desconfianza que la misma Carlota le creyó, eso de desconfiar de mi escelente madre, era bueno para cuando no estábamos en armonía, pero ahora que soy marido de su hija....

—¡Marido de Margarita! dijo Carlota poniéndose colorada en fuerza de sus zelos.

—Hablad bajo vos tambien, añadió Enrique Ahora que soy marido de su hija, somos los mejores amigos del mundo. ¿Qué ecsigian de mí? Que me hiciese católico, á lo que parece. Pues bien, ya me ha movido la gracia y me he hecho católico por intercecion de San Bartolomé. Actualmente vivimos en familia, como buenos hermanos y como cristianos netos.

—¿Y la reina Margarita?

—¿La reina Margarita? dijo Enrique, es el lazo que á todos nos une.

—Pero vos me habeis dicho que en recompensa á de los sacrificios que por ella hice, la reina de Navarra tuvo á bien ser generosa conmigo. Si eso es cierto, si es verdadera esa generosidad á que tan agradecida le estoy, forma solo un lazo convencional muy fácil de romper. No podeis, pues, fiar en semejante apoyo, porque á nadie habeis engañado con vuestra supuesta intimidad.

—Pues en ella descanso sin embargo; tres meses ha que no duermo sobre otra almohada.

—Entonces, Enrique, esclamó la baronesa de

Sauve, no engañais á mí y Margarita es vuestra esposa real y verdaderamente.

Enrique se sonrió.

—Mirad, Enrique, dijo Carlota, ahí teneis una de las sonrisas que me ecsasperan, y que me infunden á veces crueles tentaciones de sacaros los ojos, pese á vuestra corona.

—Luego conmigo engañar á álguien con mi supuesta intimidad, dijo Enrique, puesto que, pese á mi corona, hay momentos en que os dan tentaciones de sacarme los ojos, porque creeis que ecsista.

—Enrique, Enrique, repuso la baronesa, creo que ni el mismo Dios sabe lo que pensais.

—Pienso, querida mia, contestó Enrique, que Catalina os dijo al principio que me amárais, que despues os lo dijo vuestro corazon, y que cuando os hablan á la par entrambas voces, atendeis solo á la segunda. Yo tambien os amo, y con toda mi alma, razon por la cual no os confiaria mis secretos si los tuviera, por supuesto por no comprometeros porque la amistad de la reina es variable, es la amistad..... de una suegra.

No era esto lo que espera Carlota; parecíale que el velo que se interponia entre su amante y ella siempre que intentaba sondear los abismos de aquel corazon sin fondo, adquiria la consistencia de una muralla y la separaba de su amante. Asomaron, pues, las lágrimas á sus ojos al oir esta

respuesta, y como diesen las diez en aquel momento,

—Señor, dijo Carlota, ya es hora de descansar. Mañana tengo que ir muy temprano al cuarto de la reina madre.

—¿Es decir que por esta noche me despedis? preguntó el Bearnés.

—Enrique, estoy triste, os voy á parecer uraña, y me espongo á perder vuestro cariño. Ya veis que vale mas que os retireis.

—Enhorabuena, dijo Enrique, me retiraré si lo ecsigis, Carlota, pero concededme siquiera ¡voto á tantos! que asista á vuestro tocado.

—Pero ¿y la reina Magarita, señor? vais á hacerla esperar.

—Carlota, replicó Enrique gravemente, teniamos convenido no hablar nunca de la reina de Navarra, y me parece que esta noche no hemos hecho otra cosa.

Dió la señora de Sauve un suspiro, y marchó á sentarse ante el espejo. Enrique cogió una silla, la arrastró hasta la de su querida, puso sobre ella una rodilla y se recostó en el respaldo.

—Vamos, dijo, quiero ver como os poneis hermosa, Carlotita, y hermosa para mí por mucho que en contrario digais. ¡Cuántas cosas, Dios mio! ¡cuánto tarro de perfumes, cuánto papel de polvos, cuánto frasco y cuanto brasero!

—Os parece mucho, dijo Carlota suspirando, y

sin embargo harto poco es cuando no me basta para reinar sola en el corazon de V. M.

—Ea, ea, repuso Enrique, no hay que volver á la política. ¿Què pincel es este tan fino y tan delicado? ¿Sirve acaso para pintar las cejas de mi Júpiter Olímpico?

—Sí, señor, respondió la baronesa, lo habeis adivinado al golpe.

—¿Y este peinecito de marfil?

—Es para hacer mas recta la raya del cabello.

—¿Y esta bellísima cajita de plata, de tapa cincelada?

—¡Oh! esta me la ha enviado Renato, señor: es la famosa opiata que me prometió hace tanto tiempo, para suavizar mas estos labios que V. M. ha tenido algunas veces la bondad de llamar suaves.

Y cual si quisiera Enrique dar su aprobacion á lo que acababa de decir la lindísima muger cuya frente se iba despejando conforme la sacaba el rey al terreno del coquetismo, acercó sus labios á los que estaba la baronesa mirando con atencion en su espejo.

Llevó Carlota la mano á la caja que habia sido objeto de la anterior esplicacion, sin duda para enseñar á Enrique como debia usarse la encarnada pasta, cuando un seco golpe que resonó en la puerta de la antesala llenó de sobresalto á los dos amantes.

—Han llamado, señora, dijo Darioleta asomando la cabeza por entre las cortinas.

—Anda á ver quién es y vuelve, dijo la baronesa.

Miráronse Enrique y Carlota con inquietud, y el primero iba á retirarse al oratorio, que ya le habia servido de refugio mas de una vez, cuando volvió Darioleta.

—Señora, dijo, es maese Renato el perfumista.

Al oir este nombre frunció Enrique el ceño y se mordió involuntariamente los labios.

—¿Quèreis que no le abra? dijo Carlota.

—No, dijo Enrique, maese Renato no hace nada sin pensarlo antes; cuando viene tendrá sus razones.

—Entonces os esconderéis....

—No haré tal, repuso Enrique, porque maese Renato lo sabe todo y no ignora que estoy aquí.

—¿Pero no tiene V. M. razones para que le repugne su presencia?

—Yo, dijo Enrique haciendo un esfuerzo que à pesar de lo mucho que sabia dominarse no pudo disimular enteramente; yo, ninguna; cierto es que andàbamos algo frios, pero nos hemos reconciliado desde la noche de San Bartolomé.

—Que entre, dijo la baronesa á Darioleta.

Un instante despues se presentó Renato y pasó por el aposento una mirada con que le abarcó todo.

La señora de Sauve estaba todavía frente al espejo.

Enrique habia vuelto al sofá.

La luz daba sobre Carlota y el rey estaba en la oscuridad.

—Señora, dijo Renato con respetuosa familiaridad, vengo á pediros mil perdones.

—¿Por qué, Renato? preguntó la baronesa con la condescendencia con que tratan todas las hermosas á esa turba de mercaderes que las rodea y que contribuye á aumentar su hermosura.

—Porque, haciendo tanto tiempo que prometí trabajar para esos lindos labios, no.....

—¿No habeis cumplido hasta hoy la promesa, eh? dijo Carlota.

—¡Hasta hoy! repitió Renato.

—¡Sí, hasta hoy, hasta esta misma noche no he recibido la presente cajita.

—¡Ah! en efecto, dijo Renato, mirando con estrañeza la caja de opiata que estaba sobre la mesa y que era en un todo semejante á las de su almacen.

—Lo adiviné, murmuró. ¿Y habeis hecho uso de ella?

—Todavía no, iba á empezarla cuando entrasteis.

El rostro de Renato se revistió de una meditabunda espresion que no pasó desapercibida para Enrique; bien es verdad que á Enrique se le escapaban muy pocas cosas.

—¿Qué es eso, Renato? ¿qué teneis? preguntó el rey.

—¡Yo!..... nada, señor, dijo el perfumista. Aguardaba humildemente á que V. M. me dirigiese la palabra antes de despedirme de la señora baronesa.

—¿Eso aguardabais? dijo Enrique sonriéndose. ¿Necesitais acaso oir mis palabras para saber que siempre os veo con gusto?

Renato miró á su alrededor, dió un paseo por el aposento para sondear con ojos y oidos las puertas y los tapices, se detuvo, y colocándose de modo que reuniese bajo una sola mirada á la señora de Sauve y á Enrique:

—¿Què sé yo? murmuró.

Seguro Enrique, gracias al admirable instinto que como un sesto sentido le guió durante toda la primera parte de su vida por entre los peligros que le rodearon, de que en aquel momento pasaba alguna cosa estraordinaria, tenia lugar alguna oculta lucha en la mente del perfumista, se volvió á éste, y sin salir de la parte oscura del aposento mientras que el rostro del florentino recibia de lleno la luz, le preguntó:

—¿Vos por aquí á estas horas, Renato?

—¿Tengo quizá la desgracia de incomodar á V. M.? dijo el florentino dando un paso hácia atrás.

—No, pero deseaba saber una cosa.

—Decid, señor.

—¿Pensabais encontrarme aquí?

—Estaba seguro de ello.

—Luego me buscabais.

—Por lo menos celebro mucho el veros.

—Algo teneis que decirme, insistió Enrique.

—Puede ser, respondió Renato.

Ruborizose Carlota temiendo que la revelacion que al parecer iba á hacer el perfumista, se refiriese á su conducta pasada con Enrique; fingió no haberle oido, distraida en su tocador, é interrumpiendo la conversacion.

—En verdad, Renato, dijo abriendo la caja de opiata, que sois amable en estremo; el color de esta pasta es maravilloso, y ya que estais aquí, voy á honraros probando delante de vos vuestro nuevo producto.

Y cogiendo la caja, tocó con la punta de un dedo la rosada pasta que debia pasar de allí á sus labios.

Renato se estremeció.

La baronesa se llevó sonriéndose la opiata á la boca.

Renato perdió el color.

Enrique, sin salir de su rincon, y con ojos tan fijos como ardientes, no perdia el menor movimiento de la una, ni la menor alteracion del otro.

Sólo le faltaban á la mano de Carlota algunas líneas para llegar á sus labios cuando Renato la cogió el brazo, justamente en el momento en que se levantaba Enrique para hacer lo mismo.

El Bearnés se sentó de nuevo con el mayor silencio.

—Un instante, señora, dijo Renato con forzada

sonrisa, son necesarias algunas precauciones especiales para usar esa opiata.

—¿Y quién me la dirá?

—Yo.

—¿Cuándo?

—Así que concluya de manifestar á S. M. el rey de Navarra lo que tengo que decirle.

Carlota abrió con sorpresa los ojos, sin comprender el misterioso idioma que en torno suyo se hablaba, y se quedó inmóvil con el tarro de opiata en una mano, mirándose la estremidad del dedo impregnada de rojo.

Levantóse Enrique, y movido por un pensamiento que, como todos los suyos, tenia dos partes, una aparente y superficial, y otra verdadera y profunda, marchó á tomar la mano de Carlota é hizo un movimiento para acercarla á sus labios sin limpiar el carmin que la cubria.

—Un momento, dijo vivamente Renato, un momento. Tened la bondad, señora de lavar esas hermosas manos con este jabon de Nápoles que me olvidé de enviaros con la opiata, y que tengo el honor de entregaros en persona.

Y sacando de un pedazo de papel plateado una pastilla de jabon de color verdoso, la puso en una cofaina de plata sobredorada, echó agua en ella, é hincando una rodilla en tierra lo presentó todo á la señora de Sauve.

—Por cierto, maese Renato, que estais desconocido, dijo Enrique; sois capaz de dejar atrás á fuerza de galanteria al mas atildado cortesano.

—¡Qué aroma tan delicioso! esclamó Carlota restregándose las bellas manos con la nacarada espuma que se desprendía de la perfumada pastilla.

Renato representó cumplidamente su papel de caballero *serviente*, y dió una servilleta de fino lienzo de Frisia á la señora de Sauve, la cual se enjugó con ella.

—Ahora, dijo el florentino á Enrique, haced lo que gusteis, monseñor.

Carlota presentó la mano al rey, el cual la besó, y en tanto que la primera se acomodaba en su silla para oir lo que dijese Renato, el rey de Navarra volvió á su asiento mas convencido que nunca de que en la mente del florentino pasaba alguna cosa fuera de los términos comunes.

—Hablad, dijo Carlota.

El florentino reunió, al parecer, toda su resolucion y se volvió hácia Enrique.

CAPITTLO XXII.

SEÑOR, SEREIS REY.

—Señor, dijo Renato á Enrique, vengo á hablaros de una cosa que traigo hace tiempo entre manos.

—¿De perfumes? prepuntó Enrique sonriéndose.

—Justamente, señor.... de perfumes, respondió Renato con un singular gesto de aquiescencia.

—Ya os escucho: el asunto me ha interesado siempre.

Miró Renato al Bearnés cual si pretendiera adivinar á través de sus palabras su impenetrable pensamiento, mas viendo que era trabajo perdido, continuó:

—Señor, acaba de llegar de Florencia un amigo mio que se ha dedicado mucho á la astrología.

—Sí, interrumpió Enrique, ya sé que la astrología es pasion florentina.

—En union con los primeros sábios del mundo, ha sacado el horóscopo de los principales señores de Europa.

—¡Ah! dijo Enrique.

—Y como la casa de Borbon marcha á la cabeza de las mas elevadas, por descender, como desciende, del conde de Clermont, quinto hijo de San Luis, ya se figurará V. M. que no lo habrán dejado atrás.

Enrique escuhó con mayor atencion.

—¿Y recordais ese horóscopo? preguntó sonriéndose y afectando indiferencia.

—¡Oh! repuso Renato moviendo la cabeza, no es horóscopo fácil de olvidar.

—¿De veras preguntó el rey de Navarra con irónico gesto.

—Sí, señor, pues dice que V. M. está reservado al mas brillante destino.

Los ojos del jóven príncipe se animaron con un involuntario fuego que se perdió muy pronto bajo el velo de la indiferencia.

—Todos esos oráculos italianos, respondió, son aduladores, y quien dice adulador dice embustero. ¿No me han predicho ya que debia mandar ejércitos?

Y se echó á reir. Pero un osbservador que pensara menos en sí propio que Renato, hubiera visto y conocido cuán falsa era aquella risa.

—Señor, dijo Francamente Renato, el horóscopo vaticina otra cosa mejor.

—¿Qué he de ganar batallas á la cabeza de uno de esos ejércitos?

—Mejor todavía.

—Vamos, dijo Enrique, está visto que seré conquistador.

—Señor, sereis rey.

—¡Voto á tantos! respondió Enrique comprimiendo los violentos latidos de su corazon; ¿pues no lo soy ya?

—Mi amigo sabe lo que promete, señor; no solo sereis rey, sino que reinareis.

—Vamos, repuso Enrique con el mismo tono de burla, vuestro amigo necesita sin duda diez escudos de oro, ¿eh Renato? porque la tal profecía es algo ambiciosa, sobre todo en los tiempos que corren; pero como no soy rico, le daré cinco al contado, y los otros cinco cuando se realice el vaticinio.

—Señor, dijo la baronesa de Sauve, no olvideis el compromiso que teneis pendiente con Darioleta, y no hagais mas promesas que las que buenamente podeis cumplir.

—Señora, repuso Enrique, cuando llegue el caso, supongo que me tratarán como á rey, y que todos quedarán satisfechos con que cumpla no mas que la mitad de lo que haya prometido.

—Continúo, señor, dijo Renato.

—¿Qué? ¿aun falta algo? preguntó Enrique; si soy emperador, duplico la suma.

—Mi amigo volvió de Florencia con ese horóscopo, que repetido en Paris, produjo siempre el mismo resultado y me confió un secreto.

—¿Un secreto que interesa á S. M? preguntó con viveza Carlota.

—Creo que sí, respondió el florentino.

—Anda escogiendo frases, dijo entre sí Enrique sin acudir en ausilio de Renato; muy difícil de espresar debe ser el tal secreto.

—Pues hablad, repuso la baronesa de Sauve, ¿de que se trata?

—Trátase, dijo el florentino pesando una por una sus palabras, de esos rumores de envenenamiento que circulan hace algun tiempo en la corte

La nariz de Enrique se dilató ligeramente; este fué el único indicio que dió el rey de Navara de que crecia su atencion con el inesperado giro que tomaba el diálogo.

—¿Y sabe vuestro amigo el florentino alguna noticia de esos envenenamientos?

—Sí, señor.

—¿Pues cómo me confiais un secreto que no es propiedad vuestra, y un secreto tan importante, Renato? dijo Enrique en el tono de voz mas natural que pudo.

—Es que ese amigo desea pedir un consejo á V. M.

—¿A mí?

—¿Qué tiene eso de particular, señor? ¿No os

acordais de aquel veterano de Actio, que pidió á Augusto consejos sobre un pleito?

—Augusto era abogado, Renato, pero yo no.

—Cuando me confió mi amigo ese secreto, V. M. pertenecia aún al partido calvinista, siendo su primer gefe V. M. y el príncipe de Condé el segundo.

—Adelante.

Deseaba ese amigo que le valiese vuestra omnipotente influencia sobre el señor de Condé para que no le fuese hostil el príncipe.

—Esplicáos, Renato, si querèis que os comprenda, dijo Enrique sin demostrar la menor alteracion en su voz ni en sus facciones.

—Señor, V. M. me comprenderà á la primer palabra: ese amigo sabe todas las circunstancias del envenamiento intentado sobre monseñor el príncipe de Condè.

—¿Han intentado envenenar al príncipe de Condé? preguntó Enrique con una sorpresa perfectamente fingida, ¡de veras! ¿y cuándo?

Miró Renato fijamente al rey y contestó solo con estas palabras:

—Hace ocho dias.

—¿Algun enemigo? preguntó el rey.

—Sí, respondió Renato, un enemigo que V. M. conoce y que conoce á V. M.

—En efecto, dijo Enrique, me parece haber oido hablar algo de eso; pero ignoro los pormeno-

res que desea comunicarme vuestro amigo: decídmelos.

—Dieron una manzana al príncipe de Condé; pero afortunadamente su médico que estaba delante cuando se la presentaron, la tomó de manos del emisario y la olfateó para juzgar de su aroma y sus virtudes. Dos dias despues premiaron su adhesion ó resultaron de su imprudencia, una hinchazon gangrenosa, una estravasion de la sangre y una úlcera viva que le consumió la cara.

—Desgraciadamente, respondió Enrique, como soy ya medio católico, he perdido toda influencia sobre el príncipe de Condé, y vuestro amigo hará mal en dirigirse á mí.

—Es que V. M. podia ser útil á mi amigo, no solo influyendo sobre el príncipe Condé, sino tambien sobre el príncipe de Porcian, hermano del que murió envenenado.

—Renato, interrumpió Carlota, ¿sabeis que esas historias son terribles? A mal tiempo venis á solicitar; es tarde, y vuestra conversacion huele á muertos que trasciende. ¡Cuánto mas no valen vuestros perfumes!

Y Carlota alargó nuevamente la mano á la caja de opiata.

—Señora, dijo Renato, antes de probarla, escuchad los perniciosos efectos que de ella pueden sacar los perversos.

—Decididamente, Renato, dijo la baronesa, traeis fúnebre humor esta noche.

Frunció Enrique el ceño, pero conoció que Renato se proponia un fin que aun permanecia oculto para él, y resolvió sostener todo lo necesario aquella conversacion que tan dolorosas ideas despertaba en su memoria.

—¿Y conoceis tambien los pormenores del envenenamiento del príncipe de Porcian? repuso.

—Sí, dijo. Sabian que todas las noches dejaba una lamparilla encendida junto á su cama; envenenaron el aceite y murió asfixiado.

Enrique movió convulsivamente y con furia sus dedos bañados de sudor.

—De suerte, murmuró, que ese á quien llamais amigo, no solo está enterado de los detalles del envenenamiento, sino que conoce á su autor.

—Sí, y por esa razon quisiera saber si ejerceis sobre el príncipe de Porcian la influencia suficiente para lograr que perdone al asesino la muerte de su hermano.

—Desgraciadamente, respondió Enrique, como todavía soy medio hugonote, no ejerzo la menor influencia sobre el señor príncipe de Porcian; haria mal en dirigirse á mí.

—Pero, qué os parece que haria el señor príncipe de Condé y el de Porcian?

—¿Cómo lo he de adivinar, Renato? No sé que Dios me haya concedido el privilegio de leer en los corazones.

—Pudiera V. M. interrogarse á sí propio, dijo el florentino con flema. ¿Hay por ventura en la

vida de V. M. algun acontecimiento tan sombrío que en él pueda acrisolarse la clemencia, tan doloroso que sea una piedra de toque para la generosidad?

El acento con que fueron pronunciadas estas palabras, hizo estremecerse à la misma Carlota; comprendian una alusion tan directa, tan sensible, que la jóven volvió la cabeza para ocultar su sonrojo y para que no se encontrasen sus miradas con las de Enrique.

Hizo éste un violento esfuerzo sobre sí mismo; desanubló su frente, que durante las palabras del florentino habia ido tomando una espresion amenazadora, y trocando, el noble dolor filial que le oprimia el pecho, por una vaga meditacion:

—¿Un suceso de esa especie en mi vida? dijo.... no, Renato, no; no tengo mas recuerdos juveniles que el alocamiento y la indolencia propios de la edad, mezclados con las necesidades mas ó menos crueles que nos imponen las ecsigencias de la naturaleza y la voluntad de Dios cuando quiere probar á los hombres.

Reprimióse Renato á su vez, y mirò atentamente á Enrique y á Carlota cual si quisiera escitar al uno y contener á la otra, pues la baronesa se habia puesto nuevamente al tocador como para disimular su turbacion y acababa de coger la caja de opiata.

—En fin, señor, si fuerais hermano del príncipe de Porcian ó hijo del príncipe de Condé, y hubie-

sen envenenado á vuestro hermano ó asesinado á vuestro padre.....

Dió Carlota un leve grito y acercó la opiata á sus labios. Renato vió el movimiento, pero no le evitó ni con palabras ni con ademanes y se redujo á decir:

—¡En nombre del cielo, señor, respondedme! ¿qué hariais si os hallarais en su lugar?

Quedóse meditabundo Enrique, se enjugó con trémula mano la frente por la que corrian algunas gotas de frio sudor, y poniéndose de pié, respondió en medio del silencio en que no se oia ni la respiracion de Renato ni la de Carlota.

—Si me hallara en su lugar y estuviera seguro de ser rey, ó lo que es lo mismo, de representar á Dios sobre la tierra, haria lo que Dios, perdonaria.

—Señora, dijo Renato quitando á la baronesa de Sauve la opiata, señora, dadme esa caja; ahora veo que el mancebo se equivocó al traerla. Mañana os enviaré otra.

CAPITULO XXIII.

UN REGIEN CONVERTIDO.

Para el siguiente dia estaba dispuesta una partida de caza en la selva de San Germán.

Habia Enrique mandado que á las ocho de la mañana le tuviesen preparado con silla y riendas un caballito del Bearne que se proponia regalar á la baronesa de Sauve, y que queria probar anticipadamente. A las ocho menos cuarto estaba listo el caballo; al dar las ocho bajaba Enrique.

Altivo é impetuoso el animal, aunque de poca alzada, sacudia las crines y piafaba en el parque de palacio. Habia hecho frio y la tierra estaba cubierta con un ligera escarcha.

Disponíase Enrique á atravesar el parque en direccion á las caballerizas á cuya puerta le esperaban el caballo y el palafrenero, cuando al pasar por

delante de un soldado suizo puesto de centinela, vió que le presentaba el arma diciendo:

—Dios guarde á S. M. el rey de Navarra.

Este deseo, y mas que todo el acento de la voz que le espresó, sorprendieron á Enrique.

Volvió la cabeza y retrocedió un paso.

—¡Mouy! murmuró.

—Sí, señor, Mouy.

—¿A qué venis?

—A buscaros.

—¿Qué me quereis?

—Tengo que hablar á V. M.

—¡Infeliz! dijo el rey acercándose, ¿sabes que peligra tu cabeza?

—Lo sé.

—Y sabiéndolo.....

—Sabiéndolo he venido.

Perdió Enrique el color, pues conocia que el peligro que el ardoroso jóven corria, se hacia estensivo á él; miró con inquietud alrededor, y retrocedió por segunda vez no menos vivamente que la primera.

Habia visto al duque de Alenzon asomado á una ventana.

Variando inmediatamente de actitud, cogió el rey el mosquete de manos de Mouy, que como hemos dicho estaba de centinela, y mientras fingia que le escaminaba:

—Mouy, le dijo, para venir á meteros de esta

manera en la boca del lobo, motivos poderosos habreis tenido.

—Sí, señor. Ocho dias ha que ando en acecho. Solo ayer supe que V. M. debia probar hoy este caballo y me he apostado á la puerta del Louvre.

—Mas ¿cómo con ese traje?

—El capitan de la compañía es protestante y amigo mio.

—Ahí va el mosquete; volved à vuestra centinela. Nos observan, veré si al volver puedo deciros dos palabras; si no os hablo, no me detengais. Adios.

Mouy se puso á pasear acompasadamente, y Enrique se acercó al caballo.

—¿Qué vais á hacer con ese animal tan lindo? preguntó el duque de Alenzon desde su ventana.

—Voy á probarle respondió Enrique.

—Pero no es caballo propio para un hombre....

—Por eso está destinado para una hermosa dama.

—Con tiento, Enrique, no seais indescreto; ved que esa hermosa dama se presentará en la caza, y si no sé de cual sois caballero, sabré al menos de quién sois escudero.

—Pues no hay tal, no lo sabreis, dijo Enrique con falsa candidez, porque la hermosa dama está indispuesta esta mañana y no podrá salir.

Diciendo así montó à caballo.

—¡De veras? repuso Alenzon riéndose, ¡pobre eñora de Sauve!

—¡Francisco, Francisco! vos si que sois indiscreto.

—¿Y qué tiene la bella Carlota?

—A punto fijo, continuó Enrique poniendo el caballo á un galope corto y haciéndole describir un círculo, á punto fijo no lo sé: una gran pesadez de cabeza, segun me ha dicho Darioleta, una especie de embotamiento en todo el cuerpo; en fin, una debilidad general.

—Esa circunstancia os impedirá ser de los nuestros, ¿eh? preguntó el duque.

—¿Por qué? ya sabeis que soy frenético por la caza, y que por ningun motivo faltaria á una partida.

—Pues lo que es á esta faltareis, Enrique, dijo el duque despues de volver la cabeza y conversar un rato con una persona que los ojos del Bearnés no alcanzaron á ver, porque habló á su interlocutor desde el fondo del aposento: S. M. me envía á decir ahora que no puede verificarse la partida.

—¡Bah! respondió Enrique con espresion de sumo disgusto ¿Y por qué?

—Parece que por algunas cartas importantes que se han recibido del duque de Nevers, el rey, la reina madre y mi hermano el duque de Anjou celebran consejo.

—¡Oh! dijo Enrique para sí, ¿si habrán llegado noticias de Polonia?

Y en voz alta añadió:

—En ese caso, inutil es esponerme mas en este resbaladizo piso. Hasta la vista, hermano.

Y deteniendo el caballo frente á Mouy:

—Amigo, le dijo, dí á cualquiera de tus compañeros que concluya tu centinela. Ayuda al palafrenero á desensillar el caballo, coge la silla, póntela sobre la cabeza y llévala á casa del platero para que acabe el bordado que no tuvo tiempo de terminar para hoy. Vuelve á mi cuarto á darme la razon.

Dióse prisa Mouy á obedecer, porque el duque de Alenzon no estaba ya en la ventana y era evidente que habia entrado en sospechas.

En efecto, apenas traspuso la puerta, apareció Alenzon. Un suiso real y verdadero ocupaba el lugar de Mouy.

Miró Alenzon atentamente al nuevo centinela, y volviéndose á donde estaba Enrique le dijo:

—Este no es el hombre con quien estabais hablando, ¿verdad, hermano?

—No, el otro es un muchacho de mi servidumbre que coloqué en los suizos; le acabo de enviar á un recado.

—Ya, dijo el duque, como si le satisfaciera plenamente aquella respuesta. ¿Y Margarita, como sigue?

—A preguntárselo voy, hermano.

—¿Qué? ¿no la habeis visto desde ayer?

—No. A eso de las once de la noche fuí á su cuarto, pero Matilde me dijo que estaba muy cansada, y que ya se habia dormido.

—Pues no la encontrareis en su aposento, por que ha salido.

—Sí, dijo Enrique, es fácil; tenia que ir al convento de la Anunciacion.

No era posible prolongar la conversacion, estando Enrique, segun las trazas, resuelto á no hacer mas que responder categóricamente.

Separáronse, pues, entrambos cuñados, el duque de Alenzon, para ir á tomar noticias, segun dijo, y el rey de Navarra, para volver á su habitacion.

No bien entró en ella, oyó llamar á la puerta de la alcoba.

—¿Quién anda ahí? preguntó.

—Señor, respondió una voz que conoció ser la de Mouy, vengo con la respuesta del platero.

Visiblemente agitado Enrique, hizo entrar al jóven y volvió á cerrar la puerta.

—¡Vos aquí, Mouy! Creí que lo pensariais mejor.

—Señor, respodió Mouy, tres meses hace que lo estoy pensando: ya basta, ya es hora de hacer algo.

Enrique miró con inquietud en su rededor.

—Nada temais, señor, estamos solos y voy á darme prisa porque los momentos son precisos. Con una sola palabra puede devolvernos V. M. cuanto han hecho perder à la causa de la religion los acontecimientos de este año. Seamos claros, breves y francos.

—Ya escucho, buen Mouy, respondiò Enrique viendo que le era imposible eludir la esplicacion.

—¿Es cierto que V. M. haya abjurado de la religion protestante?

—Lo es, dijo Enrique.

—Pero ¿con los lábios ó con el corazon?

—Siempre se siente un impulso de agradecimiento á Dios cuando nos salva la vida, respondió Enrique tergiversando la pregunta como acostumbraba hacer cuando le convenia, y Dios me salvó visiblemente de aquel cruel peligro.

—Señor, repuso Mouy, confesemos una cosa.

—¿Cuál?

—Que vuestra abjuracion no es efecto de covicion, sino de cálculo. Habeis abjurado para que el rey os dejase vivir, y no por que Dios os hubiese conservado la vida.

—Sea cual fuere la causa de mi convercion, Mouy, no dejo de ser católico.

—Sí, pero ¿lo sereis siempre? ¿Recobrareis vuestra libertad de ecsistencia, de conciencia á la primera ocasion que se os presente? Ahora la teneis. La Rochela se ha insurreccionado; el Rosellon y el Bearne solo esperan una palabra para imitarla; toda la Guyena clama por guerra. Decidme tan solo que sois católico por fuerza y respondo del porvenir.

—Un caballero de mi clase, nada hace por fuerza, querido Mouy. Todo lo que he hecho, ha sido libremente.

—Pero, señor, dijo el jóven angustiado con aque-

lla inesperada resistencia, ¿no veis que obrando de esa manera nos abandonais.... nos haceis traicion....

Enrique permaneció impasible.

—Sí, repuso Mouy, sí, nos haceis traicion, señor, porque muchos de nosotros hemos venido arriesgando nuestra vida, á salvar vuestro honor y vuestra libertad. Todo lo tenemos preparado para daros un trono, señor, ¿lo entendeis? Para daros no solo la libertad, sino el poder, un trono á vuestra eleccion, porque dentro de dos meses podreis optar entre Navarra y Francia.

—Mouy, dijo Enrique entornando los párpados para ocultar el involuntario brillo que los animó al oir esta proposicion, Mouy, estoy en salvo, soy católico, soy esposo de Margarita, hermano del rey Càrlos y yerno de mi buena madre Catalina. Al tomar estas diversas posiciones, calculé las ventajas, Mouy, pero tambien los deberes que me imponian.

—Pero, señor, repuso Mouy, ¿á quién he de creer. Me dicen que no se ha consumado vuestro matrimonio; me dicen que en el fondo de vuestro corazon sois libre; me dicen que el odio de Catalina....

—Mentira, mentira, interrumpió vivamente el Bearnés. Sí, os han engañado descaradamente, amigo mio. Mi querida Margarita es sin disputa mi esposa, Catalina es sin disputa mi madre, y

en fin, el rey Cárlos IX es tambien sin disputa señor y dueño de mi vida y de mi corazon.

Mouy se estremeció; asomó á sus labios una sonrisa casi despreciativa.

Bien está, señor, dijo dejando caer con desaliento los brazos, y procurando sondear con la vista aquella alma llena de tinieblas: llevaré esa respuesta á mis hermanos. Les diré que el rey de Navarra tiende la mano y dá el corazon á los mismos que nos degollaron, les diré que hoy dia es cortesano de la reina madre y amigo de Maurevel.

—Caro Mouy, dijo Enrique, el rey vá á salir del consejo y tengo que ir á saber por qué razon se ha diferido una cosa tan importante como una partida de caza. Adios, imitadme, amigo mio; dejaos de cosas políticas, someteos al rey y aceptad la misa.

Y Enrique acompañó ó por mejor decir, empujó hasta la antesala al jóven cuyo asombro iba ya cediendo el puesto al furor.

Apenas cerró la puerta, caando no pudiendo resistir al deseo de desahogar en algo su cólera, Mouy estrujó su sombrero entre las manos, le tiró al suelo y pisoteándole como hace el toro con la capa de la espada:

—¡Mala muerte! esclamó ¡vaya un príncipe miserable! tentaciones me dan de hacer que me maten aquí para mancillarle para siempre con mi sangre!

—¡Chiton señor de Mouy! dijo una vez que salió por el hueco de una puerta entreabierta. ¡Chiton! Ved que puede oiros otro.

Volvióse Mouy vivamente y vió al duque de Alenzon embozado en una capa y asomando por el pasadizo su pálida cabeza á fin de cerciorarse de si estaban efectivamente solos.

—¡El señor duque de Alenzon! esclamó Mouy; ¡soy perdido!

—Nada de eso, murmuró el príncipe; quizá hayais topado con lo que andais buscando; y prueba de ello es, que no quiero que os dejeis matar aquí, como os proponeis hacer. Creedme, vuestra sangre puede emplearse en alguna cosa mejor que en bañar el umbral de la habitacion del rey de Navarra.

Y esto diciendo abrió el duque de par en par la puerta del aposento en que se hallaba.

—Este cuarto pertenece á dos caballeros de mi servidumbre, dijo el duque; nadie vendrá á incomodarnos aquí y podremos hablar con toda libertad. Venid, caballero.

—Aquí estoy, monseñor, dijo el conspirador estupefacto.

Y entró en el aposento; cuya puerta volvió á cerrar el duque de Alenzon con no menor viveza que la que empleara el rey de Navarra.

Mouy entró enfurecido, desesperado y echando maldiciones; pero poco á poco las frias y fijas miradas del jóven duque Francisco, obraron sobre el

capitan hugonote el efecto del encantado espejo que disipa la embriaguez.

—Monseñor, dijo, si no he comprendido mal, V. A. quiere hablarme.

—Sí, señor de Mouy, respondió Francisco. A pesar de vuesrro disfraz se me figuró conoceros, y cuando presentasteis el arma á mi hermano Enrique, os acabé de conocer. ¿Con que no estais contento del rey de Navarra?

—Monseñor....

—Vamos, habladme françamente. Tal vez sea yo amigo vuestro, sin que lo hayais sospechado.

—¡Vos, monseñor!

—Sí, yo, hablad.

—No sé qué decir á V. A., monseñor. Los asuntos de que tenia que hablar al rey de Navarra son concernientes á intereses que V. A. no podria comprender. Ademas, añadió Mouy, fingiendo indiferencia, se trataba solo de pequeñeces.

—¿De pequeñeces? repitió el duque.

—Sí, monseñor.

—¿Y por pequeñeces habeis espuesto vuesta vida? viniendo al Louvre, donde sabeis que se pagaria vuestra cabeza á peso de oro? Porque nadie ignora, y podeis creerlo, que en union del rey de Navarra y del príncipe de Condé sois vos uno de los principales gefes hugonotes.

—Si tal creeis, monseñor, proceded conmigo como debe hacerlo el hermano del rey Cárlos y el hijo de la reina Catalina.

—¿Por qué quereis que proceda así, cuando afirmo que soy amigo vuestro? Decidme la verdad.

—Monseñor, respondió Mouy, os juro....

—No jureis, caballero; la religion reformada lo prohibe, sobre todo siendo en falso.

Mouy frunció el ceño.

—Os digo que todo lo sé, repuso el duque.

Mouy continuó en su silencio.

—Lo dudais, prosigió el duque insistiendo afectuosamente. Pues es forzoso que os convenzais, querido Mouy. Vos mismo vereis si me engaño. ¿Habeis ofrecido ó no á mi cuñado Enrique, aquí, hace muy poco, y el duque apuntó al aposento del Bearnés, vuestro ausilio y el de vuestros partidarios para reponerle en la soberanía de Navarra?

Mouy miró con susto al duque.

—¿Proposiciones que él rechazó con terror.

—Mouy se quedó estupefacto.

Invocasteis ó no entonces el recuerdo de vuestra antigua amistad y de la religion que os es comun? ¿Pretendisteis ó no halagar al rey de Navarra con una esperanza harto brillante, tan brillante que le deslumbró, con la esperanza de ceñirse un dia la corona de Francia? Decidme, ¿estoy bien informado? ¿Eso es lo que habeis venido á proponer al Bearnés?

—Monseñor, respondió Mouy, tan esacto es eso, que dudo si decir en este momento á V. A. R. que miente, provocar aquí un duelo sin piedad, y causar con la muerte de uno de los dos la estincion de este terrible secreto.

—Poco á poco, buen Mouy; poco á poco, dijo el duque de Alenzon sin inmutarse, sin hacer el menor movimiento al oir esta terrible amenaza; mejor se estinguirá el secreto entre nosotros si vivimos los dos que si muere uno. Escuchadme y dejad de dar tormento á la empuñadura de esa espada. Por tercera vez os digo que estais con un amigo. Respondedme, pues, como á tal. ¿No se ha negado el rey de Navarra á cuanto le habeis propuesto?

—Sí, monseñor, lo confieso, porque esta confesion á nadie debe comprometer mas que á mí.

—¿No dijísteis al salir de su aposento y pisoteando ese sombrero, que era un príncipe cobarde é indigno de mandaros?

—Es cierto, monseñor, lo he dicho.

—¿Con que es cierto? ¿Con que al fin lo confesais?

—Sí.

—¿Y no habeis variado de parecer?

—Menos que nunca, monseñor.

—Pues yo, señor de Mouy, yo, tercer hijo de Felipe II, yo, príncipe real, ¿podré servir para mandar á vuestros soldados? Vamos á ver. ¿Me creeis dotado de la honradez suficiente para poder contar con mi palabra?

—¡Vos, monseñor! ¿vos gefe de los hugonotes?

—¿Por qué no? Ya sabeis que estamos en la época de las conversiones, Enrique se ha hecho católico, bien puedo yo hacerme hugonote.

—Sí por cierto, monseñor, y espero que me esplicueis.....

—Nada mas sencillo; en dos palabras os diré la política de todos. Mi hermano Cárlos mata á los hugonotes para reinar con mas libertad. Mi hermano Anjou los deja matar porque debe suceder á mi hermano Cárlos, y porque mi hermano Cárlos anda casi siempre enfermo. Pero yo.... es muy diferente; yo, que no he de reinar nunca, en Francia por lo menos, porque tengo dos por delante; yo, á quien alejan del trono el ódio de mi madre y mis hermanos, aun mas que las leyes de la naturaleza yo, que no debo aspirar á merecer ningun afecto de familia, ninguna gloria, ningun reino; yo, que, sin embargo, tengo un corazon tan noble como mis primogénitos, quiero, Mouy, labrarme con mi espada un reino en esta Francia.... que cubren de sangre.

—Ahora bien, lo que pretendo es lo siguiente. Escuchadme, Mouy.

—Pretendo ser rey de Navarra, no por los derechos del nacimiento, sino por eleccion. Y observad que no podeis hacer ninguna objeccion contra esto, porque no soy usurpador, porque mi hermano rechaza vuestros ofrecimientos, y reconoce altamente con la inaccion en que yace aletargado, que el tal reino de Navarra es ahora una mentira. Con Enrique de Borbon no teneis nada; conmigo teneis una espada y un nombre, Francisco de Alenzon, príncipe francés, el cual servirá de salvaguardia á

todos sus compañeros ó á todos sus cómplices, como mejor os plazca llamarlos. Vamos, ¿qué decís de esta proposicion, señor de Mouy?

—Digo que no me deslumbra, monseñor.

—Mouy, Mouy, hartos obstáculos tendremos que vencer luego, no seais ahora tan ecsigente y tan descontentadizo con un hijo y hermano de reyes que acude á vos.

—Monseñor, desde luego me conformaría si fuera el único que sostuviera mis ideas; pero tenemos una junta, que nos rige, y por brillante que sea la proposicion, tal vez á causa de su misma brillantez, no la aceptarán sin condiciones los gefes del partido.

—Eso es otra cosa; la respuesta es propia de un corazon honrado y de un ánimo prudente. Por el modo con que acabo de proceder debeis haber conocido mi probidad, Mouy. Tratadme por vuestra parte como á un hombre á quien se aprecia y no como á príncipe á quien se adula. ¿Puedo esperar algo, Mouy?

—Bajo mi palabra os aseguro, monseñor, ya que V. A. quiere que le dé mi parecer, que puede esperarlo todo, una vez que el rey de Navarra no acepta la oferta que á hacerle he venido. Pero, repito que es cosa indispensable ponerme de acuerdo con nuestros gefes.

—Enhorabuena, respondió Alenzon. ¿Cuándo sabré la respuesta?

Mouy miró al príncipe en silencio, y luego, cual si adoptara una resolucion definitiva:

—Monseñor, dijo, dadme esa mano. Necesito de estrechar la mano de un príncipe francés, para tener seguridad de que no se me hará traicion.

No contento el duque con presentar la mano á Mouy, cogió la de éste y se la apretó.

—Ya estoy tranquilo, monseñor, prosiguió el jóven hugonote; si nos viéramos descubiertos diria que en nada habiais entendido. No siendo así, monseñor, por pequeña que fuese la parte que en la traicion tomárais, quedariais deshonrado.

—¿Por qué me decís eso, Mouy, antes de manifestarme cuándo podreis traerme la respuesta de vuestros gefes?

—Porque esa pregunta equivale á preguntarme dónde están, y si os digo que os traeré la respuesta esta noche, sabreis que se hallan escondidos en Pairs.

Y esto diciendo clavó con desconfiado gesto sus penetrantes ojos en la falsa y penetrante mirada del jóven príncipe.

—Vamos, repuso el duque, todavía os quedan dudas, señor de Mouy, pero no puedo ecsigir de buenas á primeras una plena confianza. Mas adelante me ireis conociendo mejor: nos va á enlazar la comunidad de intereses. Y ella desterrará de vos cualquier sospecha. ¿Con que decís que esta noche?

—Sí, monseñor, porque el tiempo urge. Esta noche, pero ¿donde?

—En el Louvre, en este aposento: ¿os conviene?

—¿Está habitado? preguntó Mouy mirando á las dos camas que, una en frente de otra se hallaban allí colocadas.

—Por dos caballeros de mi servidumbre.

—Monseñor, creo que seria una imprudencia volver yo al Louvre.

—¿Por qué?

—Porque alguno puede tener tan buenos ojos como V. A. y conocerme tambien. Sin embargo, vendré si me concedeis lo que voy á pediros.

—¿Y es?

—Un salvo-conducto.

—Mouy, respondió el duque, un salvo-conducto que os halláran encima me perderia sin salvaros. Nada puedo hacer por vos sino á condicion de que en concepto de todos seamos enteramente estraños el uno para el otro. La menor relacion entre vos y yo, probada á mi madre ó á mis hermanos, me costaria la vida. Mi propio interes os servirá de salvaguardia, en cuanto me comprometa con los demas como con vos ahora. Libre en mi esfera de accion, fuerte si soy desconocido, si permanezco impenetrable, á todos os fio, no lo olvideis. Apelad, pues, por última vez á vuestro valor; intentad, descansando en mi palabra, lo que sin la palabra de mi hermano intentásteis. Venid esta noche al Louvre.

—¿Pero de qué manera quereis que venga? con este traje no puedo internarme en las habitaciones, no puedo pasar de los vestíbulos y los patios. El

mio propio es todavía mas peligroso; soy muy conocido aquí y me descubririan.

—Ando buscando..... esperad. Creo que.... sí, aquí está.

Miró en efecto el duque al rededor, y sus ojos se fijaron en el traje de lujo de La Mole, tirado casualmente sobre la cama. Consistia en una magnífica capa de color de cereza bordada de oro, en una toca adornada con una blanca pluma y rodeada con un cordon de margaritas de oro y plata mezclados, y en un jubon de rasó gris-perla y oro.

—¿Ves esta capa, esta toca y esta ropilla? dijo el duque, son propias del señor de La Mole, jóven que me sirve y que es uno de nuestros mas atildados pisaverdes. El tal traje ha hecho furor en la corte, y cuando le lleva puesto el señor de La Mole, todos le conocen á cien pasos de distancia; os darè las señas del sastre que lo ha hecho y pagándole el doble de lo que vale, os tendrá otro para esta noche. ¿Os acordareis del nombre del señor de La Mole?

No bien acababa de hacer esta pregunta el duque de Alenzon, sonaron en el corredor pasos que se iban acercando y á poco giró una llave en la cerradura.

—¿Quién va? gritó el duque precipitándose á la puerta y corriendo el cerrojo.

—¡Rara es la pregunta, por vida mia! respondió una voz afuera. ¿Quién va? digo yo. No es mala chanza preguntarme quién soy cuando vengo á mi casa.

—¿Sois el señor de La Mole?

—El mismo en carne y hueso. Pero y vos ¿quién sois?

Mientras que La Mole espresaba su asombro al ver ocupado su cuarto, y se devanaba los sesos por descubrir quién fuese su nuevo huésped, volvia vivamente el duque de Alenzon la cabeza, puesta una mano el cerrojo y la otra en la cerradura.

—¿Conoceis al señor de La Mole? preguntó a Mouy.

—No, monseñor.

—¿Y él á vos?

—Creo que tampoco.

—Bien, nada se ha perdido: adèmas, fingid que estais mirando por la ventana.

Obedeció Mouy sin replicar, pues ya empezaba La Mole á perder la paciencia y à llamar á golpes.

Echó el duque de Alenzon una ojeada á Mouy, y viendo que estaba de espaldas, abrió.

—¡El señor duque! esclamó La Mole retrocediendo con asombro. Perdonad, monseñor.

—No hay de qué, caballero. Me ha hecho falta vuestro aposento para recibir á una persona.

—Pues no os incomodeis, monseñor: permitidme tan solo que coja mi capa y mi sombrero que están encima de la cama, porque esta nòche he perdido en el muelle de la Greve los que llevaba puestos.

—En efecto, dijo el príncipe sonriéndose y dan-

do á La Mole los objetos que pedia, vais bastante á la ligera; parece que habeis dado con ladrones, regularmente tenaces.

Y entregó por sus propias manos á La Mole la capa y la toca. Saludole el jóven y se salió á la antecámara para mudarse, sin pensar siquiera en lo que el duque pudiera hacer en su cuarto, pues solia acontecer en el Louvre que las habitaciones de los caballeros fuesen para los príncipes á quienes servian, una especie de posadas, destinadas á toda clase de usos.

Acercóse nuevamente Mouy al duque, y entrambos aplicaron el oido á fin de saber cuándo acababa La Mole y se marchaba; pero él mismo les sacó de dudas luego que concluyó de vestirse, pues acercándose á la puerta, dijo:

—Perdonad, monseñor, que os interrumpa. ¿A visto hoy V. A. al conde de Coconnas?

—No, señor conde, y eso que esta mañana estaba de servicio.

—Entonces le habrán asesinado, dijo La Mole hablando consigo mismo y alejándose.

Escuchó el duque el ruido de pasos, y cuando se fué apagando abrió la puerta é hizo salir á Mouy.

—Miradle, dijo, y procurad copiar luego su inimitable porte.

—Haré lo que pueda, respondió Mouy. Desgraciadamente no soy cortesano sino soldado.

—De todos modos, antes de media noche os es-

pero en el pasadizo. Si está desocupado este cuarto os recibiré en él, si no, buscaremos otro.

—Bien, monseñor.

—Con que, hasta la noche, antes de las doce.

—Hasta la noche, antes de las doce.

—¡Ah! Mouy, moved mucho el brazo derecho al andar; es circunstancia característica del señor de La Mole.

CAPITULO XXIV.

LA CALLE TIZON Y LA CALLE CLOCHE-PERECÉE.

Salió La Mole corriendo del Louvre y empezó á hacer pesquisas para dar con el pobre Coconnas.

Su primera atencion fué ir á la calle del Arbol-Seco y entrar en casa de maese La Huriére, pues recordaba haber citado mas de una vez al piamontés cierto testo latino que tenia por objeto probar que el Amor, Baco y Ceres son dioses de primera necesidad, y suponia que Coconnas, ateniéndose al aforismo romano, se hubiese instalado en la *Hermosa Estrella* despues de una noche que para su amigo debia haber sido no menos borrascosa que para él mismo.

Nada encontró La Mole en casa de La Huriére,

si no es el recuerdo de la obligacion contraida por éste, y un almuerzo ofrecido con tan buena voluntad, que nuestro caballero le aceptó con gran apetito á pesar de su zozobra.

Tranquilizado el estómago, ya que no el espíritu, echó La Mole à andar por la orilla del Sena arriba, como aquel marido que buscaba el cadáver de su ahogada esposa. Al llegar al muelle de la Greve, reconoció el sitio en que sin duda le habian acometido tres horas antes, y encontró en el campo de batalla un pedacito de la pluma de su sombrero. Innato es el hombre en el instinto de la propiedad; La Mole tenia diez plumas á cual mas hermosas; mas no por eso dejó de bajarse á coger aquella, ó por mejor decir sus restos, y los estaba considerando melancólicamente, cuando oyó cerca de sí ruido de graves pasos y de brutales voces que le ordenaban se echase á un lado. Alzó La Mole la cabeza y vió una litera precedida de dos pajes y acompañada por un escudero.

Creyó La Mole reconocer la litera y se ladió con rapidez.

No se habia equivocado.

—El señor de La Mole, dijo una voz llena de dulzura que salió de la litera, en tanto que una blanca mano, tersa como el raso, apartaba la cortinilla.

—El mismo, señora, respondió La Mole inclinándose.

—El señor de La Mole con una pluma en la

mano, continuó la dama de la litera; ¿estais enamorado y andais buscando huellas perdidas?

—Sí, señora, respondió La Mole, enamorado estoy y mucho; mas lo que por ahora he encontrado son huellas de mí mismo, y por cierto que no son las que buscaba; pero ¿me permite V. M. preguntarla por su salud?

—Escelente, caballero; creo que nunca me he sentido mejor, y ha de depender sin duda de que he pasado la noche en oracion.

—¡Ah! en oracion, dijo La Mole mirando de estraño modo á Margarita.

—Sí por cierto: ¿qué tiene de particular?

—¿Y se podria preguntar sin indiscrecion, en qué convento?

—Ya se vé que sí; no es ningun misterio. En el convento de la Anunciacion. Pero, ¿y vos, qué haceis aquí, que tan agitado pareceis?

—Ando buscando á mi amigo que ha desaparecido, y acabo de encontrar esta pluma.

—¿Es suya? cierto que me asustais; este sitio es muy malo.

—Tranquilícese V. M., la pluma es mia; la perdí esta mañana aquí, á eso de las cinco y media, al escaparme de manos de cuatro bandidos que á toda fuerza y segun pude inferir querian asesinarme.

Margarita reprimió un vivo movimiento de terror.

—¡Oh! contádmelo, le dijo:

—Es cosa muy sencilla, señora, Serian, como ya he tenido el honor de decir á V. M. las cinco de la mañana.

—¿Y á las cinco de la mañana estabáis ya fuera de casa? interrumpió Margarita.

—Perdone V. M., dijo La Mole, aun no habia ido á ella.

—¡Ah! señor de La Mole, ¡recogerse á las cinco de la mañana! dijo Margarita con una maliciosa sonrisa que La Mole tuvo la fatuidad de creer adorable: ¡recogerse tan tarde! Merecisteis cualquier castigo.

—Por eso no me quejo, señora, dijo La Mole inclinándose con respeto, y aun cuando me hubieran atravesado las entrañas, todavía me tendria por mas dichoso de lo que merezco. Sea de esto lo que fuere, el caso es que yo me iba á recoger muy tarde, ó muy temprano, como mas plazca V. M., cuando asomaron por la calle de la Mortellerie, cuatro bergantes y echaron trás mí armados con hoces de desmesurada longitud. ¡Cosa ridícula! ¿verdad, señora? pero así era, y fuerza me fué huir, porque me habia dejado la espada en la casa en que pasé la noche.

—¡Oh! ya comprendo, dijo Margarita con admirable candidez, ¿y volvéis ahora á buscarla?

La Mole miró á Margarita como si se hubiera suscitado en su mente una duda.

—Efectivamente, señora, volveria con el mayor

gusto, porque mi espada es de finísimo acero. Pero no sé donde está la casa.

—¿Cómo es eso, caballero? repuso Margarita: ¿no sabeis donde está la casa en que habeis pasado la noche?

—No, señora; acabe conmigo Satanás si lo sospecho siquiera.

—¡Es particular! Vuestra historia es toda una novela.

—Una novela hecha y derecha, como decís señora.

—Contádmela.

—Es algo larga.

—No importa, tengo tiempo.

—Es que además es increible.

—Tampoco os detenga eso; yo soy escesivamente crédula.

—¿Lo manda V. M?

—Sí por cierto, sí es necesario.

—Obedezco. Estábamos cenando anoche en casa de maese La Huriére....

—Poco á poco, dijo Margarita con la mas perfecta naturalidad, ¿quién es maese La Huriére?

—Maese La Huriére, señora, respondió La Mole mirando por segunda vez á Margarita con la espresion de duda que ya en èl se pudo notar anteriormente, maese La Huriére es el dueño de la fonda de la *Hermosa Estrella*, sita en la calle del Arbol-Seco.

—Bien, me parece que lo estoy viendo. Cená-

bais, pues, en la tal fonda, sin duda con vuestro amigo Coconnas.

—Cabalmente, con mi amigo Coconnas, cuando entró un hombre y nos dió à cada uno un billetito.

—¿Iguales los dos?

—Esactamente iguales.

—¿Y qué contenian?

—Solo este renglon:

"Os esperan en la calle de San Antonio, frente á la de Jouy."

—¿No llebavan firma al pié? pregunnó Margarita.

—Firma no, pero sí tres palabras, tres encantadoras palabras que prometian tres veces la misma cosa, es decir, una triple felicidad.

—¿Qué palabras eran esas?

—*Eros, Cupido, Amor.*

—En efecto, son nombres sumamente dulces; ¿y cumplieron lo que prometian?

—¡Oh! mas, señora, mil veces mas, esclamó La Mole con entusiasmo.

—Proseguid; tengo curiosidad de saber quién os esperaba en la calle de San Antonio, frente á la de Jouy.

—Dos dueñas, con un pañuelo en la mano cada una, nos dijeron que nos dejáramos vendar los ojos. Ya adivinará V. M. que no opondríamos dificultad ninguna, y que estiraríamos cumplidamente el pescuezo. Mi guia me obligó á girar á la iz-

quierda, el de mi amigo le mandó girar á la derecha y nos separamos.

—¿Y entonces?..... preguntó Margarita que parecia estar resuelta á tomar los mas latos informes.

—No sé, repuso La Mole, á donde iria mi amigo con su guia. ¿Al infierno? puede ser. Pero lo que sé es que el mio me condujo á un sitio que tengo por el pariaso.

—¿Del cual os haria salir sin duda vuestra escesiva curiosidad?

—Justamente, señora, pareceis adivina. Esperaba yo con impaciencia que amaneciera para ver donde me hallaba, cuando á eso de las cuatro y media volvió á aparecer la misma dueña, me vendó nuevamente los ojos, me arrancó la promesa de que no haria esfuerzos para ver, me sacó á la calle, me acompañó hasta cien pasos mas allá, y me hizo jurar que no me quitaria la venda hasta contar otros cincuenta. Los conté y me hallé en la calle de San Antonio, frente á la de Jouy.

Ahora bien, señora, continuó La Mole, al encontrar aquí un pedazo de la pluma de mi sombrero, mi corazon á latido de alegría, y la he recogido con firme propósito de conservarla como un recuerdo de esta bienhadada noche. Pero en medio de mi gozo me aflige una cosa, y es el no saber qué ha sido de mi compañero.

—¿No ha vuelto al Louvre?

—¡Ah! no señora. Le he buscado en cuantas partes podia estar, en la Estrella de Oro, en el juego de

pelota, en otra porcion de sitios decentes, pero no hay quien me de razon de Anibal de Coconnas.....

Diciendo estas palabras, y acompañándolas con un ademan de afliccion, estiró La Mole los brazos y entreabrió la capa, bajo la cual se vió su jubon acuchillado en mas de un parage, y enseñando á manera de elegantes follados el forro por los desgarrones.

—Os han acribillado, dijo Margarita.

Esactamente, respondió La Mole, no sintiendo aquella ocasion de hacer valer como un mérito el peligro que habia corrido. Mirad, señora, mirad.

—¿Cómo no os habeis mudado en el Louvre, puesto que habeis estado allá? preguntó la reina.

—Porque hallé ocupado mi cuarto, respondió La Mole.

—¡Ocupado! dijo Margarita, con ojos que espresaron ol mayor asombro, ¿pues quién estaba en él?

—Su alteza.

—¡Chiton! esclamó Margarita.

El jóven obedeció.

—*¿Qui ad leoticam meam stanl?* dijo la reina.

—*Duo pueri et unus eques.*

—*Optime Barbari*, repuso, *dic, Moles, quem inveneris in cubiculo tuo.*

—*Franciscum, ducem.*

—*¿Agentem?*

—*Nescio quid.*

—*¿Quo cum?*

—*Cum ignoto* (*)

—¡Cosa estraña! murmuró Margarita: y continuó, demostrando á las claras que no pensaba en lo que decia. ¿Con qué no habeis podido dar con Coconnas?

—No, señora, y como ya he tenido el honor de manifestar á V. M. estoy en la mas amarga incertidumbre.

—Siendo así, repuso Margarita sonriéndose, no quiero estorbaros mas, pero sin saber por qué, tengo para mí que ha de parecer. Sin embargo, id á buscarle.

Y la reina se puso un dedo sobre los labios. Mas como la bella Margarita no habia confiado secreto ninguno, ni hecho la menor revelacion á La Mole, el jóven conoció que no pudiendo aquel delicioso ademan tener por objeto el encargarle silencio, debia significar otra cosa.

Echó á andar nuevamente la comitiva, y La Mole, con intento de proseguir su investigacion, continuó por el muelle arriba hasta la calle de

---

(*) —¿Quién está á la portezuela?

—Dos pajes y un escudero.

—Perfectamente, son bárbaros; decidme, La Mole, ¿á quién habeis encontrado en vuestro cuarto?

—Al duque Francisco.

—¿Qué hacia?

—No lo sé.

—¿Con qnién estaba?

—Con un desconocido.

Long-Pont, la cual le condujo á la de San Antonio.

Detúvose frente á la calle de Jouy.

Allí fué donde les vendaron los ojos las dos dueñas á él y á Coconnas la noche anterior. La Mole habia girado á la izquierda, y contado veinte pasos; repitió la misma operacion y se encontró frente á una casa, ó por mejor decir frente á una pared, tras de la cual se alzaba un edificio; en medio de ella habia una puerta con un cobertizo, fuertemente claveteada y con sus correspondientes troneras.

Hallábase situada la casa en la calle *Cloche Percée*; estrecha callejuela que empieza en la de San Antonio y termina en la del Rey de Sicilia.

—Aquí es, por vida mia, dijo La Mole.... lo juraria.... Al salir alargué la mano y toqué los clavos de la puerta: despues bajé dos escalones. El hombre que corria gritando ¡socorro! y que mataron en la calle del Rey de Sicilia, pasó cuando yo pisaba el primero de ellos. Veamos.

Marchó La Mole á la puerta y llamó.

Abrióse esta y asomó una especie de bigotudo portero.

—*¿Was-ist dast?* preguntó.

—¡Hola! dijo La Mole, parece que hemos dado con un suizo. Amiguito, continuó revistiéndose del aire mas amable que pudo, quisiera recoger mi espada que se me ha quedado en esta casa, donde he pasado la noche.

—*Ich verstche nicht*, respondió el portero.

—Mi espada, repuso La Mole.

—*Ich verestche nicht*, repitió el portero.

—..... Que se me quedó.... Mi espada, que me dejé....

—*Ich verstche nicht.*

—En esta casa, donde he pasado la noche....

—*Gehe zum teufel*....

Y le dió con la puerta en las narices.

—¡Vive Dios! dijo La Mole, que si tuviera aquí la espada que vengo á pedir, no me iria sin atravesar con ella á ese tunante.... Pero no la tengo y habré de dejarlo para otro dia.

Esto diciendo, prosiguió La Mole su camino hasta la calle del Rey de Sicilia; tomó á la derecha, dió unos cincuenta pasos, torció á la derecha otra vez, y se encontró en la calle *Tizon*; paralela á la *Cloche Percée* y en un todo semejante á ella. Para mayor asombro, apenas dió treinta pasos, topó nuevamente con la claveteada puertecilla, con su cobertizo y sus troneras, con los dos escalones y la pared. Parecia que la calle Cloche Percée hubiese dado la vuelta para verle pasar.

Pensó entonces La Mole que podia muy bien haber tomado la derecha por la izquierda, y llamó á aquella puerta á fin de hacer la misma reclamacion que en la otra. Pero en vano, ni siquiera salieron á abrirle.

Repitió La Mole dos ó tres veces su paseo por el mismo camino, y al fin se le ocurrió la natural

idea de que la casa tendria tal vez dos salidas, una por la calle Cloche Percée y otra por la calle Tizon.

Pero este lógico raciocinio no le devolvia su espada ni le decia dónde se hallaba su amigo.

—Pensó entonces en comprar otra espada y pasar de parte á parte al miserable portero que se obstinaba en no hablar mas que aleman; mas reflecsionó que aquel hombre servia á Margarita, que para preferirle ésta habria tenido sus razones, y que quizá la disgustaria verse privada de él.

Y como La Mole no quèria hacer por ningun pretesto la menor cosa que disgustase á Margarita, por no ceder á la tentacion, se encaminó nuevamente ál Louvre á eso de las dos de la tarde.

Aquella vez halló desocupado su aposento y pudo entrar en él. Ya le urgía hacerlo para quitarse el jubon que, conforme observó la reina estaba considerablemente deteriorado.

Dirigióse incontinenti á la cama para sustituirle con su hermosa ropilla gris perla. Mas no fué corto su asombro al ver junto á ella la famosa espada que se habia dejado olvidada en la calle Cloche Percée.

Cogióla La Mole y la ecsaminó detenidamente; la misma era sin duda.

—¿Sí habrá algo de mágia en esto? murmuró, y añadió con un suspiro: ¡Ah! sí pareciera el pobre Coconnas tan fàcilmente como la espada!....

Dos ó tres horas despues de dar La Mole su

circular paseo alrededor de la casa con dos puertas, se abrió la que correspondia á la calle Tizon. Serian las cinco, y por consiguiente ya habia anochecido.

Una muger envuelta en una larga capa guarnecida de pieles y acompañada de una criada, salió por aquella puerta que mantuvo abierta una dueña como de cuarenta años; marchó rápidamente á la calle del Rey de Sicilia; llamó á otra puerta falsa del palacio de Argenson, la cual le dió paso; salió por la principal que daba á la calle vieja del Temple; llegó á una poterna del palacio de Guisa, la abrió con una llave que en el bolsillo llevaba, y desapareció.

Media hora despues salia por la misma casa y puerta un jóven con los ojos vendados, guiado por una muger que le condujo á la esquina que forman las calles Geoffroy–Lasnier y de la Mortellerie. Allí le dijo que diese cincuenta pasos mas y se quitase la venda.

Siguió el jóven escrupulosamente estas instrucciones, y llegado al término señalado se quitó el pañuelo que le cubria los ojos.

—¡Voto á sanes! esclamó mirando en su rededor, ¡que me ahorquen si sé donde estoy!.... ¡Las seis! añadió oyendo el reloj de Nuestra Señora. ¿Qué habrá sido del pobre La Mole? Corramos al Louvre à saber de él.

Esto diciendo bajó Coconnas de una carrera toda la calle de la Mortellerie, y llegó á las puertas del Louvre en menos tiempo que hubiera necesita-

do un caballo ordinario; atropelló y dispersó en su tránsito la movible muralla de pacíficos ciudadanos que tranquilamente se paseaban alrededor de las tiendas de la plaza Baudoyer, y entró en palacio.

Allí interrogó al portero y al centinela. El primero dijo que se le figuraba haber visto al señor de La Mole recogerse por la mañana, pero que no recordaba que hubiese salido. El centinela hacia solo hora y media que estaba allí, y nada habia visto.

Subió Coconnas corriendo á su cuarto, y abrió precipitadamente, la puerta, mas solo halló dentro el jubon de La Mole lleno de girones, lo cual dió mayor pábulo á su inquietud.

Acordóse entonces de La Huriére y corrió á casa del digno fondista de la *Hermosa Estrella.* La Huriére habia visto á La Mole; La Mole habia almorzado en casa de La Huriére. Tranquilizado enteramente Coconnas, como tenia regular apetito, pidió á su vez que le diese de cenar.

Concurrian en el piamontés dos buenos precedentes para hacer una perfecta colacion; ánimo tranquilo y estómago vacío. Tanto se cebó en la cena, que estuvo á la mesa hasta las ocho de la noche. Confortado entonces con dos botellas de vinillo de Anjou que le hacia mucha gracia, y que trasegó entre pecho y espalda con una sensualidad que se revelaba, tanto por los guiños de sus ojos, como por los reiterados chasquidos de su lengua, prosiguió en busca de La Mole, acompañando esta nueva esploracion con puntapiés y puñadas que dis-

tribuia entre la turba en proporcion á lo mucho que habia crecido su amistad con esa placentera sensacion que infunde siempre una buena comida.

Una hora duró este ejercicio, en cuyo espacio recorrió Coconnas todas las calles inmediatas al muelle de la Greve, inclusas las calles Tizon y Cloche Percée, á donde pensaba que podia haber vuelto su amigo. Reflecsionó por fin que La Mole tenia que pasar precisamente por un sitio fijo, por el portillo del Louvre, y resolvió ir á aguardarle allí.

Solo distaria unos cien pasos del palacio, y estaba justamente poniendo en equilibrio á una muger à cuyo marido habia atropellado ya en la plaza de San German-l'Auxerrois, cuando divisó en el horizonte, á la dudosa claridad de un gran farol colocado junto al puente levadizo del Louvre, la capa de terciopelo color de cereza y la blanca pluma de su amigo, que semejante á una sombra desaparecia por el portillo, devolviendo el saludo al centinela.

Tanto efecto habia hecho en el público la famosa capa, que era imposible equivocarse.

—¡Eh! ¡voto à sanes! esclamó Coconnas, ahora sí que es él, y ya se retira. ¡Eh! ¡eh! ¡La Mole! ¡eh! ¡amigo! ¡Por vida de!..... pues mi voz no es tan mala. ¿Cómo no me oye? Por fortuna tengo las piernas tan buenas como la voz; voy trás él.

Dicho esto arrancó á correr con toda la celeridad de sus piernas, y en pocos minutos llegó al Louvre; mas aunque se dió gran prisa, la capa roja, que tambien demostraba llevar mucha, desapa-

recia por el vestíbulo adelante cuando Coconnas pisaba el parque.

—¡Eh! ¡La Mole! repitió el piamontés prosiguiendo su carrera, espérame, soy yo, soy Coconnas. ¿Qué diantres tienes que tanto corres? ¿Vas escapado?

En efecto. el de la roja capa, trepaba ya, que no subia al segundo piso, cual si tuviera alas.

—¡Oiga! ¿no quieres esperarme? gritó Coconnas. ¿Estais enfadado conmigo? ¿algun pique, eh? pues anda al demonio ¡voto à sanes! que no puedo mas.

Coconnas lanzaba desde el pié de la escalera este apostrofe al fugitivo, renunciando á seguirle con las piernas; pero siguiendole sin tregua con la vista en su ascension, hasta que llegó á la altura del aposento de Margarita. De repente salió una muger de este aposento y cogió por un brazo al que Coconnas iba persiguiendo.

—¡Oh! murmuró éste, ¡qué parecida es á la reina Margarita! Le estaria aguardando. Eso es otra cosa, ya no me estraña que no me haya respondido.

Y se tendió sobre la rampa poniéndose á mirar por el ojo de la escalera.

Desde allí vió al de la capa de color de cereza seguir á la reina á su aposento, despues de pronunciar en voz baja algunas palabras.

—Bien, dijo Coconnas, eso es. No me equivocaba. Hay momentos en que nos importuna la presencia del mejor amigo, y el buen La Mole se encuentra actualmente en uno de ellos.

Y subiendo Coconnas silenciosamente por la escalera, se sentó en un banco forrado de terciopelo que habia en la misma meseta.

—¡Está bien! le esperaré en vez de ir á buscarle; sí, pero ahora caigo en que si está con la reina de Navarra, puede darme un planton harto prolongado.... ¡Voto á sanes, que frio hace! Vaya, vaya, lo mismo le puedo aguardar en mi cuarto. Aunque el diablo se empeñe, forzoso es que allá vaya á parar.

Al acabar de pronunciar estas palabras, y cuando empezaba á llevar á efecto la resolucion que habia indicado, oyó resonar sobre su cabeza rápidas y leves pisadas, acompoñadas de una cancioncilla tan familiar á su amigo, que Coconnas alargó inmediatamente el pescuezo hácia la parte de donde salia uno y otro ruido. Era La Mole que bajaba del piso superior en que estaba situado su aposento, y que al ver á Coconnas saltó de cuatro en cuatro los escalones que aun le separaban de él, y se arrojó en sus brazos terminada esta operacion.

—¡Voto á sanes! ¿eres tú? dijo Coconnas: ¿por dónde has salido?

—¡Pardiez! por la calle Cloche Percée.

—No. No digo de la casa consabida.

—¿Pues de dónde?

—Del cuarto de la reina.

—¿Del cuarto de la reina?

—Sí. del cuarto de la reina de Navarra.

—No he entrado en él.

—¿Cómo que no?

—Querido Anibal, dijo La Mole, no delires. Acabo de salir de mi aposento donde te he estado aguardando hace dos horas.

—¡De tu aposento!

— Sí.

—¿Con que no eras tú la persona que he venido siguiendo por la plaza del Louvre?

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—No.

—¿Y tampoco el que desapareció por el postigo hace diez minutos?

—No.

—¿Ni el que acaba de subir por esta escalera cual si fuera tras él una legion de demonios?

—No.

—¡Voto sanes! esclamó Coconnas, pues no es tan malo el vino de la Hermosa Estrella que me trastorne la cabeza de ese modo. Te digo que acabo de ver tu capa de color de cereza y tu pluma blanca en el portillo del Louvre; que he seguido à una y á otra hasta el pié de esta escalera; que una muger, que tengo mis sospechas de que fuese la reina de Navarra, aguardaba aquí capa, sombrero y demás, incluso el brazo del portador, que como el tuyo parecia un balancin, y que ha tirado de todo metiéndolo por esa puerta adentro que, si

no estoy equivocado, corresponde al cuarto de la bella Margarita.

—¡Voto al diablo! dijo La Mole poniendose pálido ¿tendremos ya traicion?

—Eso es otra cosa, repuso Coconnas, jura cuanto quieras, pero no me desmientas.

Vaciló La Mole un instante, apretándose la cabeza con las manos y zozobrando entre el respeto y los celos; pero al fin vencieron estos, se arrojó á la puerta y empezó á llamar con todas sus fuerzas, de lo cual resultó un estrépito asaz impropio de la magestad del parage en que se hallaban.

—Mira que nos van á prender, dijo Coconnas; pero no importa, la escena es chistosa; oyes, La Mole, ¿sí habrá aparecidos en el Louvre?

—No lo se, dijo el jóven, tan pálido como la pluma que sobre su frente se mecia, mas siempre he tenido ganas de verlos, y puesto que ahora se me presenta ocasion, haré lo que pueda por hallarme frente á frente con éste.

—No me opongo, repuso Coconnas; pero si no quieres espantarle llama algo mas flojo.

Por grande que fuese su ecsasperacion, La Mole conoció la esactitud de la observacion de su amigo, y continuó llamando con menos fuerza.

CAPITULO XXV.

LA CAPA DE COLOR DE CEREZA.

No se equivocaba Coconnas. La dama que detuvo al caballero de la roja capa, era la reina de Navarra; en cuanto á aquel creemos que el lector habrá adivinado que no era otro que el buen Mouy.

Al ver á la reina, comprendió el jóven que allí habia algun *qui pro quo*, mas no se atrevió á decir palabra temiendo que le descubriese algun grito de Margarita. Prefirió, pues, dejarse conducir á los aposentos interiores reservando para entonces el decir á su bella conductora:—Señora, silencio por silencio.

En efecto, Margarita, habia estrechado tiernamente el brazo de la persona que en la penumbra equivocó con La Mole, y acercándose á su oido le habia dicho en latin:—Estoy sola, entrad, amado mio.

Sin responder Mouy se dejó llevar, pero apenas se cerró la puerta tras él y penetró en la antesala mejor alumbrada que la escalera, Margarita conoció que no estaba con La Mole.

Entonces lanzó, aunque levemente, el grito que tanto temia el prudente hugonote.

—¡El señor de Mouy! dijo retrocediendo un paso.

—El mismo, señora, y suplico á V. M. que me permita continuar libremente mi comino sin comunicar á nadie mi presencia en el Louvre.

—¡Oh! ¡el señor de Mouy! murmuró Margarita; ¡me he equivocado!

—Sí, repuso Mouy, ya entiendo. V. M. me habrá tomado por el rey de Navarra, tengo su misma estatura, llevo pluma blanca como él y muchos me han dicho, sin duda por adularme, que me parezco á S. M. cuando voy andando.

Margarita miró fijamente á Mouy y le preguntó:

—¿Sabeis latin, señor de Mouy?

—Lo aprendí, respondió el jóven, pero ya se me ha olvidado.

Sonrióse Margarita.

—Señor de Mouy, dijo, podeis contar con mi discrecion. Sin embargo, como creo saber á quien buscais en el Louvre, os ofrezco mis servicios para que llegueis con seguridad á donde se halla.

—Disimulad, señora, respondió Mouy; me parece que os equivocais y que por el contrario, ignorais completamente....

—¿Qué? esclamó Margarita: ¿No buscais al rey de Navarra?

—¡Ay señora! dijo el jóven, tengo el sentimiento de rogaros especialmente que oculteis mi presencia en el Louvre à vuestro esposo.

—Escuchadme, señor de Mouy, repuso Margarita con sorpresa: hasta ahora os he tenido por uno de los mas firmes apoyos del partido hugonote, por uno de los mas fieles partidarios del rey mi esposo: ¿me he engañado?

—No, señora; esta misma mañana era todo cuanto decís.

—¿Y por qué razon habeis variado desde entonces?

—Señora, dijo Mouy inclinándose, permitidme que no os conteste, y hacedme la gracia de aceptar mis respetos.

Y en la respetuosa, peró firme actitud, dió algunos pasos hácia la puerta por donde habia entrado.

Margarita le detuvo.

—Yo me atreveria, caballero, á pediros una ligera esplicacion. Creo que se puede fiar en mi palabra.

—Señora, respondió Mouy, debo callar; conozca V. M. cuán imprescindible será para mí este deber, cuando aun no la he contestado.

—Sin embargo....

—Puede V. M. perdedme, señora, mas no ecsigir de mí que venda à mis nuevos amigos.

—Pero, ¿y los antiguos, caballero? ¿no tienen ya ningun derecho sobre vos?

—Los que se han conservado fieles, sí; los que no solo nos han abandonado, sino que se han abandonado á sí mismos, no.

Pensativa ó inquieta Margarita, iba sin duda á responder con otra pregunta, cuando de repente se precipitó Matilde en el aposento, diciendo:

—¡El rey de Navarra!

—¿Por dónde viene?

—Por el pasadizo secreto.

—Sacad de aquí á este caballero, por la otra puerta.

—Es imposible, señora, ¿oís?

—Sí, dan golpes en ella.

—¿Quién será?

—No sé.

—Id á verlo y volved.

—Señora, dijo Mouy, ¿me atreveré á ser presente á V. M. que si el rey de Navarra me vé en el Louvre á estas horas y con este traje, soy perdido?

Cogió Margarita por un brazo á Mouy, y llevándole al famoso gabinete:

—Entrad, le dijo; aquí estais tan oculto y sobre todo, tan seguro, como en vuestra propia casa; podeis descansar en la fé de mi palabra.

Entró Mouy precipitadamente y apenas se cerró la puerta tras él, apareció Enrique en el aposento.

No tenia entonces Margarita que disimular la

menor turbacion; su aspecto era meditabundo y el amor se hallaba cien leguas de distancia.

Enrique entró con las minuciosas precauciones con que en los momentos de menos peligro notaba las mas insignificantes detalles; con mayor razon debia ser profundo observador en las circunstancias que le rodeaban.

No tardó, pues, en advertir la nuve que oscurecia la frente de Margarita.

—¿Estabais ocupada, señora? la preguntó.

—No, señor, estaba meditando.

—Bien haceis; la meditacion os cuadra perfectamente. Tambien yo meditaba, pero no busco como vos la soledad, sino que bajo espresamente á daros cuenta de mis pensamientos.

Hizo Margarita al rey un afectuoso saludo, y mostrándole una poltrona, se sentó por su parte en una silla de ébano esculpido, fina y fuerte cual si fuera de acero.

Reinó entre ambos esposos un instante de silencio, hasta que al fin le rompió Enrique diciendo:

—Recuerdo, señora, que mis ensueños sobre el porvenir tienen con los vuestros un punto de contacto: separados uno de otro como esposos, deseamos sin embargo, que sea una misma nuestra suerte.

—Es cierto.

—Creo haber comprendido, ademas, que en todos los planes de elevacion comun que fraguar pudiera, encontraria en vos una aliada, no solo fiel sino activa.

—Sí, señor, y solo deseo que, poniendo vos cuanto antes manos á la obra, me proporcioneis ocasion de ponerlas yo así mismo.

—Celebro que esteis tan bien predispuesta, y me parece que ni un solo instante habreis temido que perdiese yo de vista el plan cuya ejecucion resolví el mismo dia en que, merced á vuestra osada intervencion, concebí esperanzas casi seguras de salvar mi vida.

—Creo, señor, que vuestra indolencia habitual es solo una màscara; tengo fé, no tanto en las predicciones de los astrólogos como en vuestro genio.

—¿Y qué dirias, señora, si viniese alguno á trastornar nuestros planes, amenazando reducirnos á vos y á mí á la medianía?

—Diria que estoy pronta á luchar con vos, ora en las tinieblas, oro abiertamente, contra esa persona, sea quien fuere.

—Señora, continuó Enrique, podeis entrar á todas horas en la habitacion de vuestro hermano el duque de Alenzon: mereceis su confianza, os profesa una viva amistad. ¿Me atreveré á pediros que indagueis si en este momento está en conferencia secreta con alguna otra persona?

Margarita se estremeció y dijo:

—¿Con quién?

—Con Mouy.

—¿Y por qué quereis saberlo? preguntó la reina reprimiendo su emocion.

—Porque si es así, señora, podemos despedirnos de todos nuestros proyectos, ó por lo menos de los mios.

—Hablad bajo, dijo Margarita haciéndole una seña con los ojos y los labios y apuntando al gabinete.

—¡Oh! murmuró Enrique, ¿escondido tenemos? Cierto que á fuerza de estar habitado ese gabinete, se va haciendo inhabitable vuestro aposento.

Sonrióse Margarita.

—¿Supongo que será, como siempre, el señor de La Mole? preguntó Enrique.

—No, señor; es el señor de Mouy.

—¡Mouy! esclamó el rey con tanta sorpresa como júbilo; ¿con que no está con el duque de Alenzon? ¡Oh! que venga, le hablaré....

Margarita marchó al gabinete, le abrió, y cogiendo por una mano á Mouy, le condujo sin preámbulos ante el rey de Navarra.

—¡Ah señora! dijo el jóven hugonote con acento de reconvencion en que se traslucia mas tristeza que amargura, me habeis descubierto, á pesar de vuestra promesa, y eso no está bien. ¿Qué diriais si en venganza descubriese yo....

—No tomareis esa venganza, querido Mouy, interrumpió Enrique estrechando la mano del jóven, ó al menos me oireis antes de hacerlo. Señora, continuó Enrique dirigiéndose á la reina, ruegoos que cuideis de que nadie nos aceche.

Acababa apenas Enrique de hablar así, cuando entró Matilde muy agitada y dijo á Margarita algunas palabras al oido, que la hicieron levantarse precipitadamente de su asiento. Interin ella corria con su confidente á la antesala, Enrique, sin cuidarse de la causa que la llamaba fuera del aposento, reconocia la cama, los rincones, los tapices, y daba ligeros golpes en las paredes. En cuanto al señor de Mouy, alarmado con todos aquellos preámbulos, miraba entre tanto si salia su espada con facilidad de la vaina.

Al salir Margarita de su alcoba, se dirigió á la antecámara y se halló frente á frente con La Mole, quien, sin atender á las súplicas de Matilde, queria entrar á viva fuerza á ver á la reina.

A sus espaldas estaba Coconnas, dispuesto á empujarlo hácia adelante, ó á sostener su retirada.

¡Sois vos, señor de La Mole! pero ¿qué teneis? ¿por qué estais tan pálido y tan trémulo?

—Señora, dijo Matilde, de tal manera ha llamado el señor de La Mole, que á pesar de las órdenes de V. M., he tenido que abrirle.

—¿Qué es esto? dijo severamente la reina, ¿es cierto lo que me dicen, señor de La Mole?

—Sí, señora, vengo á participar á V. M., que se ha introducido aquí un estraño, un desconocido, acaso un ladron, con mi capa y mi sombrero.

—Estais loco, dijo Margarita; teneis la capa sobre los hombros, y creo ¡perdóneme Dios! que

tambien teneis el sombrero en la cabeza, hablando con una reina.

—¡Oh! ¡perdon, señora, perdon! esclamó La Mole descubriéndose vivamente, bien sabe Dios que no es respeto lo que me falta.

—No, sino fé, ¿verdad? dijo la reina.

—¡Qué quereis! repuso La Mole; habiendo un hombre en la habitacion de V. M., un hombre que se ha introducido disfrazado con mi traje, y quizá con mi nombre, no sé....

—¡Un hombre! dijo Margarita, apretando tiernamente la mano del apurado galan, ¡un hombre!.... Modesto sois, señor de La Mole. Asomad la cabeza por esa puerta, y vereis dos.

Y Margarita entreabrió en efecto la cortina de terciopelo bordada de oro, por cuyo hueco vió La Mole á Enrique hablando con el caballero de la roja capa. Escitada la curiosidad de Coconnas, tanto como si de él mismo se tratara, miró tambien, y vió y conoció á Mouy: ambos se quedaron estupefactos.

—Ahora que ya os supongo satisfecho, dijo Margarita, colocaos á la puerta de mi habitacion y no dejeis entrar á nadie: os lo ruego por vuestra vida, querido La Mole. Con solo que se acerquen á la meseta, dadnos aviso.

Sumiso y obediente La Mole como un niño, se marchó mirando á Coconnas que tambien le miraba, y ambos llegaron á fuera sin haber vuelto aun de su asombro.

—¡Mouy! esclamó Coconnas.

—¡Enrique! murmuró La Mole.

—¡Mouy con tu capa, tu blanca pluma y tu mismo modo de mover los brazos!

—Está visto, repuso La Mole, no siendo de asuntos de amor, se trata sin duda de algun complot.

—¡Voto á sanes! ya tropezamos con la maldita política, dijo Coconnas refunfuñando. Por fortuna no veo que dance en nada de esto la duquesa de Nevers.

Margarita volvió á ocupar su asiento junto á los dos interlocutores: su desaparicion solo duró un minuto, bien aprovechado por cierto. Dábanla plena confianza Matilde puesta en acecho en el pasadizo secreto, y los dos caballeros colocados en guisa de centinelas en la puerta principal.

—Señora, dijo Enrique, ¿creeis que sea posible oir lo que hablemos.

—Todo el aposento, respondió Margarita, está forrado de tapices; el techo tiene doble artesonado y apaga los sonidos.

—En vos confio, respondió Enrique sonriéndose.

Y volviéndose á Mouy, le dijo en voz baja cual si á pesar de la afirmacion de Margarita no se hubieran disipado enteramente sus dudas.

—Vamos á ver: ¿á qué veniais aquí?

—¿Aquí? preguntó Mouy.

—Sí, aquí, á este aposento, repitió Enrique.

—No venia aquí, dijo Margarita, yo le he traido.

—¿Con que sabiais?....

—Lo adiviné todo.

—Ya veis, Mouy, que todo se puede adivinar.

—El señor de Mouy, continuó Margarita, estuvo esta mañana con el duque Francisco en un cuarto que habitan dos caballeros de su servidumbre.

—Ya ,veis Mouy, repitió Enrique, que todo se sabe.

—Verdad es, dijo Mouy.

—Seguro estaba, prosiguió Enrique, de que el duque de Alenzon os habia ganado á su partido.

—Vos teneis la culpa, señor. ¿Por qué rechazásteis tan obstinadamente lo que os propuse?

—¿Lo rechazásteis? esclamó Margarita. ¿Luego era verdad lo que yo presumia?

—Señora, dijo Enrique moviendo la cabeza, y tú, buen Mouy, no puedo reprimir la risa al oir vuestras esclamaciones. ¿Con que solo porque entrase un hombre en mi aposento, y me hablase de tronos de sublevaciones, de trastornos, á mí, á Enrique, príncipe tolerado á condicion de llevar baja la frente, hugonote perdonado á condicion de hacer el papel de católico, habia yo de aceptar esas proposiciones, hechas en una habitacion que no

está forrada de tapices, que no tiene doble artesonado? ¡Voto á tantos! ó sois niños ó locos.

—Pero, señor, ¿no podia V. M. darme alguna esperanza, ya que no con palabras, por señas?

—¿Qué os dijo mi cuñado, Mouy?

—¡Oh! no puedo disponer de ese secreto.

—¡Válgame Dios! repuso Enrique con cierto aire de impaciencia al ver que trataba con un hombre que tan malamente le comprendia; no pregunto si os ha hecho proposiciones, sino si nos acechó, si acaso nos oyó.

—Sí, señor.

—Sí, ¿eh? vos mismo lo confesais, Mouy; ¡pobre conspirador! Una palabra que os hubiera yo dicho, os perdia. Aunque no sabia que estuviese oyéndonos, lo sopechaba, y sino él cualquiera otro; el duque de Anjou, por ejemplo, Cárlos IX, la reina madre.... No conoceis las paredes del Louvre, Mouy; por ellas se dijo que las paredes oyen; ¿y sabiéndolo yo habia de hablar? Vaya, Mouy poco honor haceis al sentido comun del rey de Navarra, y me asombra que no teniéndole en mas habeis venido á ofrecerle una corona.

—Pero, insistió Mouy, ¿no pudo V. M., aun rehusando esa corona, hacerme una sola seña? Así no me hubiera yo desesperado creyéndolo todo perdido.

—¡Voto á tantos! esclamó Enrique. ¿Pues sí escuchaba no podia ver? ¿O no pierde á un hom-

bre una seña lo mismo que una palabra? Mirad, Mouy, cantinuó el rey paseando una ojeada en torno suyo, ahora mismo que tan cerca estoy de vos, que mis palabras no salen del círculo de nuestras tres sillas, aun temo que me oigan si digo: Mouy, repíteme tus propsiciones.

—Señor, esclamó Mouy con angustia, ahora ya estoy comprometido con el duque de Alenzon.

Margarita dió con despecho una palmada y dijo:

—¿Con que ya es tarde?

—Al contrario, murmuró Enrique, en eso mismo se conoce visiblemente la proteccion de la Divina Providencia. Conserva tu compromiso, Mouy; porque el duque Francisco es la prenda de nuestra comun salvacion. ¿Te parece que el rey de Navarra podrá resguardar tu cabeza? ¡Nada de eso, infeliz! A la menor sospecha os matan por mí á todos, desde el primero hasta el último. Un príncipe francés es otra cosa; hazte con pruebas, Mouy, pide garantías, pero como eres tan cándido, te habrás dejado llevar de tu corazon, te habrás contentado con una palabra.

—¡Oh! esclamó Mouy, crea V. M. que solo por desesperacion al verme abandonado, me arrojé en brazos del duque; amen de que temí que nos descubriera, pues era dueño de nuestro secreto.

—Hazte ahora dueño del suyo, Mouy, de tí depende. ¿Qué desea? ser rey de Navarra: prométele la corona. ¿Qué quiere? salir de la corte; pro-

porciónale medios de huir, trabaja para él, Mouy, cual si para mí trabajaras; dirige el escudo á fin de que pare todos los golpes que nos asesten; cuando haya que huir, huiremos juntos; cuando haya que combatir y reinar me quedaré solo.

—Desconfiad del duque, dijo Margarita; su carácter es sombrío y penetrante; á nadie tiene ódio ni profesa amistad; siempre está dispuesto á tratar á sus enemigos como amigos, y á sus amigos como enemigos

—¿Y os espera, Mouy? preguntó Enrique.

—Sí, señor.

—¿Dónde?

—En el aposento de esos dos caballeros.

—¿A qué hora?

—Hasta media noche.

—Aun no son las once, dijo Enrique; no hay tiempo perdido; idos, Mouy.

—Contamos con vuestra palabra, caballero, dijo Margarita.

—Dejaos de eso, señora, repuso Enrique con la confianza que tan bien sabia aparentar con cierta clase de gente; á personas como el señor de Mouy no se preguntan siquiera esas cosas.

—Razon teneis, señor, respondió el jóven, pero necesito contar tambien con la vuestra para asegurar á los gefes que me la habeis dado. ¿Sois católico?

Enrique se encogió de hombros.

—¿Renunciais á la soberanía de Navarra?

—Yo no renuncio á ninguna soberanía, Mouy; pero me reservo escoger la mejor, esto es, la que mas conveniente sea para mí y para vuestro partido.

—¿Y sí entre tanto prendiesen á V. M., prometeis no revelar nada, aun cuando se violase con la tortura la magestad real?

—Mouy, lo juro en nombre de Dios.

—Una palabra mas, señor. ¿Cuándo podré volveros á ver?

—Mañana mismo tendreis una llave de mi aposento en el cual entrareis cuantas veces sean necesarias y á las horas que os plazcan. El duque de Alenzon responderá de vuetra presencia en el Louvre. Por ahora subid por esa ecalerilla; yo os serviré de guía. En este intermedio la reina cuidará de que nos visite el propietario de la capa roja, igual á la vuestra, el cual se hallaba hace poco en la anteeámara. Es pqu e no ..o haya la menor diferencia entre los dos, que os conceptúen uno solo. ¿No es así, Mouy? ¿No es así, señora?

Enrique pronunció estas últimas palabras riéndose y mirando á Margarita.

—Sí, dijo ésta sin inmutarse; porque al fin y al cabo ese señor de La Mole está al servicio del duque mi hermano.

—Pues haced por ganarle, dijo Enrique con imperturbable gravedad. No escaseeis dinero ni

promesas. Pongo á su disposicion todos mis tesoros.

—Ya que lo deseias, repuso Margarita con una de esas sonrisas propias solo de las mugeres de Bocacio, haré todo lo que pueda por secundar vuestros intentos.

—Bien, bien, señora; y vos, Mouy, volved á donde está el duque y echadle bien el anzuelo.

CAPITULO XXVI.

MARGARITA.

La Mole y Coconnas estaban de centinela durante esta conversacion, el primero algo afligido, y el segundo algo inquieto.

Dependia esto de que La Mole habia tenido tiempo para reflecsionar, y de que Coconnas le habia ayudado á ello poderosamente.

—¿Qué te parece? preguntó La Mole.

—Que todo es una intriga cortesana, respondió el piamontés.

—¿Y si llegara el caso, estás dispuesto á tomar parte en ella.

—Amigo, respondió Coconnas, oye con atencion lo que voy á decirte, y procura atenerte á ello en tu conducta. No podemos, no debemos hacer otro

papel que el de sombras en todas esas tramas se-secretas en que danzan príncipes, en todas esas régias maquinaciones, donde deje el rey de Navarra un pedazo de pluma de su sombrero y el duque de Alenzon un paño de capa, dejaremos nosotros la vida. Pierde la cabeza en materias de amor, pero no la arriesgues en cosas políticas.

Prudente era el consejo, y La Mole le escuchó con la tristeza del que, zozobrando entre la razon y la locura, conoce que se va á dejar llevar de esta última.

—Es que amo á la reina, Anibal, y por desgracia ó por fortuna, la amo con toda mi alma. Me dirás que es un disparate. Concedo, estoy loco. Mas tú que no lo estás, Coconnas, no es justo que pagues mis necedades, ni padezcas conmigo. Vuelve al lado de nuestro señor y no te comprometas.

Reflecsionó Coconnas un instante, y alzando la cabeza respondió:

—Todo cuanto dices es súmamente esacto; estàs enamorado, obra como tal. Yo soy ambicioso y creo que la vida vale algo más que una sonrisa mugeril. Cuando esponga mi cabeza será con ciertas y determinadas condiciones. Tú, pobre Medoro, tratá siquiera de poner las que te convengan.

Dicho esto, presentó Coconnas la mano á La Mole y se marchó, no sin dirigir á su compañero una postrer mirada.

Unos diez minutos despues de ausentarse el piamontés, se abrió la puerta, asomó con cautela

Margarita, cogió á La Mole por una mano, y sin pronunciar la menor palabra, le condujo desde el pasadizo á lo mas profundo de su aposento, cerrando en persona las puertas con una minuciosidad que revelaba la importancia de la conferencia que iba á tener lugar.

Detúvose en su cuarto, sentóse en su silla de ébano, y obligando á La Mole á que se acercara, le cogió las dos manos:

—Ahora que estamos solos, le dijo, hablemos sériamente, buen amigo.

—¿Sériamente, señora? preguntó La Mole.

—O íntimamente..... como mas os agrade. Puede haber cosas muy sérias en la intimidad de una muger, y sobre todo en la intimidad de una reina.

— Hablemos, pues..... de esas cosas tan sérias; pero á condicion de que no se ha de enfadar V. M. por los disparates que la diga.

—No me enfadaré mas que por una cosa, La Mole, y es porque sigais llamándome señora ó magestad. Para vos, amigo mio, soy Margarita y nada mas.

—Sí, Margarita; sí, Margarita; dijo el jóven devorando á la reina con la vista.

—Así me gusta, repuso la reina; ¿con que estais zeloso, gallardo caballero?

—¡Oh! es cosa de perder el juicio.

—¿De veras?

—Como un loco, Margarita.

—Sepamos de quién.

—De todo el mundo.

—Pero en particular de alguno.....

—En primer lugar del rey.

—Me parece que despues de lo que habeis visto y oido, podeis estar tranquilo en esa parte.

—Tengo zelos tambien de ese señor Mouy, á quien ví salir esta mañana por primera vez, y á quien encuentro esta noche en tanta intimidad con vos.

—¡Del señor de Mouy!

—Sí tal.

—¿Y qué os induce á sospechar de él?

—Escuchadme.... le he reconocido por su estatura, por el color de los cabellos, por un natural instinto de odio; es el mismo que estuvo esta mañana hablando con el duque de Alenzon.

—¿Y qué relacion tiene eso conmigo?

—No puedo yo saberlo, pero en todo caso, sed franca, señora; ya que no con otro sentimiento, mi amor tiene hartos derechos á ecsigir que se le retribuya con franqueza. Mirad; á vuestros piés me prosterno; si ha sido un afecto transitorio el que os he inspirado, os devuelvo vuestra fé, vuestras promesas; devuelvo al duque de Alenzon los favores y el empleo con que me honra, y marcho á que me maten en el sitio de La Rochela, si es que no me mata el amor sin dejarme llegar allá.

Escuchó Margarita sonriéndose estas palabras llenas de encanto: siguió con la vista las acciones de La Mole, que respiraban gracia, y apoyando

con meditabunda espresion su hermosa cabeza en su ardiente mano,

—Me amais, dijo.

—¡Oh, señora! mas que á mi vida, mas que á mi salvacion, mas que à todo; pero vos, vos.... no me amais.

—¡Pobre loco! murmuró Margarita.

—Sí, señora, esclamó La Mole siempre á sus piés, comencé diciendo que lo era.

—¿Luego ese amor es vuestro primer paso en la vida, queridó La Mole?

—El único, señora, el único.

—Enhorabuena; yo haré que lo demas sea solo un accesorio de ese amor. ¿Me amais? ¿Deseais estar cerca de mí?

—No pido á Dios otra cosa sino que no me aparte de vuestro lado.

—Pues no os apartereis, porque os necesito, La Mole.

—¡Necesitarme! ¿necesita el sol á la luciérnaga?

—¿Estareis enteramente à mi devocion si os digo que os amo?

—¿No lo estoy ya, señora, en cuerpo y alma?

—Sí, pero aun dudais de mí, ¡perdóneme Dios!

—¡Oh! hago mal, soy un ingrato, ó por mejor decir, como ya os he manifestado, y como habeis repetido, soy un loco; ¿pero por qué estaba aquí el señor de Mouy esta noche? ¿por qué le ví esta mañana con el duque de Alenzon? ¿A qué vienen

esa capa de color de cereza, esa pluma blanca, ese empeño en imitarme en el andar?

—¡Desgraciado! dijo Margarita; desgraciado, que dice que está zeloso y nada adivina.... ¿Sabeis, La Mole, que mañana mismo os mataria el duque de Alenzon si llegara á entender que esta noche estais aquí, á mis plantas, y que en vez de echaros de este sitio, os digo: Quedaos, quedaos en esa actitud, La Mole, porque os amo, gallardo doncel, ¿entendeis? ¡Os amo! ¿Sabeis, repito, que os mataria?

—¡Gran Dios! esclamó La Mole echándose atras y mirando con terror á Margarita, ¡es posible!

—Todo es posible, amigo mio, en nuestros tiempos y en la corte. Una sola palabra ahora. El señor de Mouy no venia por mi al Louvre, con vuestra capa y vuestra toca, sino por el duque de Alenzon. Ignorándolo yo, le equivoqué con vos, le trage aquí creyendo que erais vos, le hablé en la misma persuasion. Es dueño de nuestro secreto, La Mole, y debemos tener con él ciertos miramientos.

—Prefiero matarle, dijo La Mole, es mas breve y mas seguro.

—Y yo, valiente caballero, repuso la reina, prefiero que viva, y que lo sepais todo, porque su vida nos es, no solo útil, sino necesaria. Escuchad y pensad bien vuestras palabras antes de responderme; ¿me amais lo bastante, La Mole, para

sentir un impulso de júbilo si yo llegase á ser reina de hecho, si llegara á poseer un reino real y verdadero?

—¡Ay señora! respondió La Mole, es amo lo bastante para desear lo que vos deseeis, aunque de ello dependa la desgracia de toda mi vida.

—Pues bien, ¿quereis ayudarme á realizar ese deseo que os hará todavia mas dichoso?

—¡Oh! voy á perderos, señora, esclamó La Mole ocultando la cabeza entre las manos.

—No hay tal; por el contrario, en vez de ser mi primer servidor, sereis mi primer súbdito. A eso se reduce todo.

—¡Oh! no me hableis de interes.... no me hableis de ambicion, señora, no mancilleis vos misma el sentimiento que me inspirais.... un afecto, un afecto puro.

—¡Corazon noble! dijo Margarita. Yo le acepto y sabré agradecerle.

Y le presentó las dos manos que La Mole estrechó entre las suyas.

—¿Qué decis? preguntó la reina.

—Digo, Margarita, que ahora empiezo á comprender ese vago proyecto de que ya se habló entre nosotros los hugonotes antes de San Bartolomé; ese proyecto para cuya ejecucion vine á Paris, como tantos otros mas dignos que yo. Aspirais á la soberanía real de Navarra que debe sustituir á una soberanía ficticia. Enrique os impele

á ello. Mouy conspira con vos, ¿no es así? Pero ¿qué papel hace en todo esto el duque de Alenzon? No lo comprendo. ¿Os profesa tanta.... amistad que os dé su ayuda sin ecsigir nada en cámbio de los peligros á que se espone?

—El duque conspira por su cuenta y riesgo. Dejémosle que se pierda; su vida responde de la nuestra.

—Pero yo que le sirvo, ¿podré venderle?

—Venderle ¿por qué? ¿Qué os ha confiado? El es quien se ha vendido, indicando á Mouy como medio de penetrar hasta su persona vuestra capa y vuestro sombrero. Decis que le servis. ¿No me serviais á mí antes, caballero? ¿Os ha dado él por ventura mayores pruebas de amistad, que las pruebas de amor mias?

La Mole se levantó sin color, y como herido por un rayo:

—¡Oh! murmuró, bien decia Coconnas. Ya me envuelve la intriga en sus pliegues. Pronto me ahogará.

—¿Qué resolveis? preguntó Margarita.

—Hé aquí mi respuesta, dijo La Mole. Al otro estremo de Francia, donde llegaron hasta mí la fama de vuestro nombre, la universal reputacion en vuestra hermosura, produciendo en mi pecho una sensacion como un vago deseo de penetrar en desconocidas regiones, al otro estremo de Francia, suponen; y yo he oido decir que habeis amado

algunas veces y que constantemente ha sido fatal vuestro amor á los que le han merecido, en tal manera, que casi siempre os los ha arrebatado la muerte, envidiosa sin duda de vos....

—No me interrumpais, ¡oh, Margarita! pues añaden que conservais en cajas de oro, los corazones de esos leales amigos, y que á menudo concedeis á sus tristes restos un melancólico recuerdo, una piadosa mirada. Suspirais, reina mia, se empañan vuestros ojos, luego es verdad. ¡Pues bien! sea yo el mas amado y el mas feliz de vuestros favoritos. Prendasteis el corazon de los otros y le guardais; conmigo haceis mas; esponeis mi cabeza. Juradme, Margarita, ante la imágen de ese Dios que me salvó aquí mismo la vida, juradme que si muero por vos, como me lo anuncia un triste presentimiento, guardareis esta cabeza que separará el verdugo de su tronco, para fijar alguna que otra vez pongais en ella vuestras miradas. Juradlo, Margarita; semejante recompensa que mi reina me promete, me animará á ser mudo, traidor, y hasta cobarde si es necesario, á sacrificarlo todo, en una palabra, cual debe hacerlo la persona que merece vuestra preferencia, la persona á quien elegis por cómplice.

—¡Oh lúgubre demencia! dijo Margarita, ¡oh fatal pensamiento!

—Juradlo.

—¿Qué lo juré?....

—Sí, por la cruz que se alza sobre esta arquilla de plata, juradlo.

—¡Pues bien! dijo Margarita, si se realizaran ¡no lo permita Dios! tus siniestros presentimientos, ¡oh, mi gallardo caballero! te juro por esta cruz, que vivo ó muerto estarás siempre conmigo, mientras dure mi vida, y si no puedo salvarte del peligro à que por mí te espones, por mí sola, ya lo sé, daré por lo menos á tu pobre alma el consuelo que me pides y de que tan digno serás.

—Una palabra mas, Margarita. Ahora puedo morir, estoy tranquilo en cuanto á mi muerte; pero tambien puedo vivir, tambien pueden tener buen écsito nuestros proyectos. Tal vez sea Enrique rey, tal vez seais reina, y en ese caso el rey os llevará consigo, se quebrantarán vuestros actuales propósitos de separacion, y de ahí resultará la nuestra. Margarita, amada Margarita, con una palabra me habeis tranquilizado en punto á mi muerte, tranquilizadme con otra en punto á mi vida.

—¡Oh! nada temas, esclamó Margarita estendiendo de nuevo la mano sobre la cruz de la arquilla; si parto, me acompañarás; si se niega el rey á llevarte consigo, me quedaré.

—¿Y os atrevereis à resistir?

—Amado Jacinto mio, dijo Margarita, no conoces á Enrique; un solo objeto absorve sus pensamientos, la corona: á ella sacrificaria en este momento cuanto posee: ¿qué hará con lo que no posee? Adios.

Desde aquella noche dejó de ser La Mole un favorito vulgar, y pudo llevar erguida la cabeza, que viva ó muerta, estaba reservada á tan brillante porvenir.

A veces, sin embargo, se inclinaba hácia el suelo su aletargada frente; perdian sus mejillas el color, y la austera meditación abria hondos surcos entre las cejas del jóven tan alegre en otro tiempo, y à la sazon tan dichoso.

CAPITULO XXVII.

LA MANO DE DIOS.

Al separarse Enrique de la baronesa de Sauve la dijo:

—Acostaos, Carlota. Fingid que estais gravemente enferma, y por ningun pretesto recibais á nadie en todo el dia de mañana.

Carlota obedeció sin comprender los motivos que podia tener el rey para hacerla tal encargo. Pero ya empezaba á acostumbrarse á sus escentricidades, como diriamos ahora, y sus caprichos, como entonces se decia.

Sabia por otra parte que Enrique encerraba en su corazon secretos que á nadie confiaba, y en su nente proyectos que temia revelar à sus propios

sueños, y observaba por lo tanto sus instrucciones, segura de que ninguna idea suya, por estraña que pareciera, carecia de objeto.

Aquella misma noche se quejó delante de Dariolleta de gran pesadez de cabeza acompañada de vahidos, cuyos síntomas habia indicado Enrique.

Al otro dia fingió que queria levantarse, pero apenas puso un piè en el suelo, aparentó una estrema debilidad y se volvió á acostar.

Esta indisposicion, participada ya por Enrique al duque de Alenzon, fué la primer noticia que recibió Catalina al preguntar con serenidad por qué no iba la Sauve como de costumbre à verla por la mañana.

—Está enferma, respondió la princesa de Lorena que se hallaba presente.

—Enferma, repitió Catalina, sin que un solo músculo de su rostro revelase el interes que aquella respuesta le inspiraba. Tendrá pereza.

—No, señora, repuso la princesa. Se queja de un fuerte dolor de cabeza y de una debilidad que no la permite andar.

No respondió Catalina, mas para disimular su alegría volvió la cara hàcia la ventana, y viendo á Enrique, que atravesaba el parque despues de su conversacion con Mouy, se levantó á fin de ecsaminarle mejor, y obedeciendo á un impulso de conciencia que siempre vive invisiblemente en los mas empedernidos corazones:

—Parece, dijo á su capitan de guardias, que mi hijo Enrique está hoy mas pálido que de costumbre.

No habia tal cosa: el espíritu de Enrique se hallaba sumamente inquieto, pero su cuerpo gozaba de la mejor salud.

Poco á poco se fueron retirando las personas que acostumbraban visitar à la reina madre al levantarse, quedando solo con ella tres ó cuatro de las mas allegadas. Catalina las despidió con impaciencia diciendo que queria estar sola.

No bien se marchó el último cortesano, cerró la puerta, y dirigiéndose à un armario secreto, le abrió haciendo correr la puerta por una ranura practicada en las tablas que cubrian la pared, y sacó un libro cuyas arrugadas hojas anunciaban frecuentes servicios.

Púsole sobre una mesa y le abrió, apoyando despues el codo en la mesa y la cabeza en la palma de la mano.

—Esto es, murmuraba conforme leia; dolor de cabeza, debilidad, escozor de ojos, inflamacion del paladar. Aun no me han hablado mas que de los dos síntomas primeros.... no se harán esperar los restantes.

Y continuó.

—La inflamacion se propaga en seguida á la garganta; pasa al estómago; envuelve el corazon como en un círculo de fuego, y rompe el cerebro como por efecto de un rayo.

Siguió leyendo para sí, y continuó, aunque á media voz:

—La fiebre, seis horas, la inflamacion general, doce; la gangrena doce; la agonía seis; total treinta y seis horas.

Supongamos ahora que la absorcion sea mas lenta que la deglucion, y que en vez de treinta y seis se necesiten cuarenta horas; demos de barato otras ocho; sí, cuarenta y ocho horas deben bastar. Pero ¿Enrique por qué estará aún de pié? Porque es hombre; porque su temperamento es robusto; porque acaso habrá bebido agua despues de besarla y se habrá enjugado los labios despues de beber.

Aguardó Catalina con impaciencia la hora de comer. Enrique comió á la mesa del rey. Asistió á ella en efecto; se quejó de punzadas en el cerebro, no probó bocado y se retiró inmediatamente, diciendo que habia estado despierto hasta muy tarde la noche precedente, y que tenia sueño.

Catalina se puso á escuchar los vacilantes pasos de Enrique y mandó que le siguieran. Trajéronla por respuesta que el rey de Navarra se habia encaminado al aposento de la baronesa de Sauve.

—Esta noche consumará, dijo la reina madre, la muerte que por una funesta casualidad quizá no ha tomado todavía el suficiente desarrollo.

El rey de Navarra fué en efecto á ver á la baronesa, pero solo con objeto de decirla que continuase fingiendo.

En toda la mañana del siguiente dia no salió

Enrique de su aposento. Tampoco se presentó á comer con el rey. Deciase que la baronesa iba de mal en peor, y la noticia de que Enrique estaba enfermo, propalada por la misma Catalina, circulaba como uno de esos presentimientos cuya causa nadie sabe esplicar, pero que ecsisten.

Triunfaba Catalina; ya el dia anterior habia alejado á Ambrosio Paré, mandandole que fuese á ver á su ayuda de cámara y favorito que estaba enfermo en San German. Por lo tanto, para asistir á la baronesa y á Enrique, era preciso que llamasen á un hombre de la confianza de la reina madre, el cual solo diria lo que esta quisiera. Si contra todas las probabilidades llegaba á tomar cartas en el asunto algun otro doctor, y si resultaba de aquí una declaracion de envenenamiento que pudiera aterrar á aquella corte donde tantas declaraciones por el estilo se habian ya hecho, Catalina esperaba mucho de los rumores que corrian acerca de los zelos de Margarita y de los amores de su esposo. Recordará el lector que, previniéndose para cualquier evento, la reina madre solia hablar de dichos zelos, y que en mas de una ocasion los habia demostrado Margarita, entre otras, en el paseo al Espino albar donde la reina dijo á su hija á presencia de muchas personas:

—"¿Con que tan zelosa estais, Margarita?"

Esperaba, pues, con serena faz el momento en que se abriese la puerta y entrase algun criado descolorido y asustado diciendo:

—"Señora, el rey de Navarra se muere, la baronesa de Sauve ha muerto."

Dieron las cuatro de la tarde. Catalina estaba acabando de merendar en la pajarera, entretenida en desmigajar bizcochos á algunas aves raras que por su propia mano criaba. Aun cuando tenia el rostro, como siempre, impasible y hasta sombrío, su corazon latia violentamente al menor ruido.

De repente se abrió la puerta.

—Señora, dijo el capitan de sus guardias, el rey de Navarra está....

—¿Enfermo? interrumpió vivamente Catalina.

—¡No, señora, á Dios gracias! S. M. goza al parecer de la mas perfecta salud.

—¿Pues qué decis?

—Que el rey de Navarra esta ahí.

—¿Qué quiere?

—Trae un mono sumamente estraño, sin duda para regalárselo á V. M.

En aquel momento se presentó Enrique llevando en la mano un canastillo y acariciando á un titi que dentro de él iba acostado.

Entró con la sonrisa en los labios y como si llamara toda su atencion el lindo animalito, mas á pesar de su afectada indiferencia no perdió el primer golpe de vista, que le era suficiente aún en las mas difíciles circunstancias. Catalina estaba muy pálida, y su palidez iba en aumento conforme observaba, al acercarse el jóven, que cubria sus mejillas el bermellon de la salud.

Este golpe dejó atónita á la reina madre. Aceptó maquinalmente el regalo de Enrique; se turbó, le felicitó por su buen aspecto, y añadió:

—Con tanta mas razon celebro veros bueno, hijo mio, cuanto que habia oido decir que estabais enfermo, y aun si mal no me acuerdo, os quejasteis delante de mí de una indisposicion: pero ahora comprendo, añadió con falsa sonrisa, que sin duda seria un pretesto para marchar en libertad á vuestros quehaceres.

—He estado, en efecto, muy malo, señora, respondió Enrique, mas ya me ha puesto bueno un específico que se usa en nuestras montañas y que me legó mi madre.

—¿De veras? pues me enseñareis la receta, repuso Catalina sonriéndose entonces de veras, pero con una ironía que no pudo disimular.

—Algun contraveneno, murmuró; lo pensaré con detenimiento. Pero no, habrá entrado en sospecha al ver enferma á la baronesa. Cierto que parece pue Dios ha tendido la mano sobre ese hombre.

Catalina aguardó con impaciencia á que llegase la noche. La baronesa de Sauve no se presentó. Interin jugaba preguntó por ella, y la respondieron que cada vez se sentia peor. Estuvo muy inquieta toda la noche, y los circunstantes se preguntaban con terror qué pensamientos podian agitar de tal manera aquel rostro por lo regular tan grave.

Luego que se retiraron mandó Catalina á sus sirvientas que la desnudaran y se acostó; pero así que la imitaron los demas habitantes del Louvre, volvió á levantarse, se puso una ancha bata negra, cogió una lamparilla, buscó entre todas sus llaves la que correspondia á la habitacion de la baronesa, y subió á ver á su azafata.

¿Habia Enrique previsto esta visita? ¿Estaba ocupado en su aposento? ¿Estaba escondido? Lo cierto es que la jóven se hallaba sola.

Abrió Catalina la puerta con precaucion; atravesó la antecámara; entró en la sala; dejó la lamparilla sobre un mueble, pues junto á la enferma habia una mariposa encendida, y se deslizó como una sombra hasta la alcoba.

Darioleta dormia junto al lecho de su ama, recostada en una poltrona.

La cama estaba enteramente oculta por las cortinas.

Tan leve era la respiracion de la baronesa, que hubo un momento en que Catalina creyó que ya no alentaba.

Oyó por fin un ligero resoplido, y se decidió con maligna alegría á apartar la cortina para ver por sus propios ojos lor efectos del terrible veneno, estremeciéndose anticipadamente al considerar la lívida palidez, ó el fuego devorador de la mortal calentura que se esperaba. Mas por el contrario; serena, con los ojos suavemente velados por sus blancos párpados, entreabierta y sonrosada la boca,

blandamente apoyada la húmeda mejilla sobre un brazo doblado con gracia, ínterin se estendia el otro, fresco y nacarado, sobre la colcha de damasco carmesí; dormia la jóven baronesa y casi vagaba aún entre sus labios una sonrisa. Sin duda la causaba algun dulce ensueño, animando sus mejillas con el colorido propio de la mas completa felicidad. No pudiendo contenerse, Catalina dió un leve grito que despertó por un instante á Darioleta.

La reina madre se ocultó tras las cortinas de la cama.

Darioleta abrió los ojos, pero estaba rendida de sueño. Sin procurar inquirir siquiera en su aletargada mente la causa que habia interrumpido su reposo, entornó nuevamente los pesados párpados y se volvió á dormir.

Entonces salió Catalina de su escondite, y paseando una vista por los demas rincones del aposento, vió sobre una mesita un frasco de vino de España, frutas, pastas azucaradas y dos vasos. Enrique debia haber senado con la baronesa, la cual sin duda gozaba de tan buena salud como él.

Dirigiéndose en seguida la reina al tocador, sacó la cajita de plata, mermada ya en la tercera parte de su contenido. Era la misma, ó cuando menos esactamente igual á la que habia enviado á Carlota. Con la punta de una aguja de oro, tomó una porcion de pomada del tamaño de una perla, volvió á sus aposentos, y se la dió al mono que pocas horas antes la regalara Enrique. Incitado el

animal por el aromático olor, la devoró àvidamente, hecho lo cual se acomodó nuevamente en su cama tillo y se dormió. Catalina estuvo en observacion un cuarto de hora.

—Con la mitad de lo que acaba de tomar, dijo, se hinchó y reventó mi perro Brenot en un minuto. ¡Se han burlado de mí! ¿Habrá sido Renato? ¡Renato! Es imposible. ¿Será Enrique? ¡oh fatalidad! claro està, debe reinar, luego no puede morir.

Pero tal vez la impotencia se reduzca al veneno; ¡probaremos con el hierro.

Y Catalina se acostó, alambicando en su espíritu un nuevo pensamiento que sin duda amaneció completo á la mañana siguiente, pues al levantarse, llamó al capitan de sus guardias, y le dió una carta con órden de que la llevara á donde decia el sobre, y de que la entregara en propia mano á la persona á quien iba dirigida.

Iba dirigida al señor de Louviers Maurevel, capitan de polvoristas de S. M., calle de la Cerisaie, junto al Arsenal.

CAPITULO XXVIII.

LA CARTA DE ROMA.

Pocos dias despues de los sucesos que acabamos de relatar, entró una mañana en el Louvre una litera escoltada por varios caballeros que vestian los colores del duque de Guisa, anunciándose poco despues á la reina de Navarra, que la señora daquesa de Nevers solicitaba el honor de presentarla sus respetos.

Estaba Margarita, á la sazon, de visita con la baronesa de Sauve, y era la primera vez que la bella baronesa salia desde su supuesta enfermedad. Noticiosa de la inquietud que habia manifestado la reina á su esposo por aquella indisposicion que, durante toda una semana fué objeto de las conversaciones de la corte, iba á darla las mas espresivas gracias.

Felicitaba Margarita por su convalecencia y por la fortuna que habia tenido en salir libre del súbito ataque de aquel estraño mal, cuya gravedad no podia menos de apreciar en su calidad de princesa de la casa real de Francia.

—Es de esperar que vengais á la gran cacería que se suspendió, y que definitivamente se verificará mañana, dijo Margarita. El tiempo está muy bueno, para ser de invierno. El sol ha reblandecido la tierra, y todos los cazadores concuerdan en decir, que el dia será uno de los mas á propósito para el caso.

—Es que no sé si estaré enteramente aliviada, dijo la baronesa.

—¡Bah! repuso Margarita, ya hareis un esfuerzo; ademas, como yo me jacto de ser toda una amazona, he autorizado al rey para que disponga de un caballito de Bearne que debia servir para mí y que os vendrá perfectamente, ¿sabeis de cuál hablo?

—Sí, señora; pero ignoraba que ese caballo hubiese tenido el honor de estar destinado á V. M.; á haberlo sabido, no hubiera aceptado.

—¿Por orgullo, baronesa?

—Todo lo contrario, señora, por humildad.

—¿Con que vendreis?

—V. M. me honra cual no merezco; iré, pues, que así lo mandais.

En aquel momento fué cuando anunciaron á la duquesa de Nevers. Al oir su nombre hizo Mar-

garita tal movimiedto de alegría, que conociendo la baronesa que tendrian que hablarse reservadamente las dos amigas, se levantó para retirarse.

—Hasta mañana, dijo Margarita.

—Hasta mañana, señora.

—A propósito, continuó la reina saludándola afectuosamente con la mano, ya sabeis que en público os detesto, porque soy horriblemente zelosa.

—Pero, ¿y en particular? preguntó la baronesa de Sauve.

—¡Oh! en particular, no solo os perdono, sino que os estoy agradecida.

—Entonces, permítame V. M....

Margarita le presentó la mano; besóla con respeto la baronesa, hizo una profunda reverencia y se marchó.

Mientras subia la baronesa de Sauve á su cuarto saltando como un cabritillo que se vé libre de sus ataduras, hacia la duquesa de Nevers á la reina algunos ceremoniosos saludos para dar lugar á que se retiraran los caballeros de su acompañamiento.

—Matilde, dijo Margarita, luego que se cerró la puerta tras el último, Matilde, cuida de que nadie nos interrumpa.

—Sí, añadió la duquesa, porque tenemos que hablar de asuntos sumamente graves.

Y tomando una silla se sentó á sus anchas, segura de que nadie iria á turbar la intimidad que reinaba entre ella y la reina de Navarra, acomo-

dándose en el mejor sitio junto á la lumbre y al sol,

—¿Qué hay? dijo Margarita sonriéndose, ¿cómo sigue nuestro tremendo maton?

—Júrote, reina querida, respondió la duquesa, que es un sér fabuloso; nadie le iguala en talento; nunca se agota su caudal de gracias. Salidas tiene que harian desternillarse de risa á un santo. Por lo demas, es el pagano mas rabioso que se pudiera haber cosido dentro del pellejo de un católico. Estoy loca por él; ¿y tú, qué haces de tu Apolo?

—¡Ah! dijo Margarita suspirando.

—¡Oh! ¡cuánto me dá en que entender ese ¡ah! ¡cara reina! ¿Con que al buen La Mole le sobran respeto y sensibilidad? Pues es el reverso de la medalla de su amigo Coconnas.

—No hay tal, repuso Margarita; tiene momentos. Mi esclamacion solo á mí se refiere.

—¿Y qué quiere decir?

—Que temo enamorarme buenamente de él, amada duquesa.

—¿De veras?

—A fé de Margarita.

—Pues no lo sientas, repuso Enriqueta; ¡es tan dulce distraer el espíritu por medio del corazon, ¡oh cara y docta reina! Vamos, Margarita, presiento que hemos de pasar un año muy feliz.

—¿Sí? preguntó la reina, pues á mí me sucede todo lo contrario; no sé por qué veo el porvenir al

traves de un enlutado velo. Esos asuntos políticos me tienen horriblemente inquieta. A propósito, indaga si tu Anibal profesa á mi hermano tanta adhesion como aparenta. Entérate de ello, porque es importante.

—¿Tener él adhesion á nadie ni á nada? Bien se vé que no le conoces como yo. Solo la ambicion seria capaz de hacerle acometer grandes empresas. ¿Es tu hermano hombre que pueda hacerle promesas muy brillantes? ¡Oh! entonces vamos perfectamente, tendrá adhesion á tu hermano; pero que cuide éste mucho de no faltar à las promesas que le haga, y que no se fie de que es príncipe, porque entonces ¡pobre de él!

—¿De veras?

—Como lo oyes. Te aseguro, Margarita, que hay momentos en que á mí misma me infunde miedo ese tigre que he domesticado. El otro dia le dije: Anibal, andad con tiento y no me engañeis, porque ¡si me engañarais!.....

—¿Y qué respondió?

—Yo crei que iria á responderme. ¡Engañaros yo! ¡nunca! ¡jamas! etc., etc., ¿pero sabes lo que me dijo?

—No.

—Oye, y por ahí verás qué clase de hombre es. Señora, me dijo, vos tambien debeis andar con tiento en esto de engañarme á mí, porque, pese á vuestro título de princesa..... Y esto diciendo me amenazaba, no solo con la vista, sino con las

manos, con un dedo seco, puntiagudo y armado con una uña cortada á manera de punta de lanza; que faltó poco para que me la pusiera debajo la nariz. Confesote, pobre reina mia, que en aquel momento tenia una cara tan amenazadora, que me asusta el pensarlo, y bien sabes que no soy nada tímida.

—¿Se atrevió á amenazarte, Enriqueta?

—¡Voto á sanes!..... ¿pues no le amenazaba yo á él? Al fin y al cabo razon tenia. Ya ves que solo es capaz de tener adhesion hasta cierto punto, ó mejor dicho, hasta un punto muy incierto.

—Allá veremos, murmuró Margarita pensativa. ¿No tenias mas que decirme?

—Sí, por cierto, una cosa de las mas interesantes, que es la que principalmente me ha movido á venir. ¿Pero qué quieres? Tú me has hablado de otras mas interesantes todavía.... He tenido noticias.....

—¿De Roma?

—Sí, ha llegado un correo de mi marido.

—¿Y los asuntos de Polonia?

—Van perfectamente. Es muy probable que dentro de poco te veas libre de tu hermano el de Anjou.

—¿Ha ratificado el Papa su eleccion?

—Sí, querida.

—¡Y lo callabas! esclamó Margarita. Pronto, pronto, dame pormenores.

—No sé mas que lo que te digo. Espera, toma

la carta del duque de Nevers. ¡Aquí está. No, no, estos son unos versos de Aníbal; atroces, Margarita, como todos los que él hace. Ya pareció. Tampoco, una esquela mia que traigo para que digas á La Mole que se la entregue. Gracias á Dios, topé con la carta.

Y la duquesa de Nevers la puso en efecto en manos de la reina.

Abriola Margarita y la recorrió rápidamente con la vista, mas no decia otra cosa que lo que ya habia manifestado la duquesa.

—¿Y cómo has recibido esta carta? preguntó la reina.

—La ha traido un correo de mi marido que tenia orden de pasar por el palacio de Guisa antes de ir al Louvre, y da, darme ese pliego antes de llevar al rey los suyos. Sabiendo yo la importancia que atribuia mi reina á esta noticia, escribí al duque de Nevers que tomara esa precaucion. Mira como ha obedecido; no se parece á ese mónstruo de Cesarmas. En este momento no saben la noticia en Paris mas que tres personas, el rey, tú y yo; á no ser que el hombre que vino siguiendo á nuestro correo....

—¿Qué hombre?

—¡Vaya un oficio maldito! Figúrate que el infeliz emisario ha llegado cansado, molido, lleno de polvo, despues de correr siete dias con sus noches sin hacer alto un momento.

—Pero, ¿ese hombre que deciais?.....

—A eso voy. Constantemente seguido por un hombre de feroz catadura, que tenia tambien caballos de refresco en todas las paradas, y que recorria con igual celeridad ese espacio de cuatrocientas leguas, el pobre correo temia á cada instante que un pistoletazo acabase con su vida. Los dos llegaron al mismo tiempo á la barrera de San Marcelo; los dos bajaron á galope por la calle de Monffetard; los dos atravesaron la Cité. Pero en la estremidad del puente de Nuestra Señora, el correo torció á la derecha, en tanto que el otro tomaba á la izquierda por la plaza del Chatelet y desaparecia por los muelles de la parte del Louvre, con la velocidad de una flecha.

—Gracias, buena Enriqueta, gracias, dijo Margarita. Tenias razon. Interesantes en estremo son esas noticias; yo sabré á quien viene dirigido el otro emisario. Vete. Luego nos veremos en la calle Tixon; ¡eh! mañana en la sacería, y cuida de llevar un caballo muy fogoso para que se desboque, y nos quedemos solas. Esta noche te diré lo que quiero que averigües acerca de Coconnas.

—No te olvides de mi esquela, dijo la duquesa de Nevers riéndose.

—No, no, pierde cuidado, la recibirá á tiempo.

Fuese la duquesa de Nevers, y Margarita, envió á buscar á Enrique, el cual pasó á verla inmediatamente. Su esposa le presentó la carta del duque.

—¡Oh! murmuró Enrique.

En seguida le refirió Margarita la historia de los dos correos.

—Efectivamente, dijo Enrique, yo le he visto entrar en el Louvre.

—Seria quizá para la reina madre.

—Estoy seguro de que no; por mi acaso, me apoyé en el pasadizo y nada he visto.

—Entonces, dijo Margarita mirando á su marido debe de ser.....

—Para vuestro hermano Alenzon, respondió Enrique.

—¿Como lo averiguaríamos?

—Podriamos, dijo Enrique con negligencia enviar á llamar á uno de esos dos caballeros, y preguntarle.....

—Bien dicho, respondió Margarita complacida con la proposicion de su marido, mandaré llamar al señor de La Mole. ¡Matilde! ¡Matilde!

Presentóse la jóven.

—Necesito hablar al instante al señor de La Mole. Buscadle y traedmele.

Fuese Matilde, y Enrique se sentó junto á una mesa sobre la cual habia un libro aleman con láminas de Alberto Durero. Con tanta atencion se puso á contemplarlas que no oyó los pasos de La Mole ni alzó la cabeza cuando llegó.

El jóven por su parte, al ver al rey de Navarra en el cuarto de Margarita, se quedó estupefacto, y se detuvo á la puerta, pálido de sorpresa y palpitando de inquietud.

Margarita se dirigió á él.

—Señor de La Mole, le preguntó ¿podriais de-

cirme quién está hoy de guardia con el duque de Alenzon?

—Conozco, señora, respondió La Mole.

—Procurad inquirir de él si ha introducido en la habitacion de su señor á un hombre lleno de barro y que por su aspecto demuestra haber hecho una larga caminata á galope.

—Temo que no me lo diga, señora, porque hace dias que anda taciturno.

—¿Si? Dándole esta carta me parece que no os podrá negar este favor.

—De la duquesa. Dádmela, señora, dádmela dijo La Mole con emocion: os respondo de todo.

Y se marchó.

—Mañana sabremos si el duque de Alenzon está al corriente de los asuntos de Polonia, dijo Margarita volviéndose hácia su esposo.

—El tal señor de La Mole, es á fé nobilísimo servidor, respondió el Bearnés con la sonrisa que le era peculiar; hará su fortuna... ¡Voto á la misa!

CAPITULO XXIX.

LA PARTIDA.

Dos horas hacia que empezara el movimiento en el parque del Louvre al siguiente dia, cuando asomó por detras de las colinas que rodean à Paris, el sol, bello y rojizo, pero sin rayos, como acontece en los mejores dias de invierno.

Ya aguardaba á Cárlos IX un magnífico caballo berberisco, nervudo y delgado, en cuyas piernas, semejantes á las de un siervo, se cruzaban las venas á manera de red, y que pateaba, enderezaba las orejas y daba ardientes resoplidos, cansado de esperar; mas por grande que fuese su impaciencia, era todavía menor que la de su amo, entretenido con Catalina, la cual le habia parado en el corre-

dor para hablarle de un asunto que calificaba de importante.

—Hallábanse los dos en la galería de cristales; Catalina estaba fria, pálida é impasible como siempre; Cárlos IX no paraba, se mordia las uñas y jugaba con sus dos perros predilectos, armados de cotas de malla para que no les ofendiera el colmillo del jabalí, y pudiesen resistir impunemente al terrible animal. Sobre el pecho llevaban un escudito con las armas de Francia, semejante al de los pajes, los cuales mas de una vez envidiaban los privilegios de aquellos afortunados favoritos.

—Miradlo con atencion, Cárlos, decia Catalina, solo vos y yo sabemos á esta fecha, la prócsima llegada de los polacos. Sin embargo, el rey de Navarra procede, ¡vive Dios! cual si lo supiera. Pese á su abjuracion de que siempre he desconfiado, está en secreta correspondencia con los hugonotes. ¿No habeis notado con qué frecuencia sale estos dias? Nunca ha tenido dinero sino ahora; compra caballos y armas, y en los dias de lluvia se ejercita en la esgrima por mañana y tarde.

—¡Válgame Dios! madre, dijo Cárlos IX con impaciencia, ¿si pensareis que tiene intenciones de matarme, ó de matar al duque de Anjou? Pues an necesitaria tomar algunas lecciones, porque ayer mismo le contí con mi florete once ojales en la ropilla, que no tiene mas que seis. Y lo que es mi hermano Anjou, ya sabeis que tira todavía

mejor que yo, ó cuando menos tan bien, segun él dice.

—Escuchadme, Cárlos, repuso Catalina, y nunca trateis ligeramente los asuntos de que vuestra madre os hable. Van á llegar los embajadores; ya vereis, cuando estén en Paris, cuantas cosas hará Enrique por cautivar su atencion. El es insinuante y astuto, y su muger que le secunda, no sé por qué motivo, entablará sin duda conversaciones con ellos, les hablará en latin, en griego, en húngaro, ¿quién sabe? Yo aseguro, Cárlos, y no ignorais que nunca me engaño, yo aseguro que traen algo entre manos.

En aquel momento sonó el reloj, y Cárlos IX dejó de atender á su madre por oir la hora.

—¡Ira de Dios! ¡las siete! esclamó; una hora para ir y otra para llegar á la guarida y levantar la pieza, son dos; no podemos empezar hasta las nueve. Por cierto, madre, que me haceis perder sobrado tiempo. ¡Quita, Atrevido!..... ¡Ira de Dios! ¡quita tunante!

Y un vigoroso latigazo en los riñones, arrancó al pobre animal, pasmado de recibir tal castigo en pago de sus caricias un ahullido de dolor.

—Cárlos, repuso Catalina, oidme en nombre de Dios, y no jugueis así con vuestra suerte y la de Francia. ¡Siempre hablando de caza!.... ¡Eh! ya tendreis tiempo de cazar cuando dejs fin á vuestras tareas de rey.

—Vamos, madre, dijo Cárlos, pálido de impa-

ciencia; despachemos pronto, que estoy echando chispas. Cierto que algunos dias sois incomprensible.

Y se paró azctándose una bota con la punta del latiguillo.

Creyó Catalina que era llegado el momento oportuno, y que no debia dejarle pasar.

—Hijo mio, prosiguió, tenemos pruebas de que el señor de Mouy ha vuelto á Paris: el señor de Maurevel, persona á quien conoceis muy bien, le ha visto. Solo el rey de Navarra puede haberle traido aquí. Paréceme que esto basta para que sospechemos mas que nunca.

—Eh, ya andais otra vez tras el pobre Henriot; ¿quereis matarle por ventura?

—¡Oh! no.

—¿Un destierro? ¿Y no conoceis que entonces seria mas peligroso que à presencia vuestra y en el Louvre, donde nada puede hacer sin que al instante lo sepamos?

—Es que tampoco pretendo desterrarle.

—Pues entonces ¿qué quereis? Hablad aprisa.

—Quiero que se le tenga seguro, mientras estén los polacos aquí, en la Bastilla, por ejemplo.

—¡Oh! no á fé, esclamó Cárlos IX. Esta mañana vamos à cazar jabalíes; Henriot es uno de los que mejor me secundan; si no me acompaña se frusta la diversion. ¡Vive Dios! madre, parece que teneis empeño en ir contra mis gustos.

—No hay tal, amado hijo, yo no digo que sea

ahora. Hasta mañana ó pasado no llegan los enviados, con que podemos prenderle al volver de la cacería esta tarde, esta noche....

—Eso es otra cosa: bien, ya hablaremos. Concluida la caza, no digo que.... Adios. Vamos acá, Atrevido, ¿te has enfadado tambien?

—Cárlos, dijo Catalina cogiéndole un brazo sin temer la esplosion que podia resultar de aquel nuevo retraso, me parece lo mejor firmar ahora la órden de arresto, aunque no se la dé cumplimiento hasta la noche.

—Eso es: escribir y firmar una órden, á mas de ir por el sello de los peregrinos, cuando me están aguardando para una cacería, á mí, que nunca me hago esperar. No haré tal cosa.

—Os quiero demasiado para intentar deteneros: todo está previsto; entrad aquí en mi cuarto mirad...

Y con la misma agilidad que si hubiera tenido veinte años, abrió Catalina una puerta que daba á su gabinete, y presentó al rey un tintero, una pluma, un pergamino, un sello y una bujía encendida.

Cogió el rey el pergamino y lo recorrió rápidamente.

"Por la presente &c., &c. mandamos prender y encerrar en la Bastilla á nuestro hermano Enrique de Navarra."

—Ya está, dijo el rey firmando de una plumada. Adios, madre.

Y se arrojó fuera del gabinete, seguido de sus p

rros, y satisfecho con haber escapado tan fácilmente de manos de Catalina.

Ya se esperaba con impaciencia su llegada; y como era generalmente conocida su exactitud en materias de caza, causaba no poca estrañeza aquel retrazo. Así fué que, cuando se presentó, los cazadores le saludaron con vivas, los perros con ladridos. Todo aquel ruido, toda aquella barahunda, acolparon la sangre á sus pálidas mejillas; latió su corazon, y Cárlos fué jóven y feliz por espacio de un segundo.

Apenas saludó el rey á la brillante sociedad reunida en el patio: hizo con la cabeza un saludo al duque de Alenzon, y otro con la mano á su hermana Margarita; pasó por delante de Enrique, fingiendo que no le veia, y saltó sobre el caballo berberisco que empezó á patear de impaciencia. Pero despues de tres ó cuatro corcobos conoció con qué ginete se las habia y se apaciguó.

Entonces resonaron de nuevo las tropmas, y el rey salió del Louvre seguido del duque de Alenzon, del rey de Navarra, de Margarita, de la duquesa de Nevers, de la baronesa de Sauve, de Tavannes y de los principales señores de la corte.

No necesitamos decir que La Mole y Coconnas formaban parte de la comitiva.

En cuanto al duque de Anjou se hallaba hacia tres meses en el sitio de la Rochela.

Antes de bajar el rey se habia acercado Enrique

á saludar á su esposa, la cual al responderle le dijo al oido:

—El correo que vino de Roma fué introducido por el mismo señor de Coconnas en el gabinete del duque de Alenzon, un cuarto de hora antes de que entrase á ver al rey el emisario del duque de Nevers.

—Entonces lo sabe todo, respondió Enrique.

—Por fuerza, dijo Margarita; miradle y observad como brillan sus ojos, á pesar de su habitual disimulo.

—Yo lo creo; ¡voto á tantos! murmuró el Beadnés, conté que hoy dá caza á tres piezas, sin contar el jabalí; á Francia, á Polonia y á Navarra.

Con esto saludó á su esposa, volvió á su fila y llamando á un paje, oriundo del Bearne, cuya familia habia estado al servicio de la suya por espacio de mas de un siglo, y de quien solia valerse como mensajero en sus amorosas aventuras:

—Orthon, le dijo: toma esta llave y llévala á casa del primo de la baronesa de Sauve, que vive, como sabes en casa de su querida, esquina á la calle de Quatre Fils. Dile que su prima desea hablarle esta noche; que entre en mi aposento, que me espere si no estoy, y que se recueste en mi cama si tardo mucho.

—¿Aguardo contestacion?

—No, pero vuelve á decirme si le has hallado en casa. La llave es solo para él, ¿entiendes?

—Sí, señor.

—Aguarda, y no te vayas ahora ¡diantre! Antes de que salgamos de Paris, te llamaré como para que apriestes la cincha al caballo, te quedarás atrás, marcharás con naturalidad á tu recado, y volverás á Bondy á reunirte conmigo.

Hizo el criado un ademan de obediencia y se alejó.

Rompióse la marcha por las calles de San Honorato, San Dionisio y el arrabal; al llegar á la calle de San Lorenzo se descinchó el caballo del rey de Navarra, acudió Orthon y todo pasó conforme estaba convenido entre éste y su señor, el cual siguió con la real comitiva por la calle de los Recoletos, en tanto que su leal criado se dirigia á la del Temple.

Cuando se reunió Enrique con el rey, iba Cárlos tan entretenido con el duque de Alenzon hablando del tiempo, de los años del jabalí descubierto, que era de los que llaman solitarios, y del sitio en que habia establecido su escarbadero, que no advirtió, ó al ménos fingió no advertir, la momentánea ausencia del Bearnés.

Observaba entre tanto Margarita desde lejos la conducta de cada circunstante, y se la figuraba que en el rostro de su hermano se notaba cierta turbacion siempre que fijaba los ojos en Enrique. La duquesa de Nevers iba entregada á una loca alegría, pues Coconnas, que estaba del mejor humor, hacia mil y mil pantomimas junto á ella, para divertir á las señoras.

La Mole, por su parte, habia besado ya dos veces la banda blanca con franjas de oro de Margarita, sin que esta accion, practicada con la destreza que saben usar los amantes, fuese vista mas que por tres ó cuatro personas.

A las ocho y cuarto llegaron á Bondy.

El primer cuidado de Cárlos IX fué preguntar si estaba quieto el jabalí. Seguia en su guarida, y el montero que le habia descubierto respondia de él.

Teníase dispuesto un refrigerio. El rey bebió un baso de vino de Hungría, rogó á las damas que se sentaran á la mesa, y llevado de su impaciencia, se marchó á entretener el tiempo en visitar las perreras y las perchas, encargando que no desensillasen su caballo, en atencion, segun sus espresiones, á que nunca habia montado otro mejor ni de mas resistencia.

En tanto que hacia el rey su reconocimiento, llegó el duque de Guisa, armado mas bien para una batalla que para una cacería, y acompañado de veinte ó treinta caballeros ataviados de la misma manera. Preguntó á donde estaba el rey, marchó á buscarle y volvió conversando con él.

A las nueve en punto dió el rey en persona la señal de levantar la pieza, y montando todos à caballo marcharon al sitio designado.

En el camino pudo Enrique reunirse otra vez con su esposa.

—¿Sabeis algo de nuevo? la preguntó.

—No, respondió Margarita, pero he observado

que mi hermano Cárlos os mira de un modo muy particular.

—Tambien yo lo he notado, respondió Enrique.

—¿Habeis tomado algunas precauciones?

—Traigo, pues, mi cota de maya, y vengo armado con un escelente cuchillo de monte español, afilado como una navaja de afeitar, puntiagudo como una aguja y que atraviesa un doblon de parte á parte.

—Confiemos, pues en Dios, dijo Margarita.

El montero que iba delante hizo una seña; habia llegado á la guarida de la fiera.

CAPITULO XXX.

MAUREVEL.

En tanto que como un brillante torbellino se precipitaba por la senda de Bondy aquella juventud, alegre y en apariencia descuidada, guardaba Catalina el precioso pergamino autorizado con la firma del rey Cárlos, y recibia en su gabinete al hombre á quien pocos dias antes enviara á llamar por medio de una carta que llevó el capitan de sus guardias á la calle de Cerisaie, barrio del Arsenal.

Una ancha venda de tafetan cubria, como un mortuorio sello, un ojo á este hombre, dejando tan solo destapado el otro; entre sus dos prominentes pómulos se alzaba encorvándose una nariz de buitre; la barba que le cubria la parte inferior del ros-

tro, era entrecana. Iba envuelto en una larga y basta capa, bajo la cual se adivinaba todo un arsenal. Amen de esto llevava ceñido, contra lo que acostumbraban las personas que á la corte concurrian, un ancho espadon de cazoleta. Escondida una de sus manos bajo la capa, empuñaba el pomo de un largo puñal.

—¿Aquí estais, caballero? dijo la reina sentándose, ya sabeis que poco despues de San Bartolomé, en cuya jornada nos prestasteis tan importantes servicios, os prometí no dejaros en inaccion. Ahora se presenta una buena ocasion, ó por mejor decir, yo la he buscado; agradecédmelo.

—Señora, respondió el de la venda con una frialdad tan baja como insolente, doy á V. M. las mas humildes gracias.

—Una ocasion bellísima, que no ha de repetirse en vuestra vida; aprovechadla, pues.

—Aguardo á que hable V. M., señora; pero por ese preámbulo temo....

—¿Que sea peliaguda la comision? Pues ¿no son esas las que apetecen los que pretenden elevarse? Esta de que os hablo es tal, que los mismos Tavannes y Guisas la envidiarian.

—¡Ah, señora! repuso el desconocido, crea V. M. que, sea cual fuere, estoy á sus órdenes.

—Pues leed, dijo Catalina.

Y le presentó el pergamino.

El hombre le recorrió con la vista, perdió el color y dijo:

—¿Orden de prender al rey de Navarra?

—Sí: ¿tanto os estraña?

—¡A un rey, señora! Confieso que vacilo, porque temo no ser de nobleza tan calificada como.....

—Con mi confianza sois el primero de mi corte, señor de Maurevel, dijo Catalina.

—Gracias sean dadas á V. M., respondió el asesino tan sorprendido, que al parecer no podia tenerse.

—¿Obedeceréis?

—Tal es mi deber, si V. M. lo manda.

—Lo mando.

—Obedeceré.

—¿De qué modo pensais llevarlo á efecto?

—A punto fijo no lo sé, y celebraria en estremo que V. M. me indicase algun medio.

—¿Sois poco amigo de escándalos?

—Lo confieso.

—Escoged doce hombres seguros, y mas si son necesarios.

—Os comprendo, señora: V. M. me concede todas las ventajas que puedo apetecer, y se lo agradezco mucho: pero ¿dónde he de prender al rey de Navarra?

—¿Dónde os convendria mas?

—En un sitio que por su misma magestad me pudiera defender.

—Sí, en algun palacio real; en el Louvre, por ejemplo.

ser! sucederá lo que Dios quiera. ¿Me habeis comprendido?

—Sí, señora.

—Vamos, ¿quereis que despues de las palabras *mandamos prender*, escriba yo de mi puño *muert ó vivo*?

—Confieso que así se desvanecerian mis escrúpulos.

—Lo haré, puesto que pensais que sin esa circunstancia no es hacedera la comision.

Y encogiéndose de hombros, Catalina desarrolló el pergamino con una mano y con la otra escribió; "muerto ó vivo."

—Tomad, dijo, ¿os parece que está ya en regla?

—Sí, señora, respondió Maurevel, pero ruego á V. M. que me permita dirigir libremente la empresa.

—¿En qué? ¿Estorba á su cumplimiento lo que os he dicho?

—V. M. desea que yo lleve con doce hombres.

—Sí, para mayor seguridad.

—Yo pediria autorizacion para no llevar mas que seis.

—¿Por qué?

—Porque sucediese, como es probable, alguna desgracia al príncipe, se disimularia fácilmente á seis hombres el haber temido que se escapara; pero que sean doce los guardias, nadie les perdonaria el que no muriera la mitad antes de poner la mano sobre un monarca.

—¡Buen monarca á fé! ¡un rey sin reino!

—Señora, dijo Maurevel, el reino no hace al rey, sino su cuna.

—Bien, repuso Catalina, proceded como os plazca. Debo advertiros tan solo que deseo que no salgais del Louvre.

—¿Y cómo he de reunir á esa gente, señora?

—¿No teneis algun sargento á quien dar la comision?

—Tengo un lacayo que á mas de ser muchacho leal, me ha ausiliado ya algunas veces en esta clase de empresas.

—Enviadle á buscar, y poneos de acuerdo con él. Ya sabeis donde está la sala de armas del rey; allí os darán de almorzar; desde allí comunicareis vuestras órdenes. El sitio es á propósito para tranquilizar vuestros sentidos, si á vacilar llegáran. Cuando vuelva mi hijo, pasareis á mi oratorio donde aguardareis el momento oportuno.

—Mas, ¿cómo podremos entrar en la alcoba? Porque el rey concebirá sin duda algunas sospechas y se encerrará por dentro.

—Tengo llaves dobles de todas las puertas, dijo Catalina, y á la de Enrique se la han quitado los cerrojos. Adios, señor de Maurevel, hasta luego. Voy à conduciros á la sala de armas del rey. ¡Ah! tened muy presente que cuando el rey dá una órden, lo principal és cumplirla, que no es admisible ninguna escusa; que una derrota, y aun una

simple falta de écsito, comprometen el honor del monarca. Es cosa muy grave.

Y sin dar á Maurevel tiempo para responderla, llamó Catalina al señor de Nancy, capitan de sus guardias, y le mandó que llevase á Maurevel á la sala de armas.

—¡Pardiez! murmuraba Maurevel siguiendo à su guía, ¡cómo subo en las gerarquías del asesinato! de un simple caballero pasé á un capitan; de un capitan, á un almirante; de un almirante, á un rey sin corona. ¿Quién sabe si algun dia llegaré á un rey coronado?.....

CAPITULO XXXI.

LA CACERÍA.

No se equivocaba el montero que descubrió al jabalí y aseguró al rey que el animal no habia salido de su guarida. Apenas soltaron al sabueso tras él, y se introdujo en la espesura, salió de entre unos espinos el jabalí, que era como ya habia conocido el montero por las huellas, un solitario, esto es, una bestia de la mayor corpulencia.

Rompió á correr de frente y atravesó el camino á cincuenta pasos del rey, seguido tan solo del sabueso que le habia espantado.

Al momento se azuzó la primer trailla, y mas de veinte perros salieron en persecucion de la pieza.

Era la caza la pasion favorita de Cárlos. Apenas atravesó el animal el camino, se precipitó tras

él, tocando la corneta en señal de haberle visto, seguido del duque de Alenzon y de Enrique, à quien habia encargado Margarita por señas que no se apartara de Cárlos.

Los demas cazadores siguieron tambien al rey.

En la época en que pasa la historia que referimos, estaban muy distantes las selvas reales de ser, como en el dia, g andes parques cortados por alamedas suficientemente anchas para dar paso á los carruajes. Su esplotacion era entonces casi nula. Aun no les habia ocurrido á los reyes la idea de convertirse en comerciantes y de dividir sus bosques en cortas, sotos y arbolados. Sembrados los árboles, no por inteligentes guarda-bosques, sino por la mano de Dios que arrojaba la simiente á merced del viento, no estaban repartidos en tresbolillos, sino que brotaban á su placer, como aun sucede hoy dia en algunas selvas vírgenes de América. En una palabra, una selva en aquella época era una madriguera de jabalies, ciervos, lobos y ladrones; doce serian à lo mas las veredas que cruzaban la de Bondy: todas salian de un mismo punto, y un camino circular las rodeaba como la rueda á las llantas.

Esforzando esta comparacion, se podria representar el cubo por la única plazoleta que tenía el bosque, situada en el centro; en ella se reunian los cazadores estraviados para lanzarse desde allí al punto en que volvia á aparecer la pieza.

Al cuarto de hora sucedió lo que siempre sucede en semejantes casos; se opusieron obstáculos casi insuperables al paso de los cazadores, dejáronse de oir los ahullidos de los perros, y el mismo rey volvió á la plazoleta, jurando y maldiciendo como acostumbraba.

—¡Bien, Alenzon! ¡bien, Henriot! dijo: ¡voto á!..... ahí os estais con una flema y recogimiento que no le tuvieran tal las monjas delante de su abadesa. Esto no se llama cazar, señores. Vos, Alenzon, parece que acabais de salir de un estuche; tan perfumado venis que si pasais entre la bestia y mis canes, sereis capaz de hacerles perder la pista. ¿Pues y vos, Henriot? ¿dónde se os han quedado el venablo y el arcabuz?

—¿De qué sirven aquí los arcabuces, señor? dijo Enrique. A V. M. no le gusta tirar al animal hasta que no le cercan los perros. Y en cuanto al venablo, le manejo con bastante torpeza: es arma que no se usa en la montaña; allá cazamos osos con un puñal.

—Pues á fé Enrique, que cuando volvais á nuestros Pirineos, habeis de enviarme una carretada de osos; esa lucha cuerpo á cuerpo con un animal que nos puede ahogar entre sus brazos, debe de ser hermosa, por vida mia. Escuchad, parece que se oyen perros; no, me equivoqué.

Empuñó el rey su trompa, y dió unos cuantos toques. Respondiéronle otros muchos. De re-

pente asomó un montero y tocó una sonata diferente.

—¡Allá vá, allá vá! gritó el rey.

Y se lanzó à galope seguido de todos los cazadores que se le habian reunido.

No se habia equivocado el montero: conforme avanzaba el rey, se iban oyendo los ladridos de la jauria, compuesta entonces de mas de sesenta perros, pues se habia dado suelta sucesivamente á las diversas trailas apostadas en los sitios que ya habia recorrido el jabali. El rey le vió pasár por segunda vez, y se arrojo tras él por el monte adentro, aprovechando los claros y tocando la corneta con todas sus fuerzas.

Algun tiempo le siguieron los príncipes; pero era tan vigoroso el caballo del rey, y su ardimiento le inducia á entrar en tan escarpados caminos, y en talleres tan espesos, que poco á poco le fueron abandonando las mugeres, el duque de Guisa y sus caballeros. Tavannes resistió algun tiempo mas, pero al fin renunció tambien á seguirle.

Halláronse, pues, reunidos en los alrededores de la plazoleta todos los cazadores, escepto Cárlos y algunos monteros, que incitados por el deseo de una recompensa, no querian separarse del rey.

Los dos príncipes estaban juntos en una larga arboleda. El duque de Guisa y su séquito hicieron alto á cien pasos de distancia. Las mugeres ocupaban la plazoleta.

—¿No diria cualquiera, preguntó el duque de Alenzon á Enrique, mirando de reojo al duque de Guisa, que ese hombre que tan escoltado se presenta, es el verdadero rey? ¡Miserables príncipes somos por cierto! ni siquiera nos honra con una mirada.

—¿Y por qué nos habia de tratar mejor que nuestros propios parientes?..... respondió Enrique. ¿Qué somos en la corte de Francia, hermano, sino prisioneros, sino rehenes de nuestro partido?

Estremecióse á estas palabras el duque Francisco, y miró á Enrique como para provocar una esplicacion mas ámplia; pero el Bearnés habia dicho mas de lo que acostumbraba, y guardó silencio.

—¿Qué quereis decir, Enrique? preguntó el duque palpablemente disgustado de que las reticencias de su cuñado le pusieran en el caso de pedirle aclaraciones.

—Digo, hermano, repuso Enrique, que esos hombres tan cumplidamente armados, y que no nos pierden de vista, se asemejan mucho á centinelas puestas para estorbar á dos personas que se escapen.

—¡Escaparse! ¿por qué? ¿cómo? preguntó Alenzon aparentando sorpresa con admirable naturalidad.

—Magnífico es ese jaco, Francisco, dijo Enrique siguiendo el curso de sus pensamientos, aun-

que al parecer mudaba de conversacion; estoy seguro de que andaria siete leguas en una hora, y veinte de aquí á las doce. Hermoso tiempo hace; tentaciones dan, á fé, de aflojar la rienda. Ved qué lindo atajo. ¿No os incita eso el deseo, Francisco? A mí me están haciendo cosquillas las espuelas.

—No, respondió Francisco; pero perdió primero el color y luego se ruborizó; por fin aplicó el oido á la parte donde estaban los cazadores.

—Va haciendo efecto la noticia de Polonia, dijo entre sí Enrique; mi carísimo cuñado tiene formado su plan. Bien quisiera él que me fugase, pero no me fugaré solo.

Acababa de hacer esta reflecsion, cuando llegaron á galope corto, varios recien-convertidos que estaban dos ó tres meses hacia en la corte, y saludaron á los príncipes con una afectuosísima sonrisa.

Provocado el duque de Alenzon por las francas declaraciones de Enrique, no necesitaba pronunciar mas que una palabra ó hacer una seña, y era evidente que treinta ó cuarenta caballeros reunidos en aquel momento en su rededor, como para oponerse á la gente del duque de Guisa, habian de favorecer su fuga; mas lejos de hacerlo, volvió la cabeza, y llevándose la corneta á la boca, tocó á reunion.

Los recien llegados, entre tanto, cual si creye-

ran que la indecision del duque de Alenzon procedia de estar tan cerca los amigos del de Guisa, se fueron colocando poco à poco entre estos y los dos príncipes, escalonándose con una habilidad estratégica que revelaba sus hábitos militares. En efecto, para llegar hasta el duque de Alenzon y el rey de Navarra, era preciso pasar sobre sus cuerpos, al paso que ante los príncipes se estendia hasta perderse de vista un camino enteramente libre.

De repente apareció entre dos árboles á diez pasos del rey de Navarra, otro caballero que aun no habian visto. Iba Enrique á reconocerle, cuando quitándose el caballero el sombrero, dejó ver el rostro del vizconde de Turena, gefe del partido protestante, á quien se suponia en el Poitou.

El vizconde se arriesgó á hacer una seña que queria decir claramente:

—¿Venis?

Pero despues de consultar Enrique el rostro impasible y los apagados ojos del duque de Alenzon, movió dos ó tres veces la cabeza hácia un lado, como si tuviera algo en el pescueso que le incomodara. Era una respuesta negativa. Comprendió el vizconde, arrimó las dos espuelas á su caballo, y desapareció entre la espesura.

Oyéronse entonces mas prócsimos los ladridos de la jauría, y sucesivamente pasaron por la estremidad de la alameda, el jabalí, los perros y Cárlos IX, semejante al célebre cazador infernal, sin som-

brero, y tocando la corneta con toda la fuerza de sus pulmones; seguíanle tres ó cuatro monteros; Tavannes habia desaparecido.

—¡El rey! esclamó el duque de Alenzon, y se arrojó tras él.

Tranquilizado Enrique con la presencia de sus amigos, les hizo seña de que no se alejaran, y se acercó á las señoras.

—¿Hay algo de nuevo? preguntó Margarita saliendo á recibirlo.

—No, señora, dijo Enrique; seguimos dando caza al jabalí.

—¿Nada mas?

—No; desde ayer mañana ha variado el viento, pero ya creo haberos predicho que sucederia así.

Y esas variaciones de viento son perjudiciales á la caza; ¿no es verdad? preguntó Margarita.

—Sí, señora, porque á veces dan al traste con las disposiciones tomadas, y hay que rehacer todo el plan.

En aquel momento se dejaron oir de nuevo los ahullidos de los perros que se acercaban rápidamente, y una especie da vaporoso torbellino previno á los cazadores que debian estar alerta. Todos alzaron la cabeza y aplicaron el oido.

Casi al mismo tiempo salió el jabalí, y en vez de internarse en el bosque, siguió por el camino adelante, marchando rectamente hácia la plazoleta en

que estaban las señoras, los caballeros que las hacian la corte y los cazadores estraviados.

Tras él, y acozándole de cerca, iban treinta ó cuarenta ó cincuenta perros de los mas robustos, y á unos veinte pasos mas allá corria el rey Cárlos sin toca, sin capa, con el traje desgarrado por los espinos, y el rostro y las manos cubiertas de sangre.

Solo quedaban con él uno ó dos monteros.

El rey no dejaba la corneta mas que para animar á los perros, y solo cesaba de animar á los perros para empuñar de nuevo la corneta. El mundo entero habia desaparecido ante sus ojos. Si le hubiese faltado caballo en que correr, hubiera esclamado como Ricardo III: ¡Mi reyno por un caballo!

Pero su cabalgadura parecia animada del mismo ardor que él; apenas tocaban sus piés la tierra y sus narices respiraben fuego.

El jabalí, los perros y el rey pasaron como una vision.

—Halalí! halalí! gritó el rey de pasada y acercó la corneta á sus sangrientos labios.

A poca distancia de él iban el duque de Alenzon y dos monteros; los caballos de los demas se habian cansado ó perdido.

Todos echaron á correr siguiendo la huella, pues era evidente que la pieza no tardaria en hacer frente.

En efecto, no habian pasado diez minutos cuando el jabalí salió del camino y se metió en el bosque;

pero luego que llegó á un claro se arrinconó contra un peñasco y se volvió contra los perros.

A los gritos de Cárlos que le seguian acudieron todos.

Era llegado el momento mas interesante de la caceria. El animal parecia resuelto á hacer una desesperada resistencia. Irritados los perros por las tres horas que habia durado su carrera, se arrojaban sobre él con encarnizamiento á que daban mas pábulo los gritos y maldiciones del rey.

Colocáronse en rueda todos los cazadores; el rey se puso algo adelante, y tras él el duque de Alenzon armado de su arcabuz y Enrique de su cuchillo de monte por única défensa.

El duque se descolgó el arcabuz y encendió la mecha. Enrique desenvainó y volvió á envainar el cuchillo.

En cuanto al duque de Guisa que contemplaba con algun desden los venatorios ejercicios, estaba á un lado con sus caballeros.

Reunidas las mugeres en grupo, formaban una corta tropa que hacia juego con la del duque de Guisa.

Todo cazador tenia clavados los ojos en el animal con una atencion que rayaba en ansiedad.

Algo separado, estaba un montero haciendo mil esfuerzos para contener á los dos alanos del rey que, cubiertos con sus corazas de maya, aguardaban el momento de hacer presa, ahullando y dando saltos tan vigorosos que á cada instante parecia que iban á romper las cadenas.

El animal luchaba desesperadamente; atacado á la par por cuarenta perros que le cercaban como una mugiente marea, que le cubrian con sus cuerpos de variados colores, que por todas partes acudian á hincar su diente en su rugosa piel llena de ásperas cerdas, lanzaba de cada acometida á diez piéz de altura á un perro que caia reventado, y que sin embargo se mezclaba nuevamente en la pelea con las tripas colgando, en tanto que Cárlos, erizados los cabellos, inflamados los ojos, dilatada la nariz y tendido sobre el pescuezo de su caballo bañado en sudor, tocaba un foribundo *¡halalí!*

En menos de diez minutos quedaron veinte perros fuera de combate.

—¡Los alanos! gritó Cárlos; ¡los alanos!

A este grito soltó el montero las correas que los sujetaban, y los dos perros se precipitaron en medio del combate, atropellando y derribándolo todo, y abriéndose camino á favor de sus cotas de hierro, hasta el animal, á quien asieron cada uno por una oreja.

Al verse sujeto el jabalí, rechinó los dientes de rabia y de dolor.

—¡Bravo, Duro-Diente! ¡bravo, Atrevido! gritó Cárlos. ¡Animo, canes! ¡un venablo, un venablo!

—¿Quereis mi arcabuz? dijo el duque de Alenzon.

—No, gritó el rey; no se siente entrar la bala, como se siente el venablo y es nula la diversion. ¡Un venablo! ¡un venablo!

Presentaron al rey un venablo de caza, templado al fuego y armado con una punta de hierro.

—¡Cuidado, hermano! dijo Margarita.

—¡Sus! ¡sus! señor, gritó la duquesa de Neven No le erreis, por vuestra vida. Dad un buen golpe á ese renegedo.

—No hay miedo, dijo Cárlos.

Y previniendo el venablo, cayó sobre el javalí, el cual sujeto entre los dos perros, no pudo huir el golpe. Sin embargo, al ver el luciente venablo, hizo un movimiento de costado, y el arma en vez de entrarle por el pecho se deslizó sobre la espal- y fué á dar en el peñasco con que se defendia la bestia.

—¡Voto á mil demonios! gritó el rey; ¡le erré!... ¡otro venablo, otro!

Y retrocediendo como hacian los antiguos caballeros para tomar campo, arrojó á diez pasos de distancia la inutilizada arma.

Acercóse un montero, y le presentó otro venablo.

Pero en el *mismo instante*, y cual si previera la suerte que le aguardaba y quisiera sustraerse á ella, dió el javalí un violento empuje, hizo soltar á los alanos sus desgarradas orejas y se precipitó de cabeza, bañados los ojos en sangre, erizadas las cerdas, horrible, respirando con la fuerza de un fuelle de fragua, y rechinando los dientes, contra el caballo del rey.

Era Cárlos sobrado esperto cazador para no haber previsto ese ataque; tiró de las riendas al caballo y le hizo encabritarse, pero midió mal al

presion, y el animal, demasiado oprimido por el freno ó cediendo tal vez á su temor, se dejó caer de espaldas.

Los espectadores lanzaron un terrible alarido: un muslo del rey habia quedado debajo del caballo.

—Esa mano, señor, aflojad esa mano, dijo Enrique.

Aflojó el rey las riendas, se asió á la silla con la mano izquierda, y trató de desenvainar con la derecha su cuchillo de monte; mas como cargaba sobre él todo el peso de su cuerpo; no podia sacarle de la vaina.

—¡El javalí! ¡el javalí! gritó Cárlos: ¡á mí, Alenzon, á mí!

Libre ya el caballo en sus movimientos, y cual si comprendiera el peligro que su amo corria, hizo un esfuerzo y consiguió incorporarse sobre tres piernas; oyéronse entonces los gritos del rey, y Enrique vió al duque Francisco, ponerse espantosamente pálido y echarse el arcabuz á la cara; pero en vez de dar la bala al javalí que solo distaba dos pasos del monarca, atravesó una rodilla al caballo, el cual cayó de pechos en el suelo.

En el mismo instante rompió el javalí con los colmillos, una de las botas de Cárlos IX.

—¡Oh! murmuró Alenzon con descoloridos labios, parécenme que el duque de Anjou será rey de Francia y yo rey de Polonia.

En efecto, el javalí tocaba ya el muslo de Cár-

los, cuando éste sintió que le levantaban el brazo y vió brillar en el aire un agudo y cortante acero que se hundió hasta la empuñadura en la juntura del brazuelo de la fiera, al mismo tiempo que una férrea mano apartaba el humeante hocico léjos del monarca, entre cuya ropa se escondia.

Habiendo conseguido Cárlos entre tanto sacar la pierna que le tenia cogida el caballo, se levantò penosamente, y al verse cubierto de sangre se puso pálido como un cadàver.

—Señor, dijo Enrique que sujetaba puesto de rodillas al javalí herido en el corazon; señor, no os asusteis; detuve à tiempo á la bestia, V. M. no está herido.

Diciendo así se levantó, soltó el cuchillo, y el javalí cayó, pesadamente derramando mas sangre aún por las fauces que por la herida.

Rodeado Cárlos de toda su aterrorizada corte, y atronado con sus mil gritos de terror, que hubieran aturdido al hombre de mas serenidad, estuvo á pique de caer desmayado junto á la agonizante fiera. Pero bien ó mal logró sostenerse, y volviéndose al rey de Navarra, le dió un apreton de manos, mirándole con ojos en que brillaba el primer impulso de sensibilidad que habia hecho latir su corazon en el espacio de veinte y cuatro años.

—Gracias, Henriot, dijo.

—¡Pobre hermano! esclamó Alenzon acercándose á Cárlos.

—Hola, Alenzon, repuso el rey. Hola, famoso tirador; ¿dónde fué á parar tu bala?

—Se habrà aplastado en la piel del javalí, dijo el duque.

—¡Calle! esclamó Enrique con sorpresa admirablemente fingida, mirad, Francisco, mirad; del balazo rompisteis una pierna al caballo de S. M. ¡Cosa mas rara!

—¿Cómo? preguntó el rey. ¿Será cierto?

—Podrà ser, repondió el duque con turbacion; ¡me temblaba tanto la mano!....

—No deja de ser particular ese tiro para un tirador tan diestro, dijo Cárlos frunciendo el ceño. Gracias por segunda vez, Enrique. Señores, continuó el rey, volvamos á Paris, basta de caza por hoy.

Margarita se acercó á Enrique para felicitarle.

—Sí por cierto, Margot, dijo Càrlos; felicítale de todo corazon, pues si no fuera por él, á estas fechas el rey de Francia se llamaria Enrique III.

—¡Ay señora! dijo el Bearnés, el señor duque de Anjou, que ya es enemigo mio, va á quererme menos todavía de hoy en adelante. Pero ¿que remedio? Se hace lo que se puede: que lo diga el duque de Alenzon.

Y doblando el cuerpo sacó el cuchillo de monte del cadáver del javalí, y le clavó dos ó tres veces en tierra para limpiarle la sangre.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE EL PRIMER TOMO

DE LA

REINA MARGARITA.

	PAGINAS.
CAPITULO I. Cinco palabras en latin....	5
CAP. II. La alcoba de la reina de Navarra.	23
CAP. III. Un rey poeta.....	41
CAP. IIII. La noche del 21 de Agosto de 1872.....	59
CAP. V. Del Louvre en particular y de la virtud en general.....	73
CAP. VI. Una deuda satisfecha.....	89
CAP. VII. La segunda mitad de la noche del 24 de Agosto de 1572.....	106
CAP. VIII. Las víctimas del degüello....	130
CAP. IX. Los degolladores.....	148
CAP. X. Muerte, misa é bastilla.....	170
CAP. XI. El espino albar del cementerio de los Inocentes.....	192
CAP. XII. Revelacion.....	209
CAP. XIII. De como hay llaves que abren puertas á que no están destinadas.	222
CAP. XIV. Segunda noche de bodas.....	240
CAP. XV. Dios mismo llega á querer lo que quiere una muger.....	254
CAP. XVI. Siempre despide buen olor el cadáver de un enemigo.....	277

CAP. XVII. Un colega del maestro Ambrosio Paré..... 296
CAP. XVIII. Las apariciones..... 309
CAP. XIX. La casa de maese Renato..... 225
CAP. XX. Las gallinas negras..... 344
CAP. XXI. El aposento de la señora de Sauve..... 356
CAP. XXII. Señor, sereis rey..... 371
CAP. XXIII. Un recien convertido..... 380
CAP. XXIV. La calle Tizon y la calle Cloche-Percée..... 401
CAP. XXV. La capa de color de cereza... 420
CAP. XXVI. Margarita..... 436
CAP. XXVII. La mano de Dios..... 447
CAP. XXVIII. La carta de Roma..... 457
CAP. XXIX. La partida..... 467
CAP. XXX. Maurevel..... 477
CAP. XXXI. La cacería..... 485

14 DAY USE
RETURN TO DESK FROM WHICH BORROWED
LOAN DEPT.
RENEWALS ONLY—TEL. NO. 642-3405
This book is due on the last date stamped below, or
on the date to which renewed.
Renewed books are subject to immediate recall.

MAR 31 1969
RECEIVED
APR 17'69 -5 PM
LOAN DEPT.

LD 21A–40m-2,'69
(J6057s10)476—A-32

General Library
University of California
Berkeley

YC177858